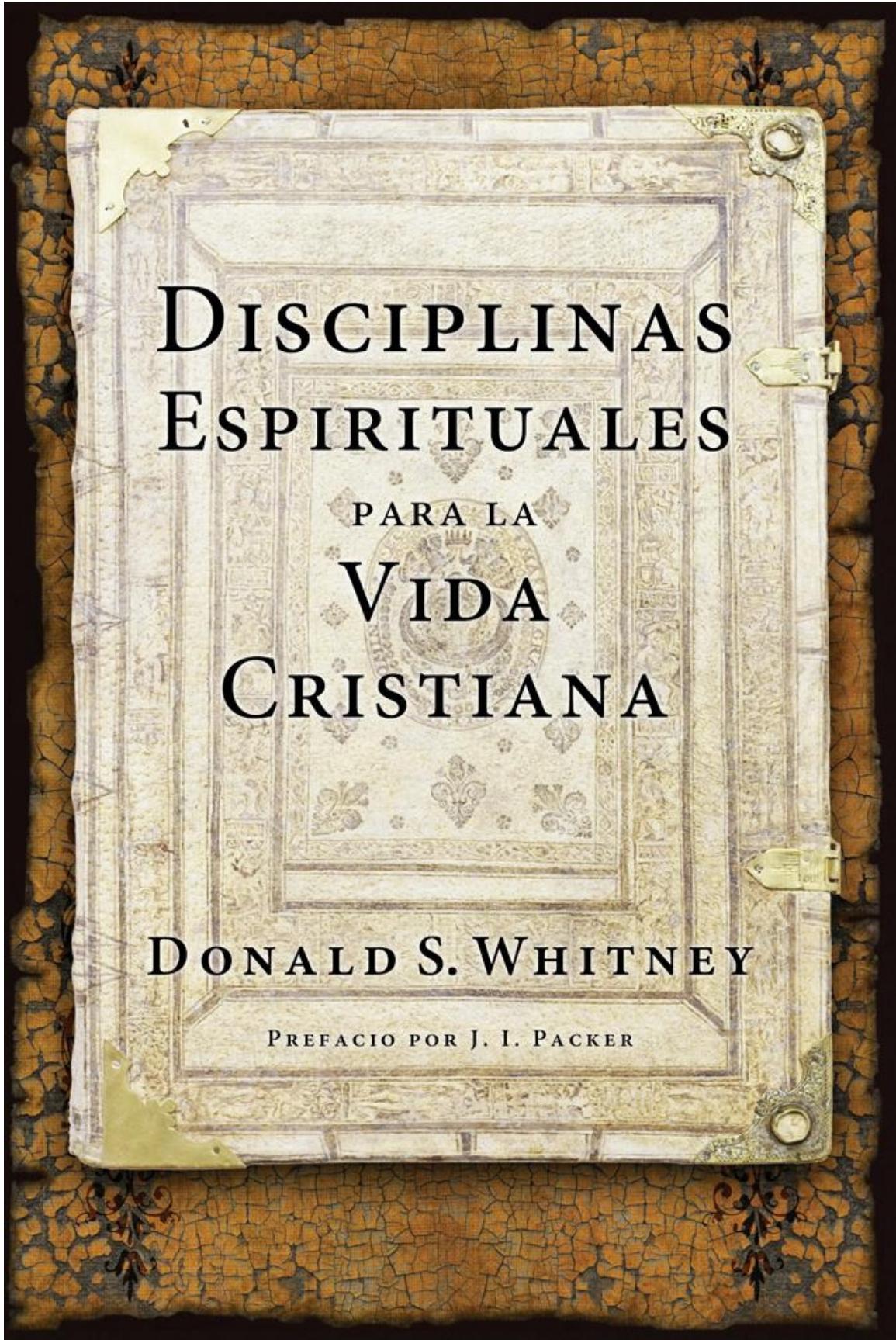


**DISCIPLINAS
ESPIRITUALES
PARA LA
VIDA
CRISTIANA**

DONALD S. WHITNEY

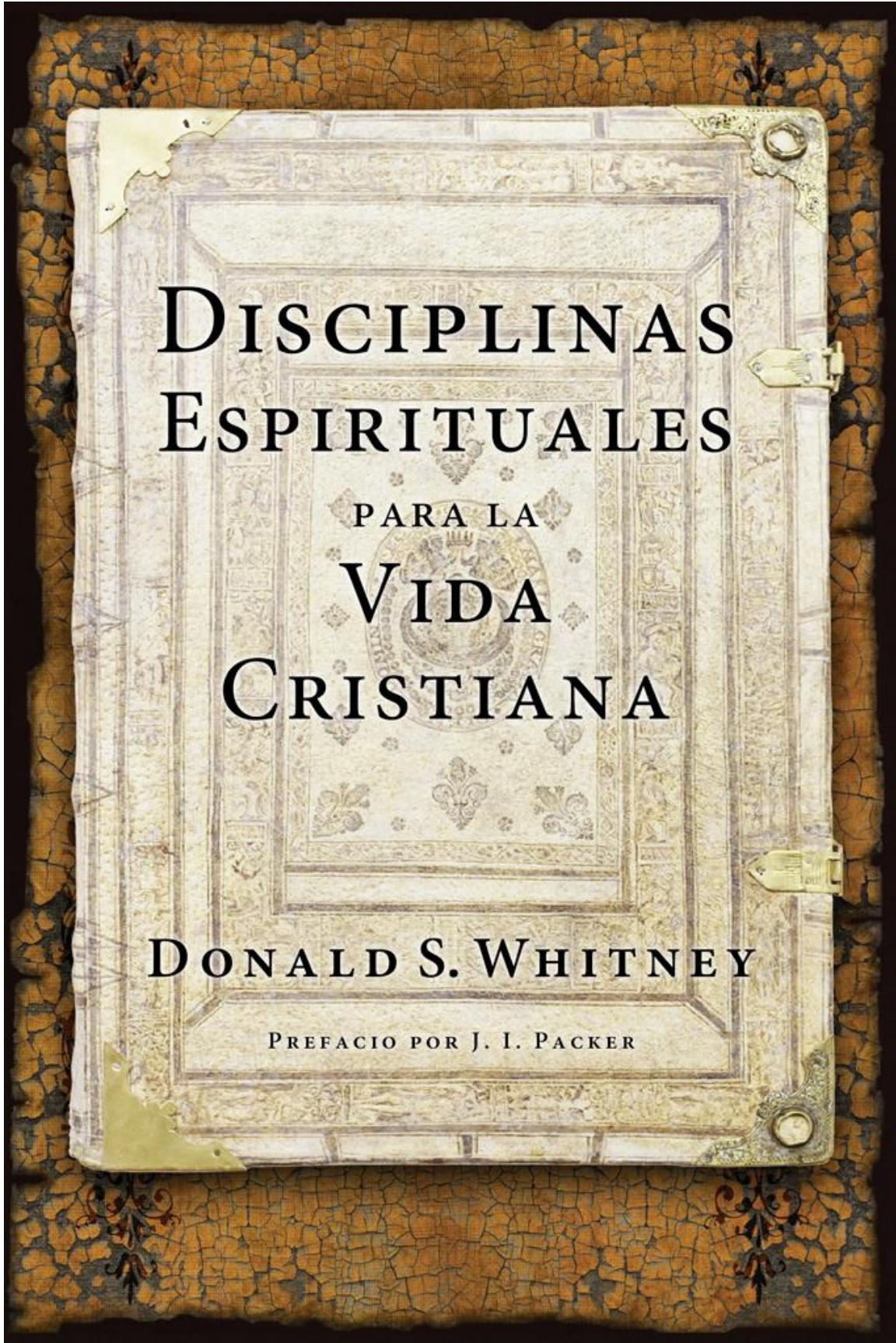
PREFACIO POR J. I. PACKER



**DISCIPLINAS
ESPIRITUALES
PARA LA
VIDA
CRISTIANA**

DONALD S. WHITNEY

PREFACIO POR J. I. PACKER

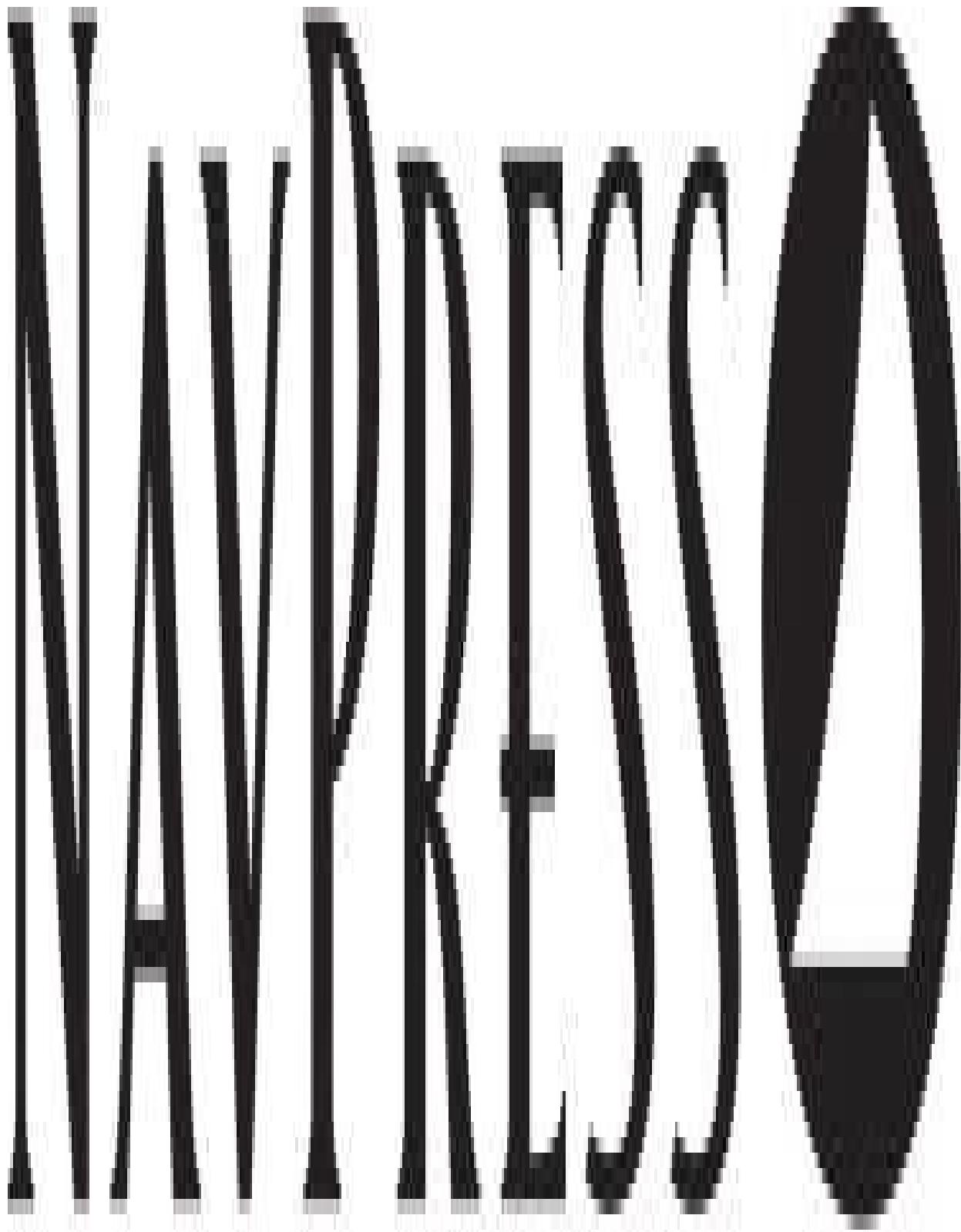


**DISCIPLINAS
ESPIRITUALES
PARA LA
VIDA
CRISTIANA**

DONALD S. WHITNEY



*Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*



NavPress es el ministerio editorial de Los Navegantes, una organización cristiana internacional y líder en el desarrollo espiritual. NavPress está dedicada a ayudar a la gente a crecer espiritualmente y a disfrutar de vidas con propósito y esperanza, mediante recursos personales y de grupo que están fundamentados en la Biblia, que son culturalmente pertinentes y altamente prácticos.

Para más información, visite www.NavPress.com.

Disciplinas espirituales para la vida cristiana

Un recurso de NavPress publicado por Tyndale House Publishers, Inc.

Originally published in the U.S.A. under the title Spiritual Disciplines for the Christian Life by Donald S. Whitney. Copyright © 1991, 2014 by Donald S. Whitney.

Spanish edition © 2016 by Tyndale House Publishers, Inc., with permission of NavPress. All rights reserved.

Originalmente publicado en inglés en EE.UU. bajo el título Spiritual Disciplines for the Christian Life por Donald S. Whitney. © 1991, 2014 por Donald S. Whitney.

Edición en español © 2016 por Tyndale House Publishers, Inc., con permiso de NavPress. Todos los derechos reservados.

NAVPRESS y el logotipo de NAVPRESS son marcas registradas de NavPress, Los Navegantes, Colorado Springs, CO. La ausencia del símbolo ® con relación a las marcas de NavPress u otras partes no indica ausencia de registro de esas marcas. TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Imagen de la portada por Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Traducción al español: Adriana Powell Traducciones

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con NVI han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI®. © 1999 por Bíblica, Inc.® Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Los versículos bíblicos indicados con DHH han sido tomados de la versión Dios habla hoy®, © 1966, 1970, 1979, 1983, 1996 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con RVR60 han sido tomados de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con RVC han sido tomados de la versión Reina Valera Contemporánea © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

Los versículos bíblicos indicados con LBLA han sido tomados de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El versículo bíblico indicado con NASB ha sido tomado de la New American Standard Bible®, © 1960, 1962, 1963, 1968, 1971, 1972, 1973, 1975, 1977, 1995 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

Algunas de las historias anecdóticas de este libro son de la vida real y se incluyen con el permiso de las personas involucradas. Todas las demás ilustraciones son una combinación de situaciones reales, y cualquier parecido con personas vivas o fallecidas es pura coincidencia.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

ISBN 978-1-4964-1131-0

Build: 2017-10-11 16:17:42

CONTENIDO

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1: Las Disciplinas Espirituales... para la piedad](#)

[Capítulo 2: La asimilación de la Biblia \(Parte 1\)... para la piedad](#)

[Capítulo 3: La asimilación de la Biblia \(Parte 2\)... para la piedad](#)

[Capítulo 4: La oración... para la piedad](#)

[Capítulo 5: La adoración... para la piedad](#)

[Capítulo 6: La evangelización... para la piedad](#)

[Capítulo 7: El servicio... para la piedad](#)

[Capítulo 8: La mayordomía... para la piedad](#)

[Capítulo 9: El ayuno... para la piedad](#)

[Capítulo 10: El silencio y el retiro... para la piedad](#)

[Capítulo 11: Escribir un diario... para la piedad](#)

[Capítulo 12: Aprender... para la piedad](#)

[Capítulo 13: La perseverancia en las Disciplinas... para la piedad](#)

[Notas](#)

[Acerca del autor](#)

[Índice de referencias bíblicas](#)

[Índice de temas](#)

AGRADECIMIENTOS

Doy las gracias a todos los pastores, maestros, líderes de estudios bíblicos, ministros para solteros, estudiantes universitarios y jóvenes, y todos los demás discipuladores de todas las iglesias locales que usaron la primera edición de este libro.

Gracias a todos los estudiantes que han cursado conmigo la clase de «Disciplinas espirituales personales» en el seminario y que leyeron la versión original de este libro como parte del estudio del curso.

Gracias a todos los alumnos de institutos, universidades, seminarios y otras instituciones educativas que lo han estudiado como libro de texto.

Gracias a todas las personas que, en todo el mundo, han leído el libro en una de las versiones traducidas a otros idiomas.

Gracias a todos los que han leído un ejemplar digital de la edición original.

Gracias a quienes han escuchado la versión en audio del libro en inglés.

Gracias a los muchos amigos dentro y fuera de NavPress que me ayudaron con la publicación original y con la revisión de este libro. Yo sé quiénes son. Y sobre todo, el Señor lo sabe (Hebreos 6:10).

Gracias a Caffy, que pacientemente soportó mucho para que yo pudiera escribir este libro, y a ambas, Caffy y Laurelen (que no había nacido cuando lo escribí por primera vez), que pacientemente soportaron mucho para que pudiera revisarlo.

Me siento conmovido y honrado por todos ustedes.

En todos los casos, que el Señor traiga muchos frutos duraderos en sus vidas por medio de este libro.

PRÓLOGO

Me pidieron que escribiera el prólogo de este libro antes de verlo. Ahora, después de haberlo leído, creo que de todas maneras me habría ofrecido para esta tarea, para dejar constancia de que quiero recomendar a todos los cristianos que lean lo que Don Whitney escribió; de hecho, que lo lean tres veces, con un intervalo de un mes (definitivamente no menos, e idealmente, creo yo, no más) entre una lectura y otra. Esto no solo le permitirá meterse de lleno en el libro, sino que, además, le brindará una imagen realista en cuanto a su seriedad, o la falta de ella, como discípulo de Jesús. Su primera lectura le mostrará varias cosas en particular que debería empezar a hacer. En la segunda y tercera lecturas (para las que debería elegir una fecha el día que haya finalizado la lectura anterior), se encontrará examinando lo que ha hecho y cómo le fue al hacerlo. Eso le hará muy bien, aun si al principio el descubrimiento sea un poco impactante.

Desde que Richard Foster tuvo éxito con su Alabanza a la disciplina, discutir las diversas disciplinas espirituales se ha convertido en un elemento esencial del habla cristiano conservador en Estados Unidos. Esto es algo bueno. La doctrina de las disciplinas (en latín, *disciplinae*, que significa «cursos de aprendizaje y entrenamiento») realmente es la reafirmación y la prolongación de la enseñanza protestante clásica sobre los medios de la gracia (la Palabra de Dios, la oración, la comunión, la Cena del Señor). Las bases espirituales de Don Whitney se afianzan, afortunadamente, en la sabiduría de la Biblia —como explicaron en detalle los puritanos y los maestros evangélicos más antiguos—, y él marca el camino de la disciplina con un estilo firme. Los cimientos que pone son evangélicos, no legalistas. En otras palabras, nos llama a buscar la piedad practicando las disciplinas con gratitud por la gracia que nos ha salvado, no como un esfuerzo para buscar la justicia propia o mejorar nuestra condición. Lo que él edifica sobre estos cimientos es tanto beneficioso como sólido. En verdad, nos muestra el camino de la vida.

Si, entonces, como cristiano, usted realmente quiere ser auténtico con su Dios, y superar la etapa de andar con juegos con usted mismo y con él, este libro le proporciona una ayuda práctica. Hace siglo y medio, el profesor escocés «Rabbi» Duncan mandó a sus alumnos a leer al puritano John Owen sobre el

pecado que mora en nosotros, con la advertencia: «Pero, caballeros, prepárense para el cuchillo». Al cederle el espacio a Don Whitney, yo le diría a usted: «Ahora, amigo, prepárese para el entrenamiento». Y encontrará salud para su alma.

—J. I. Packer

CAPÍTULO 1

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES... PARA LA PIEDAD

La nuestra es una época indisciplinada. Las disciplinas antiguas se vienen abajo... Sobre todo, se hace burla de la disciplina de la gracia como legalismo, o es totalmente ajena para una generación que, en gran medida, es analfabeta en las Escrituras. Necesitamos la fuerza resistente del carácter cristiano que solo puede provenir de la disciplina.

V. RAYMOND EDMAN

La disciplina sin rumbo es un trabajo pesado.

Imagínese a Kevin, de seis años, cuyos padres lo inscribieron en clases de música. Todas las tardes, después de la escuela, e incitado por su madre, camina encorvado a la sala y rasguea las canciones que tiene que practicar pero que no le gustan, mientras mira a sus compañeros que juegan al béisbol en el parque al otro lado de la calle. Así es la disciplina sin rumbo; es un trabajo pesado.

Ahora imagine que a Kevin lo visita un ángel una tarde mientras él practica la guitarra. En una visión, es transportado al Carnegie Hall. El ángel le muestra a un guitarrista virtuoso que está dando un concierto. Generalmente lo aburre la música clásica, pero Kevin está asombrado por lo que ve y escucha. Los dedos del músico bailan sobre las cuerdas con fluidez y elegancia. Kevin piensa en lo ineptas y toscas que se sienten sus propias manos cuando se detienen y vacilan sobre las cuerdas. El virtuoso mezcla notas nítidas y altas en un aroma musical que flota desde su guitarra. Kevin recuerda la disonancia, monótona e irritante, que sale torpemente de la suya.

Pero Kevin está cautivado. Su cabeza se inclina hacia un costado mientras

escucha. Absorbe todo. Nunca imaginó que alguien pudiera tocar así la guitarra.

—¿Qué te parece, Kevin? —pregunta el ángel.

La respuesta es el «¡Va-ya!» suave y lento de un niño de seis años.

La visión se esfuma y el ángel está nuevamente de pie frente a Kevin en la sala de su casa.

—Kevin —dice el ángel—, el músico maravilloso que viste eres tú dentro de unos años. —Luego, señalando la guitarra, el ángel declara—: ¡Pero tienes que practicar!

De pronto, el ángel desaparece y Kevin se encuentra solo con su guitarra. ¿Cree usted que su actitud hacia la práctica será diferente ahora? Siempre y cuando recuerde en qué va a convertirse, la disciplina de Kevin tendrá un rumbo, una meta que lo encaminará hacia el futuro. Sí, implicará un esfuerzo, pero difícilmente podría llamársele trabajo pesado.

Cuando se trata de la disciplina en la vida cristiana, muchos creyentes se sienten como se sentía Kevin con respecto a la práctica de la guitarra: es una disciplina sin rumbo. La oración amenaza ser un trabajo pesado. El valor práctico de meditar en las Escrituras parece incierto. El verdadero propósito de una disciplina como el ayuno a menudo es un misterio.

Primero tenemos que entender en qué nos convertiremos. La Biblia dice acerca de los elegidos de Dios: «Pues Dios conoció a los suyos de antemano y los eligió para que llegaran a ser como su Hijo» (Romanos 8:29). El plan eterno de Dios asegura que cada cristiano, al final, llegará a ser como Cristo. Seremos transformados «cuando Cristo venga» de manera que «seremos como él» (1 Juan 3:2). Si usted ha nacido de nuevo (vea Juan 3:3-8), eso no es una visión; ese es usted, cristiano, tan pronto como «Cristo venga».

Entonces, ¿por qué hablar de disciplina? Si Dios ha predestinado que seamos como Cristo, ¿en dónde encaja la disciplina? ¿Por qué no simplemente nos desplazamos hasta la prometida semejanza a Cristo y nos olvidamos de la disciplina?

Aunque Dios nos concederá la semejanza a Cristo cuando Jesús vuelva, mientras tanto, él quiere que crezcamos hacia ella. No debemos simplemente esperar la

santidad; debemos buscarla. «Busquen la paz con todos», se nos ordenó en Hebreos 12:14 (NVI), «y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». Preste especial atención a lo que dice: Sin la santidad, es decir, la semejanza a Cristo o la piedad, nadie verá al Señor, sin importar cuántas veces haya ido a la iglesia, con qué frecuencia se haya involucrado en actividades religiosas ni cuán espiritual crea que es.

Es crucial, crucial, entender que no es nuestra búsqueda de la santidad lo que nos habilita para ver al Señor. Más bien, el Señor mismo es el que nos habilita para ver al Señor, no las cosas buenas que hacemos. Nosotros no podemos producir la rectitud suficiente para causarle una buena impresión a Dios y ganar la entrada al cielo. En cambio, podemos presentarnos ante Dios únicamente con la rectitud que alguien más, Jesucristo, logró. Solo Jesús vivió una vida lo suficientemente buena para ser aceptado por Dios y ser digno de entrar al cielo. Y pudo hacerlo porque él era Dios encarnado. Tener una vida perfecta lo habilitó para ser el sacrificio que el Padre acepta en representación de otros que, por el pecado, se descalifican a sí mismos para el cielo y para tener una relación con Dios. Como prueba de que Dios aceptó la vida y el sacrificio de Jesús, Dios lo resucitó de entre los muertos. En otras palabras, Jesús vivió una vida perfectamente recta, en completa obediencia a los mandamientos de Dios, y lo hizo para darles el mérito de toda esa obediencia y rectitud a aquellos que no habían cumplido con toda la Ley de Dios, y murió por ellos en una cruz romana para recibir el castigo que merecían por todos sus pecados contra la Ley de Dios.

Como consecuencia, todos los que se acercan a Dios confiando en que la persona y la obra de Jesús arreglan su situación con Dios reciben al Espíritu Santo (vea Efesios 1:13-14). La presencia del Espíritu Santo hace que todos aquellos en los que él mora tengan nuevos deseos santos que antes no tenían. Por ejemplo, desean la Santa Palabra de Dios, la Biblia, que solía resultarles aburrida o irrelevante. Tienen nuevos anhelos santos, como el anhelo de vivir en un cuerpo sin pecado y de tener una mente que ya no sea tentada por el pecado. Ansían vivir en un mundo santo y perfecto, con personas santas y perfectas, y ver, al fin, al Único al que los ángeles alaban perpetuamente diciendo: «santo, santo, santo» (Apocalipsis 4:8). Esto es parte del corazón de todas las personas en las que habita el Espíritu Santo. Por consiguiente, cuando el Espíritu Santo vive dentro de alguien, esa persona comienza a valorar y a buscar la santidad. De esa manera, como vimos en Hebreos 12:14, el que no se esfuerce por la santidad, no verá al Señor. La razón por la que esa persona no verá al Señor en la eternidad es porque ahora no conoce al Señor, pues quienes lo conocen reciben su Espíritu

Santo, y todos aquellos en quienes mora el Espíritu Santo se ven impulsados a buscar la santidad.

Por lo tanto, la pregunta apremiante que cada cristiano debería hacerse es: «¿Cómo, entonces, debo dedicarme a la santidad, la santidad sin la que no veré al Señor? ¿Cómo puedo llegar a ser más semejante a Jesucristo?».

En 1 Timoteo 4:7 encontramos una respuesta clara: «Disciplínate a ti mismo para la piedad» (LBLA). En otras palabras, si su meta es la piedad —y la piedad es su meta si el Espíritu Santo mora en usted, pues él hace que la piedad sea su propósito— ¿cómo puede, entonces, perseguir ese propósito? De acuerdo con este versículo, usted se disciplina a sí mismo para la piedad.

Este versículo es el tema de todo el libro. En este capítulo intentaré desarrollar su significado; el resto del libro es un esfuerzo por aplicarlo de maneras prácticas. Me referiré a las formas bíblicas con las que los cristianos se disciplinan a sí mismos en obediencia a este versículo como Disciplinas Espirituales. Sostendré que el único camino a la madurez y a la piedad cristiana (término bíblico, sinónimo de ser como Cristo y santidad) pasa por la práctica de las Disciplinas Espirituales. Haré énfasis en que la piedad es la meta de las Disciplinas y que, cuando recordamos esto, las Disciplinas Espirituales se convierten en un deleite, en lugar de un trabajo pesado.

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: ¿QUÉ SON?

Las Disciplinas Espirituales^[1] son aquellas prácticas que se encuentran en las Escrituras que promueven el crecimiento espiritual entre los que creen en el evangelio de Jesucristo. Son los hábitos de devoción y cristianismo experiencial que el pueblo de Dios ha practicado desde los tiempos bíblicos. Las Disciplinas podrían describirse de varias maneras.

En primer lugar, la Biblia recomienda las Disciplinas Espirituales tanto personales como interpersonales. Este libro trata sobre las Disciplinas Espirituales personales, pero estas no son más importantes que las Disciplinas Espirituales interpersonales, aunque se haga énfasis en ellas más frecuentemente

en gran parte de la literatura sobre el crecimiento espiritual[2]. De manera que, aunque ciertas Disciplinas se practican a solas, algunas son para practicarlas con otras personas. Las primeras son Disciplinas Espirituales personales, y las segundas son Disciplinas Espirituales interpersonales. Por ejemplo, los cristianos deben leer y estudiar la Palabra de Dios a solas (Disciplinas Espirituales personales), pero también deben escuchar la lectura de la Biblia y estudiarla con la iglesia (Disciplinas Espirituales interpersonales). Los cristianos tienen que adorar a Dios en privado, pero también deben adorarlo públicamente con su pueblo. Algunas Disciplinas Espirituales, por su naturaleza, se practican a solas, como el llevar un diario, el retiro y el ayuno (aunque a veces los individuos participen en un ayuno congregacional). Otras Disciplinas son congregacionales por naturaleza, como fraternizar, escuchar la predicación de la Palabra de Dios y la participación de la Cena del Señor, todo lo cual requiere de la presencia de varias personas.

Tanto las Disciplinas personales como las interpersonales son instrumentos de bendición para los seguidores de Jesús y son parte del crecimiento en la piedad, pues la Biblia enseña ambas. Además, Jesús practicó las dos, y el propósito de practicar las Disciplinas es llegar a ser como Jesús. De esa manera, por ejemplo, la Biblia nos dice, al menos en cuatro oportunidades, que Jesús se quedó a solas para orar (Mateo 4:1; 14:23; Marcos 1:35; Lucas 4:42), practicando, de este modo, las Disciplinas Espirituales personales. Además, en Lucas 4:16 se nos dice que «según su costumbre, [Jesús] entró en la sinagoga el día de reposo» (LBLA), involucrándose así en las Disciplinas Espirituales interpersonales.

Tal vez cada uno de nosotros se inclina un poco más hacia las Disciplinas que se practican individualmente, o a las que se practican en grupo. Algunos, por ejemplo, quizá piensan que pueden ser todo lo que Dios quiere que sean aun sin la iglesia local, solo practicando fielmente las Disciplinas Espirituales personales. Otros quizá se engañen creyendo que pueden progresar espiritualmente lo suficiente si se comprometen mucho en la vida de su iglesia y piensan que, de alguna manera, su participación en actividades eclesiásticas significativas compensará la falta de una vida de devoción personal. Sin embargo, inclinarnos demasiado hacia nuestra propia predisposición personal nos desestabilizará y deformará nuestra búsqueda de la santidad. Los cristianos son individuos, pero también son parte del cuerpo de Cristo. Experimentamos a Dios y crecemos en su gracia por medio de las Disciplinas Espirituales personales así como de las interpersonales. Entonces, aunque este libro trata de las Disciplinas Espirituales personales, entienda que la semejanza a Cristo

también requiere la búsqueda de Dios a través de las Disciplinas Espirituales interpersonales.

Segundo, las Disciplinas Espirituales son actividades, no actitudes. Las Disciplinas son prácticas, no atributos del carácter, manifestaciones de la gracia o «fruto del Espíritu» (Gálatas 5:22-23, NVI). Las Disciplinas son cosas que usted hace, como leer, meditar, orar, ayunar, adorar, servir, aprender, etcétera. El objetivo de practicar una Disciplina en particular, desde luego, no tiene que ver tanto con hacer como con ser, es decir, ser como Jesús. Pero la manera bíblica de crecer para ser más como Jesús es mediante el hacer las Disciplinas Espirituales bíblicas con la motivación apropiada. Observe nuevamente: «Disciplínate a ti mismo para la piedad». La piedad —ser como Jesús— es el propósito, pero el camino dado por Dios para ese propósito es a través de determinadas actividades que se encuentran en las Escrituras, conocidas como las Disciplinas Espirituales. Para decirlo de otra manera, hay prácticas específicas que debemos hacer algunas veces que cultivan, en general, el ser como Jesús todo el tiempo. Entonces, ayunar es una Disciplina Espiritual porque es algo que usted hace. El gozo, estrictamente hablando, no es una Disciplina Espiritual porque es algo que usted siente, no algo que hace. El ayuno en sí no es el objetivo; más bien, el gozo es parte del objetivo de ayunar porque el gozo es una cualidad que refleja a Cristo. El gozo no le llega si usted es espiritualmente pasivo; más bien, el gozo se cultiva; pero el gozo se cultiva con las cosas que usted hace. Y las «cosas que hace» que cultivan el gozo que refleja a Cristo son las Disciplinas Espirituales.

Tercero, quiero limitar el tema de este libro a aquellas Disciplinas Espirituales que son bíblicas; es decir, a las prácticas que la Biblia enseña o expone. Sin esta limitación, nos exponemos a llamar Disciplina Espiritual a cualquier cosa que nos guste. En ese sentido, alguien podría afirmar: «La jardinería es una Disciplina Espiritual para mí», o «hacer ejercicio es una de mis Disciplinas Espirituales», o afirmar que algún otro pasatiempo o hábito placentero es una Disciplina Espiritual válida. Uno de los problemas que tiene ese enfoque es que puede tentar a las personas a aseverar algo como: «Quizá a usted le sirva la meditación en las Escrituras, pero la jardinería es tan buena para mi alma como la Biblia lo es para la suya». Y el resultado es que prácticamente cualquier cosa puede definirse como una Disciplina Espiritual y, peor aún, significa que nosotros mismos determinamos cuáles son las mejores prácticas para nuestra salud espiritual y nuestra madurez, en lugar de aceptar las que Dios ha revelado en las Escrituras. Creo que se puede argumentar, en mayor o menor grado a favor de cada una, que las siguientes Disciplinas Espirituales personales se

recomiendan en las Escrituras: el estudio de la Biblia, la oración, la adoración, la evangelización, el servicio, la mayordomía, el ayuno, el silencio y el retiro, el escribir un diario y el aprendizaje. ¿Es una lista exhaustiva? No, no me atrevería a afirmarlo. Un sondeo de otras publicaciones sobre el tema revelaría otras posibles candidatas a considerarse como Disciplinas Espirituales bíblicas que practican los cristianos individualmente. Pero sí creo que puede argumentarse que las consideradas en estas páginas son las más destacadas en las Escrituras.

Cuarto, este libro sostiene que las Disciplinas Espirituales que se encuentran en las Escrituras son suficientes para conocer y experimentar a Dios, y para crecer en la semejanza a Cristo. Esto se basa en el hecho de que «Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra» (2 Timoteo 3:16-17, NVI). Estos versículos nos dicen que las Escrituras, por ser inspiradas por Dios, dan la guía que los cristianos necesitamos para estar «enteramente [capacitados] para toda buena obra», incluyendo la buena obra de buscar la piedad. Así que, lo menos que podemos decir de cualquier otra cosa que una persona pueda afirmar sobre los beneficios espirituales que recibe de una práctica que no está en la Biblia, es que esa actividad no es necesaria. Si fuera necesaria para la madurez espiritual y para el progreso en la santidad, habría sido registrada y promovida en las Escrituras.

Quinto, las Disciplinas Espirituales son prácticas derivadas del evangelio, no divorciadas del evangelio. Cuando las Disciplinas se practican correctamente, nos llevan más profundamente en el evangelio de Jesús y sus glorias; no nos alejan de él, como si hubiéramos pasado a niveles de cristianismo más avanzados. El erudito en el Nuevo Testamento, D. A. Carson, lo expresa elocuentemente:

El evangelio no es un tema secundario que trata del punto de entrada al camino cristiano, que va seguido de una gran cantidad de material que, en realidad, da lugar a la transformación de la vida. Sectores muy grandes del evangelicalismo simplemente presuponen que ese es el caso. Se argumenta que predicar el evangelio es proclamar cómo ser salvos de la condenación de Dios; creer en el evangelio garantiza que usted no irá al infierno. Pero para que se produzca la verdadera transformación, usted necesita llevar muchos cursos de discipulado, cursos de enriquecimiento espiritual, cursos de «profundización» en las

disciplinas espirituales y cosas por el estilo. Tiene que aprender a escribir un diario, o el ascetismo, o el estilo de vida sencillo, o a memorizar las Escrituras; tiene que unirse a un grupo pequeño, a un grupo al cual rendirle cuentas o [...] a un estudio bíblico. Ni por un momento se me ocurriría hablar en contra del potencial beneficioso que tienen todos esos pasos; más bien, hablo en contra de la tendencia a tratarlos como disciplinas postevangelio, disciplinas divorciadas de lo que Dios ha hecho en Cristo Jesús en el evangelio del Señor crucificado y resucitado. [...]

No lograr ver este punto tiene consecuencias enormes y nocivas. [...] En primer lugar, si el evangelio se convierte en aquello por lo que entramos al reino, pero todo el asunto de la transformación pone en marcha las disciplinas y las estrategias postevangelio, entonces constantemente estaremos enfocando la atención de las personas lejos del evangelio, lejos de la cruz y de la resurrección. Pronto, el evangelio será algo que asumimos tranquilamente que es necesario para la salvación, pero no lo que nos entusiasma, ni lo que predicamos, ni el poder de Dios. Lo que realmente importa son las disciplinas espirituales. Por supuesto, cuando le señalamos esto a alguien para quien las técnicas y las disciplinas son de suma importancia, es probable que haya una indignación instantánea. Por supuesto que creo en la cruz y en la resurrección de Jesús, dicen. Y sin duda lo creen. Pero la pregunta sigue siendo: ¿Con qué se entusiasman? ¿En qué se apoya su confianza? ¿De qué depende la esperanza de su transformación? Cuando leo, digamos, a Juliana de Norwich, encuentro una muestra de hasta dónde se puede buscar la supuesta espiritualidad, al estilo medieval, intentando contactarse directamente con Dios aparte de la dependencia deliberada en la muerte sustitutoria y la resurrección de Jesús, que son las mismísimas cuestiones que el apóstol califica como lo «más importante». Cuando la búsqueda contemporánea de la espiritualidad se distancia del evangelio de manera similar, está tomando un giro peligroso[3].

Sexto, las Disciplinas Espirituales son medios, no fines. El fin, es decir, el propósito de practicar las Disciplinas, es la piedad. Mi definición de piedad es intimidad con Cristo y conformidad a Cristo; una conformidad que es tanto interna como externa, una conformidad creciente al corazón de Cristo y a la vida de Cristo. Esta semejanza a Cristo es el objetivo, la razón por la que debemos practicar las Disciplinas. Si nuestra práctica no persigue este propósito, el cumplimiento de las Disciplinas Espirituales, independientemente de lo

consistente o enérgico que sea, es inútil y no es más que la cáscara vacía de la piedad. Así como no podemos ser piadosos sin practicar las Disciplinas, es posible practicar las Disciplinas sin ser piadosos, si las vemos como fines y no como medios. La próxima sección del capítulo está dedicada a desarrollar este aspecto crucial de la teología que está detrás de la práctica de las Disciplinas Espirituales.

Entonces, las Disciplinas Espirituales son aquellas actividades personales e interpersonales dadas por Dios en la Biblia como los medios suficientes que los creyentes en Jesucristo deben utilizar en su búsqueda de la piedad llena del Espíritu e impulsada por el evangelio, es decir, la intimidad con Cristo y la conformidad a Cristo.

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: EL MEDIO PARA UNA VIDA PIADOSA

La característica más importante de cualquier Disciplina Espiritual es su propósito. Así como es de poca utilidad practicar las escalas en la guitarra o en el piano dejando a un lado el objetivo único de tocar música, también es de poca utilidad practicar las Disciplinas Espirituales dejando a un lado el único propósito que las une (vea Colosenses 2:20-23; 1 Timoteo 4:8). Ese propósito es la piedad. Por eso, en 1 Timoteo 4:7 se nos dice que nos disciplinemos a nosotros mismos «para la piedad» (LBLA)[4].

Eso es lo que hicieron los héroes piadosos de la historia cristiana. Desde los tiempos bíblicos hasta nuestros días, las personas piadosas siempre han sido personas espiritualmente disciplinadas. Recuerde a algunos héroes de la historia de la iglesia como Agustín, Martín Lutero, Juan Calvino, John Bunyan, George Whitefield, Lady Huntingdon, Jonathan y Sarah Edwards, Charles Spurgeon, Lottie Moon, George Müller, Dawson Trotman, Jim y Elisabeth Elliot, y Martyn Lloyd-Jones. ¿Cómo desarrollaron semejante reputación de ser piadosos? No fue como si Dios los hubiera ungido deantidad de maneras que no nos ha concedido al resto de nosotros. Quizá sea cierto que él bendijo a estos creyentes en cuanto a la productividad en el ministerio de maneras que no les ha concedido a muchos otros; pero desde el punto de vista de la sumisión a Cristo, avanzaron

como lo hacen todos los cristianos: por medio de las Disciplinas Espirituales. Según mi propia experiencia cristiana pastoral y personal, puedo decir que jamás conocí a un hombre o a una mujer que llegara a la madurez espiritual salvo a través de la disciplina. La piedad se logra por medio de la disciplina.

En realidad, Dios usa tres catalizadores principales para cambiarnos y adaptarnos a la semejanza a Cristo, pero solo uno de ellos está, en gran parte, bajo nuestro control. Uno de los catalizadores que Dios utiliza para transformarnos son las personas. Dice Proverbios 27:17: «El hierro se afila con hierro, así un amigo se afila con su amigo». A veces, Dios usa a nuestros amigos para que nos enfoquemos en una vida más semejante a Cristo, y a veces usa a nuestros enemigos para pulir nuestros bordes ásperos e impíos. Padres, hijos, cónyuges, compañeros de trabajo, clientes, maestros, vecinos, pastores: Dios nos transforma por medio de estas personas.

Otro agente de cambio que Dios usa en nuestra vida son las circunstancias. El clásico texto para esto es Romanos 8:28: «Sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos». Las manos de la Divina Providencia usan las presiones económicas, las condiciones físicas e incluso el clima para estimular a sus elegidos a la santidad.

Luego está el catalizador de las Disciplinas Espirituales. La diferencia entre este catalizador y los dos primeros es que cuando Dios usa las Disciplinas, obra fundamentalmente de adentro hacia afuera. Cuando nos transforma por medio de las personas y las circunstancias, el proceso funciona principalmente de afuera hacia adentro. Las Disciplinas Espirituales también difieren de los otros dos métodos de transformación en el hecho de que Dios nos concede una mayor medida de elección en cuanto a la participación en las Disciplinas. Muchas veces tenemos poca capacidad de elección en cuanto a las personas y las circunstancias que Dios pone en nuestra vida, pero podemos decidir, por ejemplo, si hoy leeremos la Biblia o ayunaremos.

Así que, por un lado, reconocemos que hasta la autodisciplina más férrea, por sí misma, no nos hará más santos; más bien, puede hacernos más parecidos a los fariseos. El crecimiento en la santidad es un regalo de Dios (vea Juan 17:17; 1 Tesalonicenses 5:23; Hebreos 2:11). Por otro lado, eso no significa que no tenemos que hacer nada para procurar la santidad, más que vivir la vida que queremos hasta que, y a menos que, Dios decida hacernos santos. Lo que

tenemos que hacer es disciplinarnos a nosotros mismos con el fin de alcanzar la piedad, ejercitando las Disciplinas Espirituales que Dios nos dio como el medio para recibir su gracia y crecer en la semejanza a Cristo.

En Colosenses 1:28-29, el apóstol Pablo ilustró cómo estas dos cosas, el esfuerzo del cristiano y la obra de Dios, pueden darse simultáneamente en la persona en la que mora el Espíritu Santo. En este texto, Pablo habló de su trabajo para ayudar a los creyentes a llegar a ser «perfectos en su relación con Cristo», declarando: «Es por eso que trabajo y lUCHO con tanto empeño, apoyado en el gran poder de Cristo que actúa dentro de mí» (Colosenses 1:29). Observe que Pablo dijo que él mismo trabajaba duramente, pero luego afirmó que la energía para esta lucha provenía de Cristo. El hecho de que Pablo tuviera el deseo y el poder para el ministerio era completamente por la gracia de Dios (vea Filipenses 2:13). Si de su trabajo resultaba algún fruto perdurable, Pablo le daba toda la gloria a Dios. Sin embargo, a veces seguramente se sentía como que todo el esfuerzo era de Pablo y, al final de cada día, Pablo era el que estaba agotado por el trabajo.

Así son las cosas con las Disciplinas Espirituales. La gracia de Dios produce el deseo y el poder para ellas. Pero los cristianos deben practicar personalmente las Disciplinas. Por ejemplo, el hambre profunda e insaciable por la Biblia es un don de Dios, pero somos nosotros quienes tenemos que dar vuelta a las páginas y leer las palabras. Dios no arrastra nuestro cuerpo pasivo y lo pone frente al escritorio, ni hace que nuestras manos abran la Biblia, ni hace girar nuestros ojos de un lado al otro por las páginas, sin ningún esfuerzo de nuestra parte.

El Nuevo Testamento fue escrito originalmente en el idioma griego. La palabra traducida como «disciplina» viene de la palabra griega gumnasia, de la cual se derivan nuestros términos gimnasio y gimnasia. Esta palabra significa «ejercitar o disciplinar», que es el motivo por el que la versión Reina-Valera 1960 traduce 1 Timoteo 4:7 como «ejercítate para la piedad», LBLA como «disciplínate a ti mismo para la piedad» y la NTV como «entrénate para la sumisión a Dios». Es una palabra sudorosa, que lleva en sí el olor a gimnasio. Así que, piense en las Disciplinas Espirituales como ejercicios espirituales. Ir a su lugar favorito para orar o para escribir notas en su diario, por ejemplo, es el equivalente espiritual de ir a un gimnasio y usar una máquina para levantar pesas. Del mismo modo que las disciplinas físicas como esta estimulan la fuerza corporal, las Disciplinas Espirituales promueven la piedad.

Una historia bíblica que ilustra otra manera de pensar en el rol de las Disciplinas

Espirituales está en Lucas 19:1-10. Es el famoso relato de la conversión de Zaqueo, el cobrador de impuestos. Como era tan bajo de estatura, Zaqueo no podía ver a Jesús entre la multitud. Así que se adelantó y se subió a una higuera sicómoro para ver a Jesús cuando pasara. Cuando Jesús llegó al lugar, miró hacia arriba, llamó a Zaqueo por su nombre y le dijo que bajara. Ambos se fueron a la casa del cobrador de impuestos, donde él creyó en Jesús para su salvación y decidió entregar la mitad de sus posesiones a los pobres y devolver con intereses todos los impuestos que había tomado ilegalmente.

Piense en las Disciplinas Espirituales como maneras en las que podemos ponernos espiritualmente en el camino de la gracia de Dios y buscarlo, así como Zaqueo se colocó físicamente en el camino de Jesús y lo buscó. El Señor, por medio de su Espíritu, todavía recorre ciertos caminos, caminos que él mismo ha ordenado y revelado en las Escrituras. A estos caminos los llamamos Disciplinas Espirituales, y si nos ponemos en ellos y lo buscamos a él allí por fe, podemos esperar encontrarlo. Por ejemplo, cuando vamos a la Biblia o cuando nos dedicamos a cualquiera de las Disciplinas bíblicas, mirando por fe a Dios a través de ellas, podemos esperar experimentar a Dios. Así como sucedió con este cobrador de impuestos, lo encontraremos dispuesto a tener misericordia de nosotros y a tener comunión con nosotros. Con el tiempo, él también nos transformará de un nivel de la semejanza a Cristo a otro (vea 2 Corintios 3:18). Así que, nuevamente, por medio de estas prácticas que tienen base en la Biblia, conscientemente nos colocamos ante Dios con la expectativa de disfrutar su presencia y de recibir su gracia transformadora.

Tom Landry, el entrenador del equipo de fútbol americano Dallas Cowboys durante más de treinta años, dijo: «El trabajo de un entrenador de fútbol es hacer que los hombres hagan lo que no quieren hacer para lograr lo que siempre han querido ser»[5]. Casi de la misma manera, los cristianos están llamados a obligarse a sí mismos, por el poder del Espíritu, a hacer lo que naturalmente no harían —practicar las Disciplinas Espirituales— para experimentar aquello que el Espíritu les hace desear, es decir, estar con Cristo y ser como Cristo. Dicen las Escrituras: «Disciplínate a ti mismo para la piedad».

LAS DISCIPLINAS ESPIRITUALES: LA VOLUNTAD DE DIOS PARA LOS CRISTIANOS

El idioma original de las palabras «disciplíname a ti mismo para la piedad» indica claramente que es una orden de Dios, no simplemente una sugerencia. La santidad no es una opción para los que afirman ser hijos del Santísimo (vea 1 Pedro 1:15-16), y el medio para la santidad, es decir, las Disciplinas Espirituales, tampoco es una opción.

La expectativa de una espiritualidad disciplinada está implícita en el ofrecimiento de Jesús en Mateo 11:29: «Pónganse mi yugo. Déjenme enseñarles». Lo mismo es cierto en esta propuesta de discipulado: «Entonces dijo a la multitud: “Si alguno de ustedes quiere ser mi seguidor, tiene que abandonar su manera egoísta de vivir, tomar su cruz cada día y seguirme”» (Lucas 9:23). Estos versículos nos dicen que ser un discípulo de Jesús significa, por lo menos, aprender de él y seguirlo. Eso es lo que hicieron los doce apóstoles de Jesús: lo siguieron a todas partes y, mientras lo hacían, aprendían de él. Pero para seguir a Jesús se requería disciplina; ellos tenían que ir adonde él iba, cuando él lo hacía. Seguir a Jesús hoy día y aprender de él todavía involucra disciplina porque usted no sigue a alguien por casualidad, al menos no por mucho tiempo, ni aprende tanto accidentalmente como lo hace por medio de la disciplina. ¿Es usted un seguidor disciplinado de Jesús?

El hecho de que la disciplina esté en el corazón del discipulado se valida en 2 Timoteo 1:7, que dice: «Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina». El componente clave de este control propio en el seguidor de Jesús es la autodisciplina espiritual. Además, Gálatas 5:22-23 declara que una evidencia de la influencia de este espíritu de control propio dado por Dios es un mayor control propio en nuestra vida, especialmente como seguidores y aprendices de Jesús.

El Señor Jesús no solo espera estas Disciplinas Espirituales bíblicas de quienes lo siguen, sino que él es el modelo de la disciplina para el propósito de una vida piadosa. Si nosotros vamos a ser como Cristo, tenemos que vivir como Cristo vivió, en la medida en que podamos hacerlo como seres humanos pecadores. Nosotros no podemos hacer lo que Jesús hizo como Dios, pero vivir una vida cristiana significa que debemos buscar seguir su ejemplo humano de cómo vive una persona en comunión con el Padre. Aunque Jesús es mucho más que nuestro ejemplo de espiritualidad, pues también es nuestro Señor, nuestro Rey, nuestro Salvador, nuestro Sustituto, nuestra Justicia, nuestro Juez y muchas otras cosas

para nosotros, también es nuestro ejemplo de espiritualidad. Y cuando pensamos en Jesús, vemos un ejemplo de piedad personal disciplinada, un ejemplo de cómo vivir en constante comuniación con Dios.

A pesar del ejemplo de Jesús y de la enseñanza del Nuevo Testamento acerca del cristianismo como una vida de espiritualidad disciplinada, muchos cristianos profesos son indisciplinados espiritualmente, y parece que en su vida tienen poco poder y pocos frutos semejantes a los de Cristo. Sin embargo, muchos de esos cristianos son notablemente disciplinados en otras áreas de su vida. He visto hombres y mujeres que se autodisciplinan con fervor para sobresalir en su profesión, pero que se disciplinan muy poco «para la piedad». Estoy seguro de que usted ha visto personas que dedican tiempo a aprender a tocar un instrumento, sabiendo que se requieren innumerables horas para adquirir las destrezas; que entran mucho para mejorar su rendimiento deportivo, sabiendo que se requiere trabajo para llegar a ser competentes; que se comprometen con un largo plan de estudio intensivo para obtener un título, sabiendo que se requiere sacrificio para tener éxito. Y luego, muchas de esas mismas personas renuncian rápidamente si se dan cuenta de que las Disciplinas Espirituales no son fáciles, como si llegar a ser como Jesús no requiriera mucho esfuerzo.

He visto cristianos fieles a la iglesia de Dios que muchas veces demuestran un entusiasmo genuino por las cosas de Dios y están comprometidos con la predicación de la Palabra de Dios, pero que trivializan su eficacia para el reino de Dios con la falta de disciplina. Una mujer de unos sesenta años acudió una vez a mi esposa y a mí en busca de consejo; había pasado toda su vida en iglesias conservadoras que creen en la Biblia. A lo largo de las décadas, esta fiel obrera había servido casi en cada puesto de ministerio voluntario que estaba disponible para ella. Pero, en medio de sus lágrimas, nos confesó: «Yo sé cómo hacer de todo en la iglesia, pero no sé cómo leer la Biblia y orar». Espiritualmente, las personas como ella tienen mucho conocimiento superficial. No existen los canales profundos y desgastados de la disciplina de estar en contacto con Dios. Han incursionado en todo, pero no se han disciplinado en nada.

MÁS PRÁCTICA

Es peligroso descuidar las Disciplinas Espirituales. El peligro más grande de descuidar las Disciplinas Espirituales es el de pasar por alto a Dios para siempre; no porque la devoción personal le consiga a alguien un lugar en el cielo, sino porque es lo que caracteriza a los que se dirigen hacia allá. En otras palabras, algunos que fracasan en practicar las Disciplinas las descuidan simplemente porque no las desean, y no las desean porque no tienen hambre de Dios. No conocen a Dios, por lo que los medios divinos para experimentar y disfrutar a Dios personalmente no les son atractivos. Para ellos, las Disciplinas Espirituales son deberes religiosos tediosos que deben aguantar tan poco como su conciencia o reputación se los permita, no un banquete de Dios en el que su alma hambrienta anhela alimentarse lo más posible.

Para los que sí conocen a Dios por medio del evangelio de Cristo, existe otro peligro al descuidar las Disciplinas. El fragmento seleccionado de la pluma de un escritor de hace muchos años ilustra el peligro. Al opinar sobre la diferencia entre el camino disciplinado y el indisciplinado, escribió:

Nunca se ha logrado nada sin disciplina; y muchos atletas y muchos hombres se han echado a perder porque abandonaron la disciplina y se volvieron cada vez más inactivos. Coleridge[6] es la mayor tragedia de la indisciplina. Jamás una mente tan genial produjo tan poco. Dejó la Universidad de Cambridge para incorporarse al ejército; pero abandonó el ejército porque, a pesar de toda su erudición, no podía almohazar a un caballo; volvió a Oxford y se marchó sin graduarse. Inició un periódico llamado The Watchman (El Vigilante), que vivió diez ejemplares y después dejó de existir. De él se ha dicho: «Se perdía en las visiones del trabajo que tenía por hacer, que siempre quedaba por hacer. Coleridge tenía todos los dones poéticos, excepto uno: el don del esfuerzo constante y concentrado». Tenía toda clase de libros en su cabeza y en su mente, como se decía a sí mismo: «Completos, salvo por la transcripción». «Estoy en la víspera —decía— de enviar a la imprenta dos volúmenes pequeños». Pero los libros nunca se escribieron fuera de la mente de Coleridge porque él no se sometió a la disciplina de sentarse a escribirlos. Sin disciplina, nadie ha alcanzado eminencia alguna, y nadie que la haya alcanzado, la ha mantenido jamás sin disciplina[7].

Es probable que de sus propias observaciones usted pueda nombrar atletas, músicos o estudiantes que exhibieron un potencial enorme, pero que no lograron vivir a la altura de ese potencial que Dios les dio simplemente porque no pudieron disciplinarse para practicar. Algo parecido puede pasarles a los cristianos en el terreno espiritual. Aunque pocos podemos tener los dones intelectuales o poéticos de Coleridge, todos los creyentes hemos recibido dones espirituales (vea 1 Corintios 12:4-7). No obstante, la mera presencia de los dones mentales de Coleridge aseguraban la producción de libros y poesía. Como sucede con los dones deportivos, musicales o intelectuales, los dones espirituales tienen que desarrollarse por medio de la disciplina para dar frutos espirituales. Por consiguiente, el peligro de descuidar las Disciplinas Espirituales es el peligro de producir poco fruto espiritual, y que la vida de usted signifique poco para el reino.

Hay libertad al adoptar las Disciplinas Espirituales. Muchos escuchan el término Disciplinas Espirituales y piensan en esclavitud y cargas, en cosas que tienen que hacer, no en la libertad. Sin embargo, hay una libertad en la vida cristiana que no viene a través de la indolencia, sino de la disciplina.

Podemos ilustrar este principio observando la libertad que se logra al dominar cualquier disciplina. Por ejemplo, al ver a un guitarrista consumado puntear y rasguear esas seis cuerdas, casi da la impresión de que nació con el instrumento pegado a su cuerpo. Tiene una intimidad y una libertad con la guitarra que hace que tocarla parezca una cosa fácil. Cualquiera que alguna vez haya tratado de tocar sabe que la libertad y habilidad musical de ese tipo solo se logran después de décadas de práctica disciplinada. Asimismo, la libertad que genera la disciplina no se ve solamente en los músicos competentes, sino también en los mediocampistas estelares, en los carpinteros expertos, en los ejecutivos exitosos, en los artesanos habilidosos, en los estudiantes excelentes y en las mamás que diariamente dirigen bien el hogar y la familia.

Libertad por medio de la disciplina es la idea que está detrás de lo que ha llegado a conocerse como «la regla de las diez mil horas»[8]. Es una observación basada en la investigación que dice que para convertirse en un experto en algo, para que algo llegue a ser una acción instintiva, usted debe llevar a cabo esa actividad (como tocar la guitarra) por lo menos durante diez mil horas. No se trata solamente de repetir una tarea idéntica, como tocar la misma canción durante cuatro horas al día, cinco días a la semana, cincuenta semanas al año, durante

diez años; más bien, también debe haber un esfuerzo deliberado y continuo (generalmente, bajo la guía de otro) para mejorar el desempeño general. Por consiguiente, en el caso del músico, ensayará una amplia variedad de canciones, estilos y ejercicios con tanta regularidad y con mayor complejidad en cada oportunidad, que dará como resultado una libertad cada vez más desarrollada con el instrumento.

En un sentido, podríamos llamar disciplina al «precio» que debemos pagar por la libertad. Pero Elisabeth Elliot es más concreta cuando explica que «la libertad y la disciplina han llegado a considerarse como mutuamente excluyentes, cuando, de hecho, la libertad no es en absoluto lo opuesto, sino la recompensa final, de la disciplina»[9]. Así que, aunque se hace énfasis en que la libertad requiere disciplina, no olvidemos hacer énfasis en que la disciplina nos recompensa con libertad.

¿Qué es esta libertad que da la piedad? Piense nuevamente en nuestras ilustraciones. Por ejemplo, el guitarrista virtuoso es «libre» para tocar un arreglo difícil de Segovia, mientras que yo no. ¿Por qué? Por los años que él pasó practicando disciplinadamente. De manera similar, quienes tienen la «libertad» de citar las Escrituras son los que se han disciplinado para memorizar la Palabra de Dios. Podemos experimentar un poco de libertad del letargo espiritual mediante la disciplina del ayuno. O podemos sentir un poco de libertad del egocentrismo al involucrarnos en Disciplinas como la adoración, el servicio y la evangelización. La libertad que da la piedad es la libertad de hacer lo que Dios nos llama a hacer a través de las Escrituras y la libertad de expresar los atributos del carácter de Cristo a través de nuestra propia personalidad. Este tipo de libertad es la «recompensa» o el resultado de la bendición de Dios sobre nuestro compromiso con las Disciplinas Espirituales.

Pero debemos recordar que las libertades maduras de la piedad sustentada por la disciplina no se desarrollan con una sola lectura de la Biblia, o con incursionar unas cuantas veces en algunas de las otras Disciplinas. Las Escrituras nos recuerdan que el dominio propio, como el que se manifiesta mediante las Disciplinas Espirituales, tiene que perseverar antes de que madure y se transforme en el fruto maduro de la piedad. Observe con atención la secuencia del desarrollo en 2 Pedro 1:6: «al dominio propio, perseverancia, y a la perseverancia, piedad» (LBLA). El puente entre el dominio propio fortalecido por el Espíritu y la piedad es la perseverancia. El dominio propio esporádico produce una piedad esporádica. Pero el dominio propio con perseverancia da

como resultado una más constante semejanza a Cristo. La verdadera piedad no requiere simplemente diez mil horas, sino la perseverancia de toda una vida.

Todos los cristianos están invitados a disfrutar de Dios y de las cosas de Dios a través de las Disciplinas Espirituales. Todos aquellos en quienes mora el Espíritu de Dios están invitados a saborear el gozo de un estilo de vida con las Disciplinas Espirituales cristocéntricas basadas en el evangelio.

¿Se acuerda de Kevin y su guitarra? El trabajo pesado de su práctica adquiriría un espíritu completamente nuevo al darse cuenta de que algún día tocaría para un auditorio lleno en el Carnegie Hall. La disciplina de la práctica se convertiría gradualmente en el medio para uno de los deleites más grandes de su vida.

Cualquier disciplina sin rumbo, desde practicar guitarra hasta memorizar la Biblia, es un trabajo pesado. Pero las Disciplinas Espirituales nunca son un trabajo pesado, siempre y cuando las practiquemos teniendo en mente la meta de la piedad (es decir, la intimidad con Cristo y la sumisión a Cristo). Si la imagen que usted tiene de un cristiano disciplinado es la de un semirrobot ceñudo, reservado y triste, no entendió la idea. Jesús fue el Hombre más disciplinado que existió y, sin embargo, el más feliz y vivo de verdad. Si bien él es más que nuestro ejemplo, aun así es nuestro ejemplo de disciplina. Sigámoslo hacia el gozo por medio de las Disciplinas Espirituales. Concéntrese en la persona y en la obra de Jesús en cada una de las Disciplinas. A través de ellas, aprenda de Jesús, contémplelo y disfrute lo que él es y lo que ha hecho. Por medio de las Disciplinas, deje que las verdades del evangelio restaren su alma. Involúcrese en las Disciplinas Espirituales dadas por Dios en las Escrituras, para que continuamente le hagan ver su necesidad de Cristo y la provisión infinita de gracia y misericordia que se pueden encontrar por la fe en Jesucristo.

CAPÍTULO 2

LA ASIMILACIÓN DE LA BIBLIA (PARTE 1)... PARA LA PIEDAD

La alternativa a la disciplina es el desastre.

VANCE HAVNER

Hace varios años tuve el privilegio de hacer un viaje misionero a la región de la sabana en África Oriental. Cuatro de nosotros de la iglesia que yo pastoreaba vivimos en tiendas de campaña frente al edificio incompleto de una diminuta iglesia de barro y ramas a nueve kilómetros y medio del asentamiento más cercano.

He estado fuera de mi país lo suficiente como para saber que muchas costumbres que yo he llegado a identificar con el cristianismo chocarán en algunos puntos con la cultura de nuestros anfitriones. Mis experiencias me han enseñado a esperar tragarme con dificultad algunas de mis expectativas de estadounidense (¡por no mencionar algunas otras cosas!) de cómo deben vivir los cristianos. Pero no estaba preparado para algunos de los encuentros que tuve con muchos de los cristianos profesos de ese contexto ecatorial. La mentira, el robo y la inmoralidad eran cosa de todos los días, y se aceptaban generalmente, incluso entre los líderes de la iglesia. El entendimiento teológico era tan escaso como el agua; la enfermedad del error doctrinal era tan común como la malaria.

Pronto descubrí una de las principales razones por las que esta iglesia daba la impresión de que había sido iniciada por misioneros de Corinto. Nadie tenía una Biblia: ni el pastor, ni un diácono, nadie. El pastor tenía solo media docena de sermones, todos medio desarrollados de lo que recordaba de algunas historias bíblicas. Cada seis semanas, volvía al mismo sermón. El único contacto

verdadero con las Escrituras se producía con la visita ocasional de algún misionero (el más próximo estaba a 160 kilómetros de distancia), o cuando predicaba algún trabajador denominacional de la zona. Para casi todas las personas de la iglesia, estos encuentros indirectos y poco frecuentes con la Biblia eran lo único que tenían. Solo un hombre tenía cierto grado de madurez espiritual, y era porque había vivido la mayor parte de su vida en otro lugar y había asistido a una iglesia que enseñaba la Biblia.

Los cuatro reunimos el dinero que teníamos y compramos Biblias baratas para muchos de los miembros de la iglesia. Después de la visita evangelística de cada día, dirigíamos estudios bíblicos para la iglesia en la tarde y nuevamente en la noche, a la luz de la linterna. Nos fuimos con la oración de que el Espíritu Santo hiciera que la Palabra de Dios se arraigara profundamente en esa asamblea seca de la sabana.

Muchos sacudimos la cabeza con lástima por esas condiciones tan lamentables. Sin embargo, la realidad es que muchos de nosotros tenemos más Biblias en nuestros hogares que las que tienen iglesias completas de algunas partes pobres o aisladas del mundo. Sin embargo, una cosa es no estar familiarizado con las Escrituras cuando no se tiene una Biblia, y otra cuando se tiene un estante lleno.

Ninguna Disciplina Espiritual es más importante que alimentarse de la Palabra de Dios. Nada puede reemplazarla. Simplemente, no hay una vida cristiana sana sin la dieta de la leche y la carne de las Escrituras. Las razones de esto son obvias. En la Biblia, Dios nos habla de sí mismo, y especialmente de Jesucristo, la encarnación de Dios. La Biblia nos revela la Ley de Dios y nos muestra cómo todos la hemos quebrantado. Allí nos enteramos cómo murió Cristo, como un Sustituto dispuesto y libre de pecado, por los transgresores de la Ley de Dios, y cómo debemos arrepentirnos y creer en él para estar bien con Dios. En la Biblia aprendemos los caminos y la voluntad del Señor. En las Escrituras nos enteramos de la manera en que Dios quiere que vivamos y de lo que da más alegría y satisfacción en la vida. Nada de esta información eternamente esencial se puede encontrar en ninguna otra parte, salvo en la Biblia. Por lo tanto, si queremos conocer a Dios y ser piadosos, debemos conocer íntimamente la Palabra de Dios.

No obstante, muchos de los que bostezan con confianza y asienten con la cabeza en armonía con estas declaraciones no pasan más tiempo con la Palabra de Dios en un día promedio que los que no tienen ninguna Biblia. Mi experiencia

pastoral es testigo de la validez de las encuestas que revelan que grandes cantidades de cristianos profesos apenas saben un poco más de la Biblia que los cristianos pobres que viven en lugares remotos del mundo, que no poseen ni una pizca de las Escrituras. Algún bromista ha comentado que tendríamos la peor tormenta de polvo de la historia si todos los miembros de las iglesias que descuidaban sus Biblias las desempolvaran simultáneamente.

Así que, aunque honremos la Palabra de Dios con nuestros labios, debemos confesar que nuestro corazón —al igual que nuestras manos, oídos, ojos y mente — muchas veces está lejos de ella. Independientemente de lo ocupados que lleguemos a estar con todas las cosas cristianas, debemos recordar que la costumbre más transformadora que tenemos a nuestra disposición es asimilar disciplinadamente las Escrituras.

La asimilación de la Biblia no solo es la Disciplina Espiritual más importante, también es la más amplia. En realidad, consiste de muchas subdisciplinas. Es muy parecida a una universidad que consta de muchas facultades, cada una especializada en una disciplina diferente, pero todas unidas bajo el nombre general de la universidad.

Examinemos las «facultades» o subdisciplinas de la asimilación de la Biblia, avanzando de la menos difícil a la más difícil.

ESCUCHAR LA PALABRA DE DIOS

La más fácil de las Disciplinas relacionadas con la asimilación de la Palabra de Dios es escucharla. ¿Por qué lo considero una Disciplina? Porque si no nos disciplinamos para escuchar habitualmente la Palabra de Dios, podemos escucharla únicamente de casualidad, solo cuando tenemos ganas de hacerlo, o no la escuchamos en absoluto. Para la mayoría de nosotros, disciplinarnos para escuchar la Palabra de Dios significa, fundamentalmente, desarrollar la costumbre de asistir fielmente a una iglesia que cree en la Biblia, donde la Palabra de Dios se predica fielmente.

Jesús dijo una vez: «Pero aún más bendito es todo el que escucha la palabra de

Dios y la pone en práctica» (Lucas 11:28). El objetivo no es solamente escuchar las palabras inspiradas por Dios. El propósito de todos los métodos para asimilar la Biblia es «conservarla», es decir, hacer lo que Dios dice y, de esa manera, progresar en la semejanza a Cristo. Pero el método de asimilación que Jesús estimula en este versículo es escuchar la Palabra de Dios.

Otro pasaje que enfatiza la importancia de escuchar es Romanos 10:17: «Así que la fe viene por oír, es decir, por oír la Buena Noticia acerca de Cristo». Eso no significa que una persona solamente puede llegar a la fe en Cristo si escucha las Escrituras, pues muchos se han convertido en creyentes como lo hizo Jonathan Edwards —y como lo han hecho muchas personas con discapacidad auditiva—: leyendo la Biblia. Pero este versículo se enfoca en el poder de escuchar. No obstante, podemos añadir que la mayoría de los que se convirtieron mientras leían las Escrituras, como Edwards, también se parecen a él en el hecho de que muchas veces escucharon la proclamación de la Palabra de Dios antes de su conversión. Además, así como este pasaje enseña que la fe en Cristo llega primero por escuchar la Palabra inspirada acerca de Jesucristo, para los cristianos también es cierto que gran parte de la fe que necesitamos para la vida cotidiana después de la conversión proviene de escuchar el mensaje de la Biblia. De alguna palabra bíblica sobre la provisión de Dios puede surgir la fe que necesita una familia que tiene dificultades económicas. Escuchar un sermón basado en la Biblia acerca del amor de Cristo puede ser el medio que Dios utiliza para concederle seguridad de fe a un creyente abatido. Recientemente escuché un mensaje grabado que el Señor usó para darme la fe para perseverar en un asunto difícil. Muchas veces, las personas que se disciplinan para escuchar la Palabra de Dios son las que reciben los dones de la fe.

Hay otras maneras en las que podemos disciplinarnos a escuchar la Palabra de Dios, además de la más importante, es decir, escucharla en la predicación como parte del ministerio de la iglesia local. La más notoria de estas es por medio de alguna forma de grabación de contenido bíblico. Se puede utilizar de maneras creativas y en momentos como cuando se viste, cocina, va al trabajo, etcétera. Si usted no tiene acceso a la Internet o a los dispositivos portátiles con contenido bíblico extraído de la Internet, tenga en cuenta la radio, incluso una radio de onda corta[1].

Otro texto digno de mencionar sobre este tema es 1 Timoteo 4:13. Allí, el apóstol Pablo instruyó a su joven amigo del ministerio: «Hasta que yo llegue, dedícate a leer las Escrituras a la iglesia, y a animar y a enseñarles a los

creyentes». Aunque podría explicarse mucho más, basta con decir que eso era importante para el ministerio de Pablo e importante para el Señor, quien inspiró estas palabras para que el pueblo de Dios escuchara la Palabra de Dios. Ya que esto es así, escucharla debería llegar a ser una prioridad disciplinada para nosotros. Si alguien dice: «Yo no necesito ir a la iglesia para adorar a Dios; puedo adorarlo en el campo de golf o en el lago de la misma manera, si no mejor, que en la iglesia», podemos estar de acuerdo en que allí se puede adorar a nuestro Dios omnipresente. Pero la adoración continua a Dios no se puede separar de la Palabra de Dios, la cual usted no espera que se lea en voz alta ni que se predique en el campo de golf ni en el lago. Tenemos que disciplinarnos para ir a escuchar la Palabra de Dios.

A propósito, si usted tiene el privilegio de leer la Palabra de Dios al pueblo de Dios, ya sea a toda una congregación o a un grupo pequeño, aprenda a leerla bien. Quizá no tenga el don de una voz extraordinaria, pero puede aprender a leer las Escrituras de forma expresiva. Esta es una habilidad adquirida, porque nadie lee bien en voz alta de forma natural. Hay muchísimas personas que leen la Biblia en público de una forma tan monótona y sin entusiasmo que suena como un libro que nadie querría leer por su cuenta. Léala como lo que es: la Palabra viva del Dios vivo. Practique leer el pasaje en voz alta. Escúchelo en su grabación preferida de la Biblia. Use el tiempo de lectura bíblica durante el devocional familiar como un entrenamiento permanente para leer bien a otros. Acabo de buscar en Internet cómo leer bien en voz alta. Hay abundantes consejos y recursos disponibles. Decida glorificar a Dios siendo un excelente lector en público de su Palabra. Muy pocos lo hacen, pero provocan un impacto al hacerlo.

Un breve comentario es oportuno aquí, en cuanto a prepararnos para escuchar la Palabra de Dios. Si usted entra a la típica iglesia evangélica dos minutos antes del comienzo del servicio de adoración, se escucha casi como si hubiera entrado a un gimnasio dos minutos antes de un partido de baloncesto. Una parte de mi corazón pastoral valora las cosas buenas representadas cuando las personas se alegran de verse y de charlar unos con otros. Hay un espíritu de reunión familiar en el ambiente cuando la familia de Dios se reúne. Pero creo que una parte más grande de mi corazón anhela la reverencia y el espíritu de buscar a Dios entre los que llegan a escuchar su Palabra.

Por algún tiempo, una congregación de cristianos coreanos usó el edificio de nuestra iglesia para su servicio a media semana. Me impresionaba la forma en

que entraban al centro de adoración. Ya sea que fueran los primeros en llegar o que entraran después de que el servicio había comenzado, tan pronto como se sentaban se inclinaban inmediatamente para orar durante varios minutos antes de acomodar sus pertenencias, desabotonarse el abrigo o reconocer la presencia de cualquier otra persona. Esto servía como un recordatorio eficaz para su propio corazón, y para los demás, de cuál era el propósito principal de ese momento. A la mayoría de las iglesias que conozco no les vendría mal un poco más de esto. Una manera de llevarlo a la práctica es celebrar la «reunión familiar» hasta un poco antes de iniciar la adoración, luego llamar a un tiempo de reflexión y concentración en silencio un par de minutos antes del inicio del servicio.

De manera similar, uno de los puritanos ingleses, Jeremiah Burroughs, antes de morir en 1646, escribió los siguientes consejos en cuanto a la preparación para la Disciplina de escuchar la Palabra de Dios:

En primer lugar, cuando vayan a escuchar la Palabra, si van a santificar el nombre de Dios, sus almas tienen que apoderarse de lo que van a escuchar, con eso que lo que van a escuchar es la Palabra de Dios. [...] Por eso se dan cuenta de que el Apóstol, al escribirles a los tesalonicenses, les da el motivo por el cual la Palabra les hizo tanto bien. Fue porque la escucharon como la Palabra de Dios, 1 Tesalonicenses 2:13: «Por lo tanto, nunca dejamos de darle gracias a Dios de que cuando recibieron su mensaje de parte nuestra, ustedes no consideraron nuestras palabras como solo ideas humanas. Tomaron lo que dijimos como la misma palabra de Dios, la cual, por supuesto, lo es. Y esta palabra sigue actuando en ustedes los que creen»[2].

Así que, escuchar la Palabra de Dios no es simplemente escuchar pasivamente; es una Disciplina que se debe cultivar.

LEER LA PALABRA DE DIOS

Si todavía duda que los cristianos necesitan que se les exhorte a disciplinarse en leer la Biblia, tenga en cuenta esto: el periódico USA Today dio a conocer una encuesta que reveló que solo el 11 por ciento de los estadounidenses lee la Biblia todos los días. Más de la mitad no la lee ni una vez al mes, o no la lee en absoluto[3].

Naturalmente, tratamos de consolarnos mencionando que la encuesta incluía a todos los estadounidenses y no solo a los que profesan ser cristianos. Lamentablemente, es muy poco lo que podemos consolarnos. Una investigación realizada menos de un año antes por el Barna Research Group entre quienes afirman ser «cristianos nacidos de nuevo» reveló los siguientes números desalentadores: Solo 18 por ciento (menos de dos de cada diez) lee la Biblia todos los días. Lo peor de todo, 23 por ciento (casi uno de cada cuatro cristianos profesos) dice que nunca lee la Palabra de Dios[4]. Las encuestas y las investigaciones vienen y van, pero hay pocos motivos para creer que estos números fluctuarán notablemente con el paso del tiempo. Reflexione en estas estadísticas a la luz de 1 Timoteo 4:7: «Disciplínate a ti mismo para la piedad» (LBLA).

Jesús preguntaba frecuentemente qué entendía la gente de las Escrituras, y a veces comenzaba con las palabras: «¿No han leído...?» (Mateo 19:4; Marcos 2:25). Él suponía que los que afirmaban ser el pueblo de Dios habrían leído la Palabra de Dios. Y se puede argumentar a favor de que esta pregunta implica el conocimiento de toda la Palabra de Dios.

Cuando Jesús dijo: «La gente no vive solo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca de Dios» (Mateo 4:4), seguramente pretendía que, por lo menos, leyéramos «cada palabra», porque ¿cómo podemos vivir «de cada palabra que sale de la boca de Dios» si nunca hemos siquiera leído «cada palabra que sale de la boca de Dios»?

Dado que «toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para enseñarnos lo que es verdad y para hacernos ver lo que está mal en nuestra vida. Nos corrige cuando estamos equivocados y nos enseña a hacer lo correcto» (2 Timoteo 3:16), ¿no deberíamos leerla?

Apocalipsis 1:3 nos dice: «Dios bendice al que lee a la iglesia las palabras de esta profecía y bendice a todos los que escuchan el mensaje y obedecen lo que dice, porque el tiempo está cerca». Dios promete que los que leen y ponen

atención a su Palabra serán bendecidos. Pero solamente los que se disciplinan para hacerlo recibirán esas bendiciones.

Recuerde que el motivo principal para disciplinarnos es la piedad. Hemos aprendido que las Disciplinas Espirituales son caminos bíblicos en los que podemos esperar encontrar la gracia transformadora de Dios. La Disciplina más importante es la asimilación de la Palabra de Dios. Ningún factor es más influyente para hacernos más semejantes al Hijo de Dios que el Espíritu de Dios que obra a través de la Palabra de Dios. Si usted desea ser transformado, si quiere ser más semejante a Jesucristo, disciplíñese para leer la Biblia.

¿Con qué frecuencia deberíamos leerla? El predicador británico John Blanchard, en su libro How to Enjoy Your Bible (Cómo disfrutar de su Biblia), responde:

No cabe duda que solo tenemos que ser realistas y sinceros con nosotros mismos para saber cada cuánto necesitamos recurrir a la Biblia. ¿Con qué frecuencia tenemos problemas, tentaciones y presiones? ¡Todos los días! Además, ¿cada cuánto necesitamos enseñanza, guía y más ánimo? ¡Todos los días! Si reunimos todas estas necesidades palpables en un tema aún mayor, ¿cada cuánto necesitamos ver el rostro de Dios, escuchar su voz, sentirlo, conocer su poder? La respuesta a todas estas preguntas es la misma: ¡todos los días! Como lo expresó el evangelista estadounidense D. L. Moody: «El hombre no puede tomar una provisión de gracia para el futuro, así como no puede comer lo suficiente para los próximos seis meses o guardar aire suficiente en sus pulmones en una sola vez para vivir durante una semana. Día a día debemos recurrir a la inagotable reserva de la gracia de Dios, según nuestra necesidad»[5].

Aquí tiene las tres recomendaciones más prácticas para tener un éxito constante al leer la Biblia. Primero, aparte el tiempo. Quizá una de las principales razones por la que los cristianos nunca leen la Biblia entera es el desaliento. Muchas personas nunca han leído un libro de mil páginas y se desaniman por la extensión total de la Biblia. ¿Se da cuenta de que las lecturas bíblicas grabadas han demostrado que se puede leer todo el libro en setenta y una horas? Eso es menos tiempo que la cantidad de horas que el estadounidense promedio pasa delante del televisor cada mes[6]. En otras palabras, si la mayoría de las

personas pudiera intercambiar el tiempo frente al televisor por la lectura de la Biblia, terminaría de leerla en cuatro semanas o menos. Si eso no le parece viable, considere esto: En no más de quince minutos al día, usted puede leer toda la Biblia en menos de un año. En solo cinco minutos al día, podría leer la Biblia entera en menos de tres años. Sin embargo, la mayoría de los cristianos nunca leen toda la Biblia ni a lo largo de las décadas de toda su vida. De manera que volvemos a la idea de que es, principalmente, una cuestión de disciplina y motivación.

Disciplíñese para apartar el tiempo. Trate de hacerlo a la misma hora todos los días. Si es posible, lea la Biblia en otro momento que no sea justo antes de irse a la cama. Es valioso leer la Biblia antes de quedarse dormido, pero si ese es el único rato del día en el que puede leer las Escrituras, debería tratar de encontrar otro momento. Hay al menos dos motivos para esto. Primero, retendrá muy poco de lo que lee si está cansado y soñoliento. Y segundo, usted probablemente hace muy pocas cosas malas mientras duerme. Necesita encontrarse con Cristo en las Escrituras cuando todavía tendrá un impacto en su día.

La segunda sugerencia práctica es buscar un plan de lectura bíblica. No hay duda de que las personas que abren la Biblia al azar cada día abandonan pronto la disciplina. Los planes de lectura bíblica abundan en la Internet. Muchas Biblias de estudio contienen un programa de lectura en alguna parte entre sus páginas. La mayoría de las iglesias locales también puede proveerle una guía para la lectura diaria.

Aparte de un plan específico, si lee tres capítulos por día y cinco capítulos los domingos, usted tardará un año en completar la Biblia. Lea tres del Antiguo Testamento y tres del Nuevo Testamento todos los días, y terminará el Antiguo Testamento una vez y el Nuevo Testamento cuatro veces en un período de doce meses.

Mi plan favorito incluye leer cinco partes distintas de la Biblia cada día. Empiezo en Génesis, Josué, Job, Isaías y Mateo, y leo la misma cantidad de capítulos de cada sección. Una variante de este plan es leer en tres lugares todos los días, comenzando con Génesis, Job y Mateo, respectivamente. Estas tres secciones tienen aproximadamente la misma extensión, de manera que las terminará casi al mismo tiempo. La gran ventaja de un proyecto como este es su variedad. Muchos de los que intentan leer la Biblia de principio a fin se confunden con Levítico, se desaniman con Números y se dan completamente por

vencidos al llegar a Deuteronomio. Pero cuando lee en más de un lugar al día, la variedad le facilita mantener el dinamismo.

Aunque no lea toda la Biblia en el término de un año, mantenga un registro de qué libros ha leído. Cuando haya terminado, ponga una marca al lado de cada capítulo cuando lo lea, o junto al título del libro en el índice. De esa manera, independientemente del tiempo que le lleve hacerlo o en qué orden los lea, usted sabrá cuando haya leído cada libro de la Biblia.

La tercera sugerencia es que cada vez que lea, busque al menos una palabra, una frase o un versículo para meditar. Analizaremos la meditación más detenidamente en el próximo capítulo, pero ahora debe darse cuenta de que sin la meditación, podría cerrar su Biblia y no ser capaz de recordar una sola cosa de lo que leyó. Si pasa eso, es probable que su lectura bíblica no haga ningún cambio en usted. Aun con un buen plan, puede convertirse en una tarea rutinaria en lugar de una Disciplina de gozo. Tome por lo menos una cosa que haya leído y piense profundamente en ella por unos minutos. Su entendimiento de las Escrituras se hará más profundo y sabrá mejor cómo se aplica a su vida. Y mientras más ponga en práctica la verdad de las Escrituras, más semejante a Jesús llegará a ser.

Todos deberíamos tener la pasión del siguiente hombre por la lectura de la Palabra de Dios. Robert L. Sumner, en *The Wonder of the Word of God* (La maravilla de la Palabra de Dios), habla de un hombre de la ciudad de Kansas City que había resultado gravemente herido en una explosión. Su rostro estaba muy desfigurado, y él perdió la vista y sus dos manos. Cuando el accidente ocurrió, no hacía mucho tiempo que había llegado a ser cristiano, y una de sus mayores decepciones era que ya no podría leer la Biblia. Entonces se enteró de una mujer en Inglaterra que leía braille con sus labios. Con la esperanza de hacer lo mismo, mandó a buscar algunos libros de la Biblia en braille. Pero descubrió que las terminaciones nerviosas de sus labios habían quedado demasiado dañadas como para distinguir los caracteres. Un día, mientras se llevaba una de las páginas en braille a los labios, su lengua tocó casualmente una parte del relieve de los caracteres y pudo sentirlos. Tan rápido como un destello, se dio cuenta: Puedo leer la Biblia usando mi lengua. Cuando Sumner escribió su libro, el hombre había leído cuatro veces la Biblia entera[7]. Si él pudo hacer eso, ¿se puede disciplinar usted para leer la Biblia?

ESTUDIAR LA PALABRA DE DIOS

Si leer la Biblia puede compararse a navegar a lo ancho de un lago transparente y brillante en una lancha de motor, estudiar la Biblia es como cruzar lentamente el mismo lago en un barco con fondo de vidrio. La travesía con la lancha de motor provee una vista panorámica del lago y una vista veloz y momentánea de sus profundidades. En cambio, el estudio en el barco con fondo de vidrio lo lleva por debajo de la superficie de las Escrituras para una observación sin apuro de la claridad y los detalles que normalmente se les escapan a los que solo leen el texto. Como lo expresó el escritor Jerry Bridges: «La lectura nos da amplitud, pero el estudio nos da profundidad»[8].

Veamos tres ejemplos de una disposición para estudiar la Palabra de Dios. El primero es Esdras, el personaje del Antiguo Testamento: «Esdras había decidido estudiar y obedecer la ley del SEÑOR y enseñar sus decretos y ordenanzas al pueblo de Israel» (Esdras 7:10). La secuencia en este versículo tiene una importancia instructiva. Esdras 1) «había decidido», 2) «estudiar», 3) «y obedecer la ley del SEÑOR», 4) «y enseñar sus decretos y ordenanzas al pueblo de Israel». Antes de enseñar la Palabra de Dios al pueblo de Dios, puso en práctica lo que había aprendido. Pero el aprendizaje de Esdras provenía del estudio de las Escrituras. Sin embargo, antes de estudiar, primero «había preparado su corazón» (RVR60) para estudiar. En otras palabras, Esdras se disciplinó a sí mismo para estudiar la Palabra de Dios.

El segundo ejemplo es de Hechos 17:11. Los misioneros Pablo y Silas a duras penas habían escapado con vida de Tesalónica, después de que su exitosa labor evangelizadora provocara los celos de los judíos que había allí. Cuando repitieron el mismo procedimiento en Berea, los judíos locales reaccionaron de una manera diferente: «Éstos eran de sentimientos más nobles que los de Tesalónica, de modo que recibieron el mensaje con toda avidez y todos los días examinaban las Escrituras para ver si era verdad lo que se les anunciaba» (NVI). De acuerdo con el versículo siguiente, el resultado fue que «muchos de los judíos creyeron» (versículo 12, NVI). La disposición de examinar las Escrituras aquí se elogia como un carácter noble.

Mi ejemplo favorito de un espíritu dispuesto a estudiar la verdad de Dios está en 2 Timoteo 4:13. El apóstol Pablo estaba en la cárcel y estaba escribiendo el

último capítulo de su última carta del Nuevo Testamento. Anticipando la llegada de Timoteo, su amigo más joven, escribió: «Cuando vengas, no te olvides de traer el abrigo que dejé con Carpo en Troas. Tráeme también mis libros y especialmente mis pergaminos». Los libros y los pergaminos que Pablo le pedía seguramente incluían copias de las Escrituras. En su confinamiento frío y horrible, el apóstol piadoso pidió dos cosas: un abrigo, para ponérselo y calentar su cuerpo, y la Palabra de Dios, para estudiar y calentar su mente y su corazón. Pablo había visto el cielo (vea 2 Corintios 12:1-6) y a Cristo resucitado (vea Hechos 9:5); había experimentado el poder del Espíritu Santo para los milagros (vea Hechos 14:10) y hasta para escribir las Sagradas Escrituras (vea 2 Pedro 3:16); sin embargo, siguió estudiando la Palabra de Dios hasta que murió. Así que, si Pablo, con todo lo que sabía de primera mano sobre el cielo, Jesús, los milagros y demás, necesitaba estudiar la Palabra de Dios, seguramente usted y yo necesitamos estudiarla, y deberíamos disciplinarnos para hacerlo.

Entonces, ¿por qué no lo hacemos? ¿Por qué tantos cristianos descuidan el estudio de la Palabra de Dios? R. C. Sproul lo expresó dolorosamente bien: «He aquí el verdadero problema de nuestra negligencia. Nosotros fallamos en nuestro deber de estudiar la Palabra de Dios no tanto porque sea difícil de entender, ni porque sea pesada y aburrida, sino porque es un trabajo. Nuestro problema no es que nos falte inteligencia o pasión; nuestro problema es que somos perezosos»[9].

Además de la pereza, parte del problema para algunos puede ser la inseguridad de cómo estudiar la Biblia o, incluso, de dónde empezar. En realidad, empezar no es tan difícil. La diferencia básica entre la lectura bíblica y el estudio bíblico no es más que papel y lápiz (o algún otro medio para conservar sus pensamientos). Anote sus comentarios acerca del texto mientras lee y escriba las preguntas que se le ocurran. Si su Biblia tiene referencias cruzadas[10], busque las que se relacionan con los versículos que dan lugar a sus preguntas y después tome nota de sus ideas. Busque alguna palabra clave en su lectura y use la concordancia que está al final de la mayoría de las Bibles para analizar las otras referencias que usan la palabra, y anote una vez más sus conclusiones. Otra forma de comenzar es resumir un capítulo o un párrafo a la vez. Cuando termine ese capítulo, pase al siguiente, hasta que haya resumido todo el libro. Pronto tendrá un entendimiento mucho más firme sobre una porción de las Escrituras que el que tenía al solo leerla.

A medida que avanza en el estudio del Libro de Dios, aprenderá el valor que

tienen los estudios detallados de palabras, los estudios de los personajes, los estudios temáticos y los estudios de libros. Descubrirá una nueva riqueza en las Escrituras a medida que aumenta su entendimiento de cómo la gramática, la historia, la cultura y la geografía que rodean al texto contribuyen a su interpretación.

No deje que el sentimiento de insuficiencia lo aleje del deleite de aprender de la Biblia por su cuenta. Hay un gran número de libros de todo tamaño acerca de cómo estudiar la Biblia. Ellos pueden guiarlo en cuanto a métodos y herramientas más de lo que yo puedo darle en este capítulo. No se conforme solamente con el alimento espiritual «predigerido» por otros. Experimente la alegría de descubrir el entendimiento bíblico de primera mano, a través de su propio estudio bíblico.

MÁS APLICACIÓN

Si su crecimiento en la piedad se midiera por la calidad de su asimilación de la Biblia, ¿cuál sería el resultado? Esta es una pregunta importante, porque la verdad es que su crecimiento en la piedad se ve enormemente afectado por la calidad de su asimilación de la Biblia. En la magnífica oración de despedida de Jesús que está en Juan 17, Jesús le pidió a su Padre por nosotros: «Hazlos santos con tu verdad; enséñales tu palabra, la cual es verdad» (versículo 17). El plan de Dios para santificarnos, es decir, para hacernos santos y piadosos, se logra mediante «la verdad», su Palabra. Si nos conformamos con una calidad mediocre de asimilación al escuchar, leer y estudiar la Palabra de Dios, restringimos seriamente el caudal principal de la gracia santificadora de Dios hacia nosotros.

Mientras digo esto, me doy cuenta de que sería fácil provocar sentimientos de culpa en todos nosotros (incluso en mí) por los fracasos pasados en cuanto a la asimilación de la Palabra de Dios. Por encima de todo, recuerde que la puerta del cielo está abierta para nosotros no por las obras que hacemos (como nuestra asimilación de la Palabra de Dios), sino por la obra de Dios en Jesucristo. Más allá de eso, aplique el mensaje de Filipenses 3:13 a cualquier inconsistencia anterior con su asimilación de la Biblia: «olvido el pasado y fijo la mirada en lo

que tengo por delante» en esa área.

Esto nos lleva a una pregunta final sobre la aplicación.

¿Qué puede hacer para mejorar su asimilación de la Palabra de Dios? A menos que se le dificulte providencialmente, por lo menos debería unirse a un grupo de creyentes con ideas afines para escuchar la predicación de la Palabra de Dios cada semana. Muchas iglesias que creen en la Biblia brindan más de una oportunidad por semana para escuchar la Palabra de Dios. Quizá quiera considerar las grabaciones de la Biblia, así como la enseñanza bíblica en Internet o en la radio, como opciones para escuchar cada vez más la Palabra de Dios. Póngase metas para intentar seriamente leer la Biblia todos los días y terminar con regularidad el Libro entero. Además, prácticamente en cualquier lugar donde venden libros cristianos tienen libros de trabajo asequibles y guías de estudio de todos los libros de la Biblia y de una gran cantidad de temas. Además de ponerse en marcha individualmente, únase a un grupo de estudio bíblico de su iglesia o de su barrio, o bien, comience usted un grupo de estudio.

Cualquiera que sea la forma que elija, disciplíñese para la piedad dedicándose al menos a una manera de mejorar su asimilación de la Palabra Santa de Dios. Los que usan poco su Biblia realmente no son mucho mejores que los que no tienen ninguna Biblia.

Finalicemos este capítulo con una valiosa palabra de aliento que viene de un folleto útil, *Reading the Bible* (Cómo leer la Biblia), escrito por un pastor galés llamado Geoffrey Thomas. Siempre que él escribe sobre leer la Biblia, también debemos aplicar sus palabras a escucharla y estudiarla.

No espere dominar la Biblia en un día, en un mes o en un año. Más bien, espere quedar desconcertado frecuentemente por su contenido. No todo es igualmente claro. Los grandes hombres de Dios a menudo se sienten como absolutos novatos cuando leen la Palabra de Dios. El apóstol Pedro dijo que había algunas cosas difíciles de entender en las epístolas de Pablo (2 Pedro 3:16). Me alegro de que él haya escrito esas palabras porque yo he sentido eso frecuentemente. Así que, no espere recibir siempre una energía emocional o un sentimiento de silenciosa paz cuando lee la Biblia. Por la gracia de Dios, puede esperar que eso

sea una experiencia frecuente, pero a menudo no recibirá ninguna respuesta emocional en absoluto.

Deje que la Palabra colme su corazón y su mente una y otra vez a medida que pasan los años y, de manera imperceptible, vendrán grandes cambios en su actitud, perspectiva y conducta. Es probable que usted sea el último en reconocerlos. A menudo se sentirá muy, muy pequeño, porque el Dios de la Biblia llegará a ser cada vez más maravillosamente grande para usted. Así que, continúe leyéndola hasta que ya no pueda leerla, y entonces ya no necesitará más la Biblia, porque cuando sus ojos se cierren por última vez al morir y nunca más vuelvan a leer la Palabra de Dios en las Escrituras, volverá a abrirlos ante la Palabra de Dios en persona, a ese mismo Jesús de la Biblia a quien ha conocido por tanto tiempo, parado frente a usted, para llevarlo a su hogar celestial para siempre[11].

CAPÍTULO 3

LA ASIMILACIÓN DE LA BIBLIA (PARTE 2)... PARA LA PIEDAD

El crecimiento cristiano supone disciplina. La rapidez con la que una persona crece espiritualmente y el grado de su crecimiento dependen de esta disciplina.

Es la disciplina del método.

RICHARD HALVERSON

Porque está leyendo este libro, es probable que usted sea una persona que, por lo menos en cierta medida, ya se dedica a escuchar, leer y estudiar la Palabra de Dios, según lo propuesto en el capítulo anterior. No obstante, también hay una firme posibilidad de que usted no perciba mucho el fruto que se está produciendo en su vida a partir de estas Disciplinas. Su experiencia no está al mismo nivel de sus expectativas; entonces quizá llegue a la conclusión de que usted es el problema, que tal vez usted sea un cristiano de segunda.

La realidad es que es posible que usted no sea el problema en absoluto. El problema podría ser, simplemente, su método. Por ejemplo, conozco a muchas personas que leen la Biblia todos los días; incluso es posible que lean varios capítulos de la Palabra de Dios cada mañana. Pero tan pronto como cierran la Biblia, la mayoría de los días tendrían que reconocer que no pueden recordar nada de lo que leyeron.

«Es que no tengo buena memoria», concluyen con un suspiro. O tal vez creen que no pueden recordar lo que leyeron porque no tienen un coeficiente intelectual elevado, porque no tuvieron una buena educación o porque son demasiado viejos. Bueno, en mis clases del seminario he tenido algunos genios

de veintidós años que tenían el mismo problema. Por lo tanto, yo argumentaría que, en la mayoría de los casos, la razón por la que las personas no pueden recordar lo que leyeron en la Biblia no es su edad, su capacidad intelectual o su preparación, sino su método.

Además, ¿alguien querrá argumentar que las personas comunes y corrientes, las personas que no tienen más que un intelecto o una educación promedio, son incapaces de sacar provecho de la Biblia satisfactoriamente y de manera habitual? Seguramente que no, en especial porque la observación confirma que lo que el apóstol Pablo dijo sobre los cristianos de Corinto es válido para los cristianos de todas partes: «Recuerden, amados hermanos, que pocos de ustedes eran sabios a los ojos del mundo o poderosos o ricos cuando Dios los llamó» (1 Corintios 1:26). En otras palabras, dado que la mayoría de las personas a quienes Dios llama no son «[sabias] a los ojos del mundo», ¿significa eso que la mayoría de los cristianos no pueden sacar mucho provecho de las Escrituras en forma individual? No, pues sin duda Dios quiere que todos sus hijos crezcan en gracia y en su conocimiento de él a través de su Palabra.

Entonces, ¿cuál es el problema? ¿Por qué será que las palabras de las Escrituras pueden entrar por nuestros oídos u ojos y luego salir de nuestra mente con tanta rapidez y normalidad, a pesar de que sea profunda nuestra devoción por la Biblia? El problema es que, por lo general, escuchar y leer la Biblia no son en sí mismos suficientes para recordar lo que hemos recibido. Son Disciplinas inestimables e irremplazables, pero están incompletas sin otras Disciplinas de la Palabra. Mientras que escuchar y leer siembran la semilla de las Escrituras en la tierra de nuestra alma, las otras Disciplinas son el agua y el sol que Dios usa para producir el crecimiento y el fruto de parecernos a Cristo en nuestra vida. Como lo han indicado las páginas anteriores, estudiar la Biblia es una manera de regar y calentar la semilla plantada al escuchar o leer. En este capítulo hay tres Disciplinas más, importantes para asimilar la Palabra de Dios, que, cuando se practican correctamente, promueven un conocimiento de Dios cada vez mayor y una conformidad más entrañable con Cristo.

MEMORIZAR LA PALABRA DE DIOS: BENEFICIOS Y MÉTODOS

Muchos cristianos consideran que la Disciplina Espiritual de memorizar la Palabra de Dios es algo equivalente al martirio contemporáneo. Pídale que memoricen versículos bíblicos y reaccionan casi con el mismo entusiasmo que ocasiona pedir voluntarios para enfrentarse a los leones de Nerón. ¿Por qué? Quizá porque muchos asocian toda memorización con los esfuerzos de memorizar que les exigían en la escuela. Era una tarea, y la mayor parte era aburrida y de un valor limitado. También, frecuentemente se oye la excusa de que se tiene mala memoria. Pero ¿qué pasaría si yo le ofreciera a usted mil dólares por cada versículo que pudiera memorizar en los próximos siete días? ¿Cree que podría mejorar su actitud hacia la memorización de las Escrituras y su capacidad de recordar? Cualquier recompensa económica sería mínima comparada con el valor acumulado del tesoro de la Palabra de Dios depositado en su mente.

La memorización proporciona poder espiritual

Cuando las Escrituras se almacenan en su mente, están disponibles para que el Espíritu Santo pueda recordárselas cuando usted más lo necesite. Ese es el motivo por el que el autor del Salmo 119 escribió: «He guardado tu palabra en mi corazón, para no pecar contra ti» (versículo 11). Por ejemplo, una cosa es mirar o pensar en algo cuando sabe que no debe hacerlo, pero hay un poder adicional contra la tentación cuando su mente puede recordar un versículo específico como Colosenses 3:2: «Piensen en las cosas del cielo, no en las de la tierra».

Cuando el Espíritu Santo trae a la mente un versículo preciso como ese, es un ejemplo de lo que puede querer decir Efesios 6:17 cuando se refiere a «la espada del Espíritu, la cual es la palabra de Dios». Una verdad bíblica oportuna que el Espíritu Santo trae a su conciencia en el momento indicado puede ser el arma que marque la diferencia en una batalla espiritual.

No hay mejor ilustración de esto que el enfrentamiento de Jesús con Satanás en el solitario desierto de Judea (vea Mateo 4:1-11). Cada vez que el enemigo le lanzaba una tentación a Jesús, él la rechazaba con la Espada del Espíritu. El recuerdo de los versículos específicos de las Escrituras, motivado por el Espíritu,

fue lo que ayudó a Jesús a tener la victoria. Una de las formas en que podemos tener más victorias espirituales es hacer lo que Jesús hizo: memorizar las Escrituras para que estén disponibles dentro de nosotros, para que el Espíritu Santo nos las haga recordar cuando sea necesario.

La memorización fortalece su fe

¿Qué cristiano no quiere que su fe sea fortalecida? Algo que usted puede hacer para fortalecerla es disciplinarse para memorizar las Escrituras. Recorramos Proverbios 22:17-19, que dice: «Escucha las palabras de los sabios; aplica tu corazón a mi enseñanza. Pues es bueno guardar estos dichos en tu corazón y tenerlos siempre a flor de labios. Yo te enseño hoy —sí, a ti— para que confíes en el SEÑOR». El «aplica tu corazón» a «las palabras de los sabios» que se menciona aquí y el «guardar estos dichos en tu corazón» definitivamente se refieren a memorizar las Escrituras. Observe cuál es la razón que se da aquí para guardar las palabras sabias de las Escrituras en su corazón y tenerlas «siempre a flor de labios». Es «para que confíes en el SEÑOR». Memorizar las Escrituras fortalece su fe porque reafirma la verdad repetidas veces, frecuentemente, justo cuando usted necesita volver a escucharla.

Una iglesia que pastoreaba deseaba construir un nuevo centro de adoración. Creíamos que en nuestra situación, honraríamos más a Dios si construímos el edificio sin endeudarnos. Hubo momentos en los que mi fe en la provisión del Señor empezó a sucumbir. La mayoría de las veces, lo que renovaba mi fe era recordar la promesa de Dios en 1 Samuel 2:30: «Honraré a los que me honran». Las Escrituras memorizadas son como acero que refuerza una fe decaída.

La memorización nos prepara para dar testimonio y consejería

En el día de Pentecostés (el festival judío que se estaba celebrando cuando el Espíritu Santo descendió con gran poder sobre los seguidores de Jesús), de repente Dios inspiró al apóstol Pedro para que se pusiera de pie y le predicara a

la multitud acerca de Jesús. Mucho de lo que dijo consistía de citas del Antiguo Testamento (vea Hechos 2:14-40). Aunque hay una diferencia cualitativa entre el sermón excepcionalmente inspirado de Pedro y nuestras conversaciones guiadas por el Espíritu, su experiencia ilustra cómo las Escrituras memorizadas pueden prepararnos para el testificar inesperadamente o para las oportunidades de aconsejar que se nos presentan.

Hace poco, mientras le hablaba a un hombre acerca de Jesús, él dijo algo que trajo a mi mente un versículo que había memorizado. Cité el versículo, y ese fue el punto decisivo de una conversación que resultó en que él declarara su fe en Cristo. A menudo me pasa algo similar en las conversaciones de consejería. Pero si los versículos no están escondidos en el corazón, no estarán disponibles para utilizarlos con la boca.

La memorización provee un medio para la guía de Dios

El salmista escribió: «Tus leyes me agradan; me dan sabios consejos» (Salmo 119:24). Así como el Espíritu Santo recupera la verdad bíblica del banco de nuestra memoria a fin de usarla para aconsejar a otros, de la misma manera la traerá a nuestra mente para proporcionarnos la guía oportuna.

Muchas veces, cuando estoy tratando de decidir si digo lo que pienso en una situación determinada, el Señor trae a mi mente Efesios 4:29: «No empleen un lenguaje grosero ni ofensivo. Que todo lo que digan sea bueno y útil, a fin de que sus palabras resulten de estímulo para quienes las oigan». Estoy seguro de que a veces malinterpreto la dirección del Espíritu Santo, ¡pero su guía difícilmente podría ser más clara que cuando nos recuerda un versículo como este! Cuando eso sucede, es el fruto de la memorización disciplinada de las Escrituras.

La memorización estimula la meditación

Uno de los beneficios más subestimados de memorizar las Escrituras es que

provee material para la meditación. Cuando se aprende de memoria un versículo bíblico, se puede meditar en él en cualquier lugar y en cualquier momento del día o de la noche. Si usted ama la Palabra de Dios tanto como para memorizarla, puede llegar a ser como el autor del Salmo 119:97, que exclamaba: «¡Oh, cuánto amo tus enseñanzas! Pienso en ellas todo el día». Ya sea que esté haciendo una cola, dando una caminata, conduciendo el auto, tomando el tren, esperando en el aeropuerto, limpiando la casa, trabajando en el jardín, meciendo a un bebé o comiendo, puede beneficiarse de la Disciplina Espiritual de la meditación si ha hecho los depósitos de la memorización.

La Palabra de Dios es la «espada del Espíritu», pero si usted no tiene una Biblia al alcance, el arma de la Palabra tiene que estar presente en el arsenal de su mente para que el Espíritu la empuñe. Imagínese que está en medio de una decisión y necesita orientación, o que lucha con una tentación difícil y necesita vencerla. El Espíritu Santo entra en su arsenal mental y mira alrededor en busca de las armas disponibles, pero lo único que encuentra es un Juan 3:16, un Génesis 1:1 y una gran comisión. Estas son espadas excelentes, pero no fueron hechas para todas las batallas. ¿Cómo empezamos a llenar nuestro propio arsenal espiritual con una provisión de espadas para que el Espíritu Santo las use?

Usted puede memorizar las Escrituras

La mayoría de las personas creen que tienen mala memoria, pero no es cierto. Como ya hemos descubierto, la mayoría de las veces, la memorización es, sobre todo, una cuestión de motivación. Si usted sabe la fecha de su nacimiento, su número telefónico y su dirección, y puede recordar los nombres de sus amigos y familiares, su memoria funciona y puede memorizar las Escrituras. La pregunta es, entonces, si está dispuesto a disciplinarse para hacerlo.

Cuando Dawson Trotman, fundador de la organización cristiana Los Navegantes, se convirtió a la fe en Cristo en 1926, empezó a memorizar un versículo bíblico al día. En esa época, él conducía un camión para una maderera de Los Ángeles. Mientras conducía por la ciudad, se dedicaba al versículo de ese día. Durante los primeros tres años de su vida cristiana memorizó sus primeros mil versículos. Si él pudo aprender de memoria alrededor de trescientos

versículos al año mientras conducía, nosotros seguramente podemos encontrar la manera de memorizar algunos.

Tenga un plan

Hay muchos buenos recursos de memorización bíblica prediseñados y disponibles en formato impreso y digital. Pero quizá usted prefiera seleccionar sus propios versículos sobre algún tema en particular que el Señor esté trabajando en su vida en este momento. Si su fe está débil, memorice versículos sobre la fe. Si está luchando contra algún hábito, busque versículos que lo ayuden a experimentar la victoria sobre él. Un hombre le dijo a Dawson Trotman que él temía que, por seguir su ejemplo de memorizar las Escrituras, se volvería demasiado orgulloso. Trotman le respondió: «¡Entonces haga que sus primeros diez versículos sean sobre la humildad!». Otra opción es memorizar una porción de las Escrituras, como un salmo, en lugar de versículos aislados.

Si está usando un recurso digital para que lo ayude a memorizar las Escrituras, es probable que este le proporcione una guía completa sobre cómo utilizarlo. Pero si no, o para complementar el uso de dicha guía digital, los siguientes consejos le serán útiles.

Escriba los versículos

Haga una lista de los versículos, en la pantalla o en un papel, dejando más o menos dos centímetros de espacio entre cada uno, o escriba cada versículo en una ficha separada.

Dibuje recordatorios gráficos

Aquí no se necesita nada elaborado, tan solo algunas líneas o dibujos de palitos junto a cada versículo, o algún tipo de ilustración o gráfico prediseñado, si se hace en la pantalla. Eso hace que el versículo sea «visual», y pone en práctica el principio de «una imagen vale más que mil palabras». Una simple imagen puede recordarle docenas de palabras. Esto es particularmente cierto si el dibujo ilustra alguna acción que se describe en el versículo. Por ejemplo, con el Salmo 119:11, podría hacer un dibujo rústico de un corazón con una Biblia adentro, que le recuerde atesorar la Palabra de Dios en el corazón. Para Efesios 6:17, el dibujo de una espada es un recordatorio obvio. Este método le parecerá particularmente útil cuando memorice una porción de versículos consecutivos. Entiendo que probablemente usted no sea más artista que yo, pero nadie más tiene que ver las ilustraciones, y definitivamente pueden facilitar la memorización de las Escrituras.

Memorice los versículos al pie de la letra

Existe la gran tentación, especialmente cuando empieza a aprender un versículo, de bajar su nivel. No se conforme con aprenderlo más o menos, o con captar la «idea principal». Memorícelo palabra por palabra. Aprenda la cita bíblica también. Si no tiene un nivel de medición objetivo, la meta no está clara y puede tender a seguir bajando el nivel hasta renunciar completamente. Además, si no memoriza el versículo exactamente, perderá la confianza para usarlo en una conversación o al dar testimonio. Entonces, a pesar de que memorizar «cada jota y tilde» es más difícil al principio, a la larga será más fácil y más productivo. A propósito, los versículos que usted sabe al pie de la letra son más fáciles de repasar que los que no sabe con tanta exactitud.

Busque un método para rendir cuentas

Por nuestra tendencia a la pereza, la mayoría de nosotros necesitamos rendir cuentas con la memorización de las Escrituras más que con otras Disciplinas. Cuanto más ocupados estamos, más tendemos a excusarnos de este compromiso.

Algunos, como hacía Dawson Trotman, desarrollan medios personalizados para rendir cuentas con esta Disciplina, que los mantienen fieles. Sin embargo, la mayoría de los cristianos son más constantes cuando se reúnen o hablan regularmente con alguna otra persona, no siempre otro cristiano, con quien repasan sus versículos.

Repase y medite todos los días

Ningún principio de memorización de las Escrituras es más importante que el método del repaso. Sin el repaso adecuado, con el tiempo perderá la mayor parte de lo que memoriza. Pero cuando realmente aprende un versículo, puede repasarlo mentalmente en la fracción del tiempo que necesitaría para decirlo en voz alta. Cuando sepa así de bien el versículo, no tendrá que repasarlo más de una vez por semana, una vez por mes o incluso cada seis meses, para mantener un buen filo en él. No obstante, no es raro que al llegar a cierto punto pase el 80 por ciento de su tiempo dedicado a memorizar las Escrituras repasando versículos. No se lamente de tener que dedicar tanto tiempo a pulir sus espadas. Más bien, ¡alégrese de tener tantas!

Incorporar a una o más rutinas el repaso de los versículos bíblicos aprendidos de memoria aprovecha la regularidad de sus hábitos para fortalecer su control de las Escrituras. Por eso, quizás quiera incluir algunos minutos de repaso a su tiempo devocional diario. O tal vez descubra que puede repasar los versículos mientras se cepilla los dientes, hace ejercicio o va al trabajo. Un excelente momento para repasar sus versículos más conocidos es antes de dormirse. Como no necesita tener una copia escrita de los versículos frente a usted, puede repetirlos y meditar en ellos mientras se adormece o incluso cuando se le dificulta dormir. Si no puede mantenerse despierto, está bien, ya que de todas maneras se supone que debería estar durmiendo. Si no puede dormir, introduce en su mente la información más beneficiosa y pacífica que existe y, además, aprovecha bien el tiempo.

A medida que finalizamos esta sección de la Disciplina de memorizar las Escrituras, recuerde que memorizar versículos no es un fin en sí mismo. La meta no es ver cuántos versículos podemos aprender de memoria; la meta es la piedad.

La meta es memorizar la Palabra de Dios para que pueda transformar nuestra mente y nuestra vida.

Jerry Bridges dijo respecto a esto:

Estoy muy consciente de que la memorización de las Escrituras ha caído en desuso ampliamente en nuestros días. [...] Pero permítame decir con la mayor gracia y firmeza que me sea posible: No podemos buscar la santidad eficazmente si no almacenamos la Palabra de Dios en nuestra mente, donde el Espíritu Santo pueda utilizarla para transformarnos. [...] Sé que requiere esfuerzo y que a veces es desalentador cuando no podemos recordar exactamente un versículo que nos hemos esforzado mucho por aprender de memoria. Sin embargo, la verdad es que todas las formas de disciplina demandan esfuerzo y con frecuencia son desalentadoras. Pero la persona que persevera en cualquier disciplina, a pesar del gran esfuerzo y los momentos desalentadores, cosecha el premio que la disciplina tiene la intención de producir[1].

MEDITAR EN LA PALABRA DE DIOS: BENEFICIOS Y MÉTODOS

Un triste rasgo de nuestra cultura contemporánea es que la meditación ha llegado a identificarse más con los sistemas de pensamiento no cristianos que con el cristianismo bíblico. Aun entre los creyentes, la práctica de la meditación muchas veces se asocia más con el yoga, la meditación trascendental, la terapia de relajación o alguna práctica de la Nueva Era, que con la espiritualidad cristiana. Dado que la meditación es tan importante en muchos grupos y movimientos espiritualmente falsos, algunos cristianos se sienten incómodos con el tema en general y desconfían de quienes se dedican a ella. Sin embargo, debemos recordar que la meditación es un mandato de Dios y que las personas piadosas de la Biblia fueron ejemplos de ella. Solo porque una secta adopte la cruz como símbolo no quiere decir que la iglesia tenga que dejar de usarla. De la misma manera, no debemos descartar ni tenerle miedo a la meditación bíblica simplemente porque el mundo practica algo que denomina meditación.

La clase de meditación que la Biblia estimula difiere de las otras clases de meditación de muchas maneras. En tanto que algunos abogan por un tipo de meditación en el que se hace todo lo posible por vaciar la mente, la meditación cristiana implica llenar la mente de Dios y de su verdad. Para algunos, la meditación es un intento de alcanzar una pasividad mental total, pero la meditación bíblica requiere una actividad mental constructiva. La meditación mundanal emplea técnicas de visualización mental cuyo propósito es «crear su propia realidad». Mientras que la historia cristiana siempre ha tenido un lugar en la meditación para el uso santificado de la imaginación que Dios nos dio, la imaginación está a nuestro servicio para ayudarnos a meditar en las cosas que son verdaderas (vea Filipenses 4:8). Además, en lugar de «crear nuestra propia realidad» por medio de la visualización, nosotros conectamos la meditación a la oración a Dios y a la acción humana responsable y llena del Espíritu para efectuar cambios.

Además de estas distinciones, definamos la meditación como el pensamiento profundo en las verdades y realidades espirituales reveladas en las Escrituras, o en la vida desde una perspectiva bíblica, con el objeto de entender, practicar y orar. La meditación va más allá de escuchar, leer, estudiar y aun de memorizar como un medio de asimilación de la Palabra de Dios. Una analogía sencilla sería una taza de té. En esta analogía, su mente es la taza con agua caliente y la bolsita de té representa su asimilación de las Escrituras. Escuchar la Palabra de Dios es como sumergir la bolsita de té en la taza una vez. El agua absorbe algo del sabor del té, pero no tanto como ocurriría si sumergiera la bolsita por más tiempo. Leer, estudiar y memorizar la Palabra de Dios son como las zambullidas adicionales de la bolsita de té en la taza. Mientras más veces entre el té en el agua, más penetrante será su efecto. La meditación, sin embargo, es como sumergir completamente la bolsita y dejarla en remojo hasta que todo el sabor intenso del té se haya extraído y el agua esté completamente castaño-rojiza. Meditar en las Escrituras es dejar que la Biblia se remoje en la cabeza. Por consiguiente, podemos decir que así como el té tiñe el agua, la meditación «tiñe» nuestro pensamiento. Cuando meditamos en las Escrituras, ellas influyen sobre lo que pensamos de Dios, de los caminos de Dios y de su mundo, y de nosotros mismos. De manera similar, así como la bolsita de té le da sabor al agua, por medio de la meditación constantemente «saboreamos» o experimentamos la realidad que el texto enseña. La información del texto se convierte en experiencia en nuestro corazón, nuestra mente y nuestra vida. La lectura de la Biblia le habla al creyente, por ejemplo, del amor de Dios. Es más probable que la meditación convenza a la persona y, de las maneras bíblicas apropiadas, haga

que sienta que Dios la ama.

Josué 1:8 y la promesa de éxito

En Josué 1:8 hay una conexión bíblica específica entre el éxito y la práctica de la meditación en la Palabra de Dios. Cuando el Señor le encargó a Josué que sucediera a Moisés como líder de su pueblo, le dijo: «Estudia constantemente este libro de instrucción. Medita en él de día y de noche para asegurarte de obedecer todo lo que allí está escrito. Solamente entonces prosperarás y te irá bien en todo lo que hagas».

Debemos recordar que la prosperidad y el éxito de los que el Señor hablaba son la prosperidad y el éxito a los ojos de Dios y no necesariamente a los del mundo. Desde la perspectiva del Nuevo Testamento, sabemos que la principal aplicación de esta promesa serían las riquezas eternas y el éxito centrado en Cristo, la prosperidad del alma y el éxito espiritual (aunque cierta medida de éxito por nuestro esfuerzo humano generalmente también ocurrirá cuando vivimos de acuerdo a la sabiduría de Dios). Sin embargo, habiendo hecho esta salvedad, no perdamos de vista la relación entre la meditación en la Palabra de Dios y el éxito verdadero.

El éxito verdadero se les promete a los que meditan en la Palabra de Dios, que piensan profundamente en las Escrituras no solo una vez al día, sino en momentos a lo largo del día y la noche. Meditan tanto que las Escrituras saturan su conversación. El fruto de su meditación es la acción. Hacen lo que encuentran escrito en la Palabra de Dios y, como consecuencia, Dios hace prosperar su camino y les concede el éxito. ¿Por qué? Porque esforzarse por «obedecer todo lo que allí está escrito» en la Palabra de Dios es solo una de las maneras bíblicas de describir lo que el Nuevo Testamento caracterizaría como la búsqueda de la semejanza a Cristo, y a Dios le encanta bendecir la conformidad a su Hijo. Desde la eternidad pasada, Dios predestinó que todos los que son suyos llegarán a ser como Cristo (vea Romanos 8:29). Para toda la eternidad futura, todos los que están en Cristo serán glorificados (vea Romanos 8:30), es decir, «seremos como él» (1 Juan 3:2): gente sin pecado, perfecta, que refleja la gloria de Dios para siempre. Así que, durante nuestra peregrinación terrenal, cuanto más

obedezcamos la Palabra de Dios —cuanto más lleguemos a ser como Cristo— más cumplimos el plan eterno de Dios de hacernos como su Hijo. Por eso es que a Dios le encanta bendecir la obediencia. Así como la meditación lleva a la obediencia, la obediencia resulta en la bendición de Dios. No se nos dice cuánto de esa bendición es material y cuánto espiritual, o qué parte de esa bendición es en este mundo y qué parte en el venidero, pero sabemos que Dios sí bendice la obediencia.

¿De qué manera nos cambia la Disciplina de la meditación y nos coloca en el camino de la bendición de Dios? David dijo en el Salmo 39:3: «Cuanto más pensaba, más me enardecía». La palabra hebrea que se traduce aquí como «pensaba» está relacionada estrechamente con la que se traduce como «meditar» en Josué 1:8. Semejante a la meditación de David —que provocó que el fuego de su enojo ardiera más—, cada vez que escuchamos, leemos, estudiamos o memorizamos el fuego de la Palabra de Dios (vea Jeremías 23:29), la suma de la meditación se transforma en un fuelle sobre el fuego de lo que hemos encontrado, que hace que arda más intensamente en nuestra experiencia en ese momento. Así como cuando un fuego arde con mayor intensidad irradia más luz y más calor, cuando nosotros le aplicamos el fuelle de la meditación al fuego de la Palabra de Dios, vemos más luz (percepción y entendimiento) y sentimos más calor (pasión por la acción obediente). Como resultado de este crecimiento en la obediencia de ser como Cristo, dice el Señor: «Solamente entonces prosperarás y te irá bien en todo lo que hagas» (énfasis añadido).

Además de un fuelle sobre un fuego, la meditación también puede compararse con permanecer cerca del fuego. Imagine que usted estuvo afuera en un día helado, y luego entra adonde hay una chimenea con fuego vivo y caliente. Mientras camina hacia él, usted siente mucho frío. Extiende sus manos hacia el fuego y las frota energicamente durante los dos segundos que tarda en pasar más allá del resplandor y el calor. Cuando llega al otro lado de la sala, cae en cuenta: Todavía tengo frío. ¿Qué le pasa? ¿Hay algo mal dentro de usted? ¿Es usted solo un «receptor de calor» de segunda? No, el problema no es usted; es su método. Usted no se quedó cerca del fuego. Si quiere calentarse, tiene que permanecer cerca del fuego hasta que le caliente la piel, luego los músculos, y luego sus huesos, hasta que haya entrado completamente en calor.

El no permanecer es la razón por la que muchos no recuerdan o no logran calentar su corazón cerca del fuego de la Palabra de Dios. Sus ojos tardan dos segundos en pasar por el fuego del primer versículo del capítulo que están

leyendo. Luego tardan más o menos dos segundos en leer el versículo dos. Y después, otros dos segundos mientras sus ojos pasan por el versículo tres, y así hasta terminar la lectura. No importa cuántos episodios de dos segundos tenga usted; rara vez recordará o se conmoverá por algo que mire durante dos segundos. Por consiguiente, es probable que el problema no sea su memoria ni su corazón frío, sino su método. Entonces, ¿por qué no recuerda lo que lee en la Biblia? ¿Podría ser simplemente que no deja que su mente piense detenidamente en algo que ha leído? ¿Y por qué la asimilación de la Palabra de Dios a menudo nos deja tan fríos y parece tener tan poco éxito en nuestra vida espiritual? El pastor puritano Thomas Watson tiene la respuesta: «El motivo por el que salimos tan fríos después de leer la palabra es porque no nos calentamos en el fuego de la meditación»[2].

Salmo 1:1-3: Las promesas

Las promesas de Dios en el Salmo 1:1-3 en relación con la meditación son tan generosas como las de Josué 1:8:

Qué alegría para los que
no siguen el consejo de malos,
ni andan con pecadores,
ni se juntan con burlones;
sino que se deleitan en la ley del SEÑOR
meditando en ella día y noche.

Son como árboles plantados a la orilla de un río,
que siempre dan fruto en su tiempo.

Sus hojas nunca se marchitan,
y prosperan en todo lo que hacen.

Nosotros pensamos en lo que nos deleitamos. El hombre y la mujer que han encontrado el deleite romántico piensan el uno en el otro a toda hora. Cuando nos deleitamos en la Palabra de Dios (porque es la revelación de Dios), pensamos en ella; es decir, meditamos en ella varias veces a lo largo del día y la noche. Según el Salmo 1, el resultado de esa meditación es la estabilidad, la productividad, la perseverancia y la prosperidad. Un escritor lo dijo de manera concisa: «Los que prosperan de la mejor manera generalmente son los que meditan por el mayor tiempo»[3].

El árbol de su vida espiritual se desarrolla mejor con la meditación, porque lo ayuda a absorber el agua de la Palabra de Dios (vea Efesios 5:26). Limitarse a escuchar o leer la Biblia, por ejemplo, puede ser como cuando una lluvia breve cae sobre la tierra dura. Independientemente de la cantidad o de la intensidad de la lluvia, la mayor parte se escurre y es poco lo que penetra. Por el contrario, la meditación abre el suelo del alma y permite que el agua de la Palabra de Dios se filtre profundamente. El resultado es una productividad extraordinaria y prosperidad espiritual.

Considere eso nuevamente. Muchos que leen este libro son personas que escuchan mucho de la Biblia en la iglesia y tal vez luego otra vez en algún estudio bíblico a media semana. Es posible que usted escuche frecuentemente enseñanza bíblica grabada y música cristiana también. Es posible que lea las Escrituras casi todos los días y tal vez también otros libros cristianos como este. Como consecuencia, cada semana se encuentra con una cantidad torrencial de la verdad de Dios (por no hablar del caudal de toda otra información que pasa a toda velocidad a través de sus ojos y sus oídos). Pero si no absorbe una parte del agua de la Palabra de Dios que encuentra, no estará mucho mejor debido al contacto. Escuchar y leer la Biblia es exponerse a las Escrituras: es necesario, pero solo es el punto de partida. Después de exponernos a las Escrituras, necesitamos absorberlas. La meditación es la absorción de las Escrituras. Y es la absorción lo que lleva a la experiencia con Dios y a la transformación de vida que anhelamos cuando acudimos a la Biblia. Sí, queremos escuchar y leer la Biblia, a menudo y mucho, pero sin el agregado de la meditación, como advirtió

el gran hombre de oración y fe George Müller: «La simple lectura de la Palabra de Dios» puede convertirse en información que «solo pasa por nuestra mente, así como el agua corre por una cañería»[4].

El autor del Salmo 119 estaba seguro de que él era más sabio que todos sus enemigos (vea el versículo 98). Además, dijo: «Tengo mejor percepción que mis maestros» (versículo 99). ¿Es porque había oído, leído, estudiado o memorizado la Palabra de Dios más que todos y cada uno de sus enemigos y maestros? Probablemente no. El salmista era más sabio, no necesariamente por tener más información, sino por tener un mayor entendimiento. Pero ¿cómo adquirió más sabiduría y entendimiento que cualquier otro? Su explicación, expresada en una oración, fue:

Tus mandatos me hacen más sabio que mis enemigos,
pues me guían constantemente.

Así es, tengo mejor percepción que mis maestros,
porque siempre pienso en tus leyes.

(SALMO 119:98-99)

Creo que la meditación es más importante aún para la productividad y la prosperidad espiritual en nuestros días que en el antiguo Israel. Aunque el aporte total de la Palabra de Dios fuera el mismo para nosotros que para los de la época del salmista, combinado con nuestra asimilación de las Escrituras, nosotros también experimentamos una inundación de información que el autor del Salmo 119 nunca habría imaginado. Súmele a esto algunas de nuestras responsabilidades adicionales actuales y el resultado es una distracción mental y una disipación que superan nuestra capacidad de absorber las Escrituras. Debido a la avalancha de datos que existe en la actualidad, cada cuantos minutos más información nueva llega a ser disponible para nosotros que la que Jonathan Edwards hubiera encontrado en toda su vida en el siglo XVIII. Hay que

reconocer que él tenía muchas responsabilidades que requerían mucho tiempo (como cuidar a su caballo), que la mayoría de las personas ya no necesitan hoy. Por otro lado, ¡no tuvo que contestar un solo teléfono en su vida! Pese a estas inconveniencias, su mente, como la del salmista, no se distraía tanto como la nuestra por la información y el entretenimiento instantáneos y ubicuos. Por causa de estas cosas, para nosotros hoy es más difícil que nunca antes concentrar nuestros pensamientos, especialmente en Dios y en las Escrituras.

Entonces, ¿qué hacemos? No podemos volver a los días de Edwards a menos que nos mudemos a las selvas de Papúa Nueva Guinea. Y aun así, hemos vivido demasiado tiempo en la era de la información como para escapar de su influencia. Sin embargo, podemos reconstruir un orden para nuestros pensamientos y recuperar algo de la capacidad de concentración, especialmente en la verdad espiritual, a través de la meditación bíblica. Pero esto requerirá disciplina.

De hecho, esa es exactamente la manera en la que los hombres como Jonathan Edwards se disciplinaron a sí mismos. En la encantadora biografía que escribió Elisabeth Dodds sobre Sarah, la esposa de Jonathan Edwards, la autora dijo lo siguiente sobre la determinación de Jonathan en cuanto a la meditación:

Cuando era más joven, Edwards había pensado en cómo usar el tiempo que tenía que pasar haciendo viajes. Después de mudarse a Northampton, ideó un plan para sujetar un papelito en cierto lugar de su abrigo, asignándole un número al papel y dándole la orden a su mente de que relacionara un tema con ese trozo de papel. Después de un viaje tan largo como los tres días de regreso desde Boston, estaba repleto de papeles. Al volver a su estudio, se quitaba metódicamente los papeles y anotaba los pensamientos que cada papelito le recordaba[5].

No es necesario que vayamos por ahí repletos de papeles como un puercoespín, pero podemos ser transformados al cambiar nuestra manera de pensar (vea Romanos 12:2) a través de la meditación disciplinada en las Escrituras. Es posible que no seamos tan fructíferos o tan exitosos espiritualmente como un Jonathan Edwards, pero podemos ser más sabios que nuestros enemigos, tener más entendimiento que nuestros maestros, experimentar todas las promesas de

Josué 1:8 y del Salmo 1, y ser más piadosos si meditamos bíblicamente.

Santiago 1:25: Las promesas del Nuevo Testamento

Las promesas expansivas que Dios da a quienes meditan en su Palabra van del Antiguo al Nuevo Testamento. Por ejemplo, da esta seguridad: «Pero el que mira atentamente a la ley perfecta, la ley de la libertad, y permanece en ella, no habiéndose vuelto un oidor olvidadizo sino un hacedor eficaz, este será bienaventurado en lo que hace» (Santiago 1:25, LBLA). Observe primero que la promesa no es solo para alguien que mira «la ley perfecta» de Dios como un lector indiferente, sino en vez de eso, para el que la «mira atentamente». Eso es meditación

Observe que a lo opuesto del que medita se le llama «oidor olvidadizo». No hay mucha diferencia entre «[haberse] vuelto un oidor olvidadizo» y ser un lector olvidadizo de la Palabra de Dios, que es en lo que muchos lectores de la Biblia tienen que admitir que se han convertido. Entonces, según este versículo, ¿por qué olvidamos lo que leemos en la Biblia? ¿Es solamente por una mala memoria? No, es la falta de meditación.

Después, Santiago 1:25 enseña que al contemplar meditativamente las Escrituras usted se convierte en «un hacedor eficaz» (LBLA) de las Escrituras. Recordemos que ese es el objetivo. La obediencia a Dios, o sea, ser como Cristo, es el fin; la meditación es solo uno de los medios. En otras palabras, nuestro propósito principal no es llegar a ser más competentes o disciplinados con la meditación; nuestro propósito es la piedad.

Y entonces, el que es un «hacedor eficaz», que está llegando a ser más semejante a Jesús —quien fue perfectamente obediente a «la ley perfecta» de Dios—, «será bienaventurado en lo que hace». ¿Le resulta familiar? Se parece muchísimo a la promesa del Salmo 1:3 para los que meditan en la Palabra de Dios: «Y prosperan en todo lo que hacen». Hemos visto que así como la meditación lleva a la obediencia, la obediencia da como resultado la bendición de Dios. ¿Desea usted la bendición de Dios para su vida? Por supuesto que sí. De acuerdo con los textos que hemos analizado, la bendición de Dios está relacionada con nuestra obediencia a Dios. No ganamos la bendición de Dios por obedecer, porque sus

bendiciones siempre son por gracia. De hecho, a veces Dios nos bendice incluso en y a pesar de nuestra desobediencia. Pero sabemos que no podemos esperar la bendición de Dios por separado de la obediencia. Así que la pregunta es: ¿qué hará que seamos más obedientes mañana que hoy? ¿El solo hecho de leer la Biblia? Bueno, como vimos, las personas pueden leer la Biblia todos los días y, básicamente, permanecer sin cambios. En general, no es la mera lectura de la Biblia lo que nos convierte en «un hacedor eficaz» de ella, sino la meditación.

Entonces, ¿cómo meditamos cristianamente?

Elija un pasaje apropiado

La manera más fácil de decidir en qué meditar es eligiendo el versículo, la frase o la palabra que más le impacte del pasaje bíblico que leyó. Entonces, después de su lectura, vuelva a eso que le llamó la atención y medite en ello.

Obviamente, este es un enfoque subjetivo; pero cualquier enfoque va a ser subjetivo en cierto modo. Además, la meditación es esencialmente una actividad subjetiva, hecho que subraya la importancia de fundamentarla en las Escrituras, el recurso perfectamente objetivo[6].

Los versículos que se relacionan claramente con sus intereses y necesidades personales son objetivos claros para la meditación. Aunque no queremos abordar la Biblia simplemente como un compendio de consejos sabios, una colección de promesas o una «hoja de respuestas», la voluntad de Dios es que le prestemos atención a las cosas que él ha escrito y que se aplican directamente a nuestras circunstancias. Si ha estado luchando con su vida interior y lee Filipenses, entonces probablemente necesite meditar en Filipenses 4:8: «Y ahora, amados hermanos, una cosa más para terminar. Concéntrense en todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo bello y todo lo admirable. Piensen en cosas excelentes y dignas de alabanza». ¿Tiene en mente la salvación de un amigo o de un familiar? Si se encuentra con Juan 4, podría sacar provecho meditando sobre la forma de comunicarse de Jesús y estableciendo un paralelo con su propia situación. ¿Se siente distanciado de Dios o que su condición espiritual pasa por una etapa de aridez? Buscar indicios del carácter de Dios y enfocarse en ellos es una buena elección.

Una de las maneras más consistentemente beneficiosas para seleccionar un pasaje para meditar es discernir el mensaje principal de la sección de su encuentro con las Escrituras, y meditar en su significado y aplicación. Por ejemplo, hace poco leí Lucas 11. En la versión que yo estaba usando, ese capítulo tiene diez párrafos. Elegí una sección, la de los versículos 5-13. El tema principal de ese párrafo es la perseverancia en la oración. Reflexioné en esa idea, especialmente como está descrita en los versículos 9-10, que hablan de pedir, buscar y llamar a la puerta[7].

O puede limitar el foco para determinar el versículo o los versículos claves del pasaje que ha leído. Elegir uno de ellos como su tema de meditación le permite centrar la atención en los temas principales, las grandes ideas, de las Escrituras. Porque independientemente de lo conocido que pueda ser el versículo clave, nunca exploramos del todo las profundidades de las grandes verdades de la Biblia. Nunca podemos reflexionar demasiado, por ejemplo, en temas como la persona y la obra de Jesús, en cualquier aspecto del evangelio o en los atributos de Dios.

Entonces, la regla general para su asimilación de las Escrituras a diario, individualmente, es que debe incluir la lectura tanto como la meditación. Lea extensivamente, como un capítulo o más; luego repase lo que haya leído y seleccione algo específico del pasaje para enfocar en eso su meditación. Lea a gran escala; medite en algo pequeño.

Seleccione un método de meditación

Meditar no es cruzar sus brazos, reclinarse en su silla y quedarse mirando el techo. Eso es soñar despierto, no meditar. Soñar despierto no siempre es una pérdida de tiempo; puede ser un descanso muy necesario y merecido para la mente, tan importante como la relajación es, a menudo, para el cuerpo. Nuestro Padre benévolo no siempre está aguijoneándonos para que «produczcamos» y, como he escrito en otra parte, se puede soñar despierto, para «no hacer nada, y hacerlo para la gloria de Dios»[8].

A diferencia de soñar despierto, donde usted deja volar su mente, con la meditación enfoca los pensamientos. Le presta atención al versículo, a la frase, a

la palabra o a la enseñanza de las Escrituras que eligió. En lugar de una falta de rumbo mental, en la meditación su mente está encausada: va hacia alguna parte; tiene una dirección. El método de meditación que elija determinará la dirección que tome su mente.

A continuación hay diecisiete métodos para meditar en las Escrituras. Yo uso todos de vez en cuando, y ninguno en particular todo el tiempo. ¿Por qué presento tantos[9]? Porque es probable que a usted le resuenen algunos de estos métodos más que otros, mientras que las inclinaciones de otra persona podrían ser precisamente opuestas a las suyas. Y porque, como a mí, es probable que a usted le guste un poco de variedad.

Método de meditación #1: Haga énfasis en diferentes palabras del texto

Este método toma el versículo o la frase de las Escrituras y le da vueltas para examinar cada faceta como si fuera un diamante.

Una meditación sobre las palabras de Jesús al principio de Juan 11:25 sería algo así:

«Yo soy la resurrección y la vida».

Por supuesto que el sentido no es simplemente repetir en vano cada palabra del versículo hasta que se haya hecho énfasis en todas. El propósito es reflexionar profundamente en la luz (verdad) que brilla dentro de nuestra mente cada vez que se le da una vuelta al diamante de las Escrituras. Es simple pero efectivo. Me resulta particularmente útil cuando me cuesta concentrarme en un pasaje.

Método de meditación #2: Reescriba el texto con sus propias palabras

Desde los primeros días de su educación en el hogar, el padre de Jonathan Edwards le enseñó a pensar con un lápiz en la mano, costumbre que conservó a lo largo de su vida. Meditar con lápiz en mano, o con los dedos sobre el teclado, puede ayudarlo a enfocar su atención en el asunto en cuestión mientras estimula su flujo de pensamientos. Con este método, imagine que está enviando el versículo que eligió en un mensaje a alguien. ¿Cómo expresaría exactamente el contenido del versículo, pero sin utilizar las palabras del versículo?

Parafrasear el versículo en el que está reflexionando también es una buena manera de asegurarse que entiende el significado. Tengo un amigo que dice que, para él, el método más productivo de abrir un texto es parafrasear versículos al estilo del Amplified Bible en inglés. El solo hecho de pensar en sinónimos y en otras maneras de replantear el sentido de una parte de la Palabra de Dios es, en sí mismo, una forma de meditación.

Método de meditación #3: Formule un principio del texto: ¿qué enseña?

Si bien este método puede servir cuando medita en una parte tan corta como un versículo, o tan larga como un capítulo, es especialmente útil cuando se enfoca en algo más que solo una frase o dos. Considérelo una especie de resumen del mensaje principal del pasaje. Este método puede compararse con la elaboración de la presentación de una tesis sobre la sección de las Escrituras que usted ha leído. De esa manera, un principio derivado de Mateo 6:9-13 puede exponerse de la siguiente forma: «Jesús les enseña a sus seguidores cómo orar», y el principio

extraído de un pasaje largo como Lucas 8:19-56 podría ser: «Jesús tiene autoridad sobre la creación, sobre los demonios, sobre la enfermedad y sobre la muerte».

Cuanto más memorablemente pueda exponer el principio, mejor. Eso es lo que el Dr. R. G. Lee hizo en uno de los sermones estadounidenses más conocidos del siglo XX. Redujo la historia de Nabot, Acab y Jezabel del Antiguo Testamento a una frase inolvidable: «El día de pago, ¡algún día!». Una vez que haya desarrollado el principio, dé el segundo paso y piense en una manera de reformularlo en una frase o en una línea que luego sea fácil de recordar cuando se pregunte: «¿Cuál era el versículo en el que medité esta mañana?».

Método de meditación #4: Piense en una ilustración del texto: ¿qué imagen lo explica?

La ilustración es una descripción visual que explica, clarifica o confirma el objeto de su meditación. Puede ser una anécdota personal, un acontecimiento de las noticias o de la historia, una cita textual, una analogía, una canción: cualquier cosa que arroje luz sobre el pasaje. La ilustración es la terminación de una frase que comienza con «Es como...».

Jesús solía usar ilustraciones en sus enseñanzas. En Lucas 13:18-21 vemos:

Entonces Jesús dijo: «¿A qué se parece el reino de Dios? ¿Cómo puedo ilustrarlo? Es como una pequeña semilla de mostaza que un hombre sembró en un jardín; crece y se convierte en un árbol, y los pájaros hacen nidos en las ramas». También preguntó: «¿A qué otra cosa se parece el reino de Dios? Es como la levadura que utilizó una mujer para hacer pan. Aunque puso solo una pequeña porción de levadura en tres medidas de harina, la levadura impregnó toda la masa».

Evidentemente, en algún momento previo a este episodio, él, en su humanidad,

había meditado en la naturaleza del reino de Dios y llegó a estas dos analogías; o bien, hizo lo contrario y una vez al observar un árbol que tenía nidos y otra vez al ver cómo agregaban levadura a la harina, se preguntó qué verdad bíblica podía ilustrar cada hecho. El apóstol Pablo usó ilustraciones en 1 Tesalonicenses 5:2-3, como lo hizo Santiago en Santiago 1:6.

Lo primero que tiene que hacer cuando quiera describir un pasaje es considerar si hay una historia en la Biblia que ilustre el sentido del versículo en el que medita; o, si usted medita en una historia, si en alguna parte de las Escrituras hay un versículo suelto que resuma el sentido de esa historia. Si el versículo que considera no está en los Evangelios, piense si ilustra algo que Jesús dijo o hizo.

Otra manera de usar este método es invertirlo y preguntar qué puede ilustrar este texto en particular. Por ejemplo, ¿es una ilustración de otro pasaje de las Escrituras, o de algo en las palabras o los hechos de Jesús?

Método de meditación #5: Busque cómo aplicar el texto

El resultado de la meditación debe ser la aplicación. Como masticar sin tragar, la meditación está incompleta sin algún tipo de aplicación. Esto es tan importante que toda la próxima sección de este capítulo está dedicada a aplicar la Palabra de Dios. Así que pregúntese: «¿Cómo debo responder a este texto? ¿Qué querrá Dios que yo haga como consecuencia de mi encuentro con esta parte de su Palabra? La Biblia nos dice que pongamos en práctica la Palabra (Santiago 1:22); por lo tanto, ¿cómo debería cumplir esta parte de ella? ¿Hay algo que empezar, detener, confesar, orar, creer o decirle a alguien?»

Si se dice a sí mismo: «No cerraré mi Biblia hasta que sepa por lo menos una cosa que el Señor quiere que yo haga con este versículo», meditará.

Método de meditación #6: Pregunte de qué manera señala el texto a la ley o al evangelio

Una forma de pensar de la Biblia es que nos presenta la Ley de Dios y el evangelio de Dios. La ley (básicamente, el Antiguo Testamento) consiste en qué requiere nuestro Dios santo y justo de las personas para que tengan la justificación necesaria para vivir con él en el cielo. El evangelio (básicamente, el Nuevo Testamento) es la Buena Noticia de que nuestro Dios amoroso y misericordioso ha proporcionado, por medio de Jesús, la justificación que él requiere en su ley. Con este método de meditación, usted busca de qué manera el pasaje en el que está meditando apunta hacia algún aspecto de la ley, del evangelio o de ambos.

Con un versículo como el Salmo 23:1, por ejemplo, «El SEÑOR es mi pastor», podríamos decir que señala al evangelio en el hecho que Jesús dijo de sí mismo: «Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida en sacrificio por las ovejas» (Juan 10:11). Pero ¿por qué necesitamos un pastor, y por qué el Buen Pastor tuvo que dar su vida por las ovejas? Porque —y aquí el Salmo 23:1 también puede señalar indirectamente a la ley— todos nosotros somos como ovejas que se han apartado de la Ley de Dios. Como dice Isaías 53:6: «Todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros. Sin embargo, el SEÑOR puso sobre él los pecados de todos nosotros».

Tal vez no siempre sea tan fácil trazar las líneas hacia otros textos o ver conexiones con la ley y el evangelio como lo es en el Salmo 23. Pero, con un poco de práctica, verá que se volverá mucho más perceptivo a los grandes temas de las Escrituras, aun cuando esté considerando una parte muy pequeña de ellas.

Método de meditación #7: Pregunte de qué manera señala el texto a algo acerca de Jesús

Este método es similar al anterior, pero se enfoca totalmente en la persona y en la obra de Jesucristo. Después de su resurrección, cuando Jesús iba por el camino a Emaús con dos creyentes, dice que «comenzando por Moisés y por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras» (Lucas 24:27, NVI). Fundamentalmente, este enfoque a la meditación intenta hacer lo mismo; es decir, examina el texto para ver cómo puede indicar algo acerca de quién es Jesús o de lo que él hizo.

Entonces puede buscar de qué manera Jesús cumplió o encarnó el texto (como vimos en el Salmo 23:1) o, a la inversa, de qué forma es él lo pura y perfectamente opuesto a ello (si habla del pecado). Fíjese si lo que está considerando se parece en algún aspecto a lo que Jesús llevó a cabo por medio de su vida o de su muerte, o que logrará algún día cuando regrese. Como Jesús nos enseñó, entrenémonos para pensar cristocéntricamente en el pasaje que tenemos por delante.

Método de meditación #8: Averigüe qué pregunta se responde o qué problema se resuelve con el texto

En este enfoque, usted observa el texto que tiene enfrente como la respuesta a una pregunta o la solución a un problema. Con ese supuesto, usted plantea: «¿Cuál es la pregunta?» o «¿Cuál es el problema?». Si medita en «Jesús lloró» (Juan 11:35), ¿qué pregunta responde eso? ¿Qué le parece: «¿Era Jesús completamente humano?»? Bueno, «Jesús lloró». Eso no responde todo en cuanto a la pregunta, pero sí le dice algo importante sobre su humanidad. Si medita sobre Juan 3:16 y considera que ese versículo es la solución a un problema, ¿cuál es el problema? Una manera de enunciar el problema podría ser: «¿Cuál es el plan de Dios para dar la vida eterna?».

Método de meditación #9: Ore mientras lee el texto

Este método en especial puede ayudarle a expresar el espíritu del salmista en el Salmo 119:18: «Abre mis ojos, para que vea las verdades maravillosas que hay en tus enseñanzas». El Espíritu Santo es el Gran Guía a la verdad de Dios (vea Juan 14:26). Además, la meditación cristiana va más allá de la concentración atenta de los humanos o de la energía mental creativa. Cuando usted usa un versículo bíblico para orar, somete su mente a la iluminación del Espíritu Santo en el pasaje e intensifica su percepción espiritual. La Biblia fue escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo; ore pidiendo que él ilumine su meditación.

Recientemente medité en el Salmo 119:50: «Este es mi consuelo en la aflicción: que tu palabra me ha vivificado» (LBLA). Oré usando este texto como base, de esta manera:

Señor, tú conoces la aflicción por la que estoy pasando en este momento. Tu Palabra promete consolarme en mi aflicción. Tu Palabra puede vivificarme en mi aflicción. Yo realmente creo que es verdad. Tu Palabra me ha vivificado en la aflicción en el pasado, y confieso mi fe en ti de que me vivificará en esta experiencia. Te ruego que me vivifiques ahora por medio del consuelo de tu Palabra.

Mientras oraba este texto, el Espíritu Santo empezó a recordarme verdades de las Escrituras acerca de la soberanía de Dios sobre su iglesia, su providencia sobre las circunstancias de mi vida, su poder, su presencia y su amor constantes, etcétera. En ese tiempo prolongado de meditación y oración, mi alma se vivificó y sentí que el Consolador me confortó.

La meditación bíblica siempre debe incorporar dos partes: el cristiano y el Espíritu Santo. Usar un texto bíblico para orar[10] es una invitación que el cristiano le hace al Espíritu Santo para que mantenga su luz divina sobre las palabras de las Escrituras, a fin de que le haga ver lo que usted no puede ver sin él.

Método de meditación #10: Memorice el texto

Como se mencionó antes en este capítulo, «la memorización estimula la meditación». Dicho de otro modo, cuando usted memoriza un versículo, piensa en él. La repetición mental del texto que la memorización requiere fomenta simultáneamente la reflexión en él. Después de aprender de memoria un texto de las Escrituras, usted puede meditar en él cuando va a su trabajo, cuando camina, cuando está cocinando, cuando se queda dormido o en cualquier otro momento que elija.

La persona más constante y diligente para memorizar pasajes de las Escrituras que yo he conocido personalmente es el Dr. Andrew Davis, quien escribió: «No hay disciplina más útil para este minucioso proceso de la meditación de versículo por versículo que la memorización. La memorización no es lo mismo que la meditación, pero es casi imposible que alguien pueda memorizar un pasaje de la Biblia sin profundizar un poco en su entendimiento de esos versículos. Además, una vez que se ha memorizado el pasaje, está a su disposición toda una vida de reflexión»[11].

Método de meditación #11: Cree una expresión artística del texto

Esta forma de abordar el pasaje consiste en darle una expresión tangible a sus meditaciones con un boceto o alguna otra manifestación material de sus pensamientos. Podría componer una canción o un poema basado en el texto. Como nos anima el Salmo 96:1: «¡Canten al SEÑOR una nueva canción! ¡Que toda la tierra cante al SEÑOR!». No hace falta que sea laboriosa o larga, y no importa si es de una sola nota, como un canto llano. Muchas veces, podría ser completamente espontánea. Jonathan Edwards escribió que frecuentemente esta era su práctica: «Mientras caminaba solo en el bosque y en lugares solitarios para meditar, hablar a solas, orar y conversar con Dios; [...] era siempre mi manera, en momentos como esos, de expresar cantando mis contemplaciones»[12]. Usted puede hacer lo mismo. De manera impulsiva, improvise una melodía y cante el texto y/o sus pensamientos al respecto como «una nueva canción» para el Señor mientras reflexiona en su Palabra.

Método de meditación #12: Examine el texto con las preguntas de Filipenses 4:8

Hace poco, meditaba en Filipenses 4:8: «Y ahora, amados hermanos, una cosa más para terminar. Concéntrense en todo lo que es verdadero, todo lo honorable, todo lo justo, todo lo puro, todo lo bello y todo lo admirable. Piensen en cosas excelentes y dignas de alabanza». Se me ocurrió que las indicaciones que se dan

allí para meditar en estas cosas podrían dar una guía para meditar en cualquier versículo de las Escrituras, así como para meditar en «la vida». Como resultado, y después de consultar varias traducciones de Filipenses 4:8, elaboré una serie de preguntas con base en el versículo.

¿Qué es verdadero en esto, o qué verdad ejemplifica?

¿Qué tiene esto de honorable?

¿Qué tiene esto de justo o correcto?

¿Qué tiene esto de puro, o cómo ejemplifica la pureza?

¿Qué es bello en esto?

¿Qué tiene esto de admirable?

¿Qué tiene esto de excelente (es decir, que supera a otros de su clase)?

¿Qué tiene esto de digno de alabanza?

Entonces, ya sea que medite en un versículo o en una historia bíblica, o en algo de su vida —circunstancias, un acontecimiento, una experiencia, un encuentro con alguien, una parte de la creación— de hecho, cuando piense en cualquier cosa, las preguntas de Filipenses 4:8 pueden ser una guía útil.

Método de meditación #13: Haga las preguntas de Joseph Hall acerca del texto

Joseph Hall (1574–1656) fue un devoto obispo anglicano de Norwich, Inglaterra. Su libro del año 1606, *The Art of Divine Meditation* (El arte de la meditación divina), fue uno de los libros más vendidos e influyentes de su época. En este clásico devocionario puritano, abordó y dio ejemplos del uso de diez preguntas

útiles para meditar en las Escrituras. Las preguntas de Hall me parecen sumamente estimulantes para el pensamiento cuando me estoy preparando para predicar o escribir o hacer cualquier tipo de presentación, pero especialmente cuando hago mi meditación devocional en las Escrituras. Las he modificado y ampliado un poco para hacerlas más claras para los lectores contemporáneos.

¿En qué está meditando? (Defina y/o describa lo que es).

¿Cómo se divide o qué partes lo componen?

¿Qué lo ocasiona?

¿Qué produce esto; es decir, cuáles son sus frutos y efectos?

¿Cuál es su lugar, ubicación o uso?

¿Cuáles son sus cualidades y suplementos?

¿Qué es lo contrario, contradictorio o diferente a esto?

¿Qué se compara a esto?

¿Cuáles son sus títulos o sus nombres?

¿Cuáles son los testimonios o ejemplos en las Escrituras al respecto?

La primera pregunta es la más difícil, pero también es la más importante, pues la respuesta llega a ser «lo» que tratan las preguntas siguientes. Entonces, si el versículo en el que medita es, por ejemplo, Romanos 8:28, su respuesta a la primera pregunta podría ser algo como: «El control de Dios sobre todas las cosas para el bien de su pueblo». Luego, «sus divisiones o partes» (de la segunda pregunta) incluirían «el control de Dios», «todas las cosas», «el bien» y «su pueblo», porque estas son las «divisiones o partes» de «lo» que se definió como respuesta a la primera pregunta.

Es posible que le sea útil guardar una copia de estas preguntas dentro de su

Biblia y digitalmente, en lugares que siempre estén a su disposición.

¿Son demasiadas diez preguntas para una sola ocasión de meditación? Entonces, haga una o dos por día, usando tal vez este método para meditar en un solo versículo a lo largo de la semana. Sean muchas o pocas, en la meditación frecuentemente es mucho más fácil responder preguntas específicas sobre el texto que pensar en él sin ningún tipo de guía. Por este motivo, además de las provistas anteriormente, usted puede elaborar otras listas de preguntas para usar durante la meditación. Cuando tenga sueño o esté cansado o distraído, buscar las respuestas a las preguntas concretas lo ayudará a reducir la divagación mental que se produce cuando no hay un método particular que lo ayude a enfocarse en el texto.

Método de meditación #14: Establezca y descubra un mínimo de nuevas perspectivas acerca del texto

Con este método, usted determina desde el principio que no dejará de meditar en su texto hasta que descubra por lo menos cierta cantidad de ideas en él. La primera vez que yo lo hice, meditaba en Hebreos 12:29: «Porque nuestro Dios es un fuego que todo lo consume». Decidí seguir poniéndole atención al versículo hasta que encontrara como mínimo diez perspectivas. En este caso, decidí pensar en diez comparaciones entre Dios y el fuego. Las primeras fueron bastante fáciles: «Dios es luz», dice la Biblia en 1 Juan 1:5, y el fuego emana luz. También, Dios es el Juez supremo, y en la Biblia, el fuego a veces es el instrumento del juicio de Dios. Pero después de unas cuatro comparaciones rápidas entre Dios y el fuego, comenzó a complicarse. Pero ahí es donde empecé a ir más allá de lo que era bastante simple u obvio, para llegar a lo que requería una reflexión mayor. Solamente entonces percibí que superaba lo que ya me era conocido. Si no hubiera fijado la meta en diez, me habría detenido más o menos en cuatro en esa ocasión, porque ahí es donde apareció el desafío mental. Pero, a menudo, necesito esa clase de desafío mental para profundizar en la Palabra de Dios.

Al menos cuatro de mis amigos han confirmado una tarea legendaria que cada uno experimentó en una clase del seminario sobre los métodos de estudio bíblico

que enseñaba el profesor Howard Hendricks en el Seminario Teológico de Dallas. Él les decía a sus alumnos que para la siguiente clase regresaran con, por lo menos, veinticinco observaciones sobre Hechos 1:8. Cuando lo hacían, les pedía que la siguiente vez regresaran con veinticinco observaciones más acerca de ese versículo. Finalmente, les daba la tarea de que hicieran tantas observaciones como les fuera posible, además de las primeras cincuenta. La mayoría creía que, en ese punto, prácticamente habían agotado Hechos 1:8, hasta que Hendricks exhortaba a la clase diciéndoles: «Ah, por cierto, el récord histórico es de más de seiscientas».

No todo versículo de la Biblia es tan fértil como Hechos 1:8. Sin embargo, este método se basa en la creencia de que una mente infinita ha inspirado cada texto de las Escrituras y, por esa razón, siempre hay algo más para ver que lo que usted ya ha visto, más allá de lo bien que usted crea conocer determinado versículo. Tal vez sea una observación, una idea o una aplicación, pero es casi seguro que en ese texto hay algo que usted no ha observado o expresado antes.

Método de meditación #15: Busque una relación o un denominador común entre todos los párrafos o los capítulos que lee

Si lee un capítulo que tiene, digamos, tres párrafos, busque la relación entre los tres. En Lucas 15, por ejemplo, hay una oveja perdida, una moneda perdida y un hijo perdido. A todos se les encuentra y hay regocijo. En Marcos 5, leemos que Jesús demuestra su divinidad al ejercer autoridad sobre el reino espiritual, las enfermedades y la muerte.

Si lee en más que un libro de la Biblia, busque un denominador común en todo lo que lee. ¿Puede ver, por ejemplo, a Jesús en los diferentes capítulos que está leyendo? ¿O cómo se relaciona cada uno con el evangelio? ¿O qué le dice cada capítulo acerca de la «crisis actual» de su vida? Es posible que al final llegue a la conclusión de que uno o más de los capítulos que ha leído no tiene absolutamente ninguna aplicación para su crisis actual. Aunque así sea, es beneficioso explorar mentalmente las Escrituras, examinando y reflexionando en ellas de una manera mucho más detallista que la mera lectura.

Método de meditación #16: Pregunte cómo le habla el texto a su problema o su interrogante actual

Suponga que el problema actual en su vida es financiero. Después de que haya terminado su lectura bíblica, repase lo que leyó y busque todos los versículos que aborden o puedan aplicarse a las finanzas. Después, considere lo que dice el pasaje, quizá usando el texto para orar o utilizando alguno de los métodos previos para meditar más. Si la preocupación inmediata en su vida tiene que ver con su familia, busque los versículos que tengan algo que decir acerca de las relaciones personales. Si está batallando con una interrogante persistente, vuelva a revisar todo lo que leyó en los últimos minutos, y analice si hay algo que el Espíritu Santo pueda iluminar con relación a la respuesta. Cuando le pida al Autor de las Escrituras: «Abre mis ojos, para que vea las verdades maravillosas que hay en tus enseñanzas» (Salmo 119:18), es posible que se sorprenda por los textos que él usa para darle la percepción, el entendimiento o la aplicación en cuanto a su asunto o interrogante.

Método de meditación #17: Use el mapeo de meditación

El mapeo de meditación aplica los principios del mapeo mental a un texto de las Escrituras. Si le resulta desconocida la idea del mapeo mental o de métodos similares, tal vez quiera explorar brevemente el tema en la Internet. Es un tema que se puede entender rápidamente, especialmente si encuentra ejemplos de mapas mentales básicos[13]. En esencia, un mapa mental es un esquema que resume información de una manera más visualmente atractiva y fácil de recordar que las palabras en líneas. La idea que quiere explorar se coloca en el centro de una página. Luego, a medida que surgen las ideas, se conectan a la imagen central por medio de líneas que parten de ella. Las subcategorías se conectan de manera similar a las ideas principales, con ramas más delgadas, y así sucesivamente. Se recomienda encarecidamente el uso de imágenes simples, símbolos y colores.

Suponga que va a usar este método para meditar en Romanos 8:28. Empezaría poniendo las palabras del versículo en el centro de la hoja, quizá dibujando un

círculo, un recuadro o una «nube» alrededor de ellas. La primera rama importante que radiaría del dibujo central sería sobre «Y sabemos» y, a medida que le prestara atención a cómo «sabemos», así como a la conexión que este versículo tiene con el contexto inmediato, conectaría sus ideas con líneas o con ramas más finas a esa primera rama. La siguiente rama grande podría ser acerca de «los que aman a Dios». De este primer nivel de ramas saldrían menores para «¿Quiénes son?» y «Amar a Dios». Después, podría tener otra rama grande para «todas las cosas», otra para «ayudan a bien», etcétera. Cada rama principal tendría tanto fruto como sus meditaciones produzcan.

En lo personal, este es uno de mis favoritos. No es una manera diferente de pensar, sino una manera diferente de escribir lo que se piensa. A medida que las ideas nuevas frecuentemente fluyen de los enfoques nuevos, descubrí que este método de meditar en las Escrituras me ayuda a mantenerme enfocado en el texto bíblico mientras estimula mi proceso mental de lo que estoy mirando.

No se apure: ¡dedíquele tiempo!

¿De qué sirve leer uno, tres o más capítulos de las Escrituras si, después de haber terminado, lo único que descubre es que no puede recordar ni una cosa de lo que ha leído? Es mejor leer una pequeña porción de las Escrituras y meditar en ella, que leer una sección extensa sin meditación.

El escocés Maurice Roberts escribió:

Nuestra era ha sido tristemente deficiente en lo que podría llamarse grandeza espiritual. Esto tiene su raíz en la enfermedad moderna de la superficialidad. Somos demasiado impacientes para meditar en la fe que profesamos. [...] Lo que contribuye a una fe cristiana firme no es el examen rápido y ajetreado de los libros religiosos o el descuidado apuro por cumplir con las obligaciones religiosas. Más bien, la meditación pausada en las verdades del evangelio y la exposición de nuestra mente a esas verdades es lo que produce el fruto de un carácter santificado[14].

Lea menos (si es necesario) para meditar más. Aunque muchos cristianos necesitan encontrar el tiempo para incrementar su lectura bíblica, es posible que algunos pasen todo el tiempo que pueden leyendo la Biblia. Si no puede ampliar su horario para meditar en la lectura bíblica, lea menos para tener un poco de tiempo tranquilo para la meditación. Aunque encuentre momentos a lo largo del día en los cuales medite en la Palabra de Dios (vea Salmo 119:97), la mejor meditación generalmente ocurre cuando forma parte de su principal encuentro diario con la Biblia.

Que nuestra experiencia con la meditación bíblica sea tan gozosa y productiva como la de Jonathan Edwards, quien escribió estas líneas en su diario después de su conversión: «Frecuentemente, parecía ver mucha luz expuesta en cada oración y que se comunicaba un alimento tan estimulante, que no podía arreglármelas para leer; muchas veces me extendía mucho en una frase para ver las maravillas que contenía y, aun así, casi todas las frases parecían estar llenas de maravillas»[15].

APLICAR LA PALABRA DE DIOS: BENEFICIOS Y MÉTODOS

Dios dejó muy claro todo lo esencial de la Biblia, es decir, aquellas cosas que son fundamentales para conocerlo. Aun así, algunas partes de la Biblia son difíciles de entender. Incluso el apóstol Pedro dijo de las cartas de Pablo: «Algunos de sus comentarios son difíciles de entender» (2 Pedro 3:16). Sin embargo, a pesar de nuestros esfuerzos ocasionales para entender partes de las Escrituras, entender la Biblia no es nuestro problema principal. Mucho más frecuentemente, nuestra dificultad está en saber cómo aplicar a la vida cotidiana las partes de la Palabra de Dios que entendemos claramente. ¿Qué dice de cómo criar a mis hijos? ¿De qué forma deberían influir las Escrituras en mis decisiones y relaciones en el trabajo? ¿Cuál es la perspectiva bíblica sobre la próxima decisión que tengo que tomar? ¿Cómo puedo conocer mejor a Dios? Estas son las clases de preguntas que frecuentemente hacen los lectores de la Biblia, y así demuestran la urgencia de aprender la Disciplina de aplicar la Palabra de Dios.

El valor de aplicar la Palabra de Dios

La Biblia promete la bendición de Dios a los que aplican la Palabra de Dios a su vida. La declaración clásica del Nuevo Pacto sobre el valor de integrar lo espiritual con lo concreto es Santiago 1:22-25:

No solo escuchen la palabra de Dios; tienen que ponerla en práctica. De lo contrario, solamente se engañan a sí mismos. Pues si escuchas la palabra pero no la obedeces, sería como ver tu cara en un espejo; te ves a ti mismo, luego te alejas y te olvidas cómo eres. Pero si miras atentamente en la ley perfecta que te hace libre y la pones en práctica y no olvidas lo que escuchaste, entonces Dios te bendecirá por tu obediencia.

La afirmación similar de Jesús es concisa y poderosa: «Ahora que saben estas cosas, Dios los bendecirá por hacerlas» (Juan 13:17).

Estos versículos nos dicen que puede haber un peligroso engaño al escuchar la Palabra de Dios. Sin minimizar la suficiencia de las Escrituras ni el poder del Espíritu Santo para obrar a través del encuentro más casual con la Biblia, muchas veces nos podemos engañar en cuanto al impacto de las Escrituras en nuestra vida. Según Santiago 1:22-25, podemos sentir la verdad de Dios con tanto poder que lo que el Señor quiere que hagamos llega a ser tan claro para nosotros como el rostro que vemos en el espejo cuando nos levantamos en la mañana. Pero si no aplicamos la verdad cuando la encontramos, sin importar cuán maravillosa haya sido la experiencia de descubrir la verdad, nos engañamos a nosotros mismos si creemos que se nos bendecirá por prestarle atención a la Biblia en esas ocasiones. Dios «bendecirá por [su] obediencia» al que hace lo que las Escrituras dicen.

El que Dios bendiga a alguien por su obediencia equivale a las promesas de bendición, éxito y prosperidad que se dan en Josué 1:8 y en el Salmo 1:1-3 a los que meditan en la Palabra de Dios. Eso se debe a que la meditación debería,

finalmente, llevar a la aplicación, a la obediencia como la de Cristo. Cuando Dios instruyó a Josué que meditara en su Palabra día y noche, le dijo que el propósito de meditar era «para que cudes de hacer todo lo que en él está escrito» (LBLA). La promesa de «entonces prosperarás y te irá bien en todo lo que hagas» se cumpliría no solo como resultado de la meditación, sino como bendición de Dios por la aplicación que se forjó con la meditación.

Espere descubrir una aplicación

Debido a que la voluntad de Dios para usted es que sea hacedor de su Palabra, puede confiar en que él quiere que usted encuentre una aplicación cada vez que acude a las Escrituras. Por la misma razón, puede creer que el Espíritu Santo está dispuesto a ayudarlo a dar cuerpo a sus percepciones. Por lo tanto, abra el Libro con expectación. Anticepse el descubrimiento de una respuesta práctica a la verdad de Dios. Acudir a la Biblia con la fe de que encontrará una aplicación para ella marca una gran diferencia, comparado con creer que no la encontrará.

El ministro y escritor puritano Thomas Watson, cuya influencia fue tan grande que Charles Spurgeon lo llamó «la madre nodriza de los gigantescos hombres de fe evangélicos»[16], estimuló la anticipación de la aplicación cuando dijo:

Tomen cada palabra como si fuera dicha para ustedes. Cuando la Palabra truene en contra del pecado, piensen de esta manera: «Dios se refiere a mis pecados»; cuando presione cualquier deber: «Dios se refiere a mí con esto». Muchos alejan las Escrituras de sí, como si les concerniera solamente a los que vivieron en la época en que fue escrita; pero si ustedes tienen la intención de sacar provecho de la Palabra, llévenla a casa para ustedes mismos: una medicina no hará ningún bien si no se aplica[17].

Debido a que Dios inspiró las Escrituras, crea que lo que lee fue destinado para usted, al menos de alguna manera que se asocia con Cristo, así como para los primeros que recibieron el mensaje. Sin esa actitud, rara vez percibirá la

aplicación de un pasaje de las Escrituras a su situación personal.

Entienda el texto

Una mala comprensión del significado de un versículo lleva a aplicaciones equivocadas del mismo. Por ejemplo, algunos han aplicado la orden de Colosenses 2:21, «¡No toques esto! ¡No pruebes eso! ¡No te acerques a aquello!», para prohibir casi todo lo imaginable. En tanto que puede haber buenos motivos para abstenerse de algunas de las cosas en contra de las cuales se usa este versículo, el texto se aplica incorrectamente cuando se utiliza de esa manera, porque su significado se interpreta mal. Cuando se toma en su contexto, queda claro que estas palabras eran, en realidad, las consignas de un grupo ascético que el apóstol Pablo denunciaba como enemigo del evangelio. Así que, si usted leyera este versículo y pensara que tal vez se aplica a su necesidad de bajar de peso, quizá le agradaría saber que esa es una aplicación inválida de una interpretación incorrecta. (No obstante, un cambio de dieta podría ser la aplicación personal a la cual el Espíritu Santo lo guíe al leer 1 Corintios 9:27).

Thomas Watson tenía razón cuando dijo: «Tomen cada palabra como si fuera dicha para ustedes». Pero no podemos hacerlo hasta que entendamos qué propósito tenía para quienes lo escucharon primero. Si usted toma cada palabra del llamado de Dios a Abram en Génesis 12:1-7 como si se hubieran dicho para usted, pronto se mudaría a Israel. Pero si entiende ese llamado particular como exclusivo para Abram, todavía puede descubrir las verdades eternas que hay en él y aplicar cada palabra a sí mismo. ¿Ha seguido el llamado de Dios de acudir a Cristo? ¿Está dispuesto a obedecer la voluntad de Dios donde sea que él lo llame: a un trabajo nuevo, a un lugar nuevo, al campo misionero, y así sucesivamente?

Tenemos que entender cómo se aplicó un pasaje cuando se dio por primera vez, antes de que podamos comprender cómo se aplica ahora. Cuando Jesús dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso» (Lucas 23:43), su aplicación inmediata era para el ladrón que estaba en la cruz junto a él. Sin embargo, debido a que estas palabras son parte de las Escrituras, y porque «toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil» (2 Timoteo 3:16), el Señor pretende que tengan aplicación para

todos los creyentes. Obviamente, la aplicación contemporánea no es que cada cristiano se morirá hoy y estará con Jesús en el paraíso. Pero una forma en la que podemos aplicar este texto tiene que ver con prepararse para la muerte. Estamos conscientes de que es posible que la muerte llegue hoy y entonces nos examinamos en cuanto a nuestra preparación para ella. También podemos aplicar el texto con relación a la presencia de Cristo. Como cristianos, Cristo siempre está presente dentro de nosotros; por consiguiente, él está con nosotros hoy, aunque todavía no estemos en el paraíso. ¿Cómo cambia sus oraciones o su perspectiva del resto del día una fresca percatación de la presencia de Cristo?

La promesa de Jesús al ladrón es un ejemplo de cómo no todas las promesas se hicieron para que se aplicaran hoy en exactamente la misma manera que en el contexto original. Aun así, muchas otras promesas son generales, universales y perpetuas en su aplicación. Un ejemplo obvio es Juan 3:16. Otro es Romanos 10:9. ¿Cómo podemos saber qué pasajes deberían aplicarse de alguna manera distinta al contexto original? Aquí es donde el conocimiento creciente de las Escrituras a través de oír, leer y, en particular, estudiar la Biblia genera dividendos. Porque mientras mejor entendamos la Biblia, más preparados estaremos para aplicarla.

Ahora bien, yo sostengo que la mayor parte de las Escrituras es clara y directa en su significado básico. Nuestro problema sigue siendo más la falta de acción que de comprensión. Hay que entender las palabras de las Escrituras para ponerlas en práctica, pero si no las aplicamos, en realidad no las entendemos.

Medite para discernir la aplicación

Ya hemos observado que la meditación no es un fin en sí misma. Sin embargo, pensar profundamente en las verdades y realidades espirituales de las Escrituras es la clave que a menudo se descuida para ponerlas en práctica. Los datos de la información bíblica se convierten en aplicación práctica por medio de la meditación.

Si leemos, escuchamos o estudiamos la Palabra de Dios sin meditar en ella, no debería sorprendernos que sea tan difícil aplicar las Escrituras a situaciones concretas. Tal vez hasta podríamos entrenar a un loro para que aprenda cada

versículo de las Escrituras que nosotros mismos hemos memorizado, pero si no aplicamos esos versículos a la vida, no serán de mucho más valor perdurable para nosotros que para el loro. ¿De qué manera se convierte la Palabra memorizada en la Palabra aplicada? Eso ocurre por medio de la meditación.

La mayor parte de la información, incluso la información bíblica, pasa por nuestra mente como el agua por un colador. Generalmente nos llega tanta información cada día que retenemos muy poca. Pero cuando meditamos, la verdad permanece y percola. Podemos oler su aroma más plenamente y sentir mejor el sabor. A medida que reposa en nuestro cerebro, llegan nuevas perspectivas. La meditación calienta el corazón, y la verdad fría se derrite y se convierte en acción apasionada.

El Salmo 119:15 lo explica de esta manera: «Estudiaré tus mandamientos y reflexionaré sobre tus caminos». A través de la meditación en la Palabra de Dios fue que el salmista entendió cómo considerar los caminos de Dios para vivir; es decir, cómo ser un hacedor de ellos. Para nosotros no es distinto. La manera de determinar cómo se aplica cualquier parte de las Escrituras a situaciones reales de la vida es meditar en esa parte de las Escrituras.

Haga preguntas orientadas a la aplicación del texto

Como observamos anteriormente, hacer preguntas acerca del texto es una de las mejores maneras de meditar. Mientras más preguntas haga y responda sobre un versículo de las Escrituras, más lo entenderá y verá con más claridad cómo aplicarlo.

Aquí hay algunos ejemplos de preguntas orientadas a la aplicación que pueden ayudarlo a convertirse en un hacedor de la Palabra de Dios:

¿Revela este texto algo que yo debería creer acerca de Dios?

¿Revela este texto algo por lo cual yo debería alabar a Dios, agradecerle o confiar en él?

¿Me revela el texto algo por lo cual debería orar para mí mismo o para otros?

¿Me revela el texto algo acerca de lo cual yo debería tener una actitud nueva?

¿Me revela el texto algo sobre lo que debería tomar una decisión?

¿Me revela el texto algo que yo debería hacer por Cristo, por otros o por mí mismo?

Hay veces en las que un versículo de las Escrituras tendrá una aplicación tan evidente para su vida que prácticamente saltará de la página, lo tomará de los hombros y lo apremiará para que usted haga lo que dice. Sin embargo, la mayoría de las veces hay que interrogar al versículo y hacerle preguntas pacientemente hasta que aparezca claramente una respuesta realista.

Responda específicamente

Un encuentro con Dios a través de su Palabra debe resultar en por lo menos una respuesta específica. En otras palabras, después de que haya concluido su tiempo de asimilación bíblica, usted debería poder especificar por lo menos una respuesta definitiva que haya dado o que dará a lo que ha encontrado. Esa respuesta podría ser un acto explícito de fe, adoración, alabanza, gratitud u oración. Puede manifestarse pidiéndole perdón a alguien o dando una palabra de aliento. La respuesta puede implicar renunciar a un pecado o producir un acto de amor. Independientemente de cuál sea la naturaleza de esa respuesta, comprométase conscientemente a hacer por lo menos una acción, siguiendo la asimilación de la Palabra de Dios.

¿Qué tan importante es esto? ¿Cuántas veces ha cerrado su Biblia y de repente se da cuenta de que no puede recordar nada de lo que ha leído? ¿En cuántos estudios bíblicos ha participado y cuántos sermones ha escuchado que no han dejado en su vida ninguna huella en absoluto de las Escrituras? He conocido a personas que estaban hasta en seis estudios bíblicos por semana; aun así, solamente crecían en conocimiento y no en la semejanza a Cristo porque no

aplicaban lo que aprendían. A pesar de todo lo que asimilaban de la Biblia, su vida de oración no era fuerte, no influenciaban con el evangelio a las personas perdidas y su vida familiar era muy tensa. Si empezamos a disciplinarnos para determinar, por lo menos, una respuesta específica al texto antes de alejarnos de él, creceremos mucho más rápidamente en la gracia. Si no tenemos esta clase de aplicación, no somos hacedores de la Palabra de Dios.

MÁS APLICACIÓN

¿Va a iniciar un plan para memorizar la Palabra de Dios? Si ha sido cristiano por mucho tiempo, es probable que ya haya memorizado mucho más de las Escrituras de lo que se da cuenta. Uno de los versículos que tal vez sepa es Filipenses 4:13: «Pues todo lo puedo hacer por medio de Cristo, quien me da las fuerzas». ¿Usted cree que este versículo es verdad? ¿Cree que el «todo» que se menciona allí incluye la memorización de las Escrituras? Ya que puede hacerlo, ¿lo hará? ¿Cuándo empezará?

¿Va a cultivar la Disciplina de meditar en la Palabra de Dios? Pensar ocasionalmente acerca de Dios no es meditar. William Bridge dijo: «Un hombre puede pensar en Dios todos los días y no meditar en Dios ningún día»[18]. Dios nos llama a través de las Escrituras a desarrollar la práctica de morar con él en nuestros pensamientos.

A estas alturas, estoy seguro de que usted se da cuenta de que cultivar la disciplina de la meditación implica un compromiso de tiempo. William Bridge, uno de los primeros y mejores escritores evangélicos del tema de la meditación, anticipó este problema de dedicar tiempo a meditar:

«Oh —dice alguien—, yo pensaría en Dios y meditaría en Dios con todo mi corazón, pero el trabajo de la meditación es un trabajo de tiempo, requerirá tiempo, y no tengo tiempo; mis manos están tan llenas de negocios, y tan llenas de ocupaciones, que no tengo tiempo para este trabajo. La meditación no es un pensamiento pasajero, sino un trabajo de tiempo, y pedirá tiempo, y yo no tengo

tiempo». Por lo tanto, anote lo que dice David en el Salmo [119, RVR60]: «Inclina mi corazón a tus testimonios». ¿Cómo? «Aparta mis ojos, que no vean la vanidad». La manera de hacer que el corazón se incline a los testimonios de Dios es quitando los ojos de estas vanidades externas. Por lo tanto, ¿meditará en Dios y en las cosas de Dios? Entonces tengan cuidado de que sus corazones, y sus manos, no estén demasiado llenos del mundo y, por lo tanto, de sus ocupaciones. [...]

Amigos, hay un arte, y una habilidad divina de meditación, que ninguno puede enseñar sino solamente Dios. ¿Les gustaría tenerla? Entonces, vayan a Dios, y suplíquenle a Dios estas cosas[19].

La pregunta que naturalmente tendemos a hacer a estas alturas es: «¿Vale la pena este compromiso de mi tiempo para la Disciplina de la meditación?». No puedo dar una respuesta mejor que la de William Bridge:

Es una ayuda para el conocimiento; de esa manera, su conocimiento aumenta. Por lo tanto, la memoria se fortalece. Por lo tanto, sus corazones se vivifican. Por lo tanto, serán librados de pensamientos pecaminosos. Por lo tanto, sus corazones se adaptarán a cada deber. Por lo tanto, crecerán en la gracia. Por lo tanto, llenarán todos los rincones y las grietas de su vida, y sabrán cómo invertir su tiempo libre y mejorarlo para Dios. Por lo tanto, sacarán bien del mal. Y por lo tanto, conversarán con Dios, tendrán comunión con Dios y disfrutarán a Dios. E insisto, ¿no hay suficiente provecho aquí para endulzar la travesía de sus pensamientos en la meditación?[20].

Cuando uno considera lo que las Escrituras dicen acerca de la meditación, y cuando evalúa los testimonios de algunos de los hombres y mujeres más piadosos de la historia cristiana, son innegables la importancia y el valor de la meditación cristiana para progresar en el crecimiento cristiano.

Reflexione en una cita más sobre el tema. Presenta un desafío para la meditación de Richard Baxter, el escritor más práctico de todos los escritores puritanos. Me uno a él para hacerle este desafío en cuanto al cultivo de la Disciplina de la

meditación:

Si, mediante estos instrumentos, usted no ve un crecimiento en todas las gracias, y no supera la estatura de los cristianos comunes, y no es más servicial en su lugar, y más precioso a los ojos de todas las personas perceptivas; si su alma no disfruta más de la comunión con Dios, y su vida no está más llena de consuelo, y no la tiene mejor preparada para la hora de la muerte: entonces deseche estas indicaciones y grite para siempre que soy un impostor[21].

¿Demostrará ser alguien que «aplica» la Palabra? Usted ha leído muchos versículos de la Palabra de Dios en este capítulo. ¿Qué hará como respuesta a estos pasajes de las Escrituras?

La mayoría de nosotros consideraría que somos hacedores de la Palabra y no simplemente oydores. Pero «demuéstrelo», como dice el comienzo de Santiago 1:22 en una traducción de la Biblia en inglés: «Demuestren que son hacedores de la palabra»[22]. ¿Cómo demostrará que es un hacedor de la Palabra de Dios como se le ha expuesto aquí?

La Disciplina de la asimilación de la Biblia, especialmente la Disciplina de aplicar la Palabra de Dios, será difícil frecuentemente y por muchas razones, de las cuales la oposición espiritual no es la menos importante. J. I. Packer dice algo que deja que pensar:

Si yo fuera el diablo, uno de mis primeros objetivos sería impedirle a la gente que profundizara en la Biblia. Sabiendo que es la Palabra de Dios, que enseña a los hombres a conocer, amar y servir al Dios de la Palabra, debo hacer todo lo posible por rodearla del equivalente espiritual a las fosas, los arbustos espinosos y las trampas para hombres, para ahuyentar a las personas. [...] A toda costa, debo desear impedirles que usen su mente de una forma disciplinada para entender la magnitud de su mensaje[23].

A pesar de la dificultad y de la oposición espiritual, ¿está usted dispuesto, cueste lo que cueste, a empezar a usar su mente «de una manera disciplinada» para alimentarse de la Palabra de Dios «para la piedad»?

CAPÍTULO 4

LA ORACIÓN... PARA LA PIEDAD

Los protestantes somos un pueblo indisciplinado. Esa es la razón de una buena parte de la escasez de entendimiento espiritual y de la grave falta de poder moral.

ALBERT EDWARD DAY

El receptor de señales de radio más grande del mundo está en Nuevo México. Los pilotos lo llaman «el plantío de hongos». Su verdadero nombre es Karl G. Jansky Very Large Array (Conjunto Muy Grande Karl G. Jansky). El «VLA» (por sus siglas en inglés) es una sucesión de veintisiete discos satelitales enormes a lo largo de sesenta y un kilómetros de vías férreas. Juntas, las parabólicas emulan un único telescopio del tamaño de Washington, D. C. Los astrónomos llegan de todas partes del mundo para analizar las imágenes ópticas de los cielos compuestas por el VLA a partir de las señales de radio que recibe del espacio. ¿Por qué es necesario un aparato tan gigante? Porque las ondas radiales, muchas veces emitidas por fuentes que están a millones de años luz de distancia, son muy débiles. La energía total de todas las ondas radiales que se han registrado alguna vez apenas equivale a la fuerza de un solo copo de nieve al caer al suelo.

¡Qué enormes distancias recorren las personas para buscar un débil mensaje del espacio, mientras que Dios ha hablado tan claramente a través de su Hijo y de su Palabra! Con grandes esfuerzos, a través de los ojos de los telescopios y de los oídos electrónicos del VLA, recorren la oscuridad infinita en busca de una posible palabra proveniente de algún lugar del universo. Al mismo tiempo, nosotros «confiamos aún más en el mensaje que proclamaron los profetas. Ustedes deben prestar mucha atención a lo que ellos escribieron, porque sus palabras son como una lámpara que brilla en un lugar oscuro hasta que el Día

amanezca y Cristo, la Estrella de la Mañana, brille en el corazón de ustedes» (2 Pedro 1:19).

Pero Dios no solo nos habló clara y poderosamente por medio de Cristo y de las Escrituras; también tiene un Oído Muy Grande continuamente abierto para nosotros. Él escucha todas las oraciones de sus hijos, aun cuando nuestras oraciones sean más débiles que un copo de nieve. Por esa razón, de todas las Disciplinas Espirituales, la oración se ve superada en importancia solo por la asimilación de la Palabra de Dios.

Sin embargo, y pese a la importancia en segundo lugar que tiene la oración, las encuestas estadísticas y la experiencia parecen coincidir en que un gran porcentaje de cristianos profesos pasan poco tiempo en oración prolongada. Si bien pueden expresar una frase de oración ocasionalmente a lo largo del día, casi nunca pasan más de unos pocos minutos, si apenas eso, conversando a solas con Dios.

Es muy fácil hacer sentir culpables a las personas por fracasar en la oración y ese no es el propósito de este capítulo. Pero tenemos que aceptar el hecho de que para ser como Jesús debemos orar.

LA ORACIÓN SE ESPERA

Me doy cuenta de que decir que se espera que oremos puede hacer que los hijos de una época no conformista y antiautoritaria se alarmen un poco. Sin embargo, quienes se han sometido a la autoridad de Cristo y de la Biblia saben que la voluntad de Dios es que oremos. Pero también creemos que su voluntad es buena.

Jesús espera que oremos

No piense en la oración como un requisito impersonal. Dese cuenta de que es

una persona, el Señor Jesucristo, con toda autoridad y con todo amor, quien espera que oremos. Estos extractos de sus palabras muestran que él en persona espera que oremos:

Mateo 6:5: «Cuando ores...»

Mateo 6:6: «Pero tú, cuando ores...»

Mateo 6:7: «Cuando ores...»

Mateo 6:9: «Ora de la siguiente manera...»

Lucas 11:9: «Así que les digo, sigan pidiendo [...]; sigan buscando [...]; sigan llamando...».

Lucas 18:1: «Jesús les contó una historia a sus discípulos para mostrarles que siempre debían orar».

Imagine que Jesús se le apareciera personalmente a usted, como lo hizo al apóstol Juan en la isla de Patmos en Apocalipsis 1, y le dijera que espera que usted ore. ¿No llegaría a ser más fiel en la oración, sabiendo específicamente que Jesús espera eso de usted? Bueno, las palabras de Jesús citadas más arriba son su voluntad para usted de la misma manera que si él lo llamara por su nombre y se las dijera cara a cara.

La Palabra de Dios lo deja bien en claro

Además de las palabras de Jesús, la expectativa inequívoca de Dios en el resto del Nuevo Testamento es que oremos.

Colosenses 4:2: «Manténganse constantes en la oración» (DHH). Las personas que se mantienen «constantes en la oración» han consagrado su vida

para parecerse a Cristo, una vida en la que la oración es una prioridad continua. Cuando usted hace de algo una prioridad, cuando se sacrifica por eso, cuando le dedica tiempo, sabe que está consagrado a eso. Dios espera que los cristianos se consagren a la oración.

1 Tesalonicenses 5:17: «Oren sin cesar» (NVI). Mientras que «manténganse constantes en la oración» hace énfasis en la oración como actividad, «oren sin cesar» nos recuerda que la oración es también una relación. La oración es, en un sentido, la expresión de una relación continua del cristiano con el Padre.

Este versículo, entonces, no significa que no debamos hacer nada más que orar, pues la Biblia espera muchas otras cosas de nosotros, además de la oración, incluyendo tiempos de descanso cuando no podemos orar conscientemente. Pero sí significa que si hablar con y pensar en Dios no pueden estar en el primer plano de su mente, siempre deberían estar a un costado y listos para tomar el lugar de aquello en lo que esté concentrándose. Podría considerar el orar sin cesar como comunicarse con Dios por medio de la línea uno, mientras además recibe llamadas en otra línea. Incluso cuando esté hablando en la otra línea, nunca pierde conocimiento de la necesidad de devolverle su atención al Señor. De manera que orar sin cesar quiere decir que usted realmente nunca deja de conversar con Dios; simplemente tiene interrupciones frecuentes.

Podría haber escogido otros pasajes del Nuevo Pacto que indican que Dios espera que oremos, pero estos dos son especialmente significativos porque son mandatos directos. Esto significa que tener muy poco tiempo, demasiadas responsabilidades, demasiados niños, demasiado trabajo, muy poco deseo, muy poca experiencia, etcétera, no son excusas que nos eximen de la expectativa de que oremos. Dios nos da épocas en la vida en las que las prioridades cambian, así como cambia el tiempo que disponemos para ellas[1]; sin embargo, en cada época, Dios espera que cada cristiano se consagre a la oración y a orar sin cesar.

Un hombre de oración y reformador de la iglesia, Martín Lutero, expresó de la siguiente manera la expectativa de Dios por la oración: «Así como la ocupación de los sastres es hacer ropa y la de los zapateros es reparar zapatos, de igual manera, la ocupación de los cristianos es orar»[2].

Pero tenemos que ver la expectativa de orar no solo como un llamado divino, sino también como una invitación real. Como nos dijo el autor de Hebreos: «Así que acerquémonos con toda confianza al trono de la gracia de nuestro Dios. Allí

recibiremos su misericordia y encontraremos la gracia que nos ayudará cuando más la necesitemos» (Hebreos 4:16). Podemos ser pesimistas en cuanto a la oración y ver la expectativa de orar solamente como una obligación, o podemos ser optimistas y ver el mandato de orar como una oportunidad de recibir la misericordia y la gracia de Dios.

Mi esposa, Caffy, espera que la llame cuando viajo. Esa expectativa es una expectativa de amor. Ella solicita que la llame porque quiere tener noticias sobre mí. La expectativa de Dios de que oremos es así. Su mandato de que oremos es una orden de amor. En su amor, desea comunicarse con nosotros y bendecirnos.

Dios también espera que oremos de la misma manera que un general espera tener noticias de sus soldados que están en la batalla. Un escritor nos recuerda que «la oración es un walkie-talkie para la guerra, no un intercomunicador doméstico para tener más conveniencias»[3]. Dios espera que usemos el walkie-talkie de la oración porque ese es el instrumento que él ordenó no solo para la vida piadosa, sino también para la guerra espiritual entre su reino y el reino de su enemigo. Abandonar la oración es pelear la batalla con nuestros propios recursos, en el mejor de los casos, y perder el interés en la batalla, en el peor de los casos.

No olvidemos que esta expectativa de orar es una expectativa del evangelio. En otras palabras, la oración no es tanto un deber como un privilegio, y no es tanto un privilegio como una expresión de la vida. Esperamos que los niños se comuniquen, aun si lo único que puedan hacer sea llorar, porque están vivos. Así, Dios espera que sus hijos se comuniquen porque recibieron la vida eterna y han «recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!» (Romanos 8:15, RVR60). El apóstol Pablo lo reiteró en Gálatas 4:6: «Debido a que somos sus hijos, Dios envió al Espíritu de su Hijo a nuestro corazón, el cual nos impulsa a exclamar “Abba, Padre”». Los hijos de Dios, movidos por los impulsos del Espíritu Santo, quieren hablar con su Padre celestial.

Además, sabemos lo siguiente: Jesús oraba. Lucas nos dijo: «Así que Jesús muchas veces se alejaba al desierto para orar» (Lucas 5:16). Si Jesús necesitaba orar, ¿cuánto más necesitamos orar nosotros? La oración se espera de nosotros porque la necesitamos. No seremos como Jesús sin ella.

Entonces, ¿por qué tantos creyentes confiesan que no oran cómo deberían? A veces, el problema es principalmente falta de disciplina: nunca planifican la

oración; nunca asignan tiempo solo para orar. Aunque de la boca para afuera se dice dar prioridad a la oración, en realidad siempre parece quedar fuera por causa de actividades más urgentes.

Muchas veces no oramos porque dudamos que realmente pasará algo si lo hacemos. Por supuesto, no lo reconocemos públicamente. Pero si nos sintiéramos seguros de que habría resultados visibles a los sesenta segundos de cada oración, habría agujeros en las rodillas de cada par de pantalones de los cristianos del mundo. Obviamente, la Biblia nunca promete esto, aunque Dios sí promete contestar la oración. Puesto que la oración involucra comunicación en el ámbito espiritual, muchas oraciones se responden de maneras que no se pueden ver en el ámbito material. Muchas oraciones reciben respuestas de maneras distintas a lo que pedimos. Por diversas razones, después de que abrimos los ojos no siempre vemos una prueba tangible de nuestras oraciones. Cuando no estamos alerta, esto nos tienta a dudar del poder de Dios a través de la oración.

No sentir la cercanía de Dios también puede desalentar la oración. Existen esos momentos maravillosos en los que el Señor parece estar tan cerca que casi esperamos escuchar una voz audible. En tales momentos de preciosa intimidad con Dios nadie necesita que le den un codazo para orar. Pero normalmente no nos sentimos así. De hecho, a veces no podemos sentir en absoluto la presencia de Dios. En tanto que es cierto que nuestra práctica de oración (así como todos los aspectos de nuestra vida cristiana) debería estar regida por la verdad de las Escrituras más que por nuestros sentimientos, aun así, la fragilidad de nuestras emociones a menudo erosiona el deseo de orar. Cuando el deseo de orar se debilita, podemos encontrar muchas otras cosas que hacer aparte de orar.

Cuando hay poca conciencia de la necesidad real, hay poca oración real. Algunas circunstancias nos ponen de rodillas. Pero hay períodos en los que la vida parece bastante manejable. Si bien es cierto que Jesús dijo: «Separados de mí, no pueden hacer nada» (Juan 15:5), esta verdad nos llega al alma con más poder en algunas ocasiones que en otras. Podemos vivir durante días con orgullo y autosuficiencia, como si la oración fuera necesaria solamente cuando se presenta algo demasiado grande para poder manejarlo por nosotros mismos. Hasta que nos demos cuenta de lo peligrosa e insensata que es esta actitud, la expectativa que tiene Dios de nuestra oración podrá parecer irrelevante.

Cuando nuestra percepción de la grandeza de Dios y del evangelio es vaga, nuestras vidas de oración son insignificantes. Cuanto menos pensamos en la

naturaleza y el carácter de Dios, y cuanto menos recordamos lo que Jesucristo hizo por nosotros en la cruz, menos queremos orar. Hoy, mientras conducía el auto, escuché un programa de radio en el que el invitado, un astrofísico, hablaba de los millardos de galaxias que hay en el universo. Medité en esto solo un momento, y automáticamente empecé a alabar y a orar. ¿Por qué? Fui nuevamente consciente de lo grande que es Dios en verdad. Cuando me acuerdo de que Cristo me salvó, cuando pienso en la vergüenza que soportó de tan buena gana por mi bien, y cuando recuerdo todo lo que significa esa salvación, la oración no es difícil. Si esta clase de pensamientos es poco frecuente, la oración con significado también será poco frecuente.

LA ORACIÓN SE APRENDE

Otra razón por la que muchos cristianos oran tan poco es porque no han aprendido acerca de la oración. Si el mandamiento de orar lo desalienta porque siente que no sabe cómo orar bien, el hecho de que la oración se aprende debería darle esperanza. Eso quiere decir que está bien comenzar la vida cristiana con poco conocimiento o experiencia sobre la oración. Sin importar cuán débil o fuerte sea su vida de oración en este momento, usted puede aprender a robustecerla aún más.

Hay un sentido en que un hijo de Dios no necesita que se le enseñe a orar, tanto como un bebé no necesita que se le enseñe a llorar. Pero llorar por las necesidades básicas es una comunicación mínima, y pronto debemos superar esa etapa de la infancia. La Biblia dice que tenemos que orar para la gloria de Dios, en su voluntad, en fe, en el nombre de Jesús, con persistencia y aún más. El hijo de Dios aprende a orar así, poco a poco, de la misma manera que un niño en edad de crecimiento aprende a hablar. Para orar como se espera, para orar como un cristiano en crecimiento y para orar eficazmente, tenemos que decir como los discípulos en Lucas 11:1: «Señor, enséñanos a orar».

Orando

Si alguna vez ha aprendido un idioma extranjero, sabe que lo aprende mejor cuando, de hecho, tiene que hablarlo. Lo mismo es válido con el «idioma extranjero» de la oración. Hay muchos buenos recursos para aprender a orar, pero la mejor manera de aprender a orar es orando.

Andrew Murray[4], ministro sudafricano y autor de *With Christ in the School of Prayer* (Escuela de la oración), escribió: «Leer un libro sobre la oración, escuchar conferencias y hablar sobre ella es muy bueno, pero no le enseñará a orar. No se consigue nada sin ejercicio, sin práctica. Yo podría escuchar a un profesor de música tocar la música más bella durante un año, pero eso no me enseñará a tocar un instrumento»[5].

El Espíritu Santo les enseña cómo orar mejor a las personas que oran. Esa es una de las aplicaciones de Juan 16:13 cuando Jesús dijo: «Cuando venga el Espíritu de verdad, él los guiará a toda la verdad». Así como un avión se guía más fácilmente cuando está volando que cuando está en tierra con sus motores apagados, el Espíritu Santo nos guía mejor cuando estamos volando en la oración, que cuando no la hacemos.

Meditando en las Escrituras

Este es uno de los conceptos más convincentes de la oración que he aprendido en mi vida, y reafirma la importancia y el valor de la meditación que presenté en el capítulo anterior. He aquí la verdad simple pero extraordinariamente poderosa: la meditación es el eslabón perdido entre la asimilación de la Biblia y la oración. Muy frecuentemente separadas, las dos deberían estar unidas. Normalmente, leemos la Biblia, la cerramos y hacemos el cambio a la oración. Pero muchas veces parece que el mecanismo entre ambas no engrana. De hecho, después de avanzar hacia adelante durante nuestro tiempo en la Palabra, el cambio a la oración a veces se siente como regresar a neutro, o incluso a dar marcha atrás. En lugar de eso, debería ser una transición suave, casi imperceptible, entre el aporte de las Escrituras y la salida de la oración, para que nos acerquemos aún más a Dios en esos momentos. Esto sucede cuando insertamos el vínculo de la meditación entre ambas.

Al menos dos versículos bíblicos enseñan esto con un ejemplo. En el Salmo 5:1, David oró: «Oh SEÑOR, oyeme cuando oro; presta atención a mi gemido». La palabra hebrea que se traduce como «gemido» también se puede traducir como «meditación». De hecho, esta misma palabra se usa con ese sentido en otro pasaje, el Salmo 19:14: «Que las palabras de mi boca y la meditación de mi corazón sean de tu agrado, oh SEÑOR, mi roca y mi redentor». Observe que ambos versículos son oraciones, súplicas a Dios que se componían de las «palabras» de David (como esperaríamos en la oración), pero que también involucran «meditación». En cada caso, la meditación era un catalizador que catapultaba a David de reflexionar en la verdad de Dios a hablar con Dios. En 5:1, él había estado meditando y entonces David le pidió al Señor que lo oyera y que prestara atención a su meditación. En el Salmo 19 encontramos una de las declaraciones más conocidas de las Escrituras que se haya escrito en cualquier parte, comenzando con las famosas palabras del versículo 7 (LBLA): «La ley del SEÑOR es perfecta, que restaura el alma». Esta parte continúa a través del versículo 11, y David le dio forma a su oración en el versículo 14 como resultado de estas palabras y su meditación.

El proceso funciona de la siguiente manera: después de recibir un pasaje de las Escrituras, la meditación nos permite tomar lo que Dios dijo y pensar profundamente en eso, asimilarlo y luego hablar con Dios sobre el pasaje en una oración significativa. Como consecuencia, oramos por lo que hemos encontrado en la Biblia, pero ahora personalizado mediante la meditación. No solo tenemos algo sustancial que decir en oración, así como la seguridad de que estamos orando a Dios los pensamientos de Dios, sino que además pasamos sin ninguna dificultad hacia la oración, incluso con más pasión por lo que estamos orando.

Cuando la oración se aviva por medio de la meditación, se convierte en una conversación más real con una persona real, que es exactamente de lo que se trata la oración. Dios nos habla en su Palabra, y nosotros le hablamos a él en respuesta a lo que él ha dicho[6]. Luego, cuando hemos terminado, volvemos a escuchar lo que la otra persona dice, tal como en una conversación real, lo cual significa que consideramos las siguientes palabras que Dios dijo en su Palabra. De esta manera el proceso continúa, cada parte guiada por las palabras siempre nuevas de las Escrituras y sin repetir las frases desgastadas de oraciones anteriores, hasta que debamos concluir ese tiempo de oración[7].

Quienes mejor parecen haber conocido este secreto fueron los puritanos ingleses que vivieron desde más o menos el año 1550 hasta el 1700. Permítame citar a

varios escritores puritanos, no solo para mostrar cuán notablemente común era entre ellos esta relación entre la meditación y la oración que ahora nos resulta rara, sino también para sujetar firmemente esta verdad a su vida de oración. Hay mucho a qué aferrarse en esta colección de clavos bien clavados.

Richard Baxter, pastor y autor del clásico que aún sigue publicándose, *The Reformed Pastor* (El pastor renovado), escribió:

En nuestras meditaciones, entremezclar el soliloquio y la oración, a veces hablando a nuestro propio corazón y a veces a Dios, es, por lo que entiendo, el paso más alto que podemos dar en esta obra celestial. No debemos imaginar que sería bueno dedicarse tan solo a la oración y dejar de lado la meditación, pues son deberes diferentes y ambas se tienen que realizar. Necesitamos de una tanto como de la otra y, por lo tanto, nos perjudicaremos si descuidamos a cualquiera de las dos. Además, la combinación de ambas, como la música, será más cautivadora, ya que una sirve para darle vida a la otra. Hablarnos a nosotros mismos durante la meditación debe preceder a hablarle a Dios en oración[8].

John Owen, el capellán de Oliver Cromwell y el teólogo más influyente de los puritanos, dijo: «Ore mientras piensa. Acepte de corazón cada destello de luz y de verdad que llegue a su mente. Dele gracias a Dios y ore por cada cosa que lo impacte poderosamente»[9].

El pastor puritano y comentarista de la Biblia, Matthew Henry, comentó sobre el Salmo 19:14: «Las oraciones de David no eran solamente sus palabras, sino sus meditaciones; así como la meditación es la mejor preparación para la oración, de igual manera, la oración es el mejor tema de la meditación. La meditación y la oración van juntas»[10].

Uno de los predicadores y pastores puritanos más prolíficos fue Thomas Manton. En un sermón sobre la meditación de Isaac en el campo (vea Génesis 24:63), señaló directamente a la meditación como la conexión entre la asimilación de la Biblia y la oración. Escribió:

La meditación es un tipo de deber intermedio entre la Palabra y la oración, y considera a ambas. La Palabra alimenta la meditación y la meditación alimenta la oración. Estos deberes siempre deben ir de la mano; la meditación debe ir después de oír y preceder a la oración. Oír y no meditar es infructuoso. Podemos oír y oír, pero es como meter cosas en una bolsa con agujeros. [...] Es una imprudencia orar y no meditar. Lo que asimilamos mediante la Palabra, lo digerimos con la meditación y lo liberamos en la oración. Estos tres deberes deben ser ordenados de manera que ninguno excluya a otro. Las oraciones de los hombres son infériles, áridas y débiles porque ellos no se ejercitan en sus pensamientos santos[11].

William Bates, un ministro puritano de «talentos y piedad distinguidos»[12], dijo: «¿Cuál es la razón por la que nuestros deseos, como una flecha disparada por un arco débil, no llegan a su blanco? Solo esta: no meditamos antes de la oración. [...] El gran motivo por el que nuestras oraciones son infructuosas es porque no meditamos antes de ellas»[13].

Entre los mejores escritos prácticos puritanos están los que salieron de la pluma de William Bridge. Sobre la meditación, él afirmó lo siguiente:

Como es la hermana de la lectura, también es la madre de la oración. Aunque el corazón del hombre esté muy poco dispuesto a la oración, si tan solo entra en la meditación de Dios y en las cosas de Dios, su corazón pronto dará como resultado la oración. [...] Comience leyendo u oyendo. Continúe con la meditación; termine con la oración. [...] La lectura sin la meditación es infructuosa; la meditación sin la lectura es dañina; meditar y leer sin orar por ambas no da bendición[14].

En su libro *From Mind to Heart* (De la mente al corazón), el escritor inglés contemporáneo Peter Toon sintetiza la enseñanza de los puritanos acerca de estas cosas:

Leer la Biblia y no meditar era visto como un ejercicio infructuoso: mejor leer un capítulo y meditar después, que leer varios capítulos y no meditar. Asimismo, meditar y no orar era como prepararse para correr una carrera y nunca abandonar la línea de salida. Los tres deberes de leer las Escrituras, meditar y orar iban de la mano y, si bien cada uno podía realizarse ocasionalmente por sí solo, como deberes formales para con Dios, se realizaban mejor juntos[15].

Alrededor de dos siglos después de los puritanos, llegó un individuo reconocido como uno de los hombres de oración más ungidos por Dios que haya visto el mundo: George Müller. Durante los dos últimos tercios del siglo XIX, dirigió un orfanato en Bristol, Inglaterra. Únicamente con oración y fe, sin difundir sus necesidades ni contraer deudas, alimentó, vistió, albergó y educó a más de diez mil huérfanos —hasta dos mil a la vez— y apoyó la obra misionera en todo el mundo. Cientos de millones de dólares (al valor de hoy) llegaron a sus manos sin que él los pidiera, y son legendarias sus decenas de miles de respuestas documentadas a la oración.

Cualquiera que haya oído la historia de George Müller piensa en el secreto de su efectividad en la oración. Aunque algunos argumentan que el «secreto» de Müller era una cosa, y otros argumentan que era otra, yo creo que finalmente debemos atribuir su vida de oración extraordinariamente exitosa a la soberanía de Dios. Pero si buscamos algo transferible de su vida a la nuestra, voto por algo que nunca supe que fuera reconocido como su «secreto».

En la primavera de 1841, George Müller hizo un descubrimiento sobre la relación entre la meditación y la oración que transformó su vida espiritual. Él describió de esta manera su nuevo entendimiento:

Antes de este tiempo, mi costumbre había sido, por lo menos durante los diez años anteriores, como cosa habitual, dedicarme a la oración después de vestirme por la mañana. Ahora vi que lo más importante era dedicarme a la lectura de la Palabra de Dios y a meditar en ella, para que, de este modo, mi corazón fuera consolado, animado, advertido, amonestado, instruido; y para que así, por medio de la Palabra de Dios, mientras meditaba en ella, mi corazón llegara a una comunión experiencial con el Señor.

Por lo tanto, empecé a meditar en el Nuevo Testamento desde el principio, temprano por la mañana. Lo primero que hice (después de pedirle al Señor en pocas palabras su bendición sobre su preciosa Palabra) fue empezar a meditar en la Palabra de Dios, escudriñando cada versículo como si fuera a obtener una bendición de cada uno; no para el ministerio público de la Palabra, no para predicar sobre lo que había meditado, sino para conseguir el alimento para mi propia alma.

El resultado que he descubierto casi invariablemente es este: que después de algunos minutos, mi alma ha sido dirigida hacia la confesión, a la acción de gracias, a la intercesión o a la súplica; de manera que, aunque no me proponía entregarme a la oración sino a la meditación, resultó ser que casi inmediatamente me dedicaba a la oración. Cuando había estado un rato confesándome, intercediendo o suplicando, o había dado gracias, continuaba con las siguientes palabras o el siguiente versículo, y volvía a la oración por mí mismo o por los demás, conforme a lo que me guiara la Palabra, pero siempre manteniendo frente a mí ese alimento para mi alma como objeto de mi meditación. El resultado de esto es que siempre hay mucha confesión, gratitud, súplica o intercesión mezcladas con mi meditación, y que mi ser interior, casi siempre, está siendo debidamente alimentado y fortalecido, y que para la hora del desayuno, con escasas excepciones, en mi corazón hay por lo menos paz, sino también alegría.

La diferencia, entonces, entre mi antigua costumbre y la actual es esta: antes, cuando me levantaba, empezaba a orar lo antes posible y, generalmente, pasaba todo mi tiempo hasta el desayuno en oración, o casi todo el tiempo. En cualquier caso, casi siempre comenzaba con la oración. [...] Pero ¿cuál era el resultado? A menudo, pasaba un cuarto de hora, media hora o hasta una hora de rodillas antes de ser consciente de haber obtenido consuelo, aliento, humildad para el alma, etcétera; y frecuentemente, después de padecer mucho porque mi mente divagaba los primeros diez o quince minutos, o hasta media hora, solo entonces realmente empezaba a orar.

Ahora casi no sufro de esa manera. Porque mi corazón se alimenta de la verdad y es dirigido a la comunión experiencial con Dios, le hablo a mi Padre y a mi Amigo (vil como soy e indigno de ello) sobre las cosas que él ha puesto delante de mí en su preciosa Palabra. Ahora muchas veces me asombra no haberme percatado antes de esto. [...] Sin embargo, ahora, desde que Dios me lo enseñó, me resulta muy claro que lo primero que el hijo de Dios tiene que hacer, mañana tras mañana, es conseguir el alimento para su ser interior.

Entonces, ¿cuál es el alimento para el ser interior? No es la oración, sino la Palabra de Dios; y, nuevamente, no simplemente leer la Palabra de Dios para que pase por nuestra mente como pasa el agua a través de una cañería, sino teniendo en cuenta lo que leímos, sopesándolo y aplicándolo a nuestro corazón.

Cuando oramos, le hablamos a Dios. Entonces, para que la oración continúe por cualquier lapso de tiempo de cualquier otra manera que no sea la formal, requiere, en términos generales, una medida de fortaleza o de deseo piadoso y, por lo tanto, el período en el que este ejercicio del alma puede realizarse de la manera más eficaz es después de que el ser interior se haya alimentado mediante la meditación en la Palabra de Dios, donde descubrimos que nuestro Padre nos habla para animarnos, consolarnos, instruirnos, hacernos humildes, amonestarnos. Por lo tanto, podemos meditar provechosamente con la bendición de Dios aunque seamos muy débiles espiritualmente; no, cuanto más débiles seamos, más necesitamos la meditación para fortalecer nuestro ser interior. Así que hay mucho menos que temer de divagar mentalmente que de entregarnos a la oración sin haber tenido tiempo previamente para la meditación.

Me extiendo tanto en este punto en particular debido al inmenso provecho espiritual y la renovación que soy consciente que yo mismo he sacado de él, y afectuosa y solemnemente les ruego a mis hermanos creyentes que reflexionen en este asunto. Por la bendición de Dios, le atribuyo a esta modalidad la ayuda y la fuerza que he tenido de parte de Dios para atravesar en paz las pruebas más profundas, de diversas maneras, que nunca antes había tenido; y ahora que tengo alrededor de catorce años de intentarlo de esta forma, puedo, en el temor de Dios, recomendarla plenamente[16].

¿Cómo aprendemos a orar? ¿Cómo aprendemos a orar como David, los puritanos y George Müller? Aprendemos a orar meditando en las Escrituras, pues la meditación es la pieza faltante entre la asimilación de la Biblia y la oración.

Orando con otros

Los discípulos aprendieron a orar no solo escuchando las enseñanzas de Jesús acerca de la oración, sino también acompañándolo cuando oraba. No olvidemos que las palabras: «Señor, enséñanos a orar» no surgieron simplemente como una idea al azar. Este pedido vino después de un tiempo en el que los discípulos acompañaron a Jesús en oración (vea Lucas 11:1). De manera similar, podemos aprender a orar orando con otras personas, quienes pueden ser el modelo de la oración verdadera para nosotros.

Y no me refiero solamente a buscar palabras y frases nuevas para usarlas en la oración. Como con todo lo que aprendemos por medio del ejemplo, podemos adquirir algunas malas costumbres, así como buenas. He escuchado a personas que parece que nunca hacen una oración original. Cada vez que oran, dicen las mismas cosas. Es obvio que se limitan a articular las frases brillantes que recolectaron como frutas aquí y allá de las oraciones de otras personas a lo largo de los años. Pero Jesús dijo que no usemos «repeticiones sin sentido» (Mateo 6:7, LBLA) cuando oremos. Las oraciones que acumulan un montón de repeticiones sin sentido rara vez parecen sinceras. Dios no es el público al que están dirigidas. En realidad, a lo que apunta la oración es simplemente a cumplir una función o a impresionar a las demás personas que están presentes.

Otros creyentes pueden enseñarnos mucho cuando oramos con ellos. Pero oramos con ellos para aprender principios de la oración, no frases para orar. Un hermano en Cristo puede enseñarnos a darle las razones bíblicas al Señor de por qué debería ser respondida una oración. Otro puede mostrarnos, por medio del ejemplo, cómo orar a través de pasajes bíblicos. Al orar con un intercesor fiel, podemos aprender a orar por las misiones. Orar regularmente con otros puede ser una de las aventuras más enriquecedoras de su vida cristiana. Muchos de los grandes movimientos de Dios tuvieron sus orígenes en un pequeño grupo de personas que él reunió para empezar a orar.

Leyendo sobre la oración

Simplemente está mal leer acerca de la oración en lugar de orar. Pero si lee sobre la oración además de orar, eso enriquece su formación en la oración. «El hierro con hierro se afila y un hombre aguza a otro», dice Proverbios 27:17 (LBLA).

Lea las lecciones que aprendieron los veteranos de las trincheras de la oración y deje que ellos afilen sus armas para la batalla de la oración. «El que con sabios anda, sabio se vuelve», nos recuerda Proverbios 13:20 (NVI). Leer los libros de sabios hombres y mujeres de la oración nos da el privilegio de «caminar» con ellos y aprender los conocimientos que Dios les dio en cuanto a cómo orar.

Hemos aprendido por experiencia propia que otros pueden ver en un pasaje de las Escrituras cosas que nosotros no podemos, o que pueden explicar una doctrina conocida de una manera nueva que profundiza nuestro entendimiento de la misma. Asimismo, leer lo que otros han aprendido de la oración gracias a su estudio de las Escrituras y su peregrinaje en la gracia puede ser un instrumento de Dios para enseñarnos lo que, de otra manera, nunca aprenderíamos por cuenta propia. ¿Quién no ha aprendido sobre la oración con fe después de leer sobre la vida de oración de George Müller, o no se ha sentido motivado a la oración después de leer la vida y el diario de David Brainerd? Espero que leer este mismo capítulo sobre la Disciplina de la oración lo convenza de que usted puede aprender a orar leyendo acerca de la oración.

Permítame agregar unas palabras de aliento. Sin importar lo difícil que pueda parecerle la oración ahora, si persevera en aprender a orar, siempre podrá disfrutar de la esperanza de una vida de oración aún más fuerte y fructífera por delante.

LA ORACIÓN OBTIENE RESPUESTA

Me encanta cómo se dirigió David al Señor en el Salmo 65:2: «porque tú respondes a nuestras oraciones».

Quizá ningún principio para la oración se dé más por sentado que este: que la oración obtiene respuesta. Trate de leer esta promesa de Jesús como si fuera la primera vez que lo hace: «Sigue pidiendo y recibirás lo que pides; sigue buscando y encontrarás; sigue llamando, y la puerta se te abrirá. Pues todo el que pide, recibe; todo el que busca, encuentra; y a todo el que llama, se le abrirá la puerta» (Mateo 7:7-8).

Andrew Murray comenta atrevidamente, pero yo creo que con razón, sobre la promesa de Cristo:

«Pide y recibirás; todo el que pide, recibe». Esta es la ley inalterable y eterna del reino: si usted pide y no recibe, será porque debe haber algo incorrecto o insuficiente en la oración. No se rinda; deje que la Palabra y el Espíritu le enseñen a orar correctamente; pero no abandone la confianza que él procura suscitar: todo el que pide, recibe. [...] Por lo tanto, deje que cada novato de la escuela de Cristo reciba la palabra del Maestro con toda simplicidad. [...] Tengamos cuidado de no debilitar la Palabra con nuestra sabiduría humana[17].

Debido a que Dios responde las oraciones, cuando «pedimos y no recibimos», debemos considerar la posibilidad de que haya «algo incorrecto o insuficiente» en nuestra oración. Tal vez Dios efectivamente haya respondido, pero no de una manera obvia. Es posible que nuestras oraciones no muestren nada equivocado, pero aún no vemos la respuesta porque Dios tiene la intención de que perseveremos orando por el asunto durante algún tiempo más. Aun así, debemos aprender a examinar nuestras oraciones. ¿Estamos pidiendo cosas que están fuera de la voluntad de Dios o que no lo glorificarían? ¿Estamos orando por motivos egoístas? ¿Estamos fallando en hacerle frente a la clase de pecado desvergonzado que hace que Dios deje en suspenso nuestras oraciones? No obstante, a pesar de lo que veamos como respuesta a nuestras oraciones, no nos acostumbremos tanto a nuestros defectos al orar y a la percepción de pedir sin recibir, al punto de que disminuya nuestra fe en la fuerza de la promesa de Jesús. La oración obtiene respuesta.

Mi esposa, Caffy, sirve a Dios como artista y dibujante independiente desde el estudio que tenemos en casa. Aunque ha producido cientos de ilustraciones para una variedad de organizaciones cristianas, todos sus trabajos son ocasionales. A menudo oramos pidiéndole al Señor que abra puertas de oportunidad para su obra artística. Como no tenía nada en su mesa de dibujo, hace poco le dije que debería empezar a orar por algunos proyectos nuevos. Al día siguiente, antes de almorzar, Caffy me llamó y me dijo: «Por favor, ¡deja de orar para que el Señor me dé trabajo artístico! ¡Esta mañana recibí tantas llamadas encargándome trabajos que me llevará meses terminarlo todo!». Nunca había recibido tanto

trabajo tan rápidamente. Había una cantidad de cosas por las que yo había estado orando (no solo relacionadas conmigo mismo, sino con mi iglesia y los demás) que el Señor podría haber elegido responder. No sé por qué le agradó escoger esa petición particular. ¿Estas múltiples oportunidades eran realmente respuestas a la oración, o solo una colección de coincidencias providenciales? Solo Dios lo sabe con certeza. Pero estoy de acuerdo con el hombre que dijo: «Si esto es una coincidencia, seguramente tengo muchas más coincidencias cuando oro que cuando no oro».

Dios no se burla de nosotros prometiéndonos responder las oraciones. C. H. Spurgeon dijo:

No puedo imaginar que usted atormente a sus hijos entusiasmándolos con un deseo que no tiene la intención de satisfacer. Sería algo muy mezquino ofrecer limosnas a los pobres, y luego, cuando ellos extendieran la mano para recibirlas, usted se burlara de su pobreza negándoseles. Sería sumar crueldad a las miserias de los enfermos si los llevaran al hospital y los abandonaran allí para que murieran desatendidos y desamparados. Cuando Dios lo guía a orar, él quiere que usted reciba[18].

Por medio de los pasajes bíblicos sobre la oración y a través de su Espíritu, Dios efectivamente lleva a su pueblo a orar. No nos lleva a orar para frustrarnos cerrándonos la puerta del cielo en la cara. Disciplinémonos para orar y aprender acerca de la oración para que podamos ser más como Jesús al experimentar la alegría de la oración respondida.

MÁS APLICACIÓN

Debido a que la oración se espera, ¿va a orar? Lo desafío directamente con esto porque pienso que necesitamos tomar algunas decisiones conscientes en cuanto a nuestra vida de oración. Es tiempo de que las intenciones generales

hacia la oración se conviertan en planes específicos. Un pastor que concuerda con esto escribe lo siguiente:

A menos que yo esté muy equivocado, uno de los principales motivos por el que tantos hijos de Dios no tenemos una vida de oración significativa no es tanto porque no la queramos, sino porque no la planificamos. Si usted quiere irse cuatro semanas de vacaciones, no se levanta un domingo en la mañana y dice: «¡Oigan! ¡Vámonos hoy!». No tendrá nada preparado. No sabrá adónde ir. No tiene nada planeado. Pero así es como muchos nos comportamos con la oración. Nos levantamos día tras día y nos damos cuenta de que los momentos significativos de oración deberían ser parte de nuestra vida, pero no tenemos nada preparado. No sabemos adónde ir. No tenemos nada planeado. Sin tiempo, sin lugar, sin procedimiento. Todos sabemos que lo opuesto a planificar no es el maravilloso caudal de experiencias profundas y espontáneas en la oración. Lo opuesto a la planificación es la rutina. Si no planea las vacaciones, probablemente se quedará en su casa y mirará televisión. El caudal natural no planificado de la vida espiritual se hunde hasta lo más profundo de los altibajos. Hay una carrera por correr y una lucha por pelear. Si quiere que su vida de oración se renueve, debe planificar para verlo ocurrir[19].

Para el propósito de la piedad, ¿va a orar? ¿Hoy? ¿Hará planes para orar mañana? ¿Los días siguientes?

Ya que la oración se aprende, ¿aprenderá a orar hoy? Aprender más de la oración suele ser de ayuda para mejorar su vida de oración. Pero así como con la práctica de la oración, aprender de la oración también demanda cierta planificación. ¿Aprenderá a orar conectando su lectura bíblica a la oración por medio de la meditación? ¿Tiene un plan para orar con otras personas? ¿Está dispuesto a aprender más sobre la oración con la lectura? ¿Qué leerá? Los libros sobre el tema, así como biografías de los grandes guerreros de la oración, abundan. Además de tener en cuenta alguna de las fuentes citadas en este capítulo, pídale recomendaciones a su pastor o a algún amigo cristiano que se dedica a la oración. Entonces, ¿cuándo empezará?

Dado que la oración obtiene respuesta, ¿orará persistentemente? Recuerde

que, en el idioma griego del texto original, las palabras pidiendo, buscando y llamando de Mateo 7:7-8 están en el tiempo presente continuo. Eso quiere decir que muchas veces tenemos que orar persistentemente antes de que llegue la respuesta. Empezando con Lucas 18:1, Jesús contó una parábola completa «para mostrarles que siempre debían orar y nunca darse por vencidos». A veces, no persistir en la oración delata nuestra falta de seriedad sobre lo que estamos pidiendo, para empezar. En otras ocasiones, Dios quiere que insistamos en la oración para fortalecer nuestra fe en él. La fe nunca crecería si todas las oraciones fueran contestadas inmediatamente. La oración persistente también tiende a desarrollar una gratitud más profunda. Así como la alegría por el nacimiento de un bebé es mayor por causa de los meses de espera, igual es la alegría por una respuesta después de orar larga y persistentemente. Y así como la generación que mide el tiempo en nanosegundos odia reconocer su necesidad de ella, Dios moldea una paciencia como la de Cristo dentro de nosotros cuando demanda que persistamos en la oración.

George Müller observó:

La gran falla de los hijos de Dios es que no continúan en la oración, no insisten en la oración, no perseveran. Si desean alguna cosa para la gloria de Dios, deberían orar hasta conseguirla. ¡Oh, qué bueno, tierno, misericordioso y condescendiente es Aquel con quien tenemos relación! ¡Él me ha dado, indigno como soy, inmensamente más de todo lo que le había pedido o imaginado![20]!

¿Escuchamos testimonios como ese tan pocas veces porque muy pocos perseveran en la oración? La búsqueda perseverante de Dios en oración promete recompensar cualquier cantidad de frustración y desánimo con la oración. No deje que el enemigo lo tiente al cinismo silencioso en cuanto a la voluntad y la capacidad de Dios para responder. Deje que el amor por Dios haga que prevalezca la oración a él, quien lo ama, aun cuando sus juicios son insondables y sus caminos, inescrutables (vea Romanos 11:33).

Hagamos una pausa y orientémonos. Aunque Dios escucha todo, incluso cada oración y cada pensamiento, no escucha nuestras oraciones con vistas a

responderlas (vea Isaías 59:2) hasta que nos arrepintamos y acudamos a él por medio de la fe en Jesucristo y en lo que él ha hecho (vea Juan 14:6). En vez de depender de nuestra sinceridad o espiritualidad para hacer que Dios nos escuche, confiamos en la justicia de Cristo. El evangelio nos enseña que Dios nos recibe «en su Amado» (Efesios 1:6, NVI), y por eso siempre vamos a nuestro Padre en el nombre de su Hijo, orando con la ayuda del Espíritu Santo. La oración tiene que seguir siendo una Disciplina porque, incluso teniendo el deseo de orar dado por Dios, es fácil distraerse del hábito de orar por la presión de las responsabilidades. Pero mediante la gracia de Dios en el evangelio, nuestras oraciones siempre son bien recibidas.

Sin embargo, en última instancia, este llamado a disciplinarnos para orar es «para la piedad». Donde hay oración, hay piedad. Expresivo como de costumbre, Spurgeon lo dijo con estas palabras: «Así como la luna afecta las mareas oceánicas, así también la oración [...] afecta las mareas de la piedad»[21].

Las personas consagradas a la oración se convierten en personas piadosas, pues la oración devota a Dios cultiva la piedad en toda la vida. Mi experiencia en el ministerio está de acuerdo con las palabras de J. C. Ryle: «¿Cuál es la razón por la que algunos creyentes son mucho más brillantes y santos que otros? Creo que la diferencia, en diecinueve casos de veinte, surge de sus diferentes hábitos de la oración a solas. Creo que los que no son eminentemente santos oran poco, y quienes son eminentemente santos oran mucho»[22].

¿Quiere ser como Cristo? Entonces haga lo que él hacía: disciplíñese para ser una persona de oración.

CAPÍTULO 5

LA ADORACIÓN... PARA LA PIEDAD

La verdadera autodisciplina espiritual mantiene a los creyentes dentro de límites, pero nunca les impone ataduras; su efecto es agrandar, expandir y liberar.

D. G. KEHL

Una de las experiencias más tristes de mi niñez sucedió el día de mi décimo cumpleaños. Las invitaciones para el festejo se enviaron por correo con anticipación a ocho amigos. Sería el mejor cumpleaños de mi vida. Todos vinieron a mi casa después de la escuela. Jugamos afuera al fútbol y al baloncesto hasta que oscureció. Mi papá cocinó salchichas y hamburguesas a la parrilla mientras que mi madre le daba los toques finales al pastel de cumpleaños. Después de que comimos todo el glaseado, el helado y la mayor parte del pastel, llegó el momento de los regalos. Sinceramente, ahora no puedo recordar ninguno de los regalos, pero sí recuerdo lo bien que la estaba pasando con los chicos que me los dieron. Como yo no tenía hermanos, la mejor parte de todo el evento era simplemente juntarme con los otros muchachos.

El punto culminante de esa gran fiesta era el regalo que yo tenía para ellos. Nada era demasiado bueno para mis amigos; el costo no importaba. Yo iba a pagarles la entrada al acontecimiento más emocionante de nuestro pequeño pueblo: el partido de baloncesto de la escuela secundaria. Todavía puedo vernos riéndonos y desparramándonos de la camioneta de mis padres aquella noche fría y corriendo escaleras arriba hacia el gimnasio. Parado en la ventanilla, pagando las nueve entradas de veinticinco centavos y rodeado por mis amigos, ese fue uno de esos momentos simples pero sublimes de la vida. La imagen que tenía en mente era el final perfecto del cumpleaños de un chico de diez años. Con cuatro amigos

de un lado y cuatro del otro, me sentaría en el medio mientras comíamos palomitas de maíz; nos daríamos puñetazos alegremente y aclamaríamos a nuestros héroes de la secundaria. Mientras entrábamos, recuerdo haberme sentido más feliz que Jimmy Stewart en la escena final de ¡Qué bello es vivir!

Entonces, el momento dorado se hizo pedazos. Una vez adentro, todos mis amigos se dispersaron, y nunca más volví a verlos por el resto de la noche. No hubo un «Gracias» por la fiesta, la comida o las entradas. Ni siquiera un «Feliz cumpleaños, pero me voy a sentar aquí con otra persona». Sin una palabra de agradecimiento o despedida, todos se fueron y no miraron hacia atrás. Así que pasé el resto de mi décimo cumpleaños en las gradas, solo, envejeciendo en soledad. Por lo que recuerdo, fue un partido lamentable.

No cuento esta anécdota para que se compadezcan de mí por un recuerdo doloroso de la infancia, sino porque me hace evocar cómo solemos tratar a Dios en la adoración. A pesar de que asistimos a un evento en el que él es el Invitado de Honor, es posible que le entreguemos un regalo de rutina, que le cantemos algunas canciones habituales y que después lo abandonemos completamente mientras nos concentraremos en los demás y disfrutamos el desempeño de los que tenemos frente a nosotros. Como mis amigos de diez años, podemos irnos sin que nos remuerda la conciencia, sin percatarnos de nuestra insensibilidad, convencidos de que hemos cumplido bien una obligación.

Jesús mismo subrayó y obedeció el mandamiento del Antiguo Testamento: «Adora al SEÑOR tu Dios» (vea Mateo 4:10). Es el deber (y el privilegio) de todas las personas adorar a su Creador. Dice el Salmo 95:6: «Vengan, adoremos e inclinémonos. Arrodillémonos delante del SEÑOR, nuestro creador». Está claro que Dios espera que lo adoremos. ¡Ese es nuestro propósito! La piedad sin la adoración a Dios es impensable. Pero quienes buscan la piedad deben percatarse de que se puede adorar a Dios en vano. Jesús citó otro pasaje del Antiguo Testamento para advertir en contra de adorar vanamente a Dios: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran» (Mateo 15:8-9, NVI). Observe que Dios llamó «adoración» a su actividad. «Este pueblo» creía que estaba honrando a Dios. Pero Dios la rechazó por ser una adoración «en vano».

¿Cómo podemos adorar a Dios sin adorarlo en vano? En lugar de eso, ¿cómo podemos «[ofrecer] a Dios un servicio aceptable» (Hebreos 12:28, LBLA)? Tenemos que aprender una parte esencial de la búsqueda de asemejarnos a

Cristo: la Disciplina Espiritual de la adoración bíblica.

LA ADORACIÓN... ES ENFOCARSE EN Y RESPONDER A DIOS

Es difícil definir bien la adoración. Observémosla a primera vista. En Juan 20:28, cuando Jesús resucitado se le apareció a Tomás y le mostró las heridas en sus manos y en su costado, se produjo la adoración cuando Tomás le dijo: «¡Mi Señor y mi Dios!». En Apocalipsis 4:8, leemos acerca de cuatro seres vivientes alrededor del trono que adoraban a Dios día y noche sin cesar y decían: «Santo, santo, santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que siempre fue, que es, y que aún está por venir». Luego, en el versículo 11, los veinticuatro ancianos que estaban alrededor del trono de Dios en el cielo lo adoran poniendo sus coronas a sus pies y diciendo: «Tú eres digno, oh Señor nuestro Dios, de recibir gloria y honor y poder. Pues tú creaste todas las cosas, y existen porque tú las creaste según tu voluntad». En el capítulo siguiente, miles y miles de ángeles, ancianos y seres vivientes que están alrededor del trono celestial de Jesucristo, el Cordero de Dios, claman a viva voz adorando: «Digno es el Cordero que fue sacrificado, de recibir el poder y las riquezas y la sabiduría y la fuerza y el honor y la gloria y la bendición» (5:12). Inmediatamente después llega la adoración de «toda criatura», diciendo: «Bendición y honor y gloria y poder le pertenecen a aquel que está sentado en el trono y al Cordero por siempre y para siempre» (5:13).

Ahora, describamos lo que hemos visto. En inglés, la palabra «adoración», worship, proviene de la palabra sajona weorthscype, que luego se transformó en worthship. (Worth significa «valor»). Adorar a Dios significa atribuirle el valor adecuado a Dios, magnificar su mérito de recibir alabanza o, mejor dicho, acercarse y dirigirse a Dios porque él es digno. Como el Dios santo y todopoderoso, el Creador y Sustentador del universo, el Juez Soberano a quien debemos rendirle cuentas, él es digno de toda la valía y el honor que podamos darle e infinitamente más. Observe, por ejemplo, cómo los que están alrededor del trono de Dios en Apocalipsis 4:11 y 5:12 se dirigían a Dios como «digno» de tantas cosas.

Cuanto más nos centramos en Dios, más entendemos y agradecemos su infinita

valía. En la medida que lo entendemos y apreciamos, no podemos evitar responderle. Así como la vista de un atardecer indescriptible o la vista impresionante de la cima de una montaña provocan una reacción espontánea, no podemos encontrarnos con la dignidad de Dios sin responder adorándolo. Si usted pudiera ver a Dios en este momento, entendería su absoluta dignidad de tal manera que instintivamente caería en adoración ante él. Por eso leemos en Apocalipsis que los que están alrededor del trono y lo ven, inclinan su rostro hasta el piso en adoración, y aquellos seres más cercanos a él están tan asombrados por su dignidad que por toda la eternidad incesantemente lo adoran con la letanía: «Santo, santo, santo». Así que, aunque podría matizarla mucho más, la defino simplemente de esta manera: La adoración es centrarse en Dios y responderle.

Todavía no estamos en el cielo para ver de esta manera al Señor y concentrarnos visualmente en él. Entonces, ¿cómo se nos revela el Dios invisible a nosotros aquí, para que podamos concentrarnos en él? Primero, se reveló a sí mismo de un modo general por medio de la creación (vea Romanos 1:20); por lo tanto, la respuesta correcta al atardecer imponente o a la vista espectacular de la montaña es adorar al Creador de semejante belleza y majestad. Segundo, y más concretamente, Dios se ha revelado perfectamente a sí mismo a través de su Palabra escrita, la Biblia (vea 2 Timoteo 3:16; 2 Pedro 1:20-21), y de su Palabra encarnada, Jesucristo (vea Juan 1:1, 14; Hebreos 1:1-2). En respuesta, nosotros debemos buscar a Dios por medio de Cristo, como está revelado en la Biblia. Cuando lo hacemos de esa manera y el Espíritu Santo abre los ojos de nuestro entendimiento, vemos a Dios revelado en las Escrituras y respondemos con adoración.

Por ejemplo, acabamos de leer en la Biblia (vea Apocalipsis 4:8) que Dios es santo. Mientras meditamos en esto y empezamos a descubrir más de qué significa que Dios sea santo, el Espíritu Santo provoca que el deseo de adorarlo nos abrume. ¿Exactamente cómo descubrimos más de qué significa que Dios sea santo? La Biblia, que es la fuente más confiable y autorizada del mundo en cuanto a información sobre la santidad de Dios, nos lo dice. Para aprender más de la Biblia sobre cómo es la santidad de Dios, entre los lugares que nos fijamos están los pasajes sobre Jesús, porque el Dios santo se revela más claramente en Jesucristo, quien es Dios en persona. Si por medio de la meditación nos enfocamos en la persona y en la obra de Cristo como la encontramos en la Biblia, entenderemos más del Dios santo porque Jesús «nos lo ha dado a conocer» (Juan 1:18, NVI). En la medida que verdaderamente comprendamos

más a Dios, a su vez le responderemos más en adoración.

Es por eso que toda adoración a Dios (pública, familiar^[1] y privada), debe basarse en la Biblia e incluir mucho de ella. La Biblia nos revela a Dios para que podamos enfocarnos en él, y en la medida en que nos enfoquemos en él, lo adoraremos. De manera que, si hay poca revelación de Dios, nos enfocaremos poco en él. Y si nos enfocamos poco en Dios, habrá poca adoración a Dios. Al contrario, mucha revelación de Dios alienta que nos enfoquemos mucho en Dios, lo cual, a su vez, provoca que adoremos mucho a Dios.

La lectura bíblica y la predicación son fundamentales en la adoración pública porque son las presentaciones de Dios más claras, directas y amplias de la reunión. Por las mismas razones, la asimilación bíblica y la meditación son el centro de la adoración a solas. Durante la adoración, también debemos cantar canciones saturadas de la Biblia^[2] como declaración musical de la verdad de Dios y como respuesta bíblica (de alabanza y de acción de gracias) a la revelación de Dios. La oración expresa de una manera bíblica nuestra devoción por adorar a Dios y nuestra dependencia de él conforme a cómo se le revela en la Biblia; así también lo hace la ofrenda. Dios ha ordenado el bautismo y la Cena del Señor como elementos de adoración pública y, de un modo visual, ellos también proclaman y nos recuerdan la verdad revelada divinamente. Todos los elementos de la adoración indicados en las Escrituras nos ayudan a concentrarnos en Dios.

Dado que adorar es concentrarse en Dios y responderle, independientemente de qué otra cosa estemos haciendo, si no estamos pensando en Dios, no estamos adorándolo. Usted puede escuchar un sermón que sea bíblicamente sólido, pero si no está atento a lo que se dice de Dios o a lo que Dios está diciéndole a usted, no está adorando. Puede estar cantando «Santo, santo, santo», pero si no está pensando en Dios mientras canta, no está adorando. Puede estar escuchando la oración de alguien, pero si no está orando con esa persona y pensando en Dios, no está adorando. En un sentido, podemos decir que todas las cosas que se hacen en obediencia al Señor, aun las cosas cotidianas en el trabajo o en la casa, son actos de adoración. Pero estas no sustituyen la adoración a Dios basada en la Biblia, que se concentra directamente en él y excluye cualquier otra actividad.

La adoración muchas veces incluye palabras y acciones, pero las trasciende y llega hasta el centro de la mente y el corazón. La adoración es la concentración y la respuesta del alma con el foco puesto en Dios; es estar absorto con Dios. Así

que, no importa qué diga, cante o haga en algún momento; únicamente adora a Dios cuando él es el centro de su atención. Pero siempre que se concentre en el infinito valor de Dios, responderá en adoración tan cierto como que la luna refleja al sol. Esta clase de adoración no es en vano. La adoración tampoco es en vano cuando...

LA ADORACIÓN... SE HACE EN ESPÍRITU Y EN VERDAD

El pasaje más profundo sobre la adoración que hay en el Nuevo Testamento es Juan 4:23-24. Allí, Jesús dijo: «Se acerca el tiempo —de hecho, ya ha llegado— cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. El Padre busca personas que lo adoren de esa manera. Pues Dios es Espíritu, por eso todos los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y en verdad».

Antes de que podamos adorar en espíritu y en verdad, debemos tener dentro de nosotros a Aquel que es el «Espíritu de verdad» (Juan 14:17, NVI), es decir, el Espíritu Santo. Él vive únicamente dentro de los que se acercan a Cristo en arrepentimiento y en fe. Sin él, la verdadera adoración no se produce. Como declara 1 Corintios 12:3: «Nadie puede decir que Jesús es el Señor excepto por el Espíritu Santo». Eso no significa que una persona no pueda decir las palabras «Jesús es el Señor» al margen del Espíritu Santo, porque cualquiera que pueda hablar puede pronunciar la frase. Pero sí significa que nadie puede decir «Jesús es el Señor» como una confesión genuina de su obediencia a Cristo en adoración, a menos que sea por el poder regenerador y la presencia del Espíritu Santo que mora en esa persona. Él es Aquel que nos revela a Dios, el que nos condena por nuestro pecado contra Dios y quien hace irresistible a Cristo y su poder salvador. El Espíritu Santo abre las mentes a la verdad de las Escrituras y despierta los corazones que estaban muertos hacia Dios. Él motiva que las almas que eran frías en la adoración se enciendan con pasión por Cristo.

Tener al Espíritu Santo morando dentro de nosotros no garantiza que siempre adoraremos en espíritu y en verdad, pero su presencia sí significa que podemos hacerlo. Adorar a Dios en espíritu implica adorarlo de adentro hacia afuera. También requiere sinceridad en nuestros actos de adoración. Sin importar qué tan espiritual sea la canción que esté cantando, o qué tan poética sea la oración

que esté emitiendo, si no son sinceras, no son adoración; son hipocresía.

El equilibrio para adorar en espíritu es adorar en verdad. Adorar en verdad es adorar de acuerdo con la verdad de las Escrituras. En primer lugar, adoramos a Dios de acuerdo con cómo está revelado en la Biblia, no como nosotros querriámos que él fuera. Lo adoramos en función a la verdad de quién dice él que es: el Dios de misericordia y justicia, de amor y de ira, quien de igual manera recibe en el cielo y condena al infierno. En segundo lugar, adorar conforme a la verdad de las Escrituras significa adorar a Dios de las maneras que él aprobó en la Biblia. En otras palabras, en la adoración a Dios, debemos hacer lo que Dios dice en la Biblia que debemos hacer en adoración[3].

Habiendo argumentado a favor de adorar a Dios en respuesta a la verdad de las Escrituras, quiero avanzar y decir más acerca de adorar en espíritu. Ya sea que se dedique a la adoración en público, en familia o a solas, tenga en cuenta que, a menos que el corazón esté conectado, no hay electricidad para adorar. Un pastor y escritor lo dijo sin rodeos: «Donde los sentimientos por Dios están muertos, la adoración está muerta»[4]. Así es como lo ilustró:

Adorar es una manera de devolverle a Dios con alegría el reflejo del resplandor de su valía. Esto no puede realizarse solamente mediante acciones impuestas. Solamente puede hacerse cuando el afecto espontáneo brota en el corazón.

Medite la analogía de un aniversario de casamiento. El mío es el 21 de diciembre. Imagine que ese día llevara a casa una docena de rosas rojas de tallo largo para Noël. Cuando ella me recibe en la puerta, le extiendo las rosas, y ella dice: «Ay, Johnny, son hermosas, gracias», y me da un gran abrazo. Entonces imagine que yo levanto la mano y le digo tranquilamente: «De nada; es mi deber».

¿Qué pasa? ¿El ejercicio del deber no es algo noble? ¿Acaso no honramos a los que sirven de acuerdo a su deber? No mucho. No si no le ponen el corazón. Las rosas por obligación son una expresión contradictoria. Si no estoy motivado por el afecto espontáneo por ella como persona, las rosas no la honran. A decir verdad, la menosprecian. Son una manera muy débil de tapar el hecho de que ella no es digna o no es tan hermosa a mis ojos para despertar mi afecto. Lo único que puedo mostrarle es una expresión calculada de deber matrimonial. [...]

El verdadero deber de la adoración no es el deber externo de decir o hacer la liturgia. Es el deber interno, la orden: «Deléitate en el SEÑOR» (Salmo 37:4).
[...]

La razón de que este sea el verdadero deber de la adoración es que honra a Dios, mientras que el cumplimiento vacío del ritual no lo hace. Si llevo a mi esposa a cenar en nuestro aniversario y ella me pregunta: «¿Por qué haces esto?», la respuesta que más la honrará es: «Porque nada me hace más feliz que estar contigo».

«Es mi deber», es deshonroso para ella.

«Me hace feliz», es un honor.

¿Cómo honraremos a Dios en adoración? ¿Diciendo: «Es mi deber»? ¿O diciendo: «Me hace feliz»[5]?

Así que debemos adorar en espíritu y en verdad, con el corazón y con la cabeza, con emoción y con el pensamiento. Si adoramos haciendo demasiado hincapié en el espíritu, seremos sensibleros y débiles en la verdad, y adoraremos principalmente de acuerdo con los sentimientos. Eso puede llevar a cualquier parte, desde el extremo de la tolerancia perezosa e irreflexiva en la adoración al reguero de pólvora espiritual incontrolable en el otro extremo. Pero si ponemos demasiado énfasis en la adoración en verdad y minimizamos la adoración en espíritu, nuestra adoración será tensa, sombría y fríamente predecible.

En realidad, estas verdades equilibradas de adorar en espíritu y en verdad se complementan mutuamente. Es útil darse cuenta de ello porque, sinceramente, de vez en cuando todo cristiano intenta ofrecer el sacrificio de la adoración, pero se da cuenta de que no hay ningún fuego en el altar del corazón. La meditación en la verdad, si se hace apropiadamente, puede suscitar las emociones de la adoración y ayudarnos a adorar en espíritu. A la inversa, el tipo de corazón justo para Dios, dispuesto a adorar en espíritu, ama la verdad de Dios y anhela ser guiado por la verdad. Entonces, aunque en lo personal nos inclinemos más hacia el espíritu o hacia la verdad en la adoración, debemos tener ambos. Jesús dijo algo muy parecido en Marcos 12:30 cuando anunció que el mandamiento más importante implica amar a Dios con todo el corazón, así como con toda la mente. La adoración que emana de los corazones estimulados por la verdad y se expresa

con pensamientos sinceros hacia Dios no será rechazada como adoración en vano.

Pero ¿qué pasa si padecemos un largo período de sequía espiritual en el que prácticamente todas las supuestas experiencias de adoración no parecen más que un ejercicio de hipocresía? ¿Por qué continuar con la disciplina si nos sentimos atascados en una rutina de adoración en vano? ¿Deberíamos dejar de asistir a la adoración o descontinuar los devocionales diarios si parece que no podemos mantener el equilibrio adecuado de espíritu y verdad?

No, no deberíamos dejar de practicar las formas de la adoración aunque no tengamos los sentimientos de adoración. Hay algunas cosas en las que tenemos que perseverar hasta cuando no tengamos ganas de hacerlas, solo porque es lo correcto. Recuerde que aun nuestra «mejor» adoración es imperfecta en algunos sentidos, por más mínimas que puedan parecer esas imperfecciones. Pero no recomendamos dejar la adoración porque esté defectuosa de alguna manera. Es más, el «avance» en la recuperación del gozo y la libertad en la adoración probablemente vendrán en el contexto de la adoración. Las personas a menudo me cuentan que no tenían ganas de venir a la iglesia para un culto en particular, pero que se disciplinaron a sí mismas para asistir, y algo pasó durante ese rato que las reanimó y les devolvió la perspectiva espiritual.

Todo creyente debe atravesar algunos desiertos espirituales en su peregrinación a la ciudad celestial. Algunos lugares áridos podrán cruzarse en una hora o en pocos días. No obstante, de vez en cuando tendrá que viajar durante semanas con el alma casi marchita. Persevere en la adoración. Clame a Dios pidiéndole que le dé un conocimiento renovado de los «ríos de agua viva» (en referencia al Espíritu Santo) que en Juan 7:38 Jesús prometió que brotarían en todo el que creyera en él. Pero no deje de adorar; nunca se dé por vencido en el desierto. Usted no sabe qué tan amplio es, y podría estar a punto de terminar de atravesarlo.

LA ADORACIÓN... SE ESPERA TANTO EN PÚBLICO COMO EN PRIVADO

Según Hebreos 10:25, Dios espera que su pueblo participe regularmente en reuniones de adoración con otros creyentes, y advierte específicamente que «no dejemos de congregarnos, como hacen algunos». Así que el centro de la Disciplina de la adoración implica desarrollar el hábito de congregarse fielmente con otros cristianos con el propósito primordial de adorar a Dios.

La iglesia de Jesucristo no es una colección de aislacionistas. El Nuevo Testamento describe a la iglesia con metáforas como «rebaño» (Hechos 20:28), «cuerpo» (1 Corintios 12:12), «templo» (Efesios 2:21) y «familia» (Efesios 2:19), y cada una implica una relación entre las partes individuales y el todo. Si usted expresa y vive el cristianismo casi siempre a nivel individual (es decir, excluyendo la dinámica de grupo), significa que innecesariamente y de manera pecaminosa se perderá gran parte de la bendición y del poder de Dios. Hebreos 10:25 enseña que los que dejan la «costumbre» disciplinada de congregarse con otros cristianos desarrollan un hábito poco cristiano.

«Congregarse» indiscutiblemente significa reunirse en la presencia física de otros creyentes. No solo es que las palabras mismas no permiten otra interpretación, sino que, cuando esta carta fue escrita para los hebreos, no había otra manera de interpretar esta frase. Así que no podemos autoconvencernos de que nos «reunimos» con otros cristianos cuando por algún medio electrónico los vemos adorar en otra parte. Hay buenas razones a favor de la idea de facilitar el acceso a distancia en vivo o con videos grabados de la adoración en la iglesia, pero ninguna de ellas incluye la idea de que el ministerio en los medios sustituye la asistencia a la iglesia de las personas que pueden ir.

Además, la bendición de una vida devocional constante, personal y de gran calidad no lo exime de adorar con otros creyentes. Sus experiencias devocionales podrían estar a la altura de las de Jonathan Edwards o de George Müller, pero usted necesita la adoración colectiva tanto como la necesitaban ellos y esos cristianos judíos de Hebreos 10:25. Hay un elemento de la adoración y de la vida cristiana que nunca puede experimentarse en la adoración a solas ni observando la adoración de otros. Hay algunas gracias y bendiciones que nuestro Padre nos da únicamente cuando nos «congregamos» con otros creyentes como familia de Dios.

El predicador puritano David Clarkson explicó esto en un sermón instructivo sobre «La adoración pública debe ser preferida por encima de la privada»:

Las cosas más maravillosas hechas en el mundo actualmente se originaron en los mandatos públicos [es decir, en la adoración pública], aunque su cotidianidad y su naturaleza espiritual las hagan parecer menos maravillosas. [...] Aquí, el Señor les transmite vida a unos huesos secos, y resucita a los muertos de su tumba y del sepulcro del pecado. [...] Aquí, los muertos escuchan la voz del Hijo de Dios y de sus mensajeros, y los que la escuchan viven de verdad. Aquí, les da la vista a los que nacieron ciegos; el efecto del evangelio predicado es abrir los ojos de los pecadores y llevarlos de la oscuridad a la luz. Aquí, él sana con una palabra a las almas enfermas, que de otra manera serían incurables para la máxima ayuda de los hombres y de los ángeles. [...] Aquí, desaloja a Satanás y expulsa espíritus inmundos del alma de los pecadores que durante mucho habían estado poseídos por ellos. Aquí, él derriba principados y potestades, vence a los poderes de las tinieblas y hace que Satanás caiga del cielo como un rayo. Aquí, tuerce todo el curso de la naturaleza del alma de los pecadores, hace que las cosas viejas pasen y que todas las cosas sean hechas nuevas. Estas son maravillas, y se les consideraría como tal si no fueran la obra común del ministerio público. Ciertamente, es verdad que el Señor no se ha limitado a obrar estas cosas maravillosas solamente en público; pero el ministerio público es el único medio común a través del cual él las realiza[6].

Por otro lado, no importa cuán gratificantes o suficientes parezcan nuestras celebraciones habituales de adoración pública: hay experiencias con Dios que él nos da solamente en nuestra adoración personal. Jesús participó fielmente en la adoración pública en la sinagoga cada sábado (vea Lucas 4:16) y en las reuniones establecidas en Israel en el templo de Jerusalén. Pero, además de eso, Lucas observó que Jesús «solía retirarse a lugares solitarios para orar» (Lucas 5:16, NVI). Como lo expuso el conocido comentarista puritano Matthew Henry: «La adoración pública no nos eximirá de la adoración en secreto»[7].

¿Cómo podemos adorar a Dios en público una vez por semana cuando no nos preocupamos por adorarlo a solas durante la semana? ¿Podemos esperar que la llama de nuestra adoración a Dios arda vivamente en público en el día del Señor, cuando apenas titila por él en secreto los demás días? ¿Será que nuestra experiencia de adoración colectiva muchas veces nos deja insatisfechos porque no buscamos satisfacer la adoración en privado? Dice el pastor galés Geoffrey

Thomas: «No hay manera de que los que descuidan la adoración en secreto puedan reconocer la comunión con Dios en los cultos públicos del día del Señor»[8].

Sin embargo, no debemos olvidar que Dios espera que lo adoremos a solas para poder bendecirnos. Reducimos a lo mínimo nuestro gozo cuando descuidamos la adoración cotidiana a Dios en privado. ¡Es una bendición increíble que Dios no limite nuestro acceso a él y el disfrute de su presencia a solo una vez por semana! Cada día nos esperan la fuerza, la dirección, el ánimo, el perdón, el gozo y todo lo que es Dios. Usted, como cristiano, nunca vivirá un día sin una invitación a tener una mayor intimidad con Jesucristo ese día.

Piense en esto: El Señor Jesucristo está dispuesto a reunirse en privado con usted durante todo el tiempo que quiera; ¡está dispuesto, y hasta deseoso, de encontrarse con usted cada día! Imagínese como uno de los miles que siguió a Jesús a todas partes durante la mayoría de los últimos tres años de su vida terrenal. ¿Puede imaginar lo emocionado que se sentiría si uno de sus discípulos le dijera: «El Maestro me envió para decirle que está dispuesto a reunirse con usted en privado en el momento que usted esté listo, y durante todo el tiempo que quiera pasar con él, y lo estará esperando cada día»? ¡Qué privilegio! ¿Quién se hubiera quejado de estas expectativas? Bueno, ese privilegio y expectativa maravillosos realmente le pertenecen a usted: hoy, mañana y siempre. Ejerza este privilegio y cumpla esta expectativa para la gloria y el gozo de Dios para siempre.

LA ADORACIÓN... ES UNA DISCIPLINA PARA SER CULTIVADA

Jesús dijo: «Adora al SEÑOR tu Dios» (Mateo 4:10). Para adorar a Dios a lo largo de toda la vida, hay que tener disciplina. Sin disciplina, nuestra adoración a Dios será débil e irregular. Desde luego, la adoración tiene que ser mucho más que disciplina, más que la simple expresión adecuada de las palabras y las formas correctas. De manera que, cuando digo que la adoración es concentrarse en Dios y responderle, espero transmitir mi convicción de que la verdadera adoración siempre rebosa evidencias de las «huellas del corazón». La adoración

no se puede calcular ni producir. En cambio, es provocada; es la respuesta de un corazón provocada por la belleza, la gloria y el encanto del objeto en el que se concentra la mente: el Dios santo. Sin embargo, también consideramos a la adoración una Disciplina, una Disciplina que debe ser cultivada, como deben serlo todas las relaciones para que sigan siendo sanas y maduren.

La adoración es una Disciplina Espiritual en tanto que es un fin así como un instrumento. La adoración a Dios es un fin en sí misma porque adorar, según lo hemos definido, es concentrarse en Dios y responderle. No hay una meta más elevada ni un deleite espiritual más grande que concentrarse en Dios y responderle. Pero la adoración también es un instrumento en el sentido de que es un medio para la piedad. Cuanto más adoremos verdaderamente a Dios, más llegaremos a ser como él, a través y por medio de la adoración.

La adoración hace que los creyentes sean más piadosos porque las personas se transforman en lo que se enfocan. Imitamos aquello en lo que pensamos. Los niños simulan que son los héroes en los que piensan. Los adolescentes se visten como las estrellas deportivas o los músicos populares que admirran. Pero estas tendencias no desaparecen cuando llegamos a la edad adulta. Los que se concentran en «llegar a la cima» leen libros de los que están «en la cima», y luego copian el estilo de sus negocios y los «secretos» de su éxito. Para dar un ejemplo a un nivel más obsceno, los que se concentran en la pornografía tienden a imitar lo que ven. Fijarse más en el mundo que en el Señor nos hace más mundanos que piadosos. Pero si queremos ser piadosos, debemos enfocarnos en Dios. La piedad requiere una adoración disciplinada.

«Pero lo he intentado —puede gritar alguno con frustración—, ¡y a mí no me funcionó! Asisto a la iglesia fielmente. He intentado la rutina diaria de la lectura bíblica y la oración, pero no conseguí los resultados que esperaba. A pesar de todo lo que estoy haciendo, parece que no estoy creciendo mucho en la piedad».

Practicar estrictamente una rutina no es lo mismo que practicar correctamente una Disciplina Espiritual. Que yo lea la Biblia todos los días no me hace automáticamente más piadoso, así como leer el Wall Street Journal todos los días no me hace un hombre de negocios. Si no experimentamos el crecimiento espiritual que deseamos en el momento que lo deseamos, eso no refuta la eficacia de los medios de Dios (es decir, las Disciplinas Espirituales) para llegar a ser como Cristo. Así que si usted está desanimado porque su santificación va a paso de tortuga, busque el consejo de aquellas personas que sí parecen crecer en

la piedad a través de la adoración pública y personal. Hable con un cristiano maduro cuya vida devocional valga la pena. Repase algunas de las secciones anteriores de este libro, particularmente las que tratan sobre la meditación y la oración. El desarrollo de cualquier disciplina, desde golpear una pelotita de golf hasta tocar el piano, casi siempre requiere ayuda externa de personas que tienen más experiencia. Así que no se sorprenda porque necesita ayuda para desarrollar las Disciplinas que llevan a parecerse a Cristo, y no tenga miedo de pedirla.

Describiendo al hombre contemporáneo, alguien dijo: «Adora su trabajo, trabaja durante sus ratos de distracción y se distrae durante la adoración». Para desafiar esto, ¿cultivará usted la Disciplina de la adoración?

MÁS APLICACIÓN

¿Se comprometerá usted con la Disciplina de la adoración diaria? A. W. Tozer dijo: «Si se rehúsa a adorar a Dios siete días por semana, tampoco lo adorará en un día a la semana»[9]. No nos engañemos. La verdadera adoración, como actividad de una vez a la semana, no existe. No podemos esperar que la adoración fluya de nuestros labios el día del Señor si la mantenemos contenida en nuestro corazón durante la semana. Las aguas de la adoración nunca deberían dejar de fluir de nuestro corazón, porque Dios siempre es Dios y siempre es digno de adoración. Pero el flujo de la adoración debería canalizarse por lo menos a diario hacia una experiencia de adoración perceptible.

Cada vez más personas parecen contentarse con practicar las Disciplinas Espirituales personales y dejan de adorar con otros creyentes. Creen que su vida devocional privada es superior a cualquier otra cosa que experimentan en la adoración colectiva; por eso descuidan el ministerio público de la Palabra de Dios. Esté alerta al peligro de un desequilibrio como ese. Sin embargo, en mi ministerio pastoral he encontrado muchos más cristianos profesos que se inclinan hacia el otro extremo. Se disciplinan fielmente para concurrir a la adoración colectiva, pero desatienden la práctica habitual de adorar a Dios en privado. En su camino a la piedad, quizás caen más en este peligro que en cualquier otro. Hacen pocos avances hacia la semejanza a Cristo simplemente

porque no se disciplinan a sí mismos en este mismo punto. No deje que eso le pase a usted.

¿Incluirá adoración real en sus actos de adoración? Lo que dice David Clarkson sobre la adoración pública sirve para todos los actos de adoración, tanto públicos como privados:

Lo que hace cuando adora en público, hágalo con todas sus fuerzas. Libérese de todo ese temperamento flojo, indiferente y tibio que es tan odioso para Dios. [...] Considere que no es suficiente presentar su cuerpo delante del Señor. [...] La adoración física no es sino la carcasa de la adoración; la adoración del alma es el alma de la adoración. Los que se acercan solo de labios encontrará a Dios bastante lejos de ellos; no solo los labios, la boca y la lengua, sino la mente, el corazón y el afecto; no solo las rodillas, las manos y los ojos, sino el corazón, la conciencia y la memoria deben ponerse al servicio de Dios en la adoración pública. David no solo dice: «Mi carne te anhela», sino también «Mi alma tiene sed de ti». Entonces el Señor se acercará cuando todo su ser lo espere; entonces encontraremos al Señor cuando lo busquemos con todo nuestro corazón[10].

El acto de adorar sin adorar de verdad es una experiencia miserable e hipócrita. Entonces, si la adoración lo cansa, usted no está adorando en realidad. Dios no es agotador. Imagine a uno de los seres que adoran permanentemente alrededor del trono de Dios quejándose: «¡Estoy cansado de esto!». Ese pensamiento nunca les cruzó por la mente en toda la eternidad pasada, ni se les ocurrirá jamás en la eternidad por venir. En vez de eso, leemos que están tan infinitamente abrumados por la gloria de Dios que lo adoran «día y noche [...] sin cesar» (Apocalipsis 4:8, NVI). Obviamente, todavía no podemos ver y experimentar en adoración todo lo que ellos tienen el privilegio de disfrutar, pero podemos aprender de ellos que la adoración sin sentido es un contrasentido. Porque el objeto de nuestra adoración es el glorioso y majestuoso Dios de los cielos, cuando la adoración se vuelve vacía, el problema lo tiene el sujeto (o sea, nosotros) y no el objeto (es decir, Dios).

Así que «vengan, adoremos» (Salmo 95:6) al único Dios verdadero que ha ordenado la Disciplina Espiritual de adorarlo —en público, en familia y a solas

— como uno de los medios más abundantes de recibir la gracia para parecernos más a Cristo. Pues en la medida que crecemos en la adoración a Dios, crecemos en la semejanza a Cristo.

Pero recuerde que Cristo, quien de hecho es el ejemplo de todo lo que Dios quiere que lleguemos a ser, es mucho más que nuestro ejemplo. Él tuvo que vivir y morir para hacernos adoradores que complacieran a Dios. Nuestra adoración solo se vuelve aceptable cuando nos acercamos a Dios por medio de fe en la justicia de Jesús. Así, por la fe en el Cristo de Dios y de acuerdo a la Palabra de Dios, como nos exhorta Hebreos 12:28 (LBLA), «ofrezcamos a Dios un servicio aceptable», no la adoración que Jesús condenó como «adoración en vano».

CAPÍTULO 6

LA EVANGELIZACIÓN... PARA LA PIEDAD

La fe disciplinada es una fe que probablemente perdure y lleve a la fe en otros.

ALISTER E. MCGRATH

Solo el completo éxtasis de perderse en la adoración a Dios es tan vivificante y embriagante como hablarle a alguien acerca de Jesucristo.

Algunos de los momentos más gratificantes de mi vida han sido durante viajes misioneros en los que no he hecho más que hablar de Cristo durante todo el día, en las calles y en los hogares, con una persona o con un grupo tras otro. Lo mismo pasa en mi propia ciudad: nada me emociona más que conversar acerca de Cristo con alguien que no lo conoce. Mi experiencia no es inusual; hablar de Jesús con alguien puede ser una experiencia intensamente gratificante para cualquier creyente.

Sin embargo, nada causa tanta ansiedad más rápidamente entre un grupo de cristianos como yo, que hablar de nuestra responsabilidad de evangelizar. Conozco a muchos creyentes que se sienten seguros de estar obedeciendo al Señor cuando se trata de su asimilación de las Escrituras o de sus ofrendas o de su servicio, pero no conozco a un solo cristiano que pueda decir con valentía: «Evangelizo tanto como debo».

La evangelización es un tema amplio, y no intentaré ahondar en él en este capítulo. La idea principal que quiero transmitirle hoy es que la piedad requiere que nos disciplinemos en la práctica de la evangelización. Estoy convencido de que el motivo principal por el que muchos de nosotros no damos testimonio de Cristo con eficacia, y relativamente sin miedo, es simplemente porque no nos

disciplinamos a hacerlo.

LA EVANGELIZACIÓN ES ALGO QUE SE ESPERA DE NOSOTROS

La mayoría de los que están leyendo este libro no necesitan convencerse de que Jesús espera que sus seguidores practiquen la evangelización. Él no pretende que todos los cristianos utilicen los mismos métodos de evangelización, pero sí espera que todos los cristianos evangelicemos.

Antes de continuar, definamos nuestros términos. ¿Qué es la evangelización? Si quisiéramos definirla a fondo, diríamos que la evangelización es presentarle a Jesucristo, mediante el poder del Espíritu Santo, a los pecadores, para que ellos logren confiar en Dios a través de él, recibirlo como Salvador y servirle como a su Rey en la comunión de su iglesia[1].

Si queremos ser más concisos, podríamos definir la evangelización del Nuevo Testamento como la comunicación del evangelio. Cualquier persona que relate fielmente los elementos esenciales de la salvación de Dios a través de Jesucristo está evangelizando. La evangelización se produce ya sea que las palabras del evangelio sean dichas, escritas o grabadas; enseñadas a una persona o a una multitud.

El propio Señor Jesucristo nos ha encargado dar testimonio. Tome nota de su autoridad en los siguientes pasajes:

«Por lo tanto, vayan y hagan discípulos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Enseñen a los nuevos discípulos a obedecer todos los mandatos que les he dado. Y tengan por seguro esto: que estoy con ustedes siempre, hasta el fin de los tiempos» (Mateo 28:19-20).

«Entonces les dijo: “Vayan por todo el mundo y prediquen la Buena Noticia a

todos”» (Marcos 16:15).

«Y les dijo: “[...] que en su nombre se predicara el arrepentimiento para el perdón de los pecados a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén”» (Lucas 24:46-47, LBLA).

«Una vez más les dijo: “La paz sea con ustedes. Como el Padre me envió a mí, así yo los envío a ustedes”» (Juan 20:21).

«Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra» (Hechos 1:8).

Estos mandamientos no les fueron dados únicamente a los apóstoles. Por ejemplo, quienes vivimos en Estados Unidos podemos decir que los apóstoles jamás vinieron a esta nación. Para que el mandamiento de Jesús fuera cumplido, y para que los ciudadanos de Estados Unidos oyieran acerca de Cristo, el evangelio debió llegarnos a través de otros cristianos que comprendieron que a ellos también se les había encargado ir a «todas las naciones». Y los apóstoles nunca irán a su hogar, a su vecindario o al lugar donde usted trabaja. Para que la gran comisión se cumpla allí, para que Cristo tenga un testigo en ese «lugar remoto» de la tierra, un cristiano como usted deberá disciplinarse para hacerlo.

Algunos cristianos creen que la evangelización es un don, y que solo aquellos que lo poseen son responsables de evangelizar. Recurren a Efesios 4:11-12 como respaldo: «Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo» (RVR60). Dios sí les da a algunos un ministerio como evangelistas, pero él llama a todos los creyentes a ser sus testigos, y les brinda tanto el poder de dar testimonio como un mensaje poderoso. Así, mientras que Dios llama a cada creyente a dar testimonio, solamente llama a unos pocos al ministerio vocacional de evangelista. Tal como cada cristiano, independientemente de su don espiritual o de su ministerio, debe amar a los demás, así cada creyente debe evangelizar ya sea que tenga o no el llamado a ser un evangelista.

Considere nuestra responsabilidad de evangelización personal desde la

perspectiva de 1 Pedro 2:9 (NVI): «Pero ustedes son linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios». Muchos cristianos están familiarizados con esta parte del versículo, pero ¿conoce usted el resto? Continúa diciendo que estos privilegios son suyos, cristiano, «para que proclamen las obras maravillosas de aquel que los llamó de las tinieblas a su luz admirable». Generalmente consideramos que este versículo establece la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes. Pero, de la misma manera, podemos identificarlo como una exhortación para que todos los creyentes sean profetas. Dios espera que cada uno de nosotros «[proclame] las obras maravillosas» de Jesucristo.

LA EVANGELIZACIÓN TIENE PODER

Si es tan claro para la mayoría de los cristianos que debemos evangelizar, ¿cómo se explica que casi todos los cristianos parecen desobedecer ese mandamiento tan a menudo?

Algunos creen que necesitan meses de entrenamiento especializado para dar testimonio de manera eficaz. Temen no poder hablar con alguien acerca de Cristo hasta sentirse seguros de su conocimiento de la Biblia y de su habilidad para lidiar con potenciales preguntas u objeciones. Sin embargo, ese nivel de confianza nunca llega. ¿Qué pasaría si el ciego a quien Jesús sanó en Juan 9 hubiera pensado igual? ¿Acaso alguna vez se habría sentido preparado para dar testimonio a los fariseos entendidos y críticos? Sin embargo, apenas horas, o quizás minutos, después de haber conocido a Jesús, les contó valientemente lo que sabía acerca de él.

Algunas veces no somos capaces de hablar de Cristo porque tememos que las personas piensen que somos extraños y nos rechacen. En la facultad de derecho, me hice amigo de otro estudiante. Cuando me di cuenta de que él no era cristiano, sentí la obligación de compartir el evangelio con él. Me esforzaba por reflejar el carácter de Cristo al estar con él, y oraba pidiendo oportunidades para darle testimonio. Uno de los últimos días del año escolar, al sonar el primer timbre, me sorprendió preguntándome: «¿Por qué estás siempre tan alegre?». A pesar de que la clase estaba por comenzar, podría haberle dado a mi amigo un

testimonio claro, aunque no fuera más que una frase. Podría haber contestado: «A causa de Jesucristo». O podría haber dicho: «Me encantaría contarte por qué después de clase». Pero cuando la oportunidad que tanto había pedido finalmente llegó, me quedé paralizado por temor a que pensara mal de mí y de mi fe, y solo respondí: «No sé».

En algunos casos, podemos rastrear el origen de nuestra fobia a evangelizar al método de dar testimonio que se nos pide utilizar. Si este requiere abordar a alguien que no conocemos y comenzar una conversación acerca de Cristo, la mayoría de personas estarán aterradas y lo demostrarán con su ausencia. Si bien unos pocos lo disfrutan, la gran mayoría tiembla al imaginarse yendo de puerta en puerta para compartir el evangelio. Incluso los métodos que invitan a dar testimonio a los amigos y la familia, si incluyen un abordaje forzado, polémico o poco natural, nos llenan de miedo de compartir la mejor noticia del mundo con quienes más amamos.

Nunca lo oí decir, pero creo que la seriedad de la evangelización es el principal motivo por el que nos asusta. Nos damos cuenta de que al hablar de Cristo con alguien, están en juego el cielo y el infierno. El destino eterno de esa persona parece inminente frente a nosotros. E incluso cuando creemos con razón que el resultado del encuentro descansa en manos de Dios y que no tenemos que rendir cuentas de la respuesta de esa persona frente al evangelio, aún sentimos un deber solemne de comunicar el mensaje fielmente, así como un pavor santo de decir o hacer algo que pueda ser una piedra de tropiezo para la salvación de esa persona. Muchos cristianos se sienten muy poco preparados para tal desafío, o simplemente tienen muy poca fe y titubean al entablar esta conversación de eterna importancia.

Un investigador ofrece otra explicación para el temor de los cristianos a evangelizar:

El motivo dominante detrás de la creciente renuencia de los cristianos a compartir su fe con los no creyentes concierne a la experiencia misma de compartir la fe. Al preguntarles a los cristianos acerca de sus actividades de testimonio, descubrimos que nueve de cada diez individuos que intentan explicar sus creencias y teología a otros salen de esas experiencias con la sensación de haber fracasado. [...] La realidad del comportamiento humano es que la mayoría

de personas evitan aquellas actividades en las que se perciben a sí mismos como fracasos. Como criaturas en búsqueda del placer y la comodidad, ponemos énfasis en aquellas dimensiones y actividades en las que nos sentimos más capaces y seguros. Así, a pesar del mandato divino de compartir la Palabra, muchos cristianos redirigen sus energías a áreas de actividad espiritual que son más satisfactorias y en las que tienen mayores probabilidades de alcanzar el éxito[2].

¿Qué es el éxito en la evangelización? ¿Cuando la persona a la que usted da testimonio se vuelve a Cristo? Ciertamente, eso es lo que esperamos que suceda. Pero si medimos el éxito evangélico únicamente por las conversiones, ¿somos un fracaso cuando compartimos el evangelio y las personas se niegan a creer? ¿Consideramos a Cristo un «fracaso de evangelización» cuando personas como el joven rico se alejaron de él y de su mensaje (vea Marcos 10:21-22)? Por supuesto que no. Por lo tanto, tampoco nosotros lo somos cuando presentamos a Cristo y su mensaje, y la gente lo rechaza sin creer. Es necesario que comprendamos que compartir el evangelio es una evangelización exitosa. Debemos sentir pasión por las almas y rogarle a Dios con lágrimas en los ojos para ver a más personas convertidas, pero solo Dios puede producir el fruto de la evangelización llamado conversión.

En este aspecto, somos como el servicio postal. Ellos miden el éxito a partir de la entrega esmerada y precisa, no por la respuesta de quien lo recibe. Cada vez que compartimos el evangelio (que incluye el llamado al arrepentimiento y a creer), hemos tenido éxito. En el verdadero sentido, toda evangelización bíblica es una evangelización exitosa, independientemente del resultado.

El poder de la evangelización es el Espíritu Santo. A partir del instante en que él mora en nosotros, nos brinda el poder para dar testimonio. Jesús recalcó esto en Hechos 1:8 cuando dijo «Pero recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes: en Jerusalén, por toda Judea, en Samaria y hasta los lugares más lejanos de la tierra». Jesús espera que cada cristiano evangelice porque el Espíritu le da poder a cada uno para hacerlo. Pero, a menudo, los cristianos malinterpretan ese poder. El Espíritu no otorga el mismo poder a todos los cristianos para evangelizar del mismo modo; más bien, a cada creyente se le ha otorgado el poder para ser testigo de Jesucristo. La evidencia de que a usted se le

ha otorgado el poder para testificar es una vida transformada. El mismo poder del Espíritu Santo que cambió su vida para Cristo es el poder para dar testimonio de Cristo. Por lo que, si Dios por medio de su Espíritu lo ha transformado en un seguidor de Jesús, esté seguro de esto: Dios le ha otorgado el poder mencionado en Hechos 1:8. Esto significa que usted tiene el poder para compartir el evangelio con las personas, en maneras y con métodos que son compatibles con su personalidad, su don espiritual, sus oportunidades, etcétera. Tener el poder de Hechos 1:8 significa también que Dios fortalecerá su vida y sus palabras para compartir el evangelio en formas que muchas veces no percibirá. Para ponerlo de otro modo, el Espíritu Santo puede concederle gran poder a su testimonio en un encuentro de evangelización sin darle a usted ninguna percepción o sensación de poder.

El Espíritu Santo no solo le da poder a las personas que comparten el evangelio; el evangelio que compartimos también tiene incorporado en sí mismo el poder del Espíritu Santo. Dijo el apóstol Pablo en Romanos 1:16: «No me avergüenzo del evangelio porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego» (RVR60). Es por eso que la gente se convierte, ya sea que escuchen el evangelio de un maestro adolescente en una clase de escuela dominical o de un evangelista con un doctorado, entrenado en el seminario; sea que lo lean en el libro de un erudito de Oxford como C. S. Lewis o en un tratado sencillo. Dios bendice al evangelio más que a cualquier otra palabra.

Eso no significa que el evangelio sea una especie de varita mágica que podemos agitar sobre los no creyentes y el poder de Dios saldrá disparado automáticamente y convertirá a quien lo escuche. Probablemente usted sea como yo y haya oído el evangelio muchas veces antes de ser salvo. Indudablemente, puede pensar en varias personas que han oído el evangelio repetidas veces y no han experimentado el nuevo nacimiento. Dios debe también conceder fe (vea Efesios 2:8-9) junto con la proclamación del evangelio, «porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree» (énfasis añadido). Sin embargo, es a través del evangelio que Dios otorga el poder para creer. Ese es el significado de Romanos 10:17: «Así que la fe viene por oír, es decir, por oír la Buena Noticia acerca de Cristo».

Cuando usted comparte el evangelio, comparte el «poder de Dios para salvación a todo aquel que cree». Compartir el evangelio es como ir repartiendo pararrayos durante una tormenta eléctrica. Usted no sabe cuándo caerá el relámpago o a

quién le caerá, pero sabe sobre qué caerá: sobre el pararrayos del evangelio. Y cuando lo haga, el pararrayos de esa persona estará cargado con el poder de Dios, y él o ella creerá.

Es por eso que podemos estar confiados que algunos creerán si compartimos el evangelio fielmente y con tenacidad. El evangelio es el poder de Dios para salvación y no nuestra propia elocuencia o persuasión. Dios tiene a sus escogidos a quienes llamará y a quienes ha escogido llamar a través del evangelio (vea Romanos 8:29-30; 10:17). De otro modo, nos desesperaríamos cuando las personas rechazaran el evangelio, y su incredulidad nos convencería de dejar de evangelizar. Pero el poder para que las personas se reconcilien con Dios viene a través del mensaje del Hijo de Dios. Si nosotros damos ese mensaje, podemos estar seguros de que algunos responderán.

Vivir una vida abiertamente devota a Cristo también revela un poder que aumenta la evangelización. Este poder, aunque le parezca raro, puede ser ilustrado con uno de mis restaurantes favoritos de barbacoa. Su mejor publicidad no es a través del típico medio que apunta a la vista o al oído. Su mejor publicidad está dirigida al olfato. El humo fuerte y picante de la carne sazonada de cerdo y de res flota a lo largo de cuatro carriles de la carretera. Todos los días, los conductores que pasan por ahí se interesan en el «mensaje» del restaurante simplemente debido a su fragante aroma.

Pablo describió el poder de la piedad de esa manera en 2 Corintios 2:14-17 (RVR60):

Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a estos ciertamente olor de muerte para muerte, y a aquellos olor de vida para vida. Y para estas cosas, ¿quién es suficiente? Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo.

El Señor empodera la vida (vea los versículos 14-16) y las palabras (vea el versículo 17) del creyente fiel con un poder de atracción espiritual,

convirtiéndolos en un aroma fragante que atrae a las personas al mensaje de su Hijo.

El más poderoso testimonio cristiano permanente siempre ha sido comunicar la Palabra de Dios por medio de alguien que viva la Palabra de Dios. Hace algunos años, Caffy comenzó un estudio bíblico para mujeres en nuestro hogar, animada por dos nuevas creyentes. A la segunda reunión trajeron a Janet, una amiga en común que era muy cínica sobre el tema. Tiempo después, en una canción acerca de su peregrinaje espiritual, escribió: «El sexo, las drogas y el rock and roll eran mi trinidad». Sus ideas se habían confundido aún más al involucrarse en un culto. Pero esa noche comenzó algo que solo Janet percibió. Meses después nos contó que, a partir de ese primer encuentro, el aroma de la vida cristiana de Caffy, especialmente en su propio hogar, combinado con la carne de la Palabra de Dios en el estudio bíblico, hicieron que quisiera probar más. Quería más de ese mensaje aromático que había cambiado la vida de las personas de una forma tan bella. En la actualidad, Janet es un fresco y vivo «grato olor de Cristo para Dios en los que se salvan, y en los que se pierden».

Debido a la naturaleza del Espíritu Santo y de las Sagradas Escrituras, la evangelización tiene poder.

LA EVANGELIZACIÓN ES UNA DISCIPLINA

La evangelización es un desbordamiento natural de la vida cristiana. Cada cristiano debería ser capaz de hablar de lo que el Señor ha hecho por él o ella y de lo que él significa para él o ella. Pero la evangelización es también una Disciplina en el hecho de que debemos disciplinarnos para buscar situaciones donde podamos evangelizar; es decir, no podemos simplemente esperar que surjan las oportunidades para dar testimonio.

Jesús dijo en Mateo 5:16: «Hagan brillar su luz delante de todos, para que ellos puedan ver las buenas obras de ustedes y alaben al Padre que está en el cielo» (NVI). «Hacer» brillar su luz delante de otros no significa otra cosa que sencillamente, «No hagan nada que evite que su luz brille». Piense en su exhortación como algo más proactivo, algo como: «Dejen que la luz de las

buenas obras brille en su vida; dejen que la evidencia del cambio que honra a Dios irradie de ustedes. ¡Dejen que comience! ¡Denle lugar!».

Entonces, ¿por qué no damos testimonio de una manera más activa? Como se mencionó antes, algunos le echan la culpa a una falta de entrenamiento adecuado para compartir su fe. Ciertamente, yo desearía que muchas personas más pudieran disfrutar las ventajas de una buena instrucción acerca de los detalles específicos de compartir el evangelio. Pero si consideramos nuevamente al ciego que Jesús sanó en Juan 9:25, nos daremos cuenta de que no podemos atribuir el no testificar a la falta de entrenamiento. A pesar de haber creído en Jesús tan solo unos minutos antes y de no tener ningún entrenamiento, estuvo dispuesto a contarles a otros lo que Jesús había hecho por él («Lo que sé es que yo antes era ciego, ¡y ahora puedo ver!»). Por lo cual, cualquier cristiano que ha oido una predicación bíblica, que ha participado en estudios bíblicos y que ha leído las Escrituras y literatura cristiana durante un tiempo, debería tener la suficiente comprensión del mensaje básico del cristianismo como para compartirlo con los demás. Si hemos comprendido el evangelio para nuestra propia conversión, seguramente debemos conocerlo lo suficiente (incluso si aún no sabemos mucho más acerca de la fe) como para decirle a alguien más cómo convertirse.

Debemos reconocer también la objeción habitual que dice que las personas no testifican debido a su falta de tiempo. Entre el trabajo, la familia y las responsabilidades de la iglesia, simplemente no nos queda tiempo para «salir a testificar». Antes de aceptar esta objeción para la evangelización, consideremos lo siguiente: ¿Realmente queremos decir que estamos demasiado ocupados para cumplir la Gran Comisión de Jesucristo de hacer discípulos (vea Mateo 28:19-20)? ¿Esperamos que en el Juicio Final Jesús nos eximirá de la responsabilidad más grande que nos dio simplemente porque digamos «no tuve tiempo»?

Comencemos reconociendo que fue Dios quien nos dio no solo la mayoría de, si no es que todas, las responsabilidades que ocupan nuestro tiempo. Y, solo como hipótesis, aceptemos como un hecho la afirmación de que no tenemos más espacio en nuestra agenda para sumarle ninguna otra actividad programada. Incluso si Dios hubiera puesto cada una de las actividades en nuestra lista de pendientes, él es también el Autor de la Gran Comisión. Él sigue teniendo la intención de que cada uno de sus seguidores encuentre la manera de compartir el evangelio con los no creyentes. En cualquier contexto que el Señor nos lleve a vivir la vida, él nos llama a buscar maneras de cumplir con la Gran Comisión allí, sin importar lo limitado que ese contexto pueda ser. Criar a los hijos en «la

disciplina e instrucción que proviene del Señor» (Efesios 6:4) es una de las maneras de cumplir con la Gran Comisión. Sostener económicamente la obra de una iglesia y de sus misioneros es otra manera. Pero ¿qué pasa con los no creyentes fuera de nuestras familias? ¿Y quién llevará adelante el ministerio de evangelización de una iglesia sino personas como usted, que forman parte de esa iglesia?

¿Acaso el motivo principal para no dar testimonio es la simple falta de disciplinarnos a hacerlo? Sí, existen esas maravillosas oportunidades no planificadas que Dios brinda para dar «razón de la esperanza que hay en ustedes» (1 Pedro 3:15, NVI). Sin embargo, sostengo que si no hacemos de la evangelización una Disciplina Espiritual, la mayoría de los cristianos raramente compartiremos el evangelio.

Como pastor, podría pasar veinticuatro horas al día, siete días a la semana, con cristianos y jamás culminar el trabajo. Sumando la preparación del sermón, la consejería, las reuniones de comités, los estudios bíblicos, las visitas hospitalarias y demás, podría invertir todo mi tiempo exclusivamente con creyentes profesos (excepto en casos de grupos grandes o en casos donde los no creyentes piden tener una reunión conmigo en privado). Y debido a que mi ministerio con el pueblo de Dios jamás se termina, podría «justificar» tan fácilmente como cualquier otro mi falta de contacto personal con los que no creen en Cristo. Pero ¿qué potencial de ganar no creyentes para Cristo podría yo tener si jamás me encontrara con no creyentes? Ninguno. ¿Cuándo compartiría el evangelio con una persona perdida excepto como parte de mi trabajo? Nunca. Eso no está bien.

Los pastores u otros que trabajan a diario en iglesias y organizaciones e instituciones cristianas no son los únicos en esta situación. El ama de casa cristiana, por ejemplo, que rara vez tiene la oportunidad de ver a alguien más que a sus hijos y a sus amigos de la iglesia, puede vivir con el mismo dilema.

Alguien dirá: «¡No es mi problema! En mi trabajo, todo el día estoy rodeado de las personas más mundanas que usted pueda imaginar». Suponiendo que no va a compartir el evangelio durante las horas de trabajo, ¿cuándo lo hará? El punto no es cuántos no creyentes vea cada día, sino, más bien, con qué frecuencia usted está con ellos en un contexto apropiado para compartir el evangelio. Más allá de las discusiones importantes relativas al trabajo que pueda tener durante el día, ¿con qué frecuencia tiene conversaciones trascendentales con sus compañeros de

trabajo en las que puedan tocar temas espirituales? Si nunca tiene una oportunidad de hablar acerca de Jesús, no importa con cuántos no creyentes se encuentre: su potencial para la evangelización no es mucho mejor que el mío.

Es por eso que digo que la evangelización es una Disciplina Espiritual. A menos que nos disciplinemos para la evangelización, fácilmente podemos excusarnos de compartir el evangelio alguna vez con los demás.

Note la terminología utilizada en Colosenses 4:5-6, que indica que tanto el pensamiento disciplinado como la planificación deben incluirse en la evangelización: «Vivan sabiamente entre los que no creen en Cristo y aprovechen al máximo cada oportunidad. Que sus conversaciones sean cordiales y agradables, a fin de que ustedes tengan la respuesta adecuada para cada persona» (énfasis añadido). Debemos pensar en la evangelización cada vez que hablamos con los no creyentes, sabiamente «aprovechando al máximo cada oportunidad» (versículo 5). Saber cómo responder a las personas como individuos implica reflexión y preparación. Estos principios pueden aplicarse de tantas maneras diferentes como tengamos oportunidades de testificar. En general, respaldan la idea de que, además de su elemento espontáneo, la evangelización es una Disciplina Espiritual.

Para mí, eso significa que debo disciplinarme para estar con los no creyentes. Algunas veces, Caffy y yo programamos una comida con algunos vecinos que no conocen a Cristo. Nos aseguramos de llevar comida o un regalo de bienvenida a la nueva familia de la cuadra y dedicamos tiempo a conocerlos, o nos ponemos en contacto con algún vecino que está en crisis. Intento concentrarme en los no creyentes durante los eventos sociales de nuestra iglesia, a pesar de que tengo más en común con los cristianos que están allí y a menudo disfruto más de sus conversaciones. Nuevamente, el objetivo no solo es codearme con los no creyentes, sino conversar con ellos de modo que sus corazones y sus mentes puedan abrirse al evangelio.

La evangelización disciplinada también puede significar tomar un café o almorzar periódicamente con vecinos o compañeros de trabajo y aprender a hacerles buenas preguntas acerca de su vida personal. Las mismas oportunidades pueden surgir de eventos deportivos o sociales patrocinados por la empresa, o durante períodos informales en viajes de trabajo con compañeros. A través de la conversación y de una buena disposición a escuchar, usted podrá descubrir sus necesidades profundas y, eventualmente, explorar con ellos su necesidad más

profunda, la necesidad de Cristo.

Ya sea con alguna persona con quien se encuentra frecuentemente o con alguien a quien acaba de conocer, la mejor manera que he encontrado de llevar la conversación a temas espirituales es preguntándole cómo puedo orar por él o ella. Aunque esa pregunta sea común para los cristianos, la mayoría de los no cristianos no conoce a nadie que ore por ellos. A menudo he visto a no creyentes profundamente conmovidos por esta inusual (para ellos) expresión de interés. Durante siete años tuve un vecino con quien no había podido hablar acerca de Dios. Pero la primera vez que le dije que oraba con frecuencia por él y que quería saber cómo podía orar más específicamente, comenzó a revelar algunos problemas familiares que yo ni siquiera sabía que existían. Una vez, recorrió mi vecindario preguntando las necesidades por las cuales mi iglesia podría orar durante una reunión especial esa misma noche. En casi todas las casas me sorprendió con las respuestas de la gente y su apertura sin precedentes para hablar de temas espirituales. Unos días o semanas después, estuvieron dispuestos a responder preguntas de seguimiento acerca de sus pedidos de oración, que a su vez llevaba a menudo a una oportunidad para compartir el evangelio.

Lo principal en relación a estas posibilidades es que usted deberá disciplinarse para generarlas; no surgirán de la nada. Usted deberá disciplinarse para preguntarles a sus vecinos cómo puede orar por ellos o cuándo puede compartir una comida con ellos. Tendrá que disciplinarse para reunirse con sus compañeros de trabajo durante su tiempo libre. Muchas de esas oportunidades para evangelizar no se darán si usted se queda esperando a que ocurran espontáneamente. El mundo, la carne y el diablo harán su mayor esfuerzo para que eso no ocurra. Sin embargo, usted, respaldado por el poder invencible del Espíritu Santo, puede asegurarse de que estos enemigos del evangelio no ganen.

Como mencioné anteriormente, no quiero dar la impresión de que la Disciplina de la evangelización exige que todos compartamos el evangelio de la misma manera. A lo largo de este capítulo, usted puede haber contemplado ciertos métodos de evangelización que le parecen simplemente pavorosos. Pero probablemente el estilo preconcebido de evangelización al que usted le teme no sea la mejor manera que puede utilizar para hacer discípulos de Cristo.

En su primera carta, el apóstol Pedro dividió los dones espirituales en dos categorías amplias: dones para servir y dones para hablar (vea 1 Pedro 4:10-11). Algunos descubren que evangelizan de mejor manera a través del servicio a los

demás; otros prefieren hablar. La evangelización de servicio puede incluir organizar una cena y vivir el evangelio ante sus invitados. Al ver los rasgos distintivos en su hogar y su vida familiar, pueden surgir oportunidades inmediatas o eventuales para expresar el evangelio. Quizá pueda hacer una comida o asar unas hamburguesas para abrir las puertas de su hogar para que su cónyuge comparta su fe. Se dice que cada familia enfrenta una «crisis» cada seis meses. Durante ese período de enfermedad, cambio de trabajo, crisis económica, nacimiento, muerte, etcétera, ser un siervo a la imagen de Cristo para esa familia muchas veces demuestra la realidad de su fe de un modo que despierta su interés. Por medio del servicio, usted podrá tener la oportunidad de regalar una Biblia o alguna otra lectura de evangelización, o iniciar una conversación sobre el evangelio de una manera imaginativa.

Conozco una iglesia donde las personas suelen tener reuniones caseras de evangelización. Invitan a sus vecinos, compañeros de trabajo y amigos a sus hogares con el propósito expreso de oír a un invitado hablar de Jesucristo y responder a sus preguntas acerca del cristianismo y de la Biblia. Puede que los dueños de casa no se sientan seguros de su habilidad para articular el evangelio, especialmente ante un grupo, pero al servir por medio de la hospitalidad, están generando una oportunidad para la evangelización a través de alguien cuya fortaleza es la presentación oral del evangelio. Al abrir su hogar y trabajar junto con otros creyentes, se produce una evangelización que no hubiera sucedido de otro modo. Pero esta clase de evangelización de servicio requiere tanta disciplina como cualquier otra. Requiere la disciplina para fijar una fecha, invitar a las personas, preparar la comida, orar por el encuentro, etcétera. Sin tal disciplina, la evangelización de servicio nunca sucede.

Por otro lado, algunos son más eficientes comunicando el evangelio directamente. Como he indicado, si usted es mejor hablando que sirviendo, podría trabajar junto con alguien que se especialice en la evangelización de servicio, de manera que generen más oportunidades de dar testimonio de las que hayan tenido antes. Sin embargo, así como los que sirven podrían necesitar servir para generar la oportunidad de hablar del evangelio ellos mismos, así también es posible que aquellos cuya fortaleza está en comunicar necesiten disciplinarse para servir más, a fin de tener más oportunidades de hablar. En resumen, los que hablan a menudo necesitan servir primero para poder expresar verbalmente el evangelio, y quienes evangelizan con su servicio en algún momento deben hablar las palabras del evangelio. Independientemente de lo tímidos o no capacitados que nos sintamos en cuanto a la evangelización, bajo

ninguna circunstancia debemos autoconvencernos de que no podemos compartir verbalmente el evangelio.

Conozco la historia de un hombre que se hizo creyente durante una campaña de evangelización en una ciudad del noroccidente de los Estados Unidos. Cuando se lo contó a su jefe, este exclamó: «¡Eso es genial! ¡Soy cristiano, y he estado orando por ti durante años!».

El nuevo creyente se sintió alicaído: «¿Por qué nunca me contaste que eras cristiano? Fuiste la razón misma por la cual no me había interesado en el evangelio todos estos años».

A lo que el jefe respondió: «¿Cómo es posible? Me he esforzado mucho para vivir una vida cristiana a tu lado».

«Esa es la cuestión —respondió el empleado—. Vivías una vida tan perfecta sin decirme que era Cristo quien marcaba la diferencia, que me convencí a mí mismo de que si tú podías vivir una vida tan buena y feliz sin Cristo, yo también podía hacerlo».

La Biblia dice en 1 Corintios 1:21 (RVR60) que le «agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación». A menudo, el mensaje de la cruz vivido y demostrado es lo que Dios utiliza para abrir un corazón al evangelio, pero es a través del mensaje proclamado de la cruz (por palabra hablada o escrita) que el poder de Dios salva a quienes creen en su contenido. Sin importar lo bien que vivamos el evangelio (y debemos vivirlo bien para no entorpecer su recepción), tarde o temprano debemos comunicar el contenido del evangelio para que una persona pueda convertirse en discípulo de Jesús. El ejemplo del cristianismo no salva a nadie; más bien, es el mensaje del cristianismo —el evangelio— que es el «poder de Dios para salvación» (Romanos 1:16, RVR60).

Antes de cerrar esta sección, quiero enfatizar que la Disciplina de la evangelización también se aplica al apoyo a las misiones. Por las mismas razones que debemos disciplinarnos a nosotros mismos para compartir el mensaje de Cristo a quienes nos rodean, también debemos disciplinarnos a ayudar a quienes están cumpliendo la Gran Comisión en lugares lejanos. Disciplinarnos para respaldar a las misiones a través de la ofrenda, la oración, el estar informados y el estar dispuestos a ir si Dios nos llama (o dejar que nuestros hijos vayan si Dios los llama a ellos) es parte de la búsqueda de la piedad.

MÁS APLICACIÓN

Ya que la evangelización es algo que se espera de usted, ¿obedecerá al Señor e irá a testificar? De algún modo, por supuesto, todo cristiano testifica constantemente. Con nuestras palabras y nuestra vida testificamos —bien o pobemente— del poder de Jesucristo. Pero a lo que me refiero ahora es a dar testimonio intencionalmente y no al azar.

¿Está usted dispuesto a obedecer a Jesucristo y a dar testimonio intencionalmente? La evangelización intencional estará necesariamente adaptada a sus dones espirituales, sus talentos, su personalidad, su horario, su situación familiar, su ubicación, etcétera. Pero considerando todo eso, cada creyente debe darse cuenta de que es pecaminoso no buscar maneras de difundir el mensaje acerca de nuestro Señor Jesús.

Espero que no se lleve la impresión de que, como escribí este capítulo y compartí algunas experiencias, soy un ejemplo consistente de evangelización dinámica y audaz. Además del fracaso que he admitido en las páginas anteriores, podría enumerar muchas otras ocasiones cuando debí hablar de Jesús y no lo hice, generalmente por temor. Creo que podemos descubrir soluciones a largo plazo para nuestra inconsistencia y nuestra habitual falta de dar testimonio si nos disciplinamos para la evangelización.

Ya que la evangelización tiene poder, ¿creerá usted que Dios puede usar sus palabras para la salvación de los demás? Dios bendice las palabras, las palabras del evangelio. Fueron las palabras del Señor Jesús, las palabras de Pedro y las palabras de Pablo lo que Dios bendijo en las conversiones de la gente de la época del Nuevo Testamento, y aún hoy son las palabras lo que él bendice. Él bendecirá las palabras de usted cuando contengan las palabras de su poderoso evangelio.

Hay quienes temen dar testimonio porque no confían lo suficiente en su poder de persuasión o en su capacidad de responder a todas las posibles objeciones al evangelio. Pero el poder de la evangelización no está en nuestras capacidades, sino en el evangelio de Dios. Tal vez nunca se imaginó que un no creyente

pudiera realmente nacer de nuevo al escucharlo a usted hablarle de Cristo. Eso no es humildad; es duda, una negación de la bendición de Dios sobre su evangelio solamente porque es usted quien lo comunica. No dude del poder de Dios para derramar bendición sobre sus palabras cuando usted hable de Cristo.

Durante toda su vida, John Bunyan, autor de *El progreso del peregrino*, sostuvo que un punto decisivo para su acercamiento a Cristo fue el oír la conversación de dos mujeres pobres que hablaban de las cosas de Dios estando sentadas en un portal lleno de sol. Crea que, de la misma manera, el Señor puede utilizar lo que usted diga como el catalizador en una conversación.

Detengámonos un momento para asegurarnos que no estamos dando algo por sentado: ¿Conoce usted las palabras del evangelio? Intente este experimento usted mismo primero y, luego, si se atreve, en su iglesia, su clase o su grupo pequeño para revelar la claridad sobre el evangelio. Distribuya hojas de papel y luego pregunte a las personas del grupo cuántas veces creen haber oído el evangelio. Algunos, si han profesado la fe en Cristo durante muchos años, quizás respondan que lo han oído cientos o incluso miles de veces.

«¡Bien! —diga usted—. Por favor, ahora escriba el evangelio en esa hoja de papel».

Entonces vea cómo las personas se paralizan y lo observan fijamente como si les hubiera pedido que enumeren las capitales de todos los países del mundo.

«¿Acaso no dijeron que han oído el evangelio muchas veces? Y para volverse cristiano, cada uno de ustedes tuvo que oír el evangelio y creerlo para ser salvo, ¿verdad? Porque no pueden ser salvos por un evangelio que no entienden o en el que no creen. Por favor, simplemente escriban en un párrafo o dos el mensaje que las personas deben escuchar para reconciliarse con Dios e ir al cielo».

Esté preparado para un silencio incómodo y muchas hojas de papel en blanco, a pesar de contar con la presencia de sus mejores y más devotos miembros.

¿Cómo le iría a usted? ¿Puede hablar de manera sencilla pero clara acerca de cómo las personas han roto la Ley de un Dios santo que los creó, y cómo están bajo la condenación de él por causa de su pecado? ¿Puede contárselo cómo Dios en su misericordia envió a su Hijo Jesús, quien sostuvo la Ley de Dios a la perfección y estuvo dispuesto a darles a los demás el crédito de su obediencia? ¿Puede contárselo cómo Jesús estuvo dispuesto a sacrificarse a sí mismo en la

cruz en reemplazo de los pecadores? ¿Puede decirles cómo Dios levantó a Jesús de los muertos, demostrando su aceptación del sacrificio de Jesús y convalidando así todo lo que Jesús dijo e hizo? ¿Puede instar a las personas a arrepentirse de sus pecados y del vivir para sí mismos y a creer que la vida y la muerte de Jesús pueden reconciliarlas con Dios y darles la vida eterna? Si usted cree todas estas cosas para sí mismo, entonces puede compartirlas para que otros las crean.

Creo que hay muchos cristianos que pueden articular claramente el evangelio y quieren hablarles a otros acerca del Señor, pero no lo hacen por miedo a que el pecado diario visible en su vida debilite la integridad de su testimonio. Esa clase de pensamiento dicta: ¿Cómo puedo dar testimonio a mi jefe tras haberlo irritado tantas veces? O quizás: Jamás podré hablarle a mi vecina del poder de Cristo ya que me ha visto gritándole a mis hijos.

Si Dios no utilizara a personas como estas (¡como nosotros!) para que fueran sus testigos, no habría testigos humanos. Ya que no existen las personas perfectas, no existen los testigos perfectos. Esto no cambia el hecho de que cuando nuestras vidas se asemejen más a Cristo, nuestras palabras sobre Cristo serán más convincentes. Necesitamos hacer lo posible para eliminar cualquier pecado que haga que nuestras palabras parezcan vacías. Pero mientras intentamos hacerlo, debemos estar convencidos de que no podemos demorar el dar testimonio hasta alcanzar la perfección sin pecado. De ese modo, jamás compartiríamos el evangelio. Parte de la belleza de nuestro mensaje es que Dios salva a los pecadores: pecadores como nosotros. De hecho, el Espíritu Santo puede convertir una ocasión de pecado en una oportunidad para hablar acerca del Salvador. Conozco cristianos que regresaron a quienes observaron su pecado o que fueron víctimas del mismo, y tras confesar su pecado y pedir perdón, pudieron dar un testimonio poderoso. Tal evidencia de una vida cambiada capta la atención de un no creyente. Ese jefe supervisa a otros empleados que lo irritan; esa vecina ve a otras personas que les gritan a sus hijos. Pero cuando usted se humilla y reconoce que se equivocó y pide perdón, se diferencia de las otras personas que irritaron a su jefe o les gritaron a sus hijos. La práctica de la vida cristiana consistente fortalece la evangelización, pero una recuperación cristiana de su forma de vivir no cristiana confirma su testimonio de una manera diferente y muy creíble. A pesar de sus fracasos y debilidades, el poder de Cristo para cambiar las vidas puede ser visible y fuerte.

Ya que la evangelización es una Disciplina, ¿planificará usted para llevarla a

cabo? Mientras predicaba en 1869 ante su congregación de Londres acerca de la responsabilidad de evangelizar, C. H. Spurgeon dijo:

Si nunca hubiese ganado almas, lo añoraría hasta lograrlo. Quebrantaría mi corazón por ellos si no pudiera quebrantar sus corazones. Si bien puedo aceptar la posibilidad de que un sembrador diligente nunca coseche, no puedo aceptar la posibilidad de un sembrador diligente que esté conforme con no cosechar. No puedo comprender a ninguno de ustedes cristianos que intentan ganar almas sin tener resultados y están satisfechos sin ver resultados[3].

Si usted no está satisfecho con su cosecha de almas para Cristo, ¿planificará para una cosecha más disciplinada? ¿Programará un evento destinado a la evangelización? ¿Podría organizar un encuentro para el almuerzo en el trabajo o con un vecino? ¿Qué le parece hablar con su pastor acerca de una reunión casera de evangelización? ¿Dónde se puede encontrar literatura de evangelización para entregar? ¿A quién puede ofrecerle orar por él o ella? ¿Podrá usted comprometerse al menos con un modo de evangelización intencional en el futuro cercano?

La evangelización no se menciona con frecuencia en los libros de espiritualidad o los que tratan acerca de ser como Cristo. Entonces, ¿acaso la evangelización es en realidad tan importante como Disciplina Espiritual? La siguiente adaptación de 1 Corintios 13 nos recuerda que:

Si pudiera hablar como los eruditos o usar métodos educativos apropiados, pero no lograra ganar a otros para Cristo o fortalecerlos en su carácter cristiano, yo solo sería como el gemido del viento en el desierto sirio.

Si tuviera los mejores métodos y entendiera todos los misterios de la psicología religiosa, y contara con todo el conocimiento bíblico, pero no profundizara en la tarea de ganar a otros para Cristo, me convertiría en una nube de bruma en mar abierto.

Si leyera todos los libros de la escuela dominical y asistiera a convenciones,

institutos, escuela de verano, y aún estuviera satisfecho con no ganar almas para Cristo y establecer a los demás en el carácter y servicio cristiano, no habría logrado nada.

El siervo que gana almas, el siervo que edifica el carácter, es paciente y es bondadoso; no es celoso de los que son libres de la tarea de siervo; no es fanfarrón ni orgulloso de su intelecto.

Ese siervo no se comporta de forma impropia entre domingos, no exige que las cosas se hagan a su manera, no se irrita fácilmente. Nunca se da por vencido, jamás pierde la fe, siempre tiene esperanzas.

Durarán para siempre el conocimiento, los métodos y el Mensaje; y el mayor de los tres es el Mensaje[4].

Sí, existe una correlación entre la búsqueda de la piedad y una pasión por el mensaje de Dios. Cuanto más busquemos a Cristo, más querremos proclamar a Cristo. Pero sin disciplina, nuestras mejores intenciones de evangelización se desaprovecharán. Que nos disciplinemos para vivir de manera que podamos decir con el apóstol Pablo: «Todo lo hago por amor del evangelio, para ser partícipe de él» (1 Corintios 9:23, LBLA).

CAPÍTULO 7

EL SERVICIO... PARA LA PIEDAD

Los corazones consagrados al ministerio están disciplinados para trabajar duro, ya que con frecuencia salen de su zona de seguridad, se ubican en lugares vulnerables, toman compromisos que cuestan, se agotan en nombre de Cristo, pagan el precio, se encuentran con mares agitados. Pero sus velas van empujadas por el Espíritu de Dios.

R. KENT HUGHES

Dejó de existir en 1861; sin embargo, la gente aún reconoce su nombre. El Pony Express era una empresa privada de envíos expresos que transportaba el correo por medio de hombres montados a caballo organizados a modo de relevos a lo largo de 184 estaciones. El extremo oriental se ubicaba en St. Joseph, Missouri, y la terminal occidental estaba en Sacramento, California. El costo de enviar una carta de quince gramos a través del Pony Express oscilaba entre los 25 y 125 dólares de hoy, según el momento en la vida del servicio en que se envió. Si los caballos resistían, y el clima y los indios se mantenían a distancia, una carta podía completar los más de tres mil doscientos kilómetros de viaje velozmente en ocho a diez días, como sucedió con las noticias del discurso inaugural del presidente Lincoln.

Tal vez le sorprenderá saber que el Pony Express operó desde el 3 de abril de 1860 hasta el 18 de noviembre de 1861, apenas diecinueve meses. Cuando se culminaron las obras de la línea de telégrafo entre ambas ciudades, el servicio a caballo ya no era necesario.

Ser un jinete del Pony Express no era tarea fácil. Se necesitaba cubrir entre 120 y 160 kilómetros por día, cabalgando duro de día y de noche, cambiando caballos

cada 15 o 25 kilómetros. Se cargaba con poco más que el correo, además de un revólver y un cuchillo. Con el fin de viajar con poco peso, y para aumentar la velocidad y la movilidad durante los ataques de los indios, estos hombres cabalgaban en camisa siempre que podían, a veces incluso en medio del feroz invierno.

¿Cómo reclutaría usted voluntarios para esta peligrosa tarea? Se dice que Bolívar Roberts, el superintendente del extremo occidental del Express, colocó un anuncio en un periódico de San Francisco en marzo de 1860: «Se buscan: jóvenes delgados y enjutos de hasta 18 años. Deben ser jinetes expertos dispuestos a correr riesgo de muerte a diario. Se prefieren huérfanos»[1].

Esa era información sincera acerca del servicio requerido; sin embargo, al Pony Express nunca le faltaron jinetes.

Necesitamos ser así de sinceros para decir la verdad acerca de la Disciplina del servicio a Dios. Así como el Pony Express, el servicio a Dios no es un trabajo para los que estén ligeramente interesados. Es un servicio costoso. Dios le pide a usted su vida. Requiere que el servicio a él sea una prioridad, no un pasatiempo. No quiere siervos que le ofrezcan el tiempo que les sobra después de sus otros compromisos. El servicio a Dios tampoco es una responsabilidad a corto plazo. A diferencia del Pony Express, su reino no tiene fin y no le afectan los avances tecnológicos del mundo.

La idea que tenemos del Pony Express probablemente se compara con la que imaginaron los jóvenes de 1860 que leyeron ese anuncio del periódico. Escenas de entusiasmo, compañerismo y aventura llenaban su mente mientras marchaban orgullosos hacia la oficina del Express para postular al trabajo. Sin embargo, solamente unos pocos pudieron visualizar que ese entusiasmo sería solo un punto ocasional en medio de una rutina de horas largas y duras en la soledad del trabajo.

La Disciplina del servicio es así. Si bien no existe un modo de vida más grandioso y noble espiritualmente que vivir de acuerdo al llamado de Cristo a servir, la realidad diaria de esa vida a menudo se presenta como algo tan humilde y ordinario como lavarle los pies a alguien. En *The Cost of Discipleship* (El costo del discipulado), Dietrich Bonhoeffer declaró: «Cuando Cristo llama a alguien, le pide que venga y muera»[2]. Dicho llamado a servir a Cristo trae a la mente imágenes de los mártires legendarios sin miedo a la persecución, o de una

muerte triunfante tras una vida de plantar la bandera del evangelio entre los pueblos no alcanzados. En cambio, pareciera que, en general, el llamado de Cristo es a una muerte gradual, lavando pies en secreto. El servicio nos atrae cuando contiene la promesa de una aventura audaz, pero huimos cuando significa —como sucede más a menudo— sentirse desterrado a servir a Cristo en un rincón sombrío de un lugar aparentemente sin importancia. Servir a Jesús caminando a su lado durante su ministerio de tres años habría sido una aventura gloriosa; servirle durante los tres años previos como su aprendiz de carpintería, barriendo y afilando sierras, no habría despertado el mismo interés.

El ministerio del servicio puede ser algo público como predicar o enseñar, pero a menudo será algo aislado como el trabajo de guardería. Puede ser tan visible como cantar un solo, pero generalmente pasará desapercibido, como quien opera el equipo de sonido para amplificar ese solo. El servicio puede ser tan apreciado como un testimonio poderoso en un servicio de adoración, pero usualmente no recibe ni un agradecimiento, como le pasa a quien lava los platos después de un evento social en la iglesia. Percibimos a casi todo servicio, incluso a aquel que parece más atractivo, como la punta de un iceberg. Solo el ojo de Dios ve su enorme superficie oculta.

Fuera de las paredes de la iglesia, el servicio se demuestra cuidando a los niños de los vecinos, llevándoles comidas a las familias en transición, haciendo tareas para los que están postrados, dando transporte a alguien que no tiene auto, ayudando con el jardín o las tareas de la casa, alimentando mascotas o regando las plantas de los que se van de vacaciones y —lo más difícil de todo— demostrando un corazón de siervo en el hogar. Generalmente, el servicio se ve tan poco espectacular como las necesidades prácticas que busca cubrir.

Es por eso que el servicio debe convertirse en una Disciplina Espiritual. La carne conspira contra su naturaleza oculta y monótona. Dos de los pecados más mortales —la pereza y el orgullo— aborrecen el servicio. Velan nuestros ojos y encadenan nuestras manos y pies para que no sirvamos como sabemos que debemos, o incluso queremos, hacerlo. Si no nos disciplinamos para servir por el bien de Cristo y su reino y para el propósito de la piedad, solamente «serviremos» ocasionalmente, o cuando sea conveniente a nuestro horario o para nuestros propósitos. El resultado será una cantidad y calidad de servicio que lamentaremos cuando llegue el día de rendir cuentas de nuestro servicio.

No todo acto de servicio será o deberá ser un servicio disciplinado. La mayoría

de las veces, nuestro servicio deberá surgir simplemente de nuestro amor a Dios y a los demás. Así como nuestra adoración y evangelización, también nuestro servicio debería fluir desde el interior, sin necesidad de disciplina alguna, como resultado de la presencia y de la obra transformadora del Espíritu Santo. Sin embargo, debido a que el Espíritu de Jesús en nosotros nos hace anhelar ser más como Jesús, y debido también a la constante tendencia de nuestro corazón hacia el egoísmo, debemos disciplinarnos para servir. Los que lo hacen descubren que servir es uno de los medios más seguros y prácticos para crecer en la gracia.

Para que no creamos que servir es simplemente una opción, grabemos esto en la piedra angular de nuestra vida cristiana.

CADA CRISTIANO ESTÁ LLAMADO A SERVIR

Cuando Dios llama a sus escogidos a sí mismo, no llama a ninguno a la ociosidad. Cuando nacemos de nuevo y nuestros pecados son perdonados, la sangre de Cristo limpia nuestra conciencia, según Hebreos 9:14 (NVI): «a fin de que sirvamos al Dios viviente». La Biblia de cada creyente lo exhorta: «servid al SEÑOR con alegría» (Salmo 100:2, LBLA). La Palabra de Dios no tiene lugar para el desempleo espiritual o la jubilación espiritual o cualquier otra descripción de un cristiano profeso que no sirva a Dios.

Con seguridad, los motivos importan en el servicio que ofrecemos a Dios. La Biblia menciona al menos seis motivos para servir.

Motivados por la obediencia

Moisés escribió en Deuteronomio 13:4 (NVI): «Solamente al SEÑOR tu Dios debes seguir y rendir culto. Cumple sus mandamientos y obedécelo; sírvele y permanece fiel a él». Todo en ese versículo está relacionado con la obediencia a Dios. En medio de este grupo de mandamientos acerca de la obediencia, encontramos el mandato de servirle a él. Debemos servir al Señor porque

queremos obedecerle.

John Newton, el tratante de esclavos que se hizo pastor tras su conversión a Cristo y escribió himnos tales como «Sublime gracia» ejemplifica el servicio obediente de la siguiente manera:

Si dos ángeles recibieran al mismo tiempo un encargo de parte de Dios, uno a descender y gobernar el imperio más grande de la tierra, y el otro a ir a barrer las calles del pueblo más humilde, a ellos no les importaría para nada el servicio que les tocó, sea el puesto de soberano o el de barrendero, ya que la alegría de los ángeles yace solamente en la obediencia a la voluntad de Dios[3].

¿Puede imaginar a alguno de esos ángeles negándose a servir? Es inconcebible. Asimismo, ¿cómo puede cualquier cristiano profesante creer que es aceptable sentarse en el banco espiritual de suplentes y mirar a los demás llevando a cabo la obra del reino? Cualquier cristiano verdadero diría que quiere obedecer a Dios. Pero desobedecemos a Dios cuando no le servimos activamente. Pecamos cuando nos negamos a servir a Dios.

Motivados por la gratitud

El profeta Samuel exhortaba al pueblo de Dios al servicio por medio de estas palabras: «Asegúrense de temer al SEÑOR y de servirlo fielmente. Piensen en todas las cosas maravillosas que él ha hecho por ustedes» (1 Samuel 12:24). Cuando servir a Dios parece una carga, recordar «las cosas maravillosas que él ha hecho por ustedes» evapora el agobio.

¿Usted recuerda cómo es no conocer a Cristo, no tener a Dios ni esperanza? ¿Recuerda cómo se sentía ser culpable ante Dios y no tener perdón? ¿Recuerda el terror de saber que había ofendido a Dios y que su ira ardía contra usted? ¿Recuerda el horror de saber que solo un paso lo separaba del infierno? Ahora, ¿recuerda la experiencia de ver a Jesucristo con los ojos de la fe y de

comprender por primera vez quién es él de verdad y qué ha hecho a través de su vida, su muerte y su resurrección? ¿Recuerda el gozo de la primera vez que fue consciente del perdón y de la liberación del juicio y el infierno? ¿Recuerda la primera vez que tuvo la incomparable percepción de la certeza del cielo y la vida eterna? Cuando el fuego del servicio a Dios disminuya, considere las cosas maravillosas que el Señor ha hecho por usted.

Dios no ha hecho nada más grande por nadie, ni podría hacer nada mayor por usted, que lo que ha hecho al acercarlo hacia él mismo. Imagínese si él pusiera diez millones de dólares en su cuenta bancaria cada mañana por el resto de su vida, pero no lo salvara. Imagínese que él le diera el cuerpo más agraciado y la cara más hermosa que haya existido jamás, un cuerpo que no envejeciera en mil años, pero que al morir, lo dejara fuera del cielo y lo enviara a vivir la eternidad en el infierno. ¿Qué cosa le ha dado Dios a alguien que pueda compararse con la salvación que le dio a usted como creyente? ¿No ve que Dios jamás podría hacer algo por usted u obsequiarle algo mayor que el regalo de entregarse a sí mismo? Si no podemos ser siervos agradecidos de Aquel quien es todo y en quien tenemos todo, ¿qué nos hará agradecidos?

Motivados por la alegría

El mandamiento inspirado en el Salmo 100:2 es: «Servid al SEÑOR con alegría» (LBLA). Dios espera que sus siervos le sirvan, no de mala gana, con solemnidad o tristeza, sino con alegría.

En las cortes de los reyes antiguos, los sirvientes a menudo eran ejecutados por el solo hecho de verse tristes durante el servicio al rey. En 2:2 del libro que lleva su nombre, Nehemías se lamentaba a causa de las noticias que había recibido de que Jerusalén aún estaba en ruinas a pesar del regreso de muchos judíos del exilio babilónico. Un día, mientras servía al rey Artajerjes, el rey le dijo: «¿Por qué te ves tan triste? No me parece que estés enfermo; debes estar profundamente angustiado». Debido a lo que esas palabras podían significar para su persona, Nehemías escribió: «Entonces quedé aterrado». Esto es porque no se debe estar melancólico o taciturno cuando se le sirve a un rey. No solo da la impresión de que uno sirve a regañadientes, sino que revela un descontento con

su modo de gobernar.

La persona que no puede servir al Señor con alegría contradice con su corazón lo que declara con sus labios. Puedo entender por qué una persona que sirve a Dios solamente por obligación no sirve con alegría. Puedo entender por qué la persona que sirve a Dios en un intento de ganar la entrada al cielo no le sirve con alegría. Sin embargo, el cristiano que reconoce de manera agradecida lo que Dios ha hecho por él por toda la eternidad debería ser capaz de servir a Dios alegremente y con regocijo.

Un creyente no considera el servicio a Dios como una carga, sino como un privilegio. Imagine que Dios le permitiera a usted elegir a cualquier persona en el mundo para servirla y conocerla íntimamente, pero no le permitiera servirlo a él. Imagine que le permitiera servir en cualquier posición política o económica del mundo, pero le prohibiera servir en su reino. O imagine que él le permitiera a usted servirse a sí mismo, haciendo lo que quisiera con su vida sin necesidades ni preocupaciones, pero jamás pudiera conocer a Jesús. Incluso la mejor de estas cosas se convierte en miserable esclavitud cuando la compara con el incommensurable privilegio de servir a Dios. Es por esto que el salmista podía decir «Un solo día en tus atrios, ¡es mejor que mil en cualquier otro lugar! Prefiero ser un portero en la casa de mi Dios que vivir la buena vida en la casa de los perversos» (Salmo 84:10).

¿Usted sirve en ese comité de la iglesia con alegría o con tristeza? ¿Sirve a su próximo con agrado o de mala gana? ¿Tienen sus hijos la impresión de que realmente disfruta servir a Dios, o que simplemente lo tolera?

Motivados por el perdón, no la culpa

En la famosa visión de Dios que tuvo Isaías, observe su respuesta una vez que Dios lo había perdonado:

«Entonces uno de los serafines voló hacia mí con un carbón encendido que había tomado del altar con unas tenazas. Con él tocó mis labios y dijo: «¿Ves? Este

carbón te ha tocado los labios. Ahora tu culpa ha sido quitada, y tus pecados perdonados».

Después oí que el Señor preguntaba: «¿A quién enviaré como mensajero a este pueblo? ¿Quién irá por nosotros?».

—Aquí estoy yo —le dije—. Envíame a mí». (Isaías 6:6-8)

Como un perro con correa, Isaías se forcejeaba para servir a Dios de algún modo, de cualquier modo. ¿Acaso era porque se sentía culpable? ¡No! ¡Sino porque Dios le había quitado toda su culpa!

El león del púlpito de Londres, C. H. Spurgeon, conmovido con algo de la emoción de Isaías, dijo en un sermón el 8 de septiembre de 1867:

El heredero de los cielos sirve a su Señor simplemente por gratitud; no tiene salvación que ganar, ni cielo que perder; [...] ahora bien, debido al amor hacia el Dios que lo escogió, y quien pagó un precio tan grande por su redención, desea rendirse enteramente al servicio a su Señor. ¡Qué miserable ha de ser la vida de ustedes los que buscan la salvación a través de las obras de la ley! [...] Piensan que si perseveran oficiosamente en la obediencia, quizás puedan obtener la vida eterna, pero ¡ay! ninguno de ustedes se atreva a pretender que ya la han conseguido. Se afanan y se afanan y se afanan, pero nunca consiguen aquello por lo que se afanan, y nunca lo conseguirán, ya que «nadie llegará jamás a ser justo ante Dios por hacer lo que la ley manda» [Romanos 3:20]. [...] El hijo de Dios no obra por la vida, sino a partir de la vida; no se esfuerza para ser salvo, se esfuerza porque es salvo[4].

El pueblo de Dios no lo sirve para ser perdonado, sino porque somos perdonados. Cuando los creyentes sirven únicamente porque se sienten culpables, sirven con cadenas en sus corazones. No hay amor en esa clase de servicio, solo trabajo duro. Nadie siente gozo en ese servicio, solamente obligación y esfuerzo monótono. Los cristianos no deben actuar de mala gana como si fueran prisioneros sentenciados a servir en el reino de Dios debido a la

culpa. Podemos servir de buen grado porque la muerte de Cristo nos liberó de la culpa.

Motivados por la humildad

Jesús fue el Siervo perfecto. Reveló su grandeza en la humildad que adoptó para poder servir las necesidades más básicas de sus doce amigos.

Después de lavarles los pies, se puso otra vez el manto, se sentó y preguntó: «¿Entienden lo que acabo de hacer? Ustedes me llaman “Maestro” y “Señor” y tienen razón, porque es lo que soy. Y, dado que yo, su Señor y Maestro, les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Les di mi ejemplo para que lo sigan. Hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes. Les digo la verdad, los esclavos no son superiores a su amo ni el mensajero es más importante que quien envía el mensaje». (Juan 13:12-16)

Con sorprendente humildad, Jesús, su Señor y Maestro, lavó los pies de sus discípulos como ejemplo de cómo sus seguidores debían servir con humildad.

En este mundo, los cristianos siempre vivirán con una afinidad por el pecado (la Biblia la llama «la carne») que dice: «Si debo servir, quiero recibir algo a cambio. Si logro ser recompensado, o ganar una reputación de humildad, o si de alguna manera pudiera convertirlo en algo para mi provecho, entonces daré una impresión de humildad y serviré». Pero esto no es servir como Cristo. Esto es hipocresía. Los «siervos» hipócritas no servirán sin reconocimiento, sin «algún retorno de su inversión» de tiempo. Puede que deseen el reconocimiento en forma de aplauso, agradecimiento público, apreciación por medio de las redes sociales, resultados asegurados, honor por su ejemplo, o, lo más sutil de todo, desarrollar una reputación de santo, sacrificado y excepcionalmente espiritual. Los hipócritas hacen esto porque no tienen ningún interés por la clase de servicio que solamente Dios puede ver y recompensar. Por lo cual, de ser necesario, idearán maneras astutas pero religiosamente aceptables y falsamente humildes

para asegurarse algún tipo de reconocimiento humano. Si esto falla, intentarán negociar alguna clase de reciprocidad por su servicio. Con el poder del Espíritu Santo, debemos rechazar este servicio hipócrita y santurrón por ser una motivación pecaminosa, y servir en humildad considerando a «los demás como mejores» que nosotros (Filipenses 2:3).

¿Puede usted servir a su jefe y a los demás en su trabajo, ayudándolos a alcanzar el éxito, y ser feliz incluso cuando ellos reciban ascensos y usted sea pasado por alto? ¿Puede esforzarse por hacer que otros se vean bien sin acumular envidia en su corazón? ¿Puede atender las necesidades de aquellos a quienes Dios exalta y a quienes los hombres honran cuando usted mismo parece haber sido abandonado? ¿Puede orar para que el ministerio de otros prospere aunque eso signifique que el suyo quede en segundo plano? Si Dios lo coloca allí, ¿podrá usted, como lo hizo su Maestro, servir durante años en su propio equivalente de un oscuro taller de carpintería de pueblo si es allí donde Dios quiere que usted crezca en la piedad y profundice su sabiduría acerca de él?

En la Disciplina del servicio, Dios no solo busca un trabajo bien hecho, ya que incluso el mundo sirve bien cuando existe una ganancia de por medio. Él nos llama a servir con humildad, porque eso nos lleva a ser semejantes a Cristo.

Motivados por amor

El meollo del servicio, según Gálatas 5:13, debe ser el amor: «Pues ustedes, mis hermanos, han sido llamados a vivir en libertad; pero no usen esa libertad para satisfacer los deseos de la naturaleza pecaminosa. Al contrario, usen la libertad para servirse unos a otros por amor».

Ningún combustible para el servicio dura más y provee más energía que el amor. Hago algunas cosas en el servicio a Dios que no haría por dinero, pero estoy dispuesto a hacerlas por amor a Dios y a los demás. Leí acerca de un misionero en África a quien le preguntaron si realmente le gustaba lo que estaba haciendo. Su respuesta fue impactante. «¿Si me gusta este trabajo? —dijo—. No. A mi esposa y a mí no nos gusta el polvo. Ambos tenemos sensibilidades razonablemente refinadas. No nos gusta arrastrarnos para entrar en chozas repugnantes a través de desechos de cabra. [...] Pero ¿acaso el hombre no debe

hacer nada por Dios que no le guste hacer? Que Dios se apiade de él si es así. Que me guste o no, no tiene nada que ver. Tenemos órdenes de “ir”, y vamos. El amor nos obliga».

Cuando el amor de Cristo controla u obliga a las personas, ellas «ya no [viven] para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5:15, RVR60). Sirven a Dios y a los demás motivadas por el amor a Dios y a los demás. Jesús dijo en Marcos 12:28-31 que el mandamiento más importante es amar a Dios con todo lo que usted es, y el siguiente en importancia es amar a su prójimo como a usted mismo. A la luz de estas palabras, seguramente cuanto más amemos a Dios, más viviremos por él y más lo serviremos, y cuanto más amemos a los demás, más los serviremos a ellos también.

CADA CRISTIANO TIENE UN DON PARA SERVIR

Los dones espirituales

Al momento de la salvación, cuando el Espíritu Santo viene a vivir dentro de alguien, trae consigo un don. Leemos en 1 Corintios 12:4-11 acerca de distintas variedades de dones, y que el Espíritu Santo determina, por medio de su soberana voluntad, qué don recibe cada creyente: «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. [...] Todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere» (RVR60). De igual importancia, 1 Pedro 4:10 garantiza que cada cristiano recibe un don especial, un don con el propósito de ser utilizado en el servicio: «Dios, de su gran variedad de dones espirituales, les ha dado un don a cada uno de ustedes. Úsenlos bien para servirse los unos a los otros».

Puede que usted ya sepa que el tema de los dones espirituales desata continua controversia en muchas áreas de la iglesia. Los principales pasajes acerca del tema son Romanos 12:4-8; 1 Corintios 12:5-11, 27-31; 1 Corintios 14; Efesios 4:7-13; y 1 Pedro 4:11. Lo animo a que lea cada uno en oración. Más allá de su teología acerca de los dones espirituales, los dos puntos más importantes sobre

ellos siguen siendo los que se dan en 1 Pedro 4:10: (1) si usted es cristiano, definitivamente tiene al menos un don espiritual, y (2) Dios le dio ese don con el propósito de que lo utilice para servir en su reino.

Quizá usted ha oído muy poco acerca de los dones espirituales, o por algún motivo nunca identificó su don espiritual. No se preocupe. Muchos cristianos sirven a Dios de manera fiel y fructífera durante toda su vida sin determinar su don específico. No estoy sugiriendo que usted no intente descubrir su don, sino que usted no está relegado a la banca de suplentes en el reino de Dios hasta que pueda definir su don. Estudie el material bíblico acerca de los dones espirituales y escoja cuidadosamente algunos de los mejores libros del torrente de tomos que existen sobre el tema. Pero desde ya, no tema de servir; usted podrá servir de manera eficaz aun sin saber cuál es su don. J. I. Packer nos recuerda que «los dones más significativos en la vida de la iglesia en todas las épocas son capacidades naturales normales, santificadas»[5].

Mantenga el equilibrio. Dios le ha dado un don espiritual y no es lo mismo que una capacidad natural. Ese talento natural, justamente santificado para el uso de Dios, a menudo apunta hacia la identidad de su don espiritual. Pero usted debería descubrir ese don especial que Dios le ha dado mientras sirve tan diligentemente como le sea posible sin esa información definida. De hecho, además del estudio de las Escrituras, la mejor manera de descubrir y confirmar cuál es su don espiritual es a través del servicio. Si tiene una inclinación a enseñar, puede que nunca sepa si su don es enseñar hasta que acepte una clase y lo intente. Usted podría descubrir por medio del ministerio hacia las personas que sufren que su don es la misericordia. Por otro lado, a través de la participación en un ministerio específico usted podrá confirmar cuál no es su don. Hace unos años, pensaba que tenía cierto don, hasta que, a través del servicio, me fue dolorosamente evidente que poseía un don completamente diferente.

Lo animo a disciplinarse a servir en un ministerio de manera habitual y continua en su iglesia local. Usted no necesita servir en una posición reconocida o electa. Encuentre la manera de vencer la tentación de servir solo cuando es conveniente o emocionante. Eso no es servicio disciplinado. Quienes tienen corazón y ojos de siervo se sentirán obligados por amor a servir de maneras y en momentos por fuera de las expectativas de su ministerio «oficial» en la iglesia, pero al hacerlo no desatenderán el ministerio continuo del cuerpo local de Cristo.

Usted puede sentirse pasado por alto, o limitado por un horario inusual, o puede

que esté físicamente incapacitado, pero aun así, usted puede descubrir formas de servir. A menudo, las personas con horarios inusuales o limitaciones físicas son poderosos intercesores en un ministerio de oración. A pesar de sus restricciones, aquellos con corazones para servir siempre encontrarán formas de servir.

En nuestra iglesia tenemos una azafata que trabaja en rutas al extranjero. Cuando ella trabaja, se va por varios días. No tiene un horario normal de lunes a viernes. Ella siempre había sido quien escribía cartas de ánimo y regalaba libros a modo de ministerio; sin embargo, cuando se unió a nuestra congregación, buscó una forma disciplinada de servir junto con otros creyentes en lugar de hacerlo individualmente. Pero ¿cómo lograrlo con su horario? Muy pronto, fue evidente que su don espiritual es el servicio, esto es, cubrir necesidades prácticas. También se destaca en la hospitalidad. Ahora pertenece a un equipo ministerial en nuestra iglesia que se especializa en la hospitalidad. Debido a que es un ministerio grupal, la tarea no exige que ella esté presente cada vez que sirven. Cuando ella está en casa, contribuye su parte.

Dios da dones espirituales para usar en el servicio. Si el uso del don que usted posee no fuera parte de su plan, ya no habría propósito para su vida. ¿Por qué nos permitiría Dios vivir sin ninguna utilidad hacia él? En su sabiduría y previsión, brinda a cada creyente dones para servir, y mantiene a cada creyente con vida por tanto tiempo como quiere para que él o ella lo sirva.

El punto de este capítulo, sin embargo, es un llamado al servicio disciplinado, con el objetivo de llegar a ser más semejantes a Jesús. Algunos dones espirituales se inclinan hacia ministerios realizados fuera del centro de atención y, a menudo, son inadvertidos por las masas. No obstante, al igual que Jesús, sin importar cuánto reconocimiento público ganemos en el ministerio, Dios nos llama también a épocas de servicio en las penumbras. Sean cuales sean sus dones o talentos, determine utilizarlos para Cristo y su reino. «Algunos tienen el don de ayudar, y estas acciones [de servicio] se presentan más naturalmente —escribe Jerry White—. Para la mayoría de los cristianos, el servicio requiere un esfuerzo consciente»[6]. Para ponerlo de otro modo: «El servicio requiere disciplina».

El servicio es generalmente ardua labor

Algunos enseñan que una vez que uno descubre y utiliza su don espiritual, entonces el servicio se convierte en un gozo sin esfuerzo. Eso no es cristianismo del Nuevo Testamento. El apóstol Pablo escribió en Efesios 4:12 acerca de «preparar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la obra de Dios» (énfasis añadido). A veces servir a Dios y a otros es simplemente ardua labor.

Las Escrituras describen a los cristianos no solamente como hijos de Dios, sino también como siervos de Dios. Recuerde cómo comenzaba Pablo sus cartas típicamente, refiriéndose a sí mismo como un siervo de Dios, como vemos en Romanos 1:1. Cada cristiano es un siervo de Dios, y los siervos trabajan.

Pablo describió su servicio a Dios con estas palabras en Colosenses 1:29: «Es por eso que trabajo y lucho con tanto empeño, apoyado en el gran poder de Cristo que actúa dentro de mí». La palabra trabajo en este pasaje significa «trabajar al punto de agotamiento», mientras que de la palabra griega que aquí se traduce como «lucho» surge nuestra actual palabra agonizar. Por lo cual, para Pablo servir a Dios era «agonizar al punto del agotamiento». Esto no significa que su ministerio fuera un trabajo pesado y miserable; de hecho, el motivo por el que Pablo trabajaba tan duro era porque lo único que él amaba más que servir a Dios era a Dios mismo. Dios nos provee con el deseo y el poder para servirle, luego luchamos en el servicio «según la potencia de él, la cual actúa poderosamente» (RVR60) en nosotros. El verdadero ministerio jamás está impulsado por el poder de la carne. No me malinterprete: a menudo, el resultado del poder de Dios actuando poderosamente en nosotros se siente como «trabajo al punto de agotamiento».

Esto significa que cuando usted sirve al Señor en una iglesia local o en cualquier tipo de ministerio, con frecuencia será difícil. Así como fue con Pablo, a veces su servicio será agonizante y agotador. Requerirá de su tiempo. A menudo, será más estresante o menos agradable que otras formas en las que podría invertir su vida. Y más allá de las demás razones, servir a Dios es ardua labor porque significa servir a las personas. A pesar de todo esto, recuerde: el servicio que no cuesta nada no logra nada.

A pesar de que servir a Dios puede ser trabajo agonizante y agotador, es también la clase de trabajo más satisfactoria y gratificante. En Juan 4, leemos que Jesús había estado hablando con la mujer de Samaria. Había caminado todo el día. Estaba cansado y tenía hambre y sed. Y todo porque había estado sirviendo a su Padre. Mientras descansaba junto al pozo afuera de Sicar, llegó esta mujer

samaritana. Conversaron, y su vida cambió para siempre. Mientras ella regresaba a Sicar a contar a los demás acerca de Jesús, los discípulos volvieron de comprar alimentos. Cuando le ofrecieron a Jesús un poco, él les dijo, «Mi alimento consiste en hacer la voluntad de Dios, quien me envió, y en terminar su obra» (Juan 4:34, énfasis añadido).

Para Jesús, el esfuerzo de servir a Dios era tan gratificante que lo llamaba su alimento. El servicio a Dios lo agotaba físicamente a tal punto que podía dormir profundamente en una barca mientras furiosas olas se estrellaban contra su cubierta. Una vez, significó pasar cuarenta días sin comer. Para Jesús, el servicio representaba muchas noches de dormir en el suelo a la intemperie. Significaba levantarse antes del alba para poder tener un tiempo a solas. En medio del agotamiento, el hambre, la sed, el dolor y las molestias, Jesús decía que la labor de servicio a Dios era tan gratificante que era como alimento. El servicio lo nutría; lo fortalecía; lo satisfacía; y él lo devoraba. El servicio a Dios es un trabajo, pero no existe otro trabajo tan gratificante.

El servicio disciplinado es también la clase de trabajo más perdurable. A diferencia de algunas de las cosas que hacemos, el servicio a Dios nunca termina siendo algo sin valor. El mismo Pablo que agonizaba al punto de agotamiento al servir a Dios nos recordó: «Por lo tanto, mis amados hermanos, permanezcan fuertes y constantes. Trabajen siempre para el Señor con entusiasmo, porque ustedes saben que nada de lo que hacen para el Señor es inútil» (1 Corintios 15:58).

Usted no necesita servir a Dios durante mucho tiempo antes de sentirse tentado a pensar que en realidad su labor es en vano. Llegan pensamientos que dicen que su servicio es una pérdida de tiempo. Ve pocos resultados, o quizás ninguno. Sin embargo, Dios promete que más allá de lo que usted piense o vea, su esfuerzo para él nunca es en vano. Esto no significa que usted no sienta a menudo como si sus esfuerzos no dieran resultado alguno, ni tampoco significa que algún día usted disfrutará de todo el fruto que usted había esperado y por el cual había orado. La promesa del Señor significa que aunque usted no vea la evidencia, su servicio a Dios nunca es en vano.

Dios ve y conoce todo el servicio que usted le rinde, y nunca lo olvidará. Él lo recompensará en el cielo por ese servicio porque él es un Dios fiel y justo. Me encanta Hebreos 6:10: «Dios no es injusto como para olvidarse de las obras y del amor que, para su gloria, ustedes han mostrado sirviendo a los santos, como lo

siguen haciendo» (NVI).

El servicio disciplinado a Dios es trabajo —a veces una labor dura y costosa—, pero perdurará por toda la eternidad.

MÁS APLICACIÓN

La adoración fortalece el servicio; servir expresa adoración. La piedad requiere un equilibrio disciplinado entre ambas. Quienes puedan mantener el servicio sin una habitual adoración privada y congregacional están sirviendo en la carne. Más allá de la duración del servicio o la buena opinión que tengan los demás acerca de su servicio, no se esfuerzan por medio del poder de Dios, como lo hizo Pablo, sino con el propio.

En la adoración, nuestra experiencia con Dios y su verdad renueva nuestros motivos y nuestros deseos de servir. Isaías no dijo, «Aquí estoy. ¡Envíame a mí!» (6:8, NVI) hasta después de su visión de Dios. Ese es el orden correcto: adoración y luego servicio impulsado por la adoración. En palabras de A. W. Tozer: «La comunión con Dios lleva directo a la obediencia y a las buenas obras. Ese es el orden divino, y jamás puede revertirse»[7]. No podemos resistir por mucho tiempo las exigencias del servicio sin recibir el poder para lograrlo por medio de la adoración.

Al mismo tiempo, una medida de la autenticidad de la adoración (nuevamente, tanto personal como interpersonal) es si da como resultado un deseo de servir. Isaías (citado anteriormente) es el clásico ejemplo de esto también. Nuevamente, Tozer lo dice mejor: «Nadie puede adorar a Dios en espíritu y en verdad por mucho tiempo sin que la obligación al servicio santo se vuelva demasiado fuerte para resistir»[8].

Por lo tanto, debemos sostener que la búsqueda de la piedad requiere que nos disciplinemos tanto para la adoración como para el servicio. Dedicarse a una sin la otra es no experimentar ninguna de las dos.

Usted tiene la obligación de servir y un don para servir, pero ¿está usted

dispuesto a servir? Los israelitas sabían sin duda alguna que Dios esperaba que ellos le sirvieran, pero una vez Josué los miró a los ojos y los desafió a estar dispuestos a servir: «Pero si a ustedes les parece mal servir al SEÑOR, elijan ustedes mismos a quiénes van a servir. [...] Por mi parte, mi familia y yo serviremos al SEÑOR» (Josué 24:15, NVI).

Cuando pienso en una disponibilidad fiel para servir, recuerdo a aquel hombrecito callado de la iglesia donde yo era parte del personal. Cada domingo, su llegada era inadvertida, ya que llegaba mucho antes que los demás. Sin embargo, dejaba su viejo auto en una esquina alejada del estacionamiento para dejarle los mejores lugares al resto. Abría todas las puertas del edificio, tomaba los boletines, y luego esperaba afuera. Cuando alguien llegaba, él lo recibía con un boletín y una amplia sonrisa. Pero no podía hablar. Se avergonzaba cada vez que algún recién llegado le hacía una pregunta. Algo le había sucedido a su voz mucho tiempo antes. Cuando lo conocí, él tenía unos sesenta años y vivía solo. Cuando tenía problemas con su auto, lo cual era frecuente, no le contaba a nadie y caminaba casi dos kilómetros hasta la iglesia. A causa de su vulnerabilidad, le robaron y lo golpearon varias veces, al menos dos durante los tres años que yo estuve en esa iglesia. Algunos miembros de la iglesia me contaron que sospechaban que había perdido su voz como consecuencia de haber sido golpeado muchos años antes. Una artritis extensa encorvaba sus hombros, impidiéndole doblar el cuello, lo cual convertía el abrir puertas y entregar boletines en un trabajo pesado. Cada detalle de su vida sumaba a la condición de ser poco conocido y permanecer en segundo plano, incluso su nombre, Jimmy Small: «pequeño» en inglés. No obstante, a pesar de sus desventajas, complicaciones, discapacidades y miles de potenciales excusas, él servía a Dios con gusto. Le servía de una manera disciplinada, lo cual, a la vista de Dios, no era ni poca cosa ni en vano.

El evangelio de Cristo crea siervos que se parecen a Cristo. El Señor Jesús siempre fue el siervo, el siervo de todos, el siervo de siervos, el Siervo. Él dijo, «yo estoy entre ustedes como uno que sirve» (Lucas 22:27). Jesús es nuestro mayor ejemplo de servidumbre. Pero él no vino a la tierra, no vivió y murió, simplemente para hacernos más dispuestos a servir, ya que necesitábamos mucho más que eso. Debido a nuestro pecado, necesitábamos ser reconciliados con Dios, y nadie se vuelve a sí mismo aceptable ante Dios intentando imitar el ejemplo de servicio de Jesús. Nadie puede servir tanto o tan bien que él o ella se vuelva lo suficientemente justificado delante de Dios. Debemos comprender y creer el evangelio de Dios para estar justificados con Dios.

El evangelio de Jesucristo convierte a quienes pecan contra Dios en siervos de Dios. El Espíritu Santo obra a través del evangelio para transformar a aquellos que sirven a sus ídolos (tales como las riquezas, una carrera, los deportes, el sexo, la casa, la finca, la educación, los pasatiempos, las drogas, la política, etcétera) en siervos de Dios, tal como lo hizo en la época del apóstol Pablo cuando el misionero le escribió a unos cristianos relativamente nuevos: «ustedes [...] se apartaron de los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero» (1 Tesalonicenses 1:9). Quienes creen en el evangelio de Jesús reciben corazones de siervos parecidos al de Cristo. Por lo cual una de las indicaciones más claras de que las personas verdaderamente han comprendido el evangelio de Jesús es que un deseo nuevo de servir, de parecerse a Cristo, comienza a superar el deseo egoísta de ser servido. Ellos comienzan a buscar maneras de hacer algo para Cristo y su iglesia, especialmente maneras que servirán al evangelio. El evangelio en el que usted creyó, ¿le ha dado un corazón de siervo? ¿Está su servicio arraigado en el evangelio?

Aun así, lo cierto es que si las personas transformadas por el evangelio y con un corazón para el servicio pretenden parecerse más a Cristo, deberán disciplinarse a servir como Jesús sirvió. ¿Lo hará usted?

SE NECESITAN: Voluntarios talentosos para servicio difícil en la expresión local del reino de Dios. La motivación para servir debe ser la obediencia a Dios, la gratitud, la alegría, el perdón, la humildad y el amor. El servicio rara vez será glorioso. A veces, la tentación de renunciar al lugar de servicio será muy fuerte. Los voluntarios deben ser fieles a pesar de las largas horas, los resultados escasos o no visibles y, posiblemente, la total falta de reconocimiento, excepto de parte de Dios para toda la eternidad.

CAPÍTULO 8

LA MAYORDOMÍA... PARA LA PIEDAD

¿Cuántas veces oímos acerca de la disciplina de la vida cristiana hoy en día? ¿Qué tan a menudo hablamos de ella? ¿Con qué frecuencia se encuentra en verdad en el centro de nuestra vida evangélica? Hubo un tiempo en la iglesia cristiana cuando esta se encontraba en el centro mismo, y creo profundamente que es debido al abandono de esta disciplina que la iglesia está en su posición actual. Ciertamente, no veo esperanza alguna de un verdadero avivamiento y despertar hasta que no regresemos a ella.

D. MARTYN LLOYD-JONES

Considere por un momento: ¿Qué acontecimientos produjeron el mayor estrés en su vida hoy? ¿Y en esta última semana? ¿Acaso no incluyeron cierto sentimiento de estar sobrecargado de responsabilidades en el hogar, el trabajo, el estudio, la iglesia o todas juntas al mismo tiempo? ¿Qué me dice del estrés relacionado con pagar las cuentas? ¿O llegar tarde a una cita? ¿Haber descansado muy poco? ¿Hacer malabares con sus finanzas? ¿Esperar en un embotellamiento en la autopista o carretera? ¿Tener gastos médicos o de reparación del auto inesperados? ¿Andar con poco efectivo antes del día de pago?

Cada uno de estos productores de ansiedad, así como muchas otras cuestiones diarias, se relaciona con el tiempo o el dinero. El reloj y la moneda son factores sustanciales en tantas áreas de la vida, que debemos considerar su papel en toda discusión importante acerca de la vida piadosa.

EL USO DISCIPLINADO DEL TIEMPO

La piedad es el resultado de una vida espiritual disciplinada bíblicamente. Pero en el centro de la vida espiritual disciplinada está el uso disciplinado del tiempo.

Para ser como Jesús, debemos ver el uso de nuestro tiempo como una Disciplina Espiritual. Al haber ordenado sus momentos y sus tiempos de manera tan perfecta, al final de su vida terrenal, Jesús pudo orar al Padre: «Yo te di la gloria aquí en la tierra, al terminar la obra que me encargaste» (Juan 17:4). Así como lo hizo con Jesús, Dios nos da el don del tiempo, así como la obra para hacer durante ese tiempo. Cuanto más lleguemos a parecernos a Jesús, más entenderemos por qué es tan importante el uso disciplinado del tiempo que Dios nos da. He aquí diez razones bíblicas (muchas de las cuales me resultaron claras al leer el sermón de Jonathan Edwards acerca de «El valor precioso del tiempo y la importancia de redimirlo»[1]) para aprovechar sabiamente el tiempo.

Aprovechen el tiempo sabiamente «porque los días son malos»

Aprovechar el tiempo sabiamente «porque los días son malos» es una curiosa frase en medio del lenguaje inspirado del apóstol Pablo en Efesios 5:15-16: «Así que tengan cuidado de su manera de vivir. No vivan como necios sino como sabios, aprovechando al máximo cada momento oportuno, porque los días son malos» (NVI). Pablo pudo haber exhortado a los cristianos en Éfeso a sacar el máximo provecho de su tiempo porque él y/o los efesios estaban sufriendo persecución y oposición (como vemos en Hechos 19:23–20:1). De todos modos, nosotros también debemos aprovechar cada momento de manera sabia «porque los días son malos» aún hoy.

Hasta sin la clase de persecución u oposición a la que los cristianos de la época de Pablo estaban acostumbrados, el mundo en el que vivimos nos hace difícil aprovechar el tiempo sabiamente, especialmente para los propósitos de la espiritualidad bíblica y la piedad. De hecho, nuestros días son días de un mal activo. Los grandes ladrones del tiempo sirven como subalternos del mundo, de

la carne y del diablo. Varían de forma, desde las preocupaciones sofisticadas y aceptadas socialmente hasta las conversaciones superficiales e inútiles, o los pensamientos descontrolados. El curso natural de nuestras mentes, nuestros cuerpos, nuestro mundo y nuestros días nos lleva hacia el mal, no a la semejanza a Cristo.

Los pensamientos deben ser disciplinados; de otro modo, como el agua, tienden a fluir corriente abajo o a quedar estancados. Es por esto que en Colosenses 3:2 se nos exhorta: «Piensen en las cosas del cielo». Sin esta decisión consciente, activa y disciplinada acerca de la dirección de nuestros pensamientos, estos serán improductivos en el mejor de los casos, y nefastos en el peor de ellos. Nuestros cuerpos se inclinan hacia la facilidad, el placer, la glotonería y la pereza. A no ser que practiquemos el autocontrol, nuestros cuerpos tenderán a servir al mal antes que a Dios. Debemos disciplinarnos cuidadosamente en nuestra manera de «caminar» en este mundo o, si no, nos conformaremos más a sus modos que a los modos de Cristo. Finalmente, nuestros días son días de mal activo porque muchas tentaciones y fuerzas del mal están extremadamente activas en nuestros días. El uso del tiempo es importante porque el tiempo es la materia de la que los días están hechos. Si no disciplinamos nuestro uso del tiempo para el propósito de la piedad en estos días malos, estos días malos nos impedirán llegar a ser piadosos.

El uso sabio del tiempo es la preparación para la eternidad

Se le ha dado el tiempo para prepararse para la eternidad. Puede comprender esa declaración en una de dos maneras. Una significa que en el tiempo (es decir, en esta vida) usted debe prepararse para la eternidad, ya que no tendrá una segunda oportunidad una vez que cruce el umbral atemporal de la eternidad.

Hace poco, tuve un sueño inolvidable que me recordó sobriamente esta realidad. (Considero que el sueño no tiene gran valor profético; solamente lo menciono porque ilustra mi punto). Junto con otros cristianos, me encontraba en un lugar de persecución. Después de un juicio falso, fuimos escoltados hasta una habitación donde quienes nos perseguían comenzaron a ejecutar a cada creyente por medio de una inyección letal. Mientras esperaba mi turno, me invadió la

conciencia de que en unos momentos entraría a la eternidad, y toda mi preparación para ese acontecimiento ya se había completado. Caí de rodillas y comencé la última oración de mi vida, encomendando mi espíritu al Señor Jesucristo. En este punto del sueño, me desperté sobresaltado, sintiendo la adrenalina de un hombre a segundos de ser ejecutado. Mi primer pensamiento consciente después de notar que era solo un sueño fue que eso algún día no sería un sueño. Sin importar cuándo o cómo suceda la muerte, hay un día específico en el calendario en el que toda mi preparación para la eternidad efectivamente estará completa. Y dado que ese día podría ser cualquier día, debo aprovechar mi tiempo sabiamente, ya que es todo el tiempo del que dispongo para prepararme para el lugar donde viviré por siempre después de la tumba.

¿Se da cuenta de que experimentar gozo infinito o agonía eterna depende de lo que suceda en momentos de su vida como este? Entonces, ¿qué es más valioso que el tiempo? Así como un timón relativamente pequeño determina la dirección de un gran transatlántico, eso que hacemos en el corto período de tiempo influye en toda la eternidad.

Esto nos lleva al otro significado de la declaración «Se le ha dado el tiempo para prepararse para la eternidad», es decir, usted debe prepararse para la eternidad a tiempo, antes de que sea demasiado tarde. La típica alerta bíblica es esta: «Les digo que este es el momento propicio de Dios; ¡hoy es el día de salvación!» (2 Corintios 6:2, NVI). Ahora mismo es el momento correcto para prepararse para el lugar donde usted pasará la eternidad. Si esto le presenta un asunto incierto o irresoluto, tome el tiempo para resolverlo ahora mismo. Usted no tiene garantía alguna de más tiempo que no sea este mismo instante para prepararse para la eternidad. No se demore en responderle a Aquel que lo creó y le regala este tiempo.

Prepárese para la eternidad acercándose con fe al eterno Hijo de Dios, Jesucristo. Venga a él a tiempo, y él lo acercará a sí mismo por la eternidad.

El tiempo es corto

Cuanto más escaso es algo, más valioso es. El oro y los diamantes no tendrían valor alguno si uno pudiera recogerlos como a las piedritas a un lado del camino.

Asimismo, el tiempo no sería tan valioso si las personas nunca murieran. Sin embargo, dado que estamos a tan solo un aliento de la eternidad, el modo en que utilizamos nuestro tiempo tiene importancia eterna.

Aunque tal vez nos queden décadas de vida, la verdad es que «La vida de ustedes es como la neblina del amanecer: aparece un rato y luego se esfuma» (Santiago 4:14). Hasta la vida más larga es breve comparada con la eternidad. Sin importar cuánto tiempo haya pasado, usted probablemente puede recordar acontecimientos felices o trágicos de su infancia o adolescencia como si hubieran sucedido ayer. La razón por la que puede hacerlo no es solo por su buena memoria, sino también porque verdaderamente no fue hace tanto tiempo. Cuando considera que toda una década es solamente 120 meses, una gran porción de vida de repente se vuelve algo muy breve. Así que, sin importar cuánto tiempo le quede para llegar a la semejanza a Cristo, realmente no tiene mucho tiempo. Úselo bien.

El tiempo corre

El tiempo no solo es corto, sino que lo que resta es efímero. El tiempo no es como hielo en una bolsa en el congelador, del que se puede utilizar un poco cuando se necesita y guardar el resto para después. En cambio, el tiempo se parece mucho a los granos en un reloj de arena: lo que queda se escapa constantemente. El apóstol Juan lo dijo sin rodeos: «Este mundo se acaba junto con todo lo que la gente tanto desea» (1 Juan 2:17). Junto con el mundo que se acaba, se acaba nuestro tiempo en él.

Se habla acerca de ahorrar tiempo, ganar tiempo, compensar tiempo, etcétera, pero eso es pura ilusión, ya que el tiempo siempre corre. Debemos aprovechar nuestro tiempo sabiamente, pero incluso el mejor provecho del tiempo no puede sumarle páginas al calendario.

De niño, el tiempo parecía pasar lentamente. Hoy en día, me encuentro diciendo lo que mis padres siempre decían: «¡No puedo creer que otro año ha terminado! ¿Qué se ha hecho el tiempo?». Cuanto mayor me hago, más siento como si estuviera remando en el Niágara: cuanto más cerca estoy del final, más rápido se acerca. Si no me disciplino en cuanto al provecho del tiempo para la piedad

ahora, no será más fácil después.

El tiempo restante es incierto

El tiempo no solamente es breve y corre, sino que no sabemos siquiera qué tan corto es ni cuánto falta hasta que se termine del todo. Es por eso que la sabiduría de Proverbios 27:1 aconseja: «No te jactes del mañana, ya que no sabes lo que el día traerá». Miles de personas han pasado a la eternidad el día de hoy, incluyendo a muchos mucho más jóvenes que usted, quienes hace apenas unas horas no tenían idea de que hoy sería su último día. Si lo hubieran sabido, su uso del tiempo se habría vuelto mucho más importante para ellos.

Sin importar cuándo lea esto, probablemente pueda recordar la muerte reciente de algún atleta universitario o profesional, o un famoso cantante o estrella de cine. Seguramente todavía puede sentir la conmoción de la muerte inesperada de un niño o adolescente conocido. Estas muertes nos recuerdan que ni la juventud ni la fortaleza, ni la fama ni la estatura obligan a Dios a darnos una sola hora más. Sin importar cuánto queramos o esperemos vivir, nuestros tiempos están en sus manos (vea el Salmo 31:15).

Obviamente, debemos hacer algunos planes como si nos quedaran muchos años más. Pero una aceptación apropiada de la realidad nos llama a usar nuestro tiempo para la piedad como si fuera incierto que estaremos vivos mañana, ya que esta es una muy cierta incertidumbre.

El tiempo perdido no se puede recuperar

Muchas cosas pueden perderse y luego recuperarse. Muchos hombres se han declarado en quiebra, solo para amasar una fortuna aún mayor después. El tiempo es distinto. Una vez que se va, se va para siempre y jamás puede recuperarse. Si usted pudiera incitar a cada persona de la Tierra al propósito de recuperar el tiempo, ni todo el esfuerzo, ni toda la riqueza, ni toda la tecnología

del mundo entero podrían devolvernos siquiera un minuto.

Dios le ofrece el tiempo presente para que usted se discipline para la piedad. Jesús dijo en Juan 9:4: «Mientras sea de día, tenemos que llevar a cabo la obra del que me envió. Viene la noche cuando nadie puede trabajar» (NVI). El tiempo para las tareas de Dios, es decir, para la vida piadosa, es ahora mientras es «de día». «Viene la noche» para cada uno de nosotros, y nadie puede detener o atrasar su llegada. Si usted hace mal uso del tiempo que Dios le ofrece, él nunca le ofrecerá ese tiempo otra vez.

Muchos de quienes lean estas líneas quizás se lamenten por la pérdida de años desperdiciados. A pesar de su mal uso del tiempo en el pasado, usted puede mejorar el tiempo que queda. La voluntad de Dios para usted reside ahora en las palabras del apóstol Pablo: «Olvido el pasado y fijo la mirada en lo que tengo por delante, y así avanza hasta llegar al final de la carrera para recibir el premio celestial al cual Dios nos llama por medio de Cristo Jesús» (Filipenses 3:13-14). A través de la obra de Cristo para los creyentes arrepentidos, Dios perdonará cada milésima de segundo de tiempo desaprovechado. A Dios le agrada que usted discipline el equilibrio de su tiempo para la piedad.

Usted es responsable ante Dios por su tiempo

Es difícil que haya una declaración más impactante en las Escrituras que Romanos 14:12: «Es cierto, cada uno de nosotros tendrá que responder por sí mismo ante Dios». Las palabras «cada uno de nosotros» se aplican tanto a cristianos como a no cristianos. Aunque los creyentes serán salvos por la gracia y no por las obras, una vez que estemos en el cielo, nuestra recompensa será determinada según nuestras obras. El Señor hará que «la obra de cada uno [sea] manifiesta», y habrán dos opciones posibles para cada uno: «recibirá recompensa» o «sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego» (1 Corintios 3:13-15, RVR60). Por lo que no solo seremos considerados responsables por nuestro uso del tiempo, sino que nuestra recompensa eterna estará directamente relacionada con él.

Hebreos 5:12 ilustra un poco el modo en que Dios nos considerará responsables en el Juicio por nuestro uso del tiempo al disciplinarnos a nosotros mismos para

la piedad. En este pasaje, Dios reprende a los cristianos judíos por no usar su tiempo de manera que desarrolle una madurez espiritual: «Aunque después de tanto tiempo ya debieran ser maestros, todavía es necesario que se les vuelva a enseñar lo más elemental de las palabras de Dios. Esto es tan así que lo que necesitan es leche, y no alimento sólido» (RVC). Si, como vemos aquí, a los creyentes que aún están en la tierra Dios los considera responsables de no disciplinar su tiempo para la piedad, sin duda también lo hará en el Juicio en el cielo.

Jesús dijo: «Les digo lo siguiente: el día del juicio, tendrán que dar cuenta de toda palabra inútil que hayan dicho» (Mateo 12:36). Si debemos dar cuenta a Dios por cada palabra dicha, seguramente deberemos dar cuenta de cada hora malgastada sin cuidado (es decir, derrochada con negligencia). Y dijo en Mateo 25:14-30 que somos responsables por todos los talentos que hemos recibido y por cómo los utilizamos para el bien de nuestro Maestro. Si Dios nos considera responsables por los talentos que nos ha dado, seguramente nos considerará responsables por el uso de un regalo tan valioso como lo es el tiempo. La respuesta sabia a esta verdad es que evalúe su uso del tiempo ahora y que lo aproveche de manera que no lo lamente en el Juicio. Si usted no puede responderle a su conciencia respecto a cómo usa su tiempo para crecer en su semejanza a Cristo hoy, ¿cómo espera responderle a Dios en ese momento?

Decidir disciplinarse a usted mismo en cuanto a su uso del tiempo para la piedad no es un asunto para demorar y considerar. Cada hora que pasa es una más de las que deberá dar cuenta.

El tiempo se pierde muy fácilmente

Con excepción del «necio», ningún otro personaje del libro de Proverbios despierta tanto desprecio de las Escrituras como el «perezoso» holgazán. ¿El motivo? Su uso derrochador y descuidado del tiempo. Cuando se trata de inventar excusas para evitar la responsabilidad y no aprovechar mejor el tiempo, la brillante creatividad del perezoso no tiene igual. Según Proverbios 26:13-14, «El perezoso afirma: “¡Hay un león en el camino! ¡Sí, estoy seguro de que allí afuera hay un león!”». Así como la puerta gira sobre sus bisagras, el perezoso da

vueltas en la cama». El perezoso contemporáneo evita ir a los lugares que debe (como la iglesia) diciendo: «¡Las carreteras son muy peligrosas!». O tal vez diga: «Si disciplino mi tiempo para la piedad, podría perderme cosas importantes en la televisión o en Internet, o estaré tan ocupado que no podré descansar lo suficiente». Se deja caer en el sofá o se da la vuelta en su cama.

El perezoso nunca tiene tiempo para las cosas que realmente importan, especialmente las que requieren disciplina. Antes de que se dé cuenta, su tiempo y sus oportunidades habrán expirado. Como observa Proverbios 24:33-34: «Un rato más de dormir, un poquito más de sueño, un breve descanso con los brazos cruzados, entonces la pobreza te asaltará como un bandido; la escasez te atacará como un ladrón armado». Note que es solamente «un rato más» de dormir, «un poquito más» de sueño, un «breve» descanso con los brazos cruzados lo que trae la ruina del tiempo y las oportunidades perdidas. Es muy fácil perder mucho, solo un poco cada vez. Usted no necesita hacer nada para perder su tiempo.

Muchas personas valoran el tiempo del mismo modo que se tasaba la plata en la época de Salomón. En 1 Reyes 10:27, se reporta que «el rey hizo que en Jerusalén la plata fuera tan abundante como las piedras». El tiempo parece ser tan abundante, que perder mucho parece poco importante. Las personas también pierden su dinero fácilmente, pero si malgastaran su dinero de manera tan insensata como algunos malgastan su tiempo, pensaríamos que están locos. Sin embargo, el tiempo es infinitamente más valioso que el dinero porque el dinero no puede comprar tiempo. No obstante, usted puede al menos minimizar la pérdida y el desaprovechamiento del tiempo disciplinándose para la piedad.

Valoramos el tiempo al momento de la muerte

Así como la persona a la que se le acaba el dinero lo valora más cuando ya no lo tiene, también nosotros ante la muerte valoramos más el tiempo que ya no tenemos.

Esta valoración llega más trágicamente para algunos que para otros, especialmente en el caso de quienes rechazan a Cristo. En sus últimas palabras, el famoso infiel francés Voltaire le dijo a su doctor: «Te daré la mitad de lo que valgo si me das seis meses de vida». Sus gritos fueron tan desesperados cuando

le llegó su hora, que la enfermera que lo atendía dijo: «Ni por toda la riqueza de Europa querría atender a otro infiel en su lecho de muerte»[2]. Del mismo modo, las últimas palabras del escéptico inglés Thomas Hobbes fueron: «Si tuviera el mundo entero, lo entregaría para poder vivir un día más»[3].

La lección más importante que podemos aprender de escenas de muerte como estas, como mencionamos antes, es que debemos acercarnos a Cristo mientras podamos. Quienes ya le han entregado sus vidas a Cristo deben entender esto: si se nos dieran años adicionales a la hora de nuestra muerte, no serían ganancia alguna a menos que hicieramos un cambio a la manera en que utilizamos nuestro tiempo. Por eso, el momento de valorar el tiempo es ahora y no en la muerte. El tiempo para buscar la piedad es ahora, y la manera que Dios ha provisto esto para quienes estamos perdonados por la gracia es por medio de la diligencia en las Disciplinas Espirituales.

La mayoría busca un curso de la vida basado más en los placeres que en el gozo que encontramos en el camino de las Disciplinas de Dios. Dios les advierte a través de su Palabra acerca del arrepentimiento que apuñalará su corazón cuando su tiempo se acabe. Imagine la angustia de morir de este modo: «Al final, gemirás de angustia cuando la enfermedad consuma tu cuerpo. Dirás: “¡Cuánto odié la disciplina! ¡Si tan solo no hubiera despreciado todas las advertencias! ¿Por qué no escuché a mis maestros? ¿Por qué no presté atención a mis instructores?”» (Proverbios 5:11-13). Si, tal como este hombre, usted de repente se diera cuenta de que no tiene más tiempo, ¿también se lamentaría de la manera en que usó su tiempo en el pasado y lo usa en el presente? El modo en que usted ha usado su tiempo puede proveerle gran consuelo en su última hora.

Seguramente lamentará algunos acontecimientos, pero ¿acaso no se sentirá satisfecho de todas las veces en que vivió lleno del Espíritu, por todas las ocasiones en que obedeció a Cristo? ¿No estará usted contento en ese instante por cada momento que pasó leyendo las Escrituras, orando, adorando, evangelizando, sirviendo, ayunando y más, con el propósito de ser más como Aquel ante quien será juzgado (vea Juan 5:22-29)? Busque la clase de vida que Jonathan Edwards determinó vivir: «Resuelto estoy, viviré como desearé haberlo hecho cuando llegue el tiempo de morir»[4].

¿Por qué no hace algo al respecto mientras todavía tiene tiempo?

El valor del tiempo en la eternidad

Dudo que en el cielo experimentemos remordimiento, pero si así fuera, sería por no usar nuestro tiempo terrenal más para la gloria de Dios y para el crecimiento de su gracia. Al contrario, el infierno chillará por siempre con lamentos agonizantes respecto al tiempo desperdiciado tan neciamente.

En Lucas 16:22-25, la Biblia retrata la angustia por la vida desperdiciada en la historia del hombre rico que fue al Hades y del pobre mendigo Lázaro, quien fue «a estar con Abraham». Jesús contó cómo el hombre rico, atormentado, alzó sus ojos y vio a Lázaro de lejos, viviendo en regocijo junto a Abraham. El hombre rico le pidió a Abraham que enviara a Lázaro con agua, pero Abraham respondió: «Hijo, recuerda que tuviste todo lo que quisiste durante tu vida, y Lázaro no tuvo nada. Ahora él está aquí recibiendo consuelo y tú estás en angustia».

¿Qué valor le darían al tiempo que usted tiene ahora quienes, como este hombre, han perdido toda oportunidad de vida eterna? El escritor puritano Richard Baxter preguntó: «¿No les rompe el corazón para siempre el pensar cuán locamente consumieron sus vidas y desperdiciaron el único tiempo que les fue dado para prepararse para su salvación? ¿Acaso quienes están en el infierno ahora consideran sabios a quienes holgazanean o desperdician su tiempo en la tierra?»[5]. Si quienes están del lado despiadado de la eternidad fueran dueños de mil mundos, los entregarían todos (si pudieran) por uno de nuestros días. Han comprendido el valor del tiempo por experiencia... pero solo después de que fue demasiado tarde. Ojalá podamos aprenderlo encontrando la verdad, y disciplinemos nuestro tiempo para la piedad. Después de todo, si han entregado su vida a Cristo, «ustedes no se pertenecen a sí mismos, porque Dios los compró a un alto precio» (1 Corintios 6:19-20). «Su» vida y «su» tiempo ahora le pertenecen a Dios. La mejor y más satisfactoria manera de pasarlo es usándolos de la manera que Dios quiere.

EL USO DISCIPLINADO DEL DINERO

La Biblia relaciona no solamente el provecho del tiempo con nuestra condición espiritual, sino también nuestro uso del dinero. El uso disciplinado del dinero requiere que lo administremos de manera que nuestras necesidades y las de nuestra familia estén cubiertas. De hecho, la Biblia denuncia como hipócrita a todo cristiano profeso que no atiende las necesidades físicas de su familia a causa de irresponsabilidad financiera, mala administración o despilfarro.

1 Timoteo 5:8 dice con firmeza: «El que no provee para los suyos, y sobre todo para los de su propia casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo» (NVI). Por lo tanto, cómo utilizamos el dinero para nosotros mismos, para los demás y especialmente para el bien del reino de Dios es, de principio a fin, un asunto espiritual.

¿Por qué considera Dios un uso bíblico del dinero y de los recursos una parte crucial de nuestro crecimiento en la piedad? Por un lado, es una cuestión de pura obediencia. Una porción sorprendentemente grande de las Escrituras hablan acerca del uso de la riqueza y las posesiones. Si la ignoramos o la tomamos a la ligera, nuestra «piedad» será solo un fraude. Pero más que nada, el motivo por el cual nuestro uso del dinero y de las cosas que compramos indica nuestra madurez espiritual y nuestra piedad es el hecho de que intercambiamos una parte muy grande de nuestras vidas por él. Debido a que invertimos la mayoría de nuestros días trabajando a cambio de dinero, en un sentido muy real, nuestro dinero nos representa. Por lo tanto, cómo lo utilizamos revela quiénes somos, dado que manifiesta nuestras prioridades, nuestros valores y nuestro corazón. Según el grado que utilicemos nuestro dinero y nuestros recursos de manera cristiana, demostramos nuestro crecimiento en la semejanza a Cristo.

Todas las verdades acerca del uso disciplinado del tiempo también se aplican al uso del dinero y los bienes (con la excepción de que, a diferencia del tiempo, estas cosas pueden remplazarse tras ser perdidas). Sería redundante repasar aquí cada una de esas verdades del tiempo y relacionarlas con el uso general del dinero. En cambio, consideraremos cómo nos enseñan las Escrituras a disciplinarnos «para la piedad» en el área específica de dar nuestro dinero por el bien de Cristo y de su reino.

El crecimiento de la piedad se expresará en una creciente comprensión de estos diez principios para dar extraídos del Nuevo Testamento.

Dios es dueño de todo lo que usted posee

En 1 Corintios 10:26, el apóstol Pablo citó el Salmo 24:1, que dice: «la tierra es del SEÑOR y todo lo que hay en ella». Dios es dueño de todo, incluyendo todo lo que usted posee, porque él creó todo. «Toda la tierra me pertenece», dice el Señor en Éxodo 19:5. Lo declara una vez más en Job 41:11: «Todo lo que hay debajo del cielo es mío».

Esto significa que somos los administradores o, para usar el término más antiguo, los mayordomos de las cosas que Dios nos da. Como esclavo, José fue un mayordomo cuando Potifar lo puso a cargo de toda su casa (ver Génesis 39:5-6, LBLA). Debido a que los esclavos no eran dueños de nada, José no era dueño de nada, pero administraba en nombre de Potifar todo lo que poseía Potifar. La administración de los recursos de Potifar incluía el uso de los mismos para cubrir sus propias necesidades, pero la principal responsabilidad de José era utilizarlos para beneficiar los intereses de Potifar. Esa es nuestra tarea. Dios quiere que utilicemos y disfrutemos las cosas que nos permite tener, pero como administradores de las mismas, debemos recordar que todas ellas le pertenecen a él y deben utilizarse para su reino.

Entonces, la casa o apartamento en donde usted vive es la casa o el apartamento de Dios. Los árboles en su patio son los árboles de Dios. El pasto que usted corta es el pasto de Dios. El jardín que usted plantó es el jardín de Dios. El auto que usted conduce es el auto de Dios. La vestimenta que usted trae puesta y la que está guardada en su ropero le pertenecen a Dios. La comida en sus alacenas le pertenece a Dios. Los libros en sus estantes son los libros de Dios. Sus muebles y todo lo demás que hay dentro de su casa le pertenecen a Dios.

Nada nos pertenece. Dios es dueño de todo, y nosotros somos sus administradores. Para la mayoría de nosotros, la casa a la que hoy le decimos «mi casa», otra persona la llamaba «mi casa» hace pocos años. Y dentro de algunos años, alguien más la llamará «mi casa». ¿Usted es propietario de algún terreno? En unos años, alguien más lo llamará «mi terreno». Simplemente administramos de manera temporal las cosas que le pertenecen eternamente a Dios. Probablemente usted ya cree eso en teoría, pero su manera de dar refleja qué tan genuinamente lo cree.

Dios ha dicho específicamente que él es dueño no solo de las cosas que poseemos, sino también del dinero a nuestro nombre en el banco y los billetes en nuestras carteras. Dice en Hageo 2:8: «“La plata es mía y el oro es mío”, dice el SEÑOR de los Ejércitos Celestiales». Entonces la pregunta no es «¿Cuánto de mi dinero debería darle al Señor?», sino, más bien: «¿Cuánto del dinero de Dios debería conservar por ahora?».

Cuando damos a la obra del Señor, debemos dar con la convicción de que todo lo que tenemos le pertenece a Dios y con el compromiso de que lo utilizaremos todo como él quiere.

Ofrendar es un acto de adoración

En Filipenses 4:18, el apóstol Pablo les agradeció a los cristianos de la ciudad griega de Filipos la ofrenda financiera que enviaron para apoyar su ministerio misionero. Escribió: «Por el momento, tengo todo lo que necesito, ¡y aún más! Estoy bien abastecido con las ofrendas que ustedes me enviaron por medio de Epafrodito. Son un sacrificio de olor fragante aceptable y agradable a Dios». Él llamó al dinero enviado «un sacrificio de olor fragante aceptable y agradable a Dios», comparándolo con un sacrificio del Antiguo Testamento que se ofrecía en adoración a Dios. En otras palabras, Pablo dijo que su acto de ofrenda a la obra de Dios era un acto de adoración a Dios.

¿Alguna vez ha pensado en la ofrenda como un modo de adoración? Usted sabe que orar, cantar alabanzas a Dios, observar la Santa Cena, dar gracias y escuchar a Dios hablar a través de su Palabra, todas son adoración, pero ¿se da cuenta que ofrendar a Dios es una de las maneras bíblicas y tangibles de adorarlo?

En su libro *The Gift of Giving* (El don de ofrendar), Wayne Watts escribió:

Mientras investigaba los principios bíblicos de la ofrenda, consideré el tema de la adoración. Francamente, jamás había estudiado la adoración en detalle para descubrir el punto de vista de Dios. He llegado a la conclusión de que la ofrenda, junto con nuestro agradecimiento y alabanza, es adoración. En el pasado, he

tomado compromisos de ofrenda con mi iglesia para pagar en un año. Una vez al mes, llenaba un cheque estando en la iglesia y lo depositaba en la cesta de la ofrenda. A veces enviaba el cheque por correo desde mi oficina. Mi objetivo era que la iglesia tuviera el total de la promesa antes de terminar el año. Aunque yo ya había experimentado el gozo de ofrendar, la acción de dar esa ofrenda tenía poco que ver con la adoración. Mientras escribía este libro, Dios me persuadió a comenzar a ofrendar cada vez que iba a la iglesia. El versículo que me habló al respecto fue Éxodo 23:15 (NVI): «Nadie se presentará ante mí [el Señor] con las manos vacías». Cuando comencé a hacer esto, si no tenía un cheque a la mano, ofrendaba en efectivo. Al principio, pensé en llevar la cuenta del dinero ofrendado. Entonces Dios me persuadió nuevamente. Parecía decirme: «No necesitas llevar la cuenta de la cantidad de dinero. Simplemente haz tu ofrenda a mí con un corazón de amor, y ve cuánto disfrutas el servicio». Realicé este cambio en mis hábitos de ofrenda, y mi regocijo en los servicios de adoración ha mejorado enormemente[6].

Esto me despertó a una mejor manera de ofrendar. En la tradición de mi iglesia, las personas que asisten al grupo pequeño de estudio bíblico antes del servicio de adoración generalmente dan allí sus ofrendas a la iglesia en lugar de hacerlo durante la reunión de adoración. Si usted sigue una costumbre similar, tal vez descubra, como yo, que ofrendar se parece más a la adoración cuando se ofrece en el contexto del servicio de adoración.

Muchas personas ofrendan a la obra del Señor tantas veces en el mes como reciben su sueldo. En otras palabras, si les pagan al principio del mes, ofrendarán una vez al mes, generalmente el primer domingo del mes. Si se les paga por quincena, ofrendan dos veces por mes. Como sugiere Watts, y yo recomiendo, quizás usted deba dar parte de su ofrenda total cada semana, en lugar de ofrecerla entera el domingo siguiente al día de pago. Por supuesto, el peligro de no ofrendar todo junto es gastar parte del dinero que usted pretendía dar el domingo siguiente. Algunas personas evitan esto preparando de una vez todas sus ofrendas para ese período de pago. Entonces, cada domingo sus manos tendrán algo tangible para ofrendar como parte de su adoración al Señor. Quienes ofrenden de manera electrónica o fuera de la experiencia de adoración de la congregación deberían asegurarse que el momento de la ofrenda en el servicio de adoración siga siendo un momento de adoración para ellos, y no un momento de pensamientos errantes. Mientras los demás ofrendan, pueden dar gracias al Señor

por su bondad y sus regalos, así como expresar su adoración en oración.

Ofrendar es más que un deber o una obligación. La ofrenda bíblica demuestra un corazón que adora a Dios.

Ofrendar refleja la fe en la provisión de Dios

La proporción de sus ingresos que ofrende a Dios da testimonio de cuánto confía usted en él para proveer para sus necesidades. La Biblia presenta en Marcos 12:41-44 una historia de una ofrenda y una fe poco común por parte de una mujer muy pobre y muy común:

Jesús se sentó cerca de la caja de las ofrendas del templo y observó mientras la gente depositaba su dinero. Muchos ricos echaban grandes cantidades. Entonces llegó una viuda pobre y echó dos monedas pequeñas.

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Les digo la verdad, esta viuda pobre ha dado más que todos los demás que ofrendan. Pues ellos dieron una mínima parte de lo que les sobraba, pero ella, con lo pobre que es, dio todo lo que tenía para vivir».

Esta viuda pobre dio «todo lo que tenía para vivir» porque creía que Dios proveería para sus necesidades.

Nosotros también ofrendaremos en la medida que creamos que Dios proveerá para nuestras necesidades. Cuanto más grande sea nuestra fe de que Dios proveerá lo que necesitamos, mayor será nuestra voluntad para arriesgarnos a ofrendarle. Cuanto menos creamos en Dios, menos querremos ofrendarle.

Tengo un amigo pastor que fue persuadido por la fe de la viuda pobre a confiar más en Dios para la provisión de sus necesidades. Junto con su esposa, decidió ofrendar el salario de un mes entero al Señor y confiar en él para proveer para él

y su familia. Casi se les acababa la comida cuando una mujer llegó con varias bolsas de víveres. «¿Cómo lo supiste?» le preguntaron, ya que no le habían contado a nadie de su plan. Pero ella no sabía nada de su situación. Simplemente sintió que el Señor quería que le llevara víveres a su pastor. Ellos confiaron en Dios, demostraron su fe por medio de su ofrenda, y Dios proveyó.

Su ofrenda también puede ser —y probablemente ya lo sea— un indicio tangible de cuánto cree usted que Dios proveerá para sus necesidades.

La ofrenda debe ser sacrificial y generosa

La viuda que Jesús elogió ilustra el hecho de que ofrendar a Dios no es solamente para quienes «se lo pueden permitir», como diría el mundo. El apóstol Pablo ofreció otra ilustración similar en 2 Corintios 8:1-5 cuando contó cómo los cristianos pobres en Macedonia se sacrificaron para ofrendar generosamente:

Ahora quiero que sepan, amados hermanos, lo que Dios, en su bondad, ha hecho por medio de las iglesias de Macedonia. Estas iglesias están siendo probadas con muchas aflicciones y además son muy pobres; pero a la vez rebosan de abundante alegría, la cual se desbordó en gran generosidad.

Pues puedo dar fe de que dieron no solo lo que podían, sino aún mucho más. Y lo hicieron por voluntad propia. Nos suplicaron una y otra vez tener el privilegio de participar en la ofrenda para los creyentes de Jerusalén. Incluso hicieron más de lo que esperábamos, porque su primer paso fue entregarse ellos mismos al Señor y a nosotros, tal como Dios quería.

Pablo describió a los habitantes de Macedonia como «muy pobres». Y, sin embargo, a pesar de ser «muy pobres [...] [desbordaron] en gran generosidad». Ellos ofrendaron «no solo lo que podían, sino aún mucho más». Como estas personas, nuestra ofrenda debe ser sacrificial y generosa.

Permítame recordarle que la ofrenda no es sacrificial a menos que usted se sacrifique para ofrendar. Muchos cristianos profesos dan solo cantidades simbólicas para la obra del reino de Dios. Un número mucho menor ofrenda bien. Quizá solo unos pocos realmente ofrenden sacrificialmente.

Las encuestas demuestran de forma consistente que, cuánto más dinero ganan los estadounidenses, menos sacrificial es su ofrenda[7]. Con cada transición a un grupo de mayores ingresos, disminuye el porcentaje de nuestros ingresos que damos cada año a iglesias, caridades y otros grupos no lucrativos. ¿No le parece a usted que si ganamos más dinero que antes pero ofrendamos un porcentaje menor que antes, entonces no estamos ofrendando de manera sacrificial? Puede que estemos ofreciendo mayores cantidades, pero en realidad estamos sacrificando menos financieramente para el reino de Dios.

Jamás conocí a nadie que ofrendara de manera sacrificial —ya sea un regalo sacrificial de una sola vez u ofrendas sacrificiales consistentes— que se arrepintiera. Seguramente echaron de menos las cosas que podrían haber disfrutado si hubieran gastado el dinero en sí mismos. Pero el gozo y la satisfacción que ganaron al regalar algo que últimamente no podían retener valían más que el sacrificio. Estas personas suelen decir: «No hice ningún sacrificio jamás. Siempre recibí a cambio algo mucho mayor de lo que di».

Imagine a una mamá o un papá viendo a su hijo graduarse de la secundaria o la universidad, o casándose con un cónyuge piadoso, o viendo a ese hijo hacer algo que hace que sus ojos se llenen de lágrimas de alegría. Usted le dirá a esa madre o ese padre: «Oye, piensa en todas las noches sin dormir que tuviste con ese hijo, todos esos pañales sucios, todo el dinero que ese hijo te costó que podías haber gastado en cosas que necesitabas. Piensa en todo el tiempo que te llevó criar a esa hija cuando podías haber estado haciendo alguna cosa que querías hacer. Ser padre o madre fue un sacrificio tras otro». Esa madre o ese padre respondería: «Cada uno de esos supuestos sacrificios que hice valió la pena, porque lo que obtuve a cambio hizo que valiera la pena». También se siente de la misma manera cuando ofrenda sacrificial y generosamente de sus recursos a otras facetas de la obra del Señor. Uno nunca se arrepiente.

Ofrendar refleja la integridad espiritual

Jesús reveló esta sorprendente perspectiva acerca de las formas del reino de Dios en Lucas 16:10-13. Dijo:

«Si son fieles en las cosas pequeñas, serán fieles en las grandes; pero si son deshonestos en las cosas pequeñas, no actuarán con honradez en las responsabilidades más grandes. Entonces, si no son confiables con las riquezas mundanas, ¿quién les confiará las verdaderas riquezas del cielo?; y si no son fieles con las cosas de otras personas, ¿por qué se les debería confiar lo que es de ustedes?

»Nadie puede servir a dos amos. Pues odiará a uno y amará al otro; será leal a uno y despreciará al otro. No se puede servir a Dios y al dinero».

Note nuevamente el versículo 11, que dice que su ofrenda es reflejo de su integridad espiritual: «Si no son confiables con las riquezas mundanas, ¿quién les confiará las verdaderas riquezas del cielo?». Si no somos fieles con el dinero que Dios nos encomienda —y eso ciertamente incluye ofrendar de nuestro dinero para el reino de Cristo— la Biblia dice que Dios no nos considerará confiables para manejar las riquezas espirituales.

Una analogía: imagine que el dueño de una compañía de madera decide en privado que cierto empleado se hará cargo del negocio algún día. Seguramente, el dueño quiere determinar si este empleado puede dirigir el negocio correctamente. Por lo que le da la administración de una parte de la compañía —ordenar e inspeccionar la madera nueva— para ver si el empleado logra hacerla rentable. Él observará de cerca cómo el empleado maneja el departamento durante varios meses, no solamente para proteger el balance final de la compañía, sino para poder determinar si el empleado es digno de confianza y qué capacidades tiene. Si el empleado no demuestra ser confiable con su parte de la compañía de madera, el dueño ciertamente no le dará el control de toda la empresa. Pero si demuestra ser fiel con eso, el dueño le encomendará las verdaderas riquezas de la posesión de la compañía.

La manera en que usted maneje el «departamento» financiero de su vida es una

de las mejores maneras de evaluar su relación con Cristo y su integridad espiritual. Si usted ama a Jesús y a la obra de su reino más que a nadie y a nada, entonces sus finanzas serán un reflejo de eso. Si usted está verdaderamente sometido al señorío de Cristo, dispuesto a obedecerlo completamente en cada área de su vida, su ofrenda lo revelará. Haremos muchas cosas antes de darle a alguien más, a Jesús incluso, las riendas sobre cada billete que tenemos y que tendremos en el futuro. Pero si usted le ha entregado esas riendas a él, su ofrenda lo demostrará.

Es por eso que sus registros financieros revelan más de usted que casi cualquier otra cosa. Si después de su muerte, con el fin de vislumbrar su compromiso con Cristo, un biógrafo o sus hijos hojearan el registro de lo que usted hizo con su dinero, ¿a qué conclusión llegarían? ¿Acaso sus pasos financieros comprobarían su integridad espiritual?

Ofrendar: Amor, no legalismo

Dios no le envía una cuenta. La iglesia no le envía un estado de cuenta mensual. No ofrendamos a Dios ni respaldamos la obra de su reino para cumplir con un supuesto «onceavo mandamiento». El amor a Dios debería motivar la ofrenda a Dios. Lo que usted ofrece debería reflejar cuánto ama usted a Dios.

En 2 Corintios 8, el apóstol Pablo informó a los primeros destinatarios de esta carta, el pueblo de Corinto, qué tan fieles dadores eran algunos de sus compatriotas griegos en Macedonia. En el versículo 7, les dijo a los corintios: «Dado que ustedes sobresalen en tantas maneras —en su fe, sus oradores talentosos, su conocimiento, su entusiasmo y el amor que reciben de nosotros— quiero que también sobresalgan en este acto bondadoso de ofrendar». En otras palabras, «Quiero que sobresalgan en la gracia de ofrendar como el pueblo de Macedonia». Note lo que dice después, en el versículo 8: «No estoy ordenándoles que lo hagan, pero pongo a prueba qué tan genuino es su amor al compararlo con el anhelo de las otras iglesias». Pablo no ejerció su autoridad como apóstol (mensajero especial) de Jesús para ordenarles a los corintios que ofrendaran. En lugar de dictar una ley acerca de la ofrenda, les dijo que ofrendar es una manera de demostrar lo genuino de su amor a Dios.

Este principio queda aún más claro en el siguiente capítulo. Note la ausencia de una exigencia religiosa como motivo para ofrendar en la primera parte de 2 Corintios 9:7: «Cada uno debe decidir en su corazón cuánto dar». Lo mismo les dijo en 1 Corintios 16:2, donde enseñó que cada persona debería ofrendar «conforme a sus ingresos» (NVI). Pablo nunca les dio a sus lectores un estándar externo para medir su ofrenda. En cambio, sostuvo que la ofrenda a Dios debía medirse en el corazón, y que el estándar de esa medida era la profundidad de su amor a Dios.

Permítame adaptar una ilustración utilizada en el capítulo acerca de la adoración y aplicarla esta vez a nuestra motivación para ofrendar. Imagine que me acerco a Caffy el Día de los Enamorados, la sorprendo con un ramo de sus favoritas rosas amarillas y le digo: «¡Feliz Día de los Enamorados!». Ella responde: «¡Oh, son hermosas! ¡Gracias! ¡No deberías haber gastado tanto dinero!». Entonces respondo a su alegría en un tono neutro, diciendo: «Ni me lo recuerdes. Hoy es el Día de los Enamorados, y como soy tu esposo, es mi deber regalarte algo». ¿Cómo supone usted que eso la haría sentir? Probablemente sentiría deseos de atacarme con cada rosa, ¡con espinas y todo! Ahora, imagínese que hago lo mismo, pero que en cambio respondo: «No hay nada que prefiera hacer con mi dinero que gastarlo en ti porque te amo mucho». El mismo dinero. El mismo regalo. Pero un regalo está motivado por el deber, y el otro por el amor. El motivo hace toda la diferencia.

Del mismo modo, Dios quiere que usted ofrende; no como una formalidad u obligación, sino como un desborde de su amor por él.

Ofrende de buena gana, agradecida y alegremente

Una vez más, el versículo es 2 Corintios 9:7: «Cada uno debe dar según lo que haya decidido en su corazón, no de mala gana ni por obligación, porque Dios ama al que da con alegría» (NVI).

Dios no quiere que usted ofrende con resentimiento, es decir, que ofrende lo que preferiría no dar. Dios no encuentra placer alguno en las ofrendas presentadas con resentimiento, sin importar el monto. Dios no es un propietario celestial extendiendo con impaciencia su mano codiciosa, exigiendo su pago de renta sin

importarle como usted se sienta al respecto. Dios no quiere que usted ofrende con la renuente aceptación de la realidad de que de todas formas él es el dueño de todo. Él quiere que usted ofrende porque desea hacerlo.

Un hombre dijo: «Existen tres clases de ofrendas: la ofrenda rencorosa, la ofrenda obligada y la ofrenda agradecida. La ofrenda rencorosa dice: "Tengo que dar"; la ofrenda obligada dice: "Debo dar"; la ofrenda agradecida dice: "Quiero dar"»[8].

Dios quiere que usted disfrute ofrendar.

Algunas personas le dan a Dios como quien le paga a la Internal Revenue Service (Hacienda Pública) tras una auditoría. Otros hacen su ofrenda a Dios como quien paga su cuenta de la electricidad. Pero unas pocas personas ofrendan a Dios como quien le ofrece un anillo de compromiso a su prometida o como quien le da una sorpresa a un alborozado niño pequeño en Navidad.

Algunos ofrendan porque saben que no pueden conservarlo. Otros ofrendan porque creen que tienen una deuda. ¡Y unos pocos afortunados ofrendan porque dicen no puedo resistirme a hacerlo!

Entiendo que necesitemos un motivo para ofrendar de manera agradecida y alegre. De otro modo, esto suena como quien se acerca a usted cuando está triste y le dice despreocupadamente: «¡Alégrate!». Pues bien, cuando usted se siente mal, necesita un motivo para alegrarse. No debería tener que pensar mucho tiempo para encontrar motivos para dar de forma agradecida y alegre a Dios. Cuando usted considera cómo Dios le ha dado el mejor regalo posible en su Hijo, Jesucristo, cuando usted recuerda la misericordia y la gracia que le brinda, cuando considera cómo él provee todo lo que usted tiene, y cuando usted recuerda que en realidad está haciendo su ofrenda a Dios, usted debería ofrendar agradecida y alegremente.

Si una mañana de domingo su pastor anunciara: «El líder de uno de los mayores carteles de drogas en el mundo está aquí hoy, y vamos a levantar una ofrenda para su ejército», usted no ofrendaría de buena gana o alegremente. (Usted no ofrendaría en absoluto, excepto si estuviera bajo amenaza de violencia por parte de su «invitado»). Pero si él dijera: «El Señor Jesucristo está afuera en el pasillo, y todo lo que ofrenden hoy le será presentado para ser utilizado por él para su reino», probablemente la única cosa que superaría la alegría de su corazón, al

finalizar ese servicio de adoración, sería la liviandad de su cartera, debido a la comprensión de haber hecho su ofrenda a Dios en persona.

¿Usted «simplemente ofrenda», o hace su ofrenda a Dios? Uno no da su ofrenda de mala gana o por obligación cuando cree estar haciéndole una ofrenda a Dios. En cambio, uno ofrenda de buena gana, agradecida y alegremente.

Ofrendar: Una respuesta apropiada a necesidades reales

Hay veces en que ciertas necesidades genuinas deben comunicarse a la iglesia local para que los miembros de la iglesia puedan ofrendar de forma espontánea en respuesta a esas necesidades.

Suceden tres de estas instancias en el libro de Hechos en las que los cristianos ofrendaron por medio de la iglesia en respuesta a necesidades específicas. La primera sucedió en los días tras los estremecedores sucesos de Pentecostés. En Hechos 2:43-45, leemos: «Un profundo temor reverente vino sobre todos ellos, y los apóstoles realizaban muchas señales milagrosas y maravillas. Todos los creyentes se reunían en un mismo lugar y compartían todo lo que tenían. Vendían sus propiedades y posesiones y compartían el dinero con aquellos en necesidad». En Pentecostés, cuando el Espíritu Santo llenó a los seguidores de Jesús con un deseo y poder sin precedentes para declarar el evangelio, había miles de personas llegadas de todos los rincones del Imperio romano a Jerusalén para celebrar el festival anual judío. Tres mil personas, muchas de las cuales visitaban la ciudad, se convirtieron en cristianas el domingo de Pentecostés. Muy pronto, miles más se sumaron a la iglesia. Muchos de estos visitantes atrasaron o cancelaron sus planes de regresar a su casa, quedándose en Jerusalén debido a su nueva fe en Cristo y al emocionante gozo de la comunión con otros creyentes. No tenían hogar allí, no tenían trabajo en Jerusalén y no tenían los medios para cubrir sus necesidades. Por lo tanto, para satisfacer ese aprieto único e inmediato, todos los que habían creído unieron sus recursos, vendieron propiedades y proveyeron unos para otros.

La situación era parecida en Hechos 4:32-35:

Todos los creyentes estaban unidos de corazón y en espíritu. Consideraban que sus posesiones no eran propias, así que compartían todo lo que tenían. Los apóstoles daban testimonio con poder de la resurrección del Señor Jesús y la gran bendición de Dios estaba sobre todos ellos. No había necesitados entre ellos, porque los que tenían terrenos o casas los vendían y llevaban el dinero a los apóstoles para que ellos lo dieran a los que pasaban necesidad.

En la iglesia había necesidades reales. La reacción apropiada de los miembros de la iglesia era ofrendar para cubrir esas necesidades.

En el tercer ejemplo de Hechos, la necesidad no era local. Quienes ofrendaban no podían ver ni conocían a quienes estaban en necesidad. Lea Hechos 11:27-30:

Durante aquellos días, unos profetas viajaron de Jerusalén a Antioquía. Uno de ellos, llamado Ágabo, se puso de pie en una de las reuniones y predijo por medio del Espíritu que iba a haber una gran hambre en todo el mundo romano. (Esto se cumplió durante el reinado de Claudio). Así que los creyentes de Antioquía decidieron enviar una ayuda a los hermanos de Judea, y cada uno dio lo que podía. Así lo hicieron, y confiaron sus ofrendas a Bernabé y a Saulo para que las llevaran a los ancianos de la iglesia de Jerusalén.

Los cristianos de Antioquía, a casi 500 kilómetros al norte de Jerusalén, ofrendaron para ayudar a alimentar y cubrir otras necesidades de sus hermanos cristianos de Jerusalén que no conocían. Este ejemplo brinda un precedente bíblico por el que tomamos ofrendas especiales en la iglesia, como ofrendas para misioneros locales y en el extranjero, hambre en el mundo, asistencia en casos de desastre y otros. Incluso se utiliza al levantar una ofrenda espontánea para cualquier necesidad apropiada.

Observe que nadie en estos tres casos de Hechos se sintió presionado a ofrendar o como si tuviera que dar una cantidad determinada.

No contamos con el espacio para discutir otras reglas generales para ofrendar en respuesta a necesidades especiales, como asegurarse de tener los datos

necesarios, confirmar la integridad y la responsabilidad de quienes utilizarán el dinero, etcétera. Sin embargo, observe que, a pesar de la legitimidad bíblica de la ofrenda espontánea, la mayor parte de nuestra ofrenda debería ser planificada.

La ofrenda debería ser planificada y sistemática

Observe cómo el apóstol Pablo dirigió a los cristianos a ofrendar en 1 Corintios 16:1-2: «En cuanto a la colecta para los creyentes, sigan las instrucciones que di a las iglesias de Galacia. El primer día de la semana, cada uno de ustedes aparte y guarde algún dinero conforme a sus ingresos, para que no se tengan que hacer colectas cuando yo vaya» (NVI).

Esta «colecta para los creyentes» era una ofrenda especial para los cristianos pobres de Jerusalén que sufrían debido a una hambruna. Pero aunque la ofrenda apuntaba a una necesidad específica, Pablo instruyó a los corintios a ofrendar cada semana para esa necesidad mucho tiempo antes de su llegada. Él sabía que, a la larga, resulta más eficaz ofrendar de manera planificada y sistemática que ofrendar al azar cuando surge una necesidad. Debido a que muchas necesidades son continuas —como las misiones, alimentar al hambriento y el sustento del ministerio de una iglesia local—, la ofrenda sistemática satisfará esas necesidades de manera más consistente que una serie incesante de ofrendas especiales.

Considere tres observaciones acerca de esta ofrenda planificada y sistemática. Primera, Pablo les dijo que ofrendaran «el primer día de la semana». Lo más probable es que estas personas recibían su paga cada día, o cada semana. La mayoría de nosotros recibe su pago cada semana, cada quincena o una vez al mes. Quizá haya cierta sabiduría bíblica para todos nosotros en el principio de ofrendar «el primer día de la semana». Eso puede significar dividir sistemáticamente su ofrenda por el número de domingos por período de pago y dar ofrendas de igual cantidad «el primer día de la semana», o dar una pequeña cantidad de dinero los domingos que no dé su ofrenda principal.

Segunda, note que él dijo: «cada uno de ustedes» debía hacer esto. Cada cristiano que así se declare debe expresar su mayordomía del dinero de Dios por medio de la ofrenda. Esto significa que no podemos excusarnos de ofrendar

financieramente bajo el argumento de que ofrendamos nuestro tiempo o nuestros talentos. Compartir tales recursos es una administración buena y correcta de esas cosas, pero sustituir completamente con ellas la ofrenda financiera contradice la enseñanza bíblica acerca de la administración del dinero. La frase de Pablo «cada uno de ustedes» también significa que no podemos eximirnos totalmente de ofrendar por estar pasando un mal momento económico, o porque estamos jubilados, o porque somos adolescentes, o porque solamente trabajamos medio tiempo. Recuerde: Dios es dueño de todo lo que poseemos, incluso si no nos ha dado mucho para administrar, y es él quien nos dice cómo utilizar lo que le pertenece. Recuerde también: seremos más felices cuando utilicemos el dinero de Dios a la manera de Dios. La manera de Dios incluye ofrendar de manera planificada y sistemática.

Tercera, dice que cada uno deberá ofrendar «según haya prosperado» (1 Corintios 16:2, RVR60). Generalmente, cuanto más prospere usted, mayor deberá ser el porcentaje de sus ingresos que usted ofrende. La Biblia no establece un objetivo de porcentaje para ofrendar. Dar el 10 por ciento de su ingreso bruto no significa necesariamente que usted haya cumplido con la voluntad de Dios. El 10 por ciento no es el techo hasta donde debe llegar la ofrenda, sino el piso desde el cual crecer.

Jamás observo lo que ofrendan los demás, pero basado en conversaciones personales con las personas, sé que una familia en nuestra iglesia da casi 20 por ciento de su ingreso bruto al Señor, y otra familia generalmente ofrece entre 20 y 25 por ciento. Ni sus vecinos ni los demás miembros de la iglesia considerarían pudientes a estas familias. Pienso que es muy probable que nuestra congregación cuente con algunas familias más que ofrendan de ese modo. Tienen hijos, hipotecas y todas las cuentas que tenemos los demás. No siempre han ofrendado de esta manera. Sin embargo, con el correr de los años determinaron aumentar sistemáticamente el porcentaje de sus ofrendas a medida que prosperaban.

Caffy tenía una tía que no poseía muchas cosas, pero tampoco tenía muchos gastos, por lo que con el tiempo vivía con un 10 por ciento de sus ingresos y ofrendaba el 90 por ciento. En contraste, R. G. LeTourneau de Peoria, Illinois, fue un cristiano que ganó mucho dinero porque era un empresario y fabricante de maquinaria de movimiento de tierras. A medida que el Señor seguía haciendo que prosperara, él aumentaba la proporción de su ofrenda hasta consagrarse 90 por ciento de su ingreso anual para la obra del reino de Dios. ¿Usted cree que alguno de ellos está en el cielo arrepintiéndose de haber hecho eso?

George Müller preguntó:

¿Está usted ofrendando de forma sistemática para la obra del Señor, o lo está haciendo basado en su sentir, en la impresión que le queda según las circunstancias particulares o llamados impresionantes? Si no ofrendamos sistemáticamente por principio, descubriremos que nuestra corta y única vida se ha ido antes de que lo notemos, y que hemos hecho muy poco en respuesta a Aquel quien es digno de adoración, que nos compró con su preciosa sangre y a quien pertenece todo lo que tenemos y todo lo que somos[9].

Cada vez que usted recibe un aumento de sueldo, a menos que haya circunstancias excepcionales, planifique dar un mayor porcentaje de lo que ofrenda hoy. El aumento de porcentaje puede ser poco o mucho, pero fije una meta para ofrendar sistemáticamente más a Dios cada vez que usted «prospere».

Mis padres me enseñaron la ofrenda de porcentaje cuando era pequeño, cuando comenzaron a darme una mesada semanal de quince centavos. Me dieron tres cajas: una decía «ofrenda», la otra decía «ahorros» y la tercera decía «gastos». Cada semana, ponía una moneda de cinco centavos en la caja de «ahorros», otra moneda de cinco iba a la caja de «ofrenda» —y allí quedaba hasta que la llevaba a la iglesia el domingo— y la última moneda... bueno, la verdad es que nunca entraba en la caja de «gastos» porque de inmediato montaba mi bicicleta e iba a la tienda del centro del pueblo y compraba un paquete de tarjetas de béisbol. Pero aprendí a ofrendar de manera sistemática.

Preste atención a Müller nuevamente:

Por lo tanto, le imploro y ruego afectuosamente a mis amados amigos cristianos que lo tomen en serio y consideren que hasta este momento, se han privado a sí mismos de enormes bendiciones espirituales porque no han seguido el principio de ofrendar sistemáticamente, y de ofrendar de acuerdo a lo que Dios los prospere, y según un plan; no simplemente de acuerdo al impulso, ni tras ser conmovidos por un sermón misionero o de caridad, sino ofrendar por principio sistemáticamente y usualmente, así como Dios les permita. Si él les encomienda

una libra, ofrendar una proporción como corresponde; si se les deja un legado de mil libras, ofrendar como corresponde; si se les deja un legado de diez mil libras, o lo que sea, ofrendar como corresponde. Oh, hermanos míos, creo que si nos diéramos cuenta de la bendición, ofrendaríamos por principio; y de ser así, deberíamos ofrendar cien veces más de lo que ofrendamos en la actualidad[10].

La ofrenda generosa acarrea abundante bendición

Nuestro Señor Jesús dijo en Lucas 6:38: «Den, y recibirán. Lo que den a otros les será devuelto por completo: apretado, sacudido para que haya lugar para más, desbordante y derramado sobre el regazo. La cantidad que den determinará la cantidad que recibirán a cambio».

Esa no es una idea aislada en el Nuevo Testamento. Busque 2 Corintios 9:6-8 y lea esta promesa de Dios: «Recuerden lo siguiente: un agricultor que siembra solo unas cuantas semillas obtendrá una cosecha pequeña. Pero el que siembra abundantemente obtendrá una cosecha abundante. Cada uno debe decidir en su corazón cuánto dar; y no den de mala gana ni bajo presión, “porque Dios ama a la persona que da con alegría”. Y Dios proveerá con generosidad todo lo que necesiten. Entonces siempre tendrán todo lo necesario y habrá bastante de sobra para compartir con otros».

Si usted le da a Dios, estos textos dicen que Dios le dará a usted. Si usted ofrenda abundantemente, él le dará abundantemente a usted.

Creo que la «teología de la prosperidad» que es popular en la actualidad es herejía. Corrompe el evangelio, malinterpreta a Dios y engaña a sus defensores. No creo que si usted ofrenda mucho a Dios él lo hará financieramente rico aquí en la tierra. Pero sí creo que pasajes como estos y otros indican que se darán bendiciones terrenales de naturaleza no específica a quienes sean administradores fieles del dinero de Dios. El final del versículo 8 menciona que «en toda circunstancia, tengan todo lo necesario, y toda buena obra abunde en ustedes» (NVI). Esto habla claramente acerca de las bendiciones terrenales. Dios nunca dice que si usted ofrenda fielmente, él le dará mucho dinero o alguna otra bendición terrenal específica. Pero sí dice que lo bendecirá en esta vida si usted lo ama y confía en él lo suficiente como para ser generoso en su ofrenda a él.

No obstante, tenga cuidado con tres enemigos de la ofrenda generosa. Primero, el mundo quiere el dinero de Dios. La propaganda lo deja bien claro. Segundo, los cristianos poseen el mismo deseo pecaminoso que el resto de las personas — la Biblia llama a esos deseos «la carne»— de usar el dinero de forma egoísta. Tercero, el diablo nos tienta a despilfarrar dinero porque es nuestro enemigo y es el enemigo del reino de Dios, y quiere arruinar vidas y la obra de Dios. Pero si Dios realmente nos ama como dice (y él demostró lo profundo de su amor en la cruz), entonces debemos creer que nos dirá cómo utilizar el dinero de maneras que básicamente nos darán mayores beneficios y nos traerán más gozo del que lograríamos utilizando el dinero a nuestra manera.

Sin embargo, la mayor parte de la bendición de Dios por nuestra ofrenda no llegará en esta vida. Requiere fe creer que ofrendar dinero aquí en la tierra almacenará tesoros en el cielo. Requiere fe creer que Jesús dijo con razón: «Hay más bendición en dar que en recibir» (Hechos 20:35). Pero si estos pasajes son ciertos (¡y lo son!), podemos creer que en un momento específico, en un lugar real, Dios efectivamente nos recompensará abundantemente por lo que hayamos ofrendado generosa y alegremente.

Sin importar su interpretación de estos pasajes, sin importar cuánto lo recompense Dios aquí por sus ofrendas y cuánto en el cielo, la conclusión es clara: Dios lo bendecirá abundantemente si usted ofrenda generosamente.

MÁS APLICACIÓN

¿Está usted preparado para el fin de los tiempos? Jim Croce fue un popular músico cantautor en la década de los setenta. Una de sus grabaciones más famosas fue «Time in a Bottle» (El tiempo en una botella), una canción de amor acerca de sus ganas de guardar el tiempo en una botella para así utilizarlo después con la persona amada. Lo inquietante de esta pieza fue que cuando alcanzó el puesto número uno de ventas en Estados Unidos, Jim Croce estaba muerto. Si hubiera podido guardar el tiempo en una botella, estoy seguro de que lo hubiera utilizado para prolongar su vida. Desde luego, no pudo hacer eso. Y aunque hubiera podido, el tiempo que había embotellado habría sido usado mucho tiempo atrás.

Solamente una cierta cantidad de granos de arena ocupan el reloj de arena de cada persona, y tarde o temprano se nos acaba a todos. Incluso mientras escribía este capítulo, recibí un llamado para ir a la casa de una persona cuyo padre acababa de morir. Si Cristo no regresa primero, algún día el último grano de tiempo de su vida caerá, y usted se irá con él.

¿Está usted preparado? Quizá haya escrito su testamento, planificado y pagado su funeral, y tenga un buen seguro, pero usted no está preparado a menos que la cuenta de sus pecados ante Dios esté resuelta. Usted no está preparado —de hecho, usted no puede prepararse en su propia voluntad— para rendir cuentas del tiempo que ha perdido viviendo para sí mismo en lugar de para Dios, el tiempo que malgastó en desobediencia a Dios, el tiempo que despilfarró en búsquedas terrenales que estaban destinadas a perecer junto con el mundo, el tiempo que pudo haber invertido en la obra del reino de Dios.

Usted no está preparado para presentarse ante Dios a menos que haya tomado el tiempo de acercarse a Cristo para confesar el mal uso de su vida entera. Usted no está preparado para la muerte hasta que no le haya pedido a Dios que lo perdone teniendo como base la muerte de Cristo. Usted no está preparado para que el tiempo se detenga a menos que le haya dado el control del resto de su vida al Cristo resucitado.

Hebreos 4:7 dice: «Cuando oigan hoy su voz no endurezcan el corazón». El infierno está lleno de personas que endurecieron su corazón mientras aún tenían tiempo para arrepentirse y creer en Cristo. Muchos de los que están hoy en el infierno endurecieron su corazón porque creyeron que tenían mucho tiempo y se acercarían a Cristo más adelante. Pero ninguna persona en el infierno endurecería su corazón si le fuera dada la oportunidad que usted tiene hoy; si tuviera una ocasión más, como usted la tiene, de responder al evangelio. Un coro infernal de millones llora angustiosamente junto con Hebreos 4:7 ante los que están lejos de Cristo: «Cuando oigan hoy su voz no endurezcan el corazón».

¿Está usted utilizando su tiempo como Dios querría que lo utilizara? Evalúe su uso del tiempo en cada una de estas áreas, y pregúntese si está pasando su tiempo en cada una como Dios querría (recordando que existen extremos para ambos lados de cada uno de estos): familia, trabajo, iglesia, tareas de la casa, medios de comunicación, deportes, el día del Señor, pasatiempos, ejercicio, descanso, lectura de la Biblia, oración y preparación física para cada día. ¿Hay algún punto delicado? Si es así, ¿podría ser ese el empujoncito del Señor

para un cambio necesario?

Tal vez su uso del tiempo necesita un afinamiento. Tal vez Dios lo esté llamando a un ajuste importante. Pero recuerde que una vida disciplinada es imposible sin la Disciplina del tiempo. También lo diremos positivamente: Una vida disciplinada es posible por medio de la Disciplina del tiempo.

Permítame insertar aquí una palabra para corregir posibles malentendidos. El uso disciplinado del tiempo descrito en estas páginas no debe comprenderse como promoviendo un estilo de vida implacable, incansable y propenso al agotamiento. Tras leer varias biografías de Jonathan Edwards, quien predicó el sermón «The Preciousness of Time» (El valor precioso del tiempo), al que se hizo referencia anteriormente, estoy convencido de que vivió consistentemente de acuerdo a los principios bíblicos respecto al uso del tiempo que se describen en este capítulo. Sin embargo, sus biógrafos nunca lo retratan como un hombre distraído o agitado, apurado a lo largo del día, siempre atrasado en su horario. Aunque era introvertido y resuelto a lo que hoy llamaríamos «producir», le daba la bienvenida a todos los que acudían a él como pastor. Su hogar estaba casi constantemente lleno de invitados de visita prolongada, generalmente pastores en entrenamiento. Al menos una vez al día, Edwards se encontraba con su esposa, Sarah, además de las tres comidas que disfrutaba en su casa a diario con ella y el resto de la familia. Pasaba tiempo con sus once hijos y sabía cómo divertirse con ellos. Él hacía todas estas cosas porque creía que eran un uso sabio de su tiempo y que hacerlas agradaba a Dios.

En el centro de la Disciplina bíblica del tiempo se encuentra hacer la voluntad de Dios cuando esta deba hacerse. «Hay una temporada para todo, un tiempo para cada actividad bajo el cielo», dice Eclesiastés 3:1. Existe un momento para las Disciplinas específicas mencionadas en este libro, pero también existe un tiempo para disciplinarnos para descansar, para reponer nuestros recursos físicos y emocionales por medio de buena recreación, y para cultivar relaciones. Si bien Jesús a menudo pastoreaba largas horas, y con frecuencia bajo condiciones que le producían grandes exigencias, aun con eso era un hombre que descansaba, se relajaba (después de todo, adonde fuera que se dirigiera, iba caminando, y seguramente al menos una parte de ese caminar era a un ritmo pausado) y cultivaba relaciones. Nunca utilizó mal una hora; no obstante, jamás leemos que haya actuado apresuradamente. Y Jesús es nuestro Modelo en cuanto al uso disciplinado del tiempo.

Una vida más semejante a la de Cristo es realmente posible para usted por medio de una Disciplina del tiempo llena del Espíritu. Dios no utiliza el crecer en la gracia como un sueño espiritual que es tentador pero jamás se alcanza. Él promete que el verdadero progreso en la piedad es posible y que las Disciplinas Espirituales son el medio. El paso práctico detrás de cada Disciplina Espiritual es la Disciplina del tiempo.

¿Está usted dispuesto a aceptar los principios de Dios para ofrendar? Los ha leído y ha pensado al respecto, pero ¿cree usted en ellos y los acepta como la voluntad de Dios para usted?

¿Está usted ofrendando de corazón? Su uso del dinero —aquellos por lo cual usted intercambia gran parte de su vida— ¿deja en claro que usted sigue a Cristo y busca la piedad? ¿Resolverá usted que, desde este día en adelante, su ofrenda demostrará que Jesucristo es el centro de su vida?

Un artículo titulado «A Gallery of the Greatest» (Una galería de los más grandes) apareció en la edición centenaria del periódico The Wall Street Journal[11]. Repasó la carrera de varios hombres que el Journal consideraba éxitos empresariales y financieros, hombres como Andrew Carnegie, Henry Ford, J. P. Morgan y otros. A pesar de sus muchos millones, a pesar del uso benevolente y filantrópico que le dieron a su riqueza, la mayoría de los hombres de este artículo no parecía utilizar su dinero como Dios enseña en las Escrituras. Pero usted puede hacerlo. Es demasiado tarde para la «Galería de los más grandes», pero no para usted. Sin importar lo mucho o poco que usted tenga, como creyente puede disciplinarse para utilizar su dinero para los propósitos más grandes de la tierra: para la gloria de Dios y «para la piedad».

CAPÍTULO 9

EL AYUNO... PARA LA PIEDAD

La autoindulgencia es enemiga de la gratitud, y la autodisciplina, en general, su amiga y generadora. Es por eso que la gula es un pecado mortal. Los primeros padres del desierto creían que los apetitos de una persona están relacionados: los estómagos repletos y los paladares hastiados aplacan el hambre y la sed de justicia. Echan a perder el apetito por Dios.

CORNELIUS PLANTINGA JR.

Rápido: ¿Cómo son las personas que ayunan? ¿Qué clase de personas le vienen a la mente? ¿Le resultan un poco raras? ¿Son del estilo de Juan el Bautista? ¿Son legalistas? ¿Son maníacos de la salud?

Cuando piensa en el ayuno y en «los que ayunan», ¿le viene a la mente Jesús? Sabe, él practicaba el ayuno y enseñó a ayunar. Sin embargo, de todas las Disciplinas Espirituales, el ayuno es la más temida e incomprendida.

Una de las razones por la que muchos tienen miedo a ayunar es porque creen que nos hará quedar innecesariamente como raros o que traerá consecuencias indeseables. Tenemos miedo de que el ayuno nos transforme en fanáticos ojerosos o en bichos raros para Dios. Nos preocupa que nos haga sufrir terriblemente y que nos dé una experiencia negativa en general. Para algunos cristianos, ayunar con fines espirituales es tan impensable como caminar descalzos sobre una hoguera o agarrar serpientes venenosas con las manos para demostrar su devoción.

El ayuno es la Disciplina más incomprendida debido a la hambruna de la conciencia contemporánea del mismo. Si bien es cierto que hoy en día hay un

renovado interés por el ayuno, ¿cuántas personas conoce usted que lo practiquen? ¿Cuántos sermones ha escuchado sobre el tema? En la mayoría de los círculos cristianos, rara vez escuchará que se mencione el ayuno, y pocos habrán leído algo al respecto. Sin embargo, en las Escrituras se le menciona tantas veces (unas sesenta y dos veces) como para ponerlo entre los temas más importantes.

En una sociedad glotona, autoindulgente, que rechaza la negación de sí misma, es posible que a los cristianos les cueste aceptar y comenzar a practicar el ayuno. Pocas Disciplinas contradicen tan radicalmente la carne y la cultura establecida como lo hace esta. Aun así, no debemos atrevernos a subestimar su importancia bíblica. Desde luego, algunas personas no pueden ayunar por motivos médicos. Aun así, hasta las personas que no pueden hacer ayuno de sólidos pueden disfrutar muchas de las aplicaciones de esta Disciplina. Ningún cristiano debería ignorar los beneficios del ayuno en la búsqueda disciplinada de una vida semejante a la de Cristo.

EXPLICACIÓN DEL AYUNO

El ayuno cristiano es la abstinencia voluntaria de ingerir comida con propósitos espirituales. Otros tipos de ayuno (pese a los beneficios que puedan producir para la mente y para el cuerpo), no pueden clasificarse como ayuno cristiano, y el ayuno de alguien que no es cristiano no produce un valor eterno. Es para los creyentes en Cristo, pues la Disciplina debe estar arraigada en la relación con Cristo y practicarse con el deseo de llegar a ser más semejante a él. Los creyentes deberían ayunar de acuerdo con la enseñanza bíblica y con objetivos centrados en Dios. Es voluntario en el sentido de que el ayuno no debe ser forzado. Y el ayuno es más que lo último en dietas de choque para el cuerpo; es la abstinencia de la comida con propósitos espirituales.

Permitáme abordar primero el hecho de que, estrictamente hablando, ayunar es abstenerse de la comida. Hay una visión más general del ayuno a la que muchas veces no se le da importancia, según la que, con propósitos espirituales, una persona se abstiene de o se niega a sí misma el placer de algo que no sea comida. A veces, por ejemplo, podemos percibir la necesidad de «ayunar» de

relacionarnos con otras personas, de los medios de comunicación, de un deporte o un pasatiempo, de hablar, de dormir, del sexo[1], etcétera. El motivo podría ser que sentimos que esa actividad está ejerciendo demasiada influencia en nuestro corazón o en nuestro tiempo, y necesitamos ayunar de ella para recuperar una perspectiva más bíblica. O simplemente podría ser que queremos estar libres para concentrarnos más en un enfoque espiritual determinado.

Martyn Lloyd-Jones convalida la aceptabilidad de esta definición más amplia del ayuno:

Para completar el asunto, agregaremos que el ayuno, si lo concebimos bien, no solo debe confinarse a la cuestión de la comida y la bebida; el ayuno debería incluir la abstinencia de cualquier cosa legítima en sí misma y por sí misma, en beneficio de algún propósito espiritual especial. Existen muchas funciones corporales buenas, normales y perfectamente legítimas, pero que, por motivos peculiares y especiales, en determinadas circunstancias deberían ser controladas. Eso es el ayuno. Sugiero que esa es una especie de definición general de lo que se entiende por ayuno[2].

Entonces, aunque sea apropiado hablar del ayuno de cualquier libertad legítima, técnicamente, la Biblia usa el término solo en su sentido primario; es decir, la abstinencia de alimentos. En este capítulo, limitaré mis comentarios a esa clase de ayuno.

Para entender el ayuno con propósitos espirituales, fíjese que la Biblia hace una distinción entre varias clases de ayuno. Aunque no utilice las etiquetas que frecuentemente usamos hoy en día para describir estos ayunos, se puede encontrar cada uno de los siguientes:

El ayuno normal implica abstenerse de todo alimento, pero no de agua. Mateo 4:2 informa sobre Jesús: «Durante cuarenta días y cuarenta noches ayunó y después tuvo mucha hambre». No dice nada acerca de que haya tenido sed. Además, Lucas 4:2 dice que «no comió nada en todo ese tiempo», pero no dice que no haya bebido nada. Dado que el cuerpo puede funcionar solo unos pocos días sin agua, suponemos que él bebió agua durante esas semanas (a menos que, y es posible, haya sido un ayuno sobrenatural según lo descrito a continuación).

Abstenerse de ingerir alimentos pero beber agua, o quizá otros líquidos, es el tipo de ayuno cristiano más común.

El ayuno parcial es una limitación en la dieta, pero no la abstención de todo alimento. Durante tres días, Daniel y otros tres jóvenes judíos únicamente consumieron «legumbres para comer y agua para beber» (Daniel 1:12, LBLA). Mateo 3:4 dice que el resistente profeta Juan el Bautista «se alimentaba con langostas y miel silvestre» durante un período de tiempo que se desconoce. Históricamente, los cristianos han cumplido ayunos parciales comiendo porciones de comida mucho más pequeñas que las habituales durante un período determinado, y/o comiendo solo algunas comidas sencillas. De este modo pueden ayunar muchos de los que se pondrían en peligro al cumplir un ayuno normal[3].

El ayuno absoluto es evitar todo alimento y líquido, incluso el agua. Leemos que «Esdras se retiró [...] sin comer ni beber nada. Seguía en duelo a causa de la infidelidad de los que habían regresado del destierro» (Esdras 10:6). Cuando Ester les pidió a los judíos que ayunaran y oraran por ella, dijo: «Ve y reúne a todos los judíos que están en Susa y hagan ayuno por mí. No coman ni beban durante tres días, ni de noche ni de día» (Ester 4:16). Después de que el apóstol Pablo se convirtió en el camino a Damasco, Hechos 9:9 nos dice que «Permaneció allí, ciego, durante tres días sin comer ni beber».

La Biblia también describe un ayuno sobrenatural. Hay dos ejemplos de esto. Cuando Moisés escribió sobre su encuentro con Dios en el monte Sinaí, dijo: «Estuve allí cuarenta días y cuarenta noches, y durante todo ese tiempo no probé alimento ni bebí agua» (Deuteronomio 9:9). Primera de Reyes 19:8 puede estar diciendo que Elías hizo lo mismo cuando fue al sitio del ayuno milagroso de Moisés: «Entonces se levantó, comió y bebió, y la comida le dio fuerza suficiente para viajar durante cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar al monte Sinaí, la montaña de Dios». Estos ayunos necesitaron la intervención sobrenatural de Dios en el proceso físico, y no se repiten excepto por el llamado específico y la provisión milagrosa del Señor[4].

El ayuno en privado es el que se menciona más a menudo en este capítulo y lo que Jesús quiso decir en Mateo 6:16-18 cuando dijo que debemos ayunar de una manera que no sea percibida por los demás.

Los ayunos de la congregación son el tipo de ayuno que encontramos en Joel

2:15-16 (NVI): «Toquen la trompeta en Sión, proclamen el ayuno, convoquen a una asamblea solemne. Congreguen al pueblo, purifiquen la asamblea». Al menos una parte de la congregación de Antioquía estaba ayunando en grupo en Hechos 13:2, como lo demuestran las palabras de Lucas: «Mientras estos hombres adoraban al Señor y ayunaban...».

La Biblia también habla de los ayunos nacionales. En respuesta a una invasión, el rey Josafat (en 2 Crónicas 20:3) le ordenó al pueblo que ayunaran: «Josafat quedó aterrado con la noticia y le suplicó al SEÑOR que lo guiara. También ordenó a todos en Judá que ayunaran». Todos los judíos fueron convocados para ayunar en Nehemías 9:1 y en Ester 4:16, y el rey de Nínive anunció un ayuno para todo su pueblo en respuesta al sermón de Jonás (vea Jonás 3:5-8). A propósito, en los comienzos de los Estados Unidos, el Congreso proclamó tres ayunos nacionales. Los presidentes John Adams y James Madison llamaron a los estadounidenses a ayunar, y Abraham Lincoln lo hizo en tres oportunidades distintas durante la guerra civil de los Estados Unidos[5].

Dios estableció un ayuno regular en el Antiguo Testamento. Cada año, todos los judíos debía ayunar en el Día del Perdón (vea Levítico 16:29-31). Mientras estaban en Babilonia, los líderes de los judíos instituyeron otros cuatro ayunos anuales (vea Zacarías 8:19). El fariseo de Lucas 18:12 se enorgullecía de sí mismo en oración por guardar la tradición de los fariseos, y decía: «Ayuno dos veces a la semana». Aunque no contara con un mandamiento bíblico, John Wesley no ordenaba a un hombre como ministro metodista si este no ayunaba habitualmente todos los miércoles y viernes.

Por último, la Biblia menciona ayunos ocasionales. Estos se realizan en ocasiones especiales a medida que surge la necesidad. Este fue el tipo de ayuno que Josafat y Ester pidieron en vista de las circunstancias. Esta es la clase de ayuno que implica Jesús en Mateo 9:15: «¿Acaso los invitados de una boda están de luto mientras festejan con el novio? Por supuesto que no, pero un día el novio será llevado, y entonces sí ayunarán».

Actualmente, el ayuno más común entre los cristianos probablemente está en las categorías de normal (abstenerse de comida pero no de agua), privado y ocasional.

EL AYUNO ES ALGO QUE SE ESPERA DE NOSOTROS

Para los que no están familiarizados con el ayuno, la parte más sorprendente de este capítulo tal vez sea descubrir que Jesús esperaba que sus seguidores ayunaran. Préstale atención a las palabras de Jesús al comienzo de Mateo 6:16-17: «Cuando ayunes... Pero tú, cuando ayunes...» (énfasis añadido). Al darnos instrucciones sobre qué hacer y qué no hacer cuando ayunemos, Jesús da por sentado que nosotros ayunaremos.

Esta expectativa es aún más obvia cuando comparamos estas palabras con sus declaraciones en el mismo pasaje (Mateo 6:2-3) sobre la ofrenda: «Por eso, cuando des... Más bien, cuando des...» (LBLA, énfasis añadido). Compare también lo que dijo en la misma sección (Mateo 6:5-7) sobre la oración: «Cuando ores... Pero tú, cuando ores... Cuando ores...» (énfasis añadido). Nadie duda que tenemos que dar y orar. De hecho, este pasaje se usa a menudo para enseñar los principios de Jesús acerca de ofrendar y orar. Dado que no hay nada aquí, ni en ninguna otra parte de las Escrituras, que indique que ya no necesitamos ayunar, y puesto que sabemos que los cristianos del libro de los Hechos ayunaban (vea 9:9; 13:2; 14:23), podemos concluir que Jesús todavía espera que sus seguidores ayunemos.

Las palabras de Jesús en Mateo 9:14-15 son aún más sencillas. Inmediatamente después de llamar a Mateo el cobrador de impuestos para que lo siguiera, Jesús fue a comer a la casa de Mateo. Los fariseos fueron y preguntaron cómo podía comer Jesús con semejante pecador. Los discípulos de Juan el Bautista también tuvieron un problema con eso. Como Juan, eran hombres firmes que participaban en su ministerio de llamar a las personas al arrepentimiento, y el ayuno era parte de su discipulado. Tenían que mostrarles a las personas quién era Cristo, como lo hacía Juan, pero estaban confundidos por el contraste entre Jesús, que estaba de banquetes aquí, y el ayuno que Juan a menudo les recalcaba. Por eso le preguntaron a Jesús: «“¿Por qué tus discípulos no ayunan, como lo hacemos nosotros y los fariseos?”». Jesús respondió: “¿Acaso los invitados de una boda están de luto mientras festejan con el novio? Por supuesto que no, pero un día el novio será llevado, y entonces sí ayunará”» (énfasis añadido).

Jesús dijo que llegaría el día en el que sus discípulos «ayunaríań». Ese día es hoy. Jesús, el «Novio» de la iglesia, se ha ido al cielo. Su pueblo ayuna como

parte de su anhelo y expectación por el regreso de Jesús. John Piper escribió: «El ayuno cristiano es en su raíz el hambre de la añoranza por Dios»[6]. A veces, el ayuno parece la única manera de reaccionar al dolor de nuestro corazón por la consumación de todas las cosas, por el momento en que al fin estemos con Dios y todas las cosas sean restauradas, hechas nuevas y corregidas. Hasta que el Novio vuelva por su novia, él sabe que este anhelo por él inclinará nuestro corazón, con el resultado de que «ayunaremos».

Las únicas instrucciones que dio Jesús, además de las ya mencionadas, están en Mateo 6:16-18. Ahí, Jesús nos da una orden negativa, una orden positiva y una promesa. La orden negativa está primero: «Cuando ayunen, no pongan cara triste como hacen los hipócritas, que demudan sus rostros para mostrar que están ayunando. Les aseguro que éstos ya han obtenido toda su recompensa» (versículo 16, NVI). Cuando ayune, no lo anuncie por medio de su aspecto físico o de su manera de actuar. No se muestre abatido. No hable del hambre que tiene. No descuide su apariencia.

La orden positiva viene a continuación: «Pero tú, cuando ayunes, péinate y lávate la cara. Así, nadie se dará cuenta de que estás ayunando, excepto tu Padre, quien sabe lo que haces en privado» (versículos 17-18). En lugar de tener el aspecto de un mendigo hambriento, muéstrese de tal manera que nadie pueda decir por su apariencia que usted está ayunando. El único Observador de su ayuno debería ser el Dios Secreto. Nadie más debe saber que usted está ayunando, a menos que sea absolutamente inevitable o necesario. Si está casado o si alguien habitualmente cocina para usted, la cortesía tal vez le obligue a avisarle a su cónyuge o a esa persona sobre su ayuno. El problema no es si otra persona sabe o le pregunta acerca de su ayuno, sino si usted quiere que esa persona lo sepa o se lo pregunte para parecer más espiritual. En el primer caso, simplemente está dando la información que alguien necesita o pide; en el segundo, pone al descubierto la hipocresía y desobedece la orden que Jesús dio al comienzo de este mismo capítulo de Mateo: «¡Tengan cuidado! No hagan sus buenas acciones en público para que los demás los admiren, porque perderán la recompensa de su Padre, que está en el cielo» (6:1).

Luego, Jesús nos dio una promesa acerca del ayuno: «Tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará» (versículo 18). Él no dijo cuándo ni cómo lo recompensará el Padre, pero Jesús prometió que «tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará» (énfasis añadido). Tan incuestionable como cualquier promesa de las Escrituras es la promesa de que Dios lo bendecirá y lo recompensará cuando usted ayune.

según su Palabra.

Es interesante que Jesús no nos haya dado ninguna orden sobre con qué frecuencia o de qué manera deberíamos ayunar. Como las demás Disciplinas Espirituales, el ayuno nunca debería degenerar en una rutina vacía y legalista. Dios ofrece bendecirnos por medio del ayuno tantas veces como lo deseemos.

Dado que Jesús no nos dio instrucciones específicas sobre el tema, ¿cuánto tiempo deberíamos ayunar? En la Biblia encontramos ejemplos de ayunos que duraron un día o parte de un día (vea Jueces 20:26; 1 Samuel 7:6; 2 Samuel 1:12; 3:35; Nehemías 9:1; Jeremías 36:6), un ayuno de una noche (vea Daniel 6:18-24), ayunos de tres días (vea Ester 4:16; Hechos 9:9), ayunos de siete días (vea 1 Samuel 31:13; 2 Samuel 12:16-23), un ayuno de catorce días (vea Hechos 27:33-34), un ayuno de veintiún días (vea Daniel 10:3-13), ayunos de cuarenta días (vea Deuteronomio 9:9; 1 Reyes 19:8; Mateo 4:2) y ayunos de duración no especificada (vea Mateo 9:14; Lucas 2:37; Hechos 13:2; 14:23). En sentido literal, la abstinencia de una comida con fines espirituales constituye un ayuno. Así que la duración de su ayuno depende de usted y de la guía del Espíritu Santo.

EL AYUNO DEBE HACERSE CON UN PROPÓSITO

El ayuno bíblico es más que abstenerse de ingerir comida. Si usted no tiene un propósito espiritual para ayunar, no es más que un ayuno para bajar de peso. Será como el hombre que le dijo a un escritor del tema del ayuno:

Yo ayuné en varias oportunidades y no pasó nada. Solo pasé hambre. [...] Hace varios años, escuché a un par de pastores hablando sobre el ayuno. Por recomendación de ellos, intenté mi primer ayuno. Dijeron que era un mandamiento que estaba en la Biblia y que debía ser practicado por todos los cristianos. Como yo era cristiano, decidí intentarlo. Después de posponerlo durante varios días, me armé del valor suficiente como para empezar. No pude sentarme con mi familia a la hora del desayuno porque no creía tener una

voluntad suficientemente fuerte como para abstenerme de comer, así que me fui a trabajar. El descanso para el café fue casi insopportable, y dije una mentirita para explicar por qué no salía con los demás. Lo único en lo que podía pensar era en cuánta hambre tenía. Me dije a mí mismo: «Si logro sobrevivir a este día, nunca intentaré esto de nuevo». La tarde fue todavía peor. Trataba de concentrarme en mi trabajo, pero lo único que podía escuchar era el rugido de mi estómago. Mi esposa cocinó para ella y para nuestro hijo, y apenas podía soportar el aroma de la comida. Supuse que si llegaba hasta la medianoche, habría ayunado todo el día. Lo hice, pero inmediatamente después de que dieran las doce, ataqué la comida. No creo que ese día de ayuno me haya ayudado ni un poco[7].

Por supuesto, es probable que él tenga razón. Este hombre no tuvo un propósito bíblico para su ayuno. Sin un propósito, el ayuno puede ser una experiencia miserable y egocéntrica si se trata únicamente de fuerza de voluntad y resistencia.

Tener un propósito bíblico para ayunar puede ser el concepto más importante que saque de este capítulo. Así es como funciona en la vida real: cuando está ayunando y le duele la cabeza o le gruñe el estómago, y usted piensa: ¡Tengo hambre!, es probable que a continuación piense: Ah sí, tengo hambre porque hoy estoy ayunando. Entonces, lo siguiente que debería pensar es: Y estoy ayunando por este propósito: _____.

Si no tiene un claro propósito bíblico, el ayuno se convierte en un fin en sí mismo. Lo único que logra con cada punzada de hambre es calcular el tiempo que falta hasta que pueda comer. Ese tipo de pensamiento desconecta el evangelio de la experiencia de su mente y su corazón, y cae en el engaño de que quizás su sufrimiento logre ganar el favor de Dios.

Aunque el malestar físico sea desagradable (quizá, incluso, doloroso), es importante que sienta algún grado de hambre durante su ayuno[8]. El hambre le sirve como un recordatorio constante de su propósito espiritual. Por ejemplo, si su objetivo es orar por su cónyuge, cada vez que le ruge el estómago o le duele la cabeza, su hambre le recuerda que está ayunando, lo que a su vez le recuerda que está ayunando por el propósito de orar por su cónyuge, y entonces orará. Así que, cada vez que siente hambre durante su ayuno (ya sea que esté trabajando,

manejando el auto, hablando con alguien, sentado frente a la computadora, caminando o lo que sea), se acordará de su propósito; en este caso, de orar por su cónyuge. Como consecuencia, el hambre lo motivará a orar por su cónyuge mucho más seguido de lo que lo haría en otro caso, que es exactamente lo que usted quería hacer.

La Biblia establece muchos propósitos para ayunar. Yo los he condensado en diez categorías importantes. Tenga en cuenta que ninguno de los propósitos es obtener el favor de Dios. Es inútil ayunar como una manera de impresionar a Dios y lograr su aceptación. La fe en la obra de Jesucristo nos hace aceptables ante Dios, no nuestros esfuerzos, a pesar de lo intensos o sinceros que sean. El ayuno no produce ningún beneficio eterno para nosotros hasta que nos acerquemos a Dios por medio del arrepentimiento y de la fe (vea Efesios 2:1-10 y Tito 3:5-7). Solo después de que Dios nos da vida por medio de Cristo podemos dedicarnos al ayuno cristiano. Y entonces, según John Piper: «Esta es la esencia del ayuno cristiano: anhelamos, ansiamos y ayunamos para saber más y más de todo lo que es Dios para nosotros en Jesús. Pero solo porque él ya nos sujetó y nos atrae siempre hacia adelante y hacia arriba a “toda la plenitud de Dios”»[9].

Entonces, cada vez que usted ayune como cristiano, debería hacerlo al menos por uno de los siguientes propósitos bíblicos.

Para fortalecer la oración

Juan Calvino escribió: «Cada vez que los hombres van a orar a Dios con respecto a cualquier asunto importante, sería conveniente aplicar el ayuno junto con la oración»[10]. El ayuno tiene algo que agudiza el filo de nuestra intercesión y nos hace más apasionados en nuestras súplicas. Por eso el pueblo de Dios ha utilizado muchas veces el ayuno cuando ha sentido una urgencia especial sobre los asuntos que elevan ante el Padre.

Cuando Esdras estaba a punto de dirigir a un grupo de exiliados de regreso a Jerusalén, proclamó un ayuno con el fin de que el pueblo buscara fervientemente al Señor para llegar a su destino a salvo. Durante ese viaje de casi mil quinientos kilómetros, iban a tener que enfrentar muchos peligros sin protección militar. Su

vulnerabilidad significaba que esta no era una cuestión común y corriente. Esdras 8:23 relata: «Ayunamos, pues, y pedimos a nuestro Dios acerca de esto, y El escuchó nuestra súplica» (LBLA).

La Biblia no enseña que el ayuno es una especie de huelga de hambre espiritual que obliga a Dios a hacer lo que le pedimos. Si se trata de algo que está fuera de la voluntad de Dios, nuestro ayuno no hará que él se lo replantee. El ayuno no cambia tanto el oír de Dios como nuestra oración. Una de las formas en que la cambia, como explica John Piper, es que el ayuno «es un intensificador del deseo espiritual»[11]. En su libro God's Chosen Fast (El ayuno escogido por Dios), Arthur Wallis concuerda:

El ayuno fue planeado para aportar un tono de urgencia e insistencia a nuestra oración, y para darle fuerza a nuestra súplica ante el tribunal celestial. El hombre que ora y ayuna le avisa al cielo que está hablando seriamente. [...] No solo eso, sino que también está expresando su seriedad de una manera designada por Dios. Está usando un instrumento que Dios ha escogido para hacer que su voz sea escuchada en el cielo[12].

Observe que el ayuno bíblico es una idea de Dios. Cuando sentimos la necesidad de fortalecer nuestras oraciones, Dios dice en las Escrituras que usemos la fuerza del ayuno. El ayuno bíblico no es un producto de la imaginación del hombre como forma de persuadir a Dios, similar a los esfuerzos que hicieron los profetas de Baal cuando, en su famoso enfrentamiento con Elías en el monte Carmelo, se hicieron daño a sí mismos con espadas en un vano intento por despertar a su dios (vea 1 Reyes 18:28). A nuestro Señor siempre lo complace escuchar las oraciones de su pueblo. Pero también lo complace que elijamos realzar nuestras oraciones de una manera que él mismo ordenó.

Otros personajes bíblicos que sumaron el ayuno a la oración incluyen a Nehemías, quien estuvo «ayunando y orando delante del Dios del cielo» (Nehemías 1:4, LBLA). Daniel se dedicó a rogarle a Dios «en oración y súplicas, en ayuno» (Daniel 9:3, LBLA). En una orden directa y divina que recibió el profeta Joel, Dios le dijo a Israel: «Vuélvanse a mí ahora, mientras haya tiempo; entréguenme su corazón. Acérquense con ayuno, llanto y luto» (Joel 2:12). No

fue hasta «después de pasar más tiempo en ayuno y oración» que los de la iglesia de Antioquía «impusieron las manos» sobre Bernabé y Saulo de Tarso y «los enviaron» a su primer viaje misionero (Hechos 13:3).

De todos los propósitos para ayunar que hay en las Escrituras, el ayuno para fortalecer la oración es definitivamente el más enfatizado. De hecho, todos los otros propósitos bíblicos para el ayuno tienen que ver con la oración de una u otra manera. El ayuno es uno de los mejores aliados que podemos introducir en nuestra vida de oración. No obstante, y a pesar de su poder potencial, pocos parecen dispuestos a disfrutar de sus beneficios. Citando a Arthur Wallis nuevamente:

Al darnos el privilegio de ayunar así como de orar, Dios ha incorporado un arma poderosa a nuestro arsenal espiritual. En su necesidad e ignorancia, la iglesia largamente lo consideró obsoleto. Lo ha arrojado a algún rincón oscuro para que se oxide, y ahí quedó, abandonado y olvidado durante siglos. Este tiempo de crisis inminente para la iglesia y para el mundo exige que sea recuperado[13].

Para buscar la guía de Dios

El segundo propósito para ayunar es discernir la voluntad de Dios con mayor claridad. En Jueces 20, las otras once tribus de Israel se prepararon para ir a la guerra contra la tribu de Benjamín. Los soldados se reunieron en Guibeá por causa de un pecado estremecedor que habían cometido los hombres de esa ciudad benjamita. Ellos buscaron al Señor antes de entrar en guerra y, aunque superaban a los benjamitas quince a uno, perdieron la batalla y a veintidós mil hombres. Al día siguiente, buscaron al Señor con oraciones y lágrimas, pero, nuevamente, perdieron la batalla y sufrieron miles de bajas. Confundidos, la tercera vez no solo buscaron la guía del Señor orando y llorando, sino que además «ayunaron hasta la noche» (versículo 26). Preguntaron: «¿Debemos volver a pelear contra nuestros parientes de Benjamín o debemos detenernos?». Entonces el Señor dejó clara su voluntad: «¡Vayan! Mañana se los entregaré» (versículo 28). Solo después de que lo buscaron ayunando, el Señor le dio la victoria a Israel.

Según Hechos 14:23, antes de que Pablo y Bernabé nombraran ancianos en las iglesias que habían fundado, primero oraron y ayunaron para recibir la guía de Dios.

David Brainerd oró y ayunó para discernir la directiva del Señor acerca de su ingreso al ministerio. El lunes 19 de abril de 1742, escribió en su diario: «Aparté este día para ayunar y orar a Dios para pedirle su gracia, especialmente para que me preparara para el trabajo del ministerio, para que me diera su ayuda y dirección divina en mis preparativos para esa gran obra, y para que, en su tiempo, me enviara a su cosecha»[14]. Sobre su experiencia con el ayuno de aquel día, contó:

Sentí el poder de la intercesión por las preciosas almas inmortales, por el avance del reino de mi amado Señor y Salvador en el mundo; y también la más dulce resignación, y aun el consuelo y el gozo, de pensar en sufrir adversidades, angustia y hasta la muerte misma, por fomentarlo. [...] Mi alma fue llevada muy lejos del mundo; intenté aprehender miles de almas. Creo que me expandí más por los pecadores que por los hijos de Dios; aunque sentí que podía pasarme la vida llorando por ambos. Disfruté dulcemente la comunión con mi amado Salvador. Creo que nunca en mi vida me sentí tan apartado de este mundo y tan resignado a Dios en todo[15].

Algunas semanas después, el 14 de junio, Brainerd volvió a ayunar con el propósito de buscar la dirección de Dios para el ministerio al cual él creía que Dios lo había designado: «Aparté este día para ayunar y orar en secreto, para rogarle a Dios que me dirigiera y me bendijera en cuanto a la gran tarea que preveía, la de predicar el evangelio»[16]. Mientras su cuerpo ayunaba, su alma se deleitaba: «El Señor me visitó maravillosamente en oración; creo que mi alma nunca antes sintió un sufrimiento como ese: no sentí ninguna limitación, pues los tesoros de la gracia divina se abrieron para mí: luché por los amigos ausentes, por la cosecha de las almas, por las multitudes de pobres almas y por muchos que yo creía que eran los hijos de Dios en muchos lugares lejanos»[17].

El ayuno no le asegura la certeza de recibir una guía tan clara de parte de Dios y confirmación de dirección como la recibió Brainerd en esta ocasión. Sin

embargo, si se practica correctamente, en verdad nos hace más receptivos a Aquel que le fascina guiarnos.

Para expresar el duelo

Tres de las primeras cuatro referencias bíblicas sobre el ayuno lo relacionan con una expresión del duelo. Como se menciona en Jueces 20:26, el motivo por el que los israelitas lloraron y ayunaron delante de Dios no solo fue para buscar su guía, sino para expresar su duelo por los cuarenta mil hermanos que habían perdido en la guerra. Después de que los filisteos mataron a Saúl y a sus hijos en la batalla, los hombres de Jabes de Galaad caminaron toda la noche para recuperar los cuerpos. Luego de enterrarlos, 1 Samuel 31:13 dice que hicieron duelo cuando «ayunaron por siete días». Segunda de Samuel habla de la reacción de David y sus hombres cuando escucharon la noticia: «Rasgaron sus ropas en señal de dolor. Hicieron duelo, lloraron y ayunaron todo el día por Saúl y su hijo Jonatán, también por el ejército del SEÑOR y por la nación de Israel, porque ese día habían muerto a espada» (2 Samuel 1:11-12).

El dolor causado por otros sucesos además de la muerte también puede expresarse por medio del ayuno. Por ejemplo, los cristianos han ayunado en aflicción por sus pecados. Hacerlo de esa manera no debería ser visto como un intento de pagar por nuestros pecados, porque nosotros no podemos pagar ese precio y porque Cristo ya lo ha hecho, una vez por todas (vea Hebreos 9:12; 10:10; 1 Pedro 3:18). Dios prometió que «si confesamos nuestros pecados a Dios, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad» (1 Juan 1:9). Eso no quiere decir que la confesión sea algo trivial y fácil, la simple articulación de unas palabras, un ritual verbal. Solamente reconocer no es confesar. Si miramos la confesión de una manera frívola y no apreciamos cuánto le costó nuestro pecado a Cristo, lo deshonramos. Aunque no sea una autoflagelación espiritual, la confesión bíblica sí implica algún grado de dolor por el pecado cometido. Puesto que el ayuno puede ser una expresión del duelo, nunca es inapropiado que el ayuno sea una parte voluntaria y sincera de la confesión. Algunas veces, sentía una pena tan profunda por mi pecado que las palabras solas parecían impotentes para expresarle a Dios lo que yo quería. Y aunque eso no me hizo más merecedor del perdón, el ayuno transmitió el duelo y

la confesión que las palabras solas no podían.

El ayuno también puede ser un medio para expresar el duelo por los pecados de otros, así como por los pecados de personas que pertenecen a su iglesia o por los de su país. Cuando el envidioso rey Saúl trataba de matar injustamente a David, la reacción de su hijo Jonatán fue que «se negó a comer durante ese segundo día del festival, porque estaba destrozado por la vergonzosa conducta de su padre hacia David» (1 Samuel 20:34), lo que implica que ayunó porque le dolía el tratamiento inmoral de su padre hacia David.

Caffy y yo tenemos una amiga que es cristiana desde hace pocos años. Cuando ella se apartó de su profesión de fe, expresamos nuestro dolor y oramos por ella con un ayuno compartido que duró varios días. Aunque la habíamos confrontado sobre su situación en varias oportunidades, luego de haber sido restaurada nos contó que saber que nosotros y otras personas de la iglesia habíamos ayunado por ella fue una de las principales influencias que Dios usó para hacerla regresar a la congregación. Además, nuestra iglesia ha guardado grupalmente algunos días de ayuno ocasionales, en parte para expresarle al Señor nuestro duelo por los pecados de nuestra nación.

Ya que el ayuno, así como el llanto, suele ser un instrumento para expresarle de manera física a Dios la profundidad de nuestros sentimientos, también es apropiado que las oraciones apesadumbradas estén acompañadas por el ayuno como por lágrimas.

Para buscar liberación o protección

En los tiempos bíblicos, uno de los ayunos más comunes era ayunar para pedir salvación de los enemigos o de las circunstancias. Luego de recibir la noticia de que un gran ejército venía contra él, el rey Josafat «quedó aterrado con la noticia y le suplicó al SEÑOR que lo guiara. También ordenó a todos en Judá que ayunaran. De modo que los habitantes de todas las ciudades de Judá fueron a Jerusalén para buscar la ayuda del SEÑOR» (2 Crónicas 20:3-4).

Antes leímos sobre el ayuno al que convocó Esdras cuando guió a un grupo de exiliados de regreso a Jerusalén. Allí, nos enteramos de que ellos oraron para

fortalecer sus oraciones. Pero preste atención que, a partir del contexto más amplio de Esdras 8:21-23, la oración que querían fortalecer con el ayuno era para pedir la protección de Dios:

Allí, junto al canal de Ahava, di órdenes de que todos ayunáramos y nos humilláramos ante nuestro Dios. En oración le pedimos a Dios que nos diera un buen viaje y nos protegiera en el camino tanto a nosotros como a nuestros hijos y nuestros bienes. Pues me dio vergüenza pedirle al rey soldados y jinetes que nos acompañaran y nos protegieran de los enemigos durante el viaje. Después de todo, ya le habíamos dicho al rey que «la mano protectora de nuestro Dios está sobre todos los que lo adoran, pero su enojo feroz se desata contra quienes lo abandonan». Así que ayunamos y oramos intensamente para que nuestro Dios nos cuidara, y él oyó nuestra oración.

Probablemente, uno de los ayunos corporativos más conocidos de las Escrituras es el de Ester 4:16, y su propósito fue pedirle a Dios que los protegiera y los liberara. La reina Ester llamó al ayuno para apoyar el pedido que le había hecho a Dios de protegerla contra la ira del rey. Hizo un plan, arriesgándose a morir, para entrar en la corte del rey Jerjes sin ser invitada para pedirle que liberara a los judíos del exterminio. Le dijo a su primo Mardoqueo: «Ve y reúne a todos los judíos que están en Susa y hagan ayuno por mí. No coman ni beban durante tres días, ni de noche ni de día; mis doncellas y yo haremos lo mismo. Entonces, aunque es contra la ley, entraré a ver al rey. Si tengo que morir, moriré».

Cuando nuestra iglesia hace un día de ayuno en aflicción por los pecados de nuestro país, también incluimos oraciones pidiéndole a Dios que nos proteja y nos libre de los enemigos que puedan surgir a causa de nuestros pecados. Sabemos que Dios a menudo disciplinaba a Israel. Quizá no pensemos en la realidad de un pecado a nivel nacional tan seguido como deberíamos, y de cómo los cristianos experimentaremos parte de cualquier juicio nacional que venga, aunque nosotros no contribuyamos de manera directa al pecado nacional.

Pero no todos los ayunos que buscan la liberación o la protección de Dios son ayunos colectivos. David escribió el Salmo 109 para suplicar ser aliviado a nivel personal de un grupo de enemigos y de su líder en particular. Hizo un ayuno

privado acompañando su oración, como lo indica el versículo 24: «Mis rodillas están débiles de tanto ayunar y estoy reducido a piel y huesos». Al parecer, este era un ayuno atípicamente largo.

El ayuno, y no los esfuerzos de la carne, debería ser una de nuestras primeras defensas cuando nuestros familiares, compañeros de escuela, vecinos o colegas nos «persiguen» a causa de nuestra fe. Normalmente nos sentimos tentados a contraatacar con enojo, agredir verbalmente, acusar de vuelta al otro e, incluso, entablar acciones legales. Pero en lugar de recurrir a las maniobras políticas, a los chismes y a imitar las tácticas mundanas de nuestros enemigos, deberíamos pedirle a Dios mediante el ayuno que nos proteja y nos libre.

Para manifestar arrepentimiento y el regreso a Dios

Ayunar con este propósito es similar a ayunar con el propósito de expresar dolor por el pecado. Pero mientras que el arrepentimiento es un cambio de mentalidad que da lugar a un cambio de comportamiento, el ayuno puede representar algo más que solo apenarse por el pecado. También puede señalar un compromiso a la obediencia y una nueva dirección.

Los israelitas manifestaron su arrepentimiento por medio del ayuno en 1 Samuel 7:6, cuando «sacaron agua y la derramaron delante del SEÑOR, ayunaron aquel día y dijeron allí: “Hemos pecado contra el SEÑOR”» (LBLA). En Joel 2:12, el Señor le ordenó específicamente a su pueblo que representaran su arrepentimiento y su regreso a él por medio del ayuno: «Vuélvanse a mí ahora, mientras haya tiempo; entréguenme su corazón. Acérquense con ayuno, llanto y luto».

Sin duda, el ayuno más riguroso que se ha registrado es el que está en Jonás 3:5-8, y es un ayuno para expresar arrepentimiento. Después de que Dios bendijo la predica de Jonás con un gran despertar espiritual:

La gente de Nínive creyó el mensaje de Dios y desde el más importante hasta el menos importante declararon ayuno y se vistieron de tela áspera en señal de

remordimiento.

Cuando el rey de Nínive oyó lo que Jonás decía, bajó de su trono y se quitó sus vestiduras reales. Se vistió de tela áspera y se sentó sobre un montón de cenizas. Entonces el rey y sus nobles enviaron el siguiente decreto por toda la ciudad:

«Nadie puede comer ni beber nada, ni siquiera los animales de las manadas o de los rebaños. Tanto el pueblo como los animales tienen que vestirse de luto y toda persona debe orar intensamente a Dios, apartarse de sus malos caminos y abandonar toda su violencia».

El ayuno no solo puede expresar arrepentimiento; puede ser en vano si no incluye arrepentimiento. Como con todas las Disciplinas Espirituales, ayunar es poco más que una «obra muerta» si constantemente endurecemos nuestro corazón al llamado de Dios para que nos ocupemos de un pecado específico en nuestra vida. Jamás debemos tratar de meternos de lleno en una Disciplina Espiritual intentando ahogar la condenación del Espíritu Santo a renunciar al pecado. Pervertimos la esencia misma del ayuno si tratamos de usarlo como contrapeso de la mortificación contra un aspecto pecaminoso de la vida que queremos seguir alimentando. Thomas Boston, un escocés partidario incondicional de los pastores–escritores puritanos, dijo:

En vano ayunarán y pretenderán ser humillados por nuestros pecados, y harán confesión sobre ellos, si nuestro amor al pecado no se convierte en odio; nuestra afición por él, en asco; y nuestro aferramiento a él, en anhelo por liberarnos de él; con el firme propósito de resistir los mecanismos que tiene en nuestro corazón y, de allí, los arranques en nuestra vida; y si no nos volvemos a Dios como nuestro legítimo Señor y Maestro, y volvemos a nuestra labor nuevamente[18].

Para humillarse uno mismo ante Dios

El ayuno, cuando se practica por los motivos correctos, es una expresión física de humildad delante de Dios, de la misma manera que arrodillarse o postrarse en oración puede reflejar humildad ante él. Así como hay veces que usted desea manifestar su humildad orando de rodillas o inclinando su rostro ante el Señor, también hay veces en las que puede querer expresar un sentido de humildad delante del Señor en cada actividad a lo largo del día por medio del ayuno.

Muchas personas que están acostumbradas a expresar humildad arrodillándose en oración tal vez pregunten por qué querríamos expresar humildad todo el día mediante un ayuno. En cambio, Juan Calvino hizo una pregunta mejor: ¿Por qué no? «Porque si [el ayuno] es un ejercicio santo, tanto para humillar a los hombres como para confesar su humildad, ¿por qué deberíamos usarlo menos de lo que lo hicieron los antiguos en necesidades similares? [...] ¿Qué razón hay por la que nosotros no deberíamos hacer lo mismo?»[19].

Uno de los hombres más malvados de la historia judía, el rey Acab, finalmente se humilló a sí mismo delante de Dios y demostró su humildad ayunando:

Cuando Acab escuchó estas palabras, se rasgó las vestiduras, se vistió de luto y ayunó. Dormía vestido así, y andaba deprimido. Entonces la palabra del SEÑOR vino a Elías el tisbita y le dio este mensaje: «¿Has notado cómo Acab se ha humillado ante mí? Por cuanto se ha humillado, no enviaré esta desgracia mientras él viva, sino que la enviaré a su familia durante el reinado de su hijo».

(1 Reyes 21:27-29, NVI)

Por otro lado, uno de los hombres más piadosos de Israel se humilló a sí mismo delante del Señor exactamente de la misma manera. El rey David escribió: «vestía de cilicio; humillé mi alma con ayuno» (Salmo 35:13, LBLA).

Recuerde que el ayuno en sí mismo no es la humildad delante de Dios, sino que debería ser una expresión de humildad. No había humildad en el fariseo de Lucas 18:12, quien se vanagloriaba frente a Dios en oración diciendo que él ayunaba dos veces a la semana. El escritor David Smith, en Fasting: A Neglected

Discipline (El ayuno: una disciplina desatendida), nos recuerda:

Con esto no debemos concluir que el acto de ayunar tiene algún poder virtuoso, y que nosotros nos hemos hecho más humildes; el hombre caído no posee ninguna virtud por la que pueda volverse más piadoso; sin embargo, hay virtud en los instrumentos de la gracia previstos por Dios. Si nosotros, por el poder del Espíritu Santo, avergonzamos las obras de la carne (mediante el ayuno), creceremos en gracia, pero la gloria de dicho cambio solamente será de Dios[20].

Para expresar preocupación por la obra de Dios

De la misma manera que un padre puede ayunar y orar preocupado por la obra de Dios en la vida de un hijo, así los cristianos pueden ayunar y orar porque sienten una carga por la obra de Dios a una escala relativamente grande. Por ejemplo, el cristiano puede sentirse obligado a ayunar y orar por la obra de Dios en algún lugar que haya sufrido una tragedia, una decepción o una derrota aparente.

Este fue el propósito del ayuno de Nehemías cuando escuchó que, a pesar de que muchos exiliados judíos habían vuelto a Jerusalén, la ciudad aún no tenía murallas que la defendieran:

Me dijeron: «Las cosas no andan bien. Los que regresaron a la provincia de Judá tienen grandes dificultades y viven en desgracia. La muralla de Jerusalén fue derribada, y las puertas fueron consumidas por el fuego».

Cuando oí esto, me senté a llorar. De hecho, durante varios días estuve de duelo, ayuné y oré al Dios del cielo.

(Nehemías 1:3-4)

Después de su ayuno, Nehemías se puso a hacer algo tangible y público para fortalecer la obra de Dios en Jerusalén.

Daniel también sentía una pesada carga por el regreso de los judíos del exilio y por restaurar Jerusalén. También, como Nehemías, expresó esta carga ayunando: «Así que dirigí mis ruegos al Señor Dios, en oración y ayuno. También me puse ropa de tela áspera y arrojé cenizas sobre mi cabeza» (Daniel 9:3).

John Piper expresó algunos de los anhelos que llevan en el alma los que ayunan por su preocupación por la obra de Dios:

Mi corazón tiene hambre de «toda la plenitud de Dios». Ansío una obra más profunda de Dios en medio de su pueblo. Deseo que una poderosa marea de fervor misionero propague la pasión por la supremacía de Cristo en todas las cosas, para la alegría de todos los pueblos. Anhelo ver que se produzca semana tras semana un nuevo nacimiento inconfundible y sobrenatural por medio del testimonio convincente de las personas transformadas por Dios, en cualquier sitio donde él sea nombrado[21].

Claro, no podemos ayunar continuamente, pero es posible que el Señor, al menos de vez en cuando, nos dé una preocupación tan grande por su obra que nuestro interés normal por la comida parezca secundario en comparación.

Para atender las necesidades de otros

Los que piensan que las Disciplinas Espirituales promueven la tendencia a la introspección o a la independencia deberían tomar en cuenta Isaías 58. En el pasaje más extenso de las Escrituras que se ocupa exclusivamente del ayuno,

Dios hace énfasis en ayunar con el propósito de satisfacer las necesidades de otros. Las personas a las que originalmente se dirigía esta sección se habían quejado con el Señor porque habían ayunado y se habían humillado ante él, pero él no les había respondido. La razón por la que Dios no los había escuchado era por su desobediencia. Sus vidas seguían contrastando hipócritamente con su ayuno y oración. El Señor les dijo en los versículos 3-4: «Es porque ayunan para complacerse a sí mismos. Aun mientras ayunan, oprimen a sus trabajadores. ¿De qué les sirve ayunar, si siguen con sus peleas y riñas? Con esta clase de ayuno, nunca lograrán nada conmigo». Así que, aunque ayunaban, también discutían, peleaban y trataban mal a otros. Pero el Señor no dejará que nosotros separemos el ayuno del resto de nuestra vida. Las Disciplinas Espirituales no son algo aparte. El Señor no bendecirá la práctica de ninguna Disciplina, incluido el ayuno, si ignoramos lo que dice su Palabra en cuanto a las relaciones con las personas.

¿Qué deberíamos hacer? ¿Cómo quiere Dios que ayunemos? En los versículos 6-7, el Señor preguntó: «¿No es éste el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de impiedad, soltar las coyundas del yugo, dejar ir libres a los oprimidos, y romper todo yugo? ¿No es para que partas tu pan con el hambriento, y recibas en casa a los pobres sin hogar; para que cuando veas al desnudo lo cubras, y no te escondas de tu semejante?» (LBLA). En otras palabras, el tipo de ayuno que agrada a Dios es el que da lugar a la preocupación por otros y no solo por nosotros mismos.

«Pero —objeta alguien—, es que estoy tan ocupado satisfaciendo mis necesidades y las de mi familia que no tengo tiempo para atender a otras personas». Una opción posible es ayunar durante una comida o por un día y atender las necesidades de otras personas durante el tiempo que usted normalmente usaría para comer. De esa manera, no perderá el tiempo que dice que debe dedicarle a sus compromisos habituales. Hace varios meses, empecé a programar un ayuno habitual por semana y a dedicar uno de los ratos para comer durante ese día para reunirme para dar consejos o discipular. Me sorprendió lo conveniente y preferible que es para muchas personas ese período de la última hora de la tarde. El resultado es que ese tiempo, que llegó a estar disponible por el ayuno, se convirtió en mi hora de ministerio individual más productiva y servicial de toda la semana.

Hay otras formas de ayunar para ocuparse de las necesidades de los demás. Algunos ayunan para poder usar el dinero que gastarían en la comida y dárselo a

los pobres, a las misiones o a algún otro ministerio. ¿De qué manera podría atender usted las necesidades de otros con el tiempo o el dinero extra que podría aportar su ayuno?

Para vencer la tentación y consagrarse a Dios

Pídale a los cristianos que nombren algún ayuno de un personaje bíblico, y es probable que la mayoría piense en primer lugar en el largo ayuno de Jesús previo a su tentación, en Mateo 4:1-11. El segundo versículo de ese conocido pasaje nos dice que Jesús ayunó «cuarenta días y cuarenta noches». Con la fuerza espiritual de ese ayuno prolongado, estuvo preparado para derrotar una arremetida directa de tentación de parte del mismísimo Satanás. Este ayuno también fue el tiempo en el que Jesús se consagró en privado al Padre para el ministerio público que estaba a punto de comenzar.

En ninguna parte de la Biblia Dios nos pide que ayunemos durante cuarenta días. Y el sentido de este pasaje tiene mucho más que ver con declarar quién es Jesús, que con el ayuno. Pero eso no quiere decir que no hay nada para aprender sobre el ayuno a partir de la experiencia única de Jesús. Un principio que aprendemos del ejemplo de Jesús es: El ayuno es una manera de vencer la tentación y de consagrarnos nuevamente al Padre.

A veces, cuando luchamos contra una tentación o cuando suponemos que lucharemos contra ella, sabemos que necesitamos una mayor fuerza espiritual para vencerla. Tal vez estemos de viaje (o nuestra pareja esté de viaje) y las tentaciones de la infidelidad mental y sensual estén en todas partes. Al inicio de las clases, o en un nuevo empleo o ministerio, puede haber tentaciones nuevas, o simplemente puede parecernos apropiado en ese momento consagrarnos nuevamente al Señor. Muchas veces, debemos tomar decisiones que nos enfrentan a tentaciones diferentes. ¿Aceptamos un trabajo nuevo que significará mucho más dinero pero mucho menos tiempo con la familia? ¿Aceptamos ese ascenso que implica una mudanza que pondría fin a un ministerio importante en nuestra iglesia local, o cuando significa ir adonde el crecimiento espiritual de nuestra familia puede sufrir? En momentos de tentaciones excepcionales, se necesitan medidas excepcionales. Una de esas medidas excepcionales en su

situación puede ser ayunar a la manera de Cristo con el propósito de vencer la tentación y de renovar su consagración a Dios.

Para expresarle amor y adoración a Dios

A estas alturas, quizá asocie el ayuno solamente con circunstancias extremas y con grandes dificultades. Pero la Biblia también dice que el ayuno puede ser simplemente una expresión de amor y devoción por Dios. En Lucas 2, hay una mujer inolvidable cuyos ochenta y cuatro años de vida se muestran rápidamente ante nosotros en tres breves versículos. Se llama Ana. El resumen de su vida está en Lucas 2:37: «Nunca salía del templo, sino que permanecía allí de día y de noche adorando a Dios en ayuno y oración». Aunque la historia de Ana sea importante principalmente en el contexto del momento en que María y José presentaron a Jesús recién nacido en el templo, lo que nos interesa aquí es su manera de vivir día a día. Ana estuvo casada durante solo siete años antes de quedar viuda. Suponiendo que se haya casado muy jovencita, esta mujer piadosa dedicó al menos medio siglo, día y noche, a una adoración a Dios caracterizada por «ayuno y oración».

Ayunar puede ser un testimonio (aun dirigido a usted mismo) de que encuentra su mayor placer y gozo en la vida de Dios. Es una manera de demostrarse a usted mismo que ama a Dios más que a la comida; que para usted, buscarlo es más importante que comer; que Jesús, el Pan del cielo (vea Juan 6:51), lo satisface más que el pan terrenal. Cuando ayuna, se recuerda a sí mismo que, a diferencia de muchos (vea Filipenses 3:19), su estómago no es su dios. En vez de eso, está al servicio del Dios verdadero porque está dispuesto a subordinar los deseos de su estómago a los del Espíritu. Cuando los cristianos ayunan a causa de su amor por Dios, demuestran lo que decía John Piper: «Lo que motiva nuestra hambre es lo que adoramos»[22].

A lo largo de la historia, los cristianos han ayunado con este propósito, preparándose para la Cena del Señor. Además de los elementos de arrepentimiento y humildad ante Dios que hay en este tipo de ayuno, ayuda a las personas a enfocar su atención y su afecto en el Señor de la Cena.

Otra manera de ayunar para expresarle amor a Dios es pasar la hora de la comida

en alabanza y adoración, en lugar de comer. Una variante es demorar una comida en particular hasta que haya tenido su tiempo diario de lectura bíblica y oración. Solo recuerde que su ayuno es un privilegio, no una obligación; es aceptar la invitación divina a experimentar su gracia de una manera especial.

Siempre debemos ayunar con un propósito espiritual (que tenga a Dios en el centro, no un propósito egocéntrico) para que el Señor bendiga nuestro ayuno. Pensar en la comida durante el ayuno debe hacer que pensemos en Dios y que eso nos recuerde nuestro propósito. En vez de enfocar la mente en la comida, deberíamos usar cada deseo de comer como un recordatorio para orar y para volver a pensar en nuestro propósito.

No hay duda de que muchas veces Dios ha coronado el ayuno con bendiciones extraordinarias. Los testimonios bíblicos, históricos y contemporáneos son prueba de que Dios se deleita en darles bendiciones poco comunes a quienes ayunan. Pero tenemos que ser cuidadosos de no desarrollar lo que Martyn Lloyd-Jones denominó «una idea mecánica del ayuno»; es decir, creer que si ayunamos, Dios está obligado a darnos lo que pedimos. No podemos manipular a Dios por medio del ayuno, ni por ningún otro medio, para que cumpla nuestras peticiones. Como pasa con la oración, ayunamos con la esperanza de que, en su gracia, Dios nos bendiga como deseamos. Cuando nuestro ayuno tiene la motivación correcta, podemos estar seguros de que Dios nos bendecirá y lo hará de la manera en que su infinita sabiduría sabe que es mejor, aunque no sea como nosotros queríamos.

Nuevamente, David Smith lo tiene claro:

Toda bendición otorgada por el Padre a sus hijos inmerecedores debe considerarse un acto de gracia. No apreciamos adecuadamente la misericordia del Señor si pensamos que por hacer algo obligamos (o, incluso, coaccionamos) a Dios para que nos conceda la bendición que le hemos pedido. [...] Todo nuestro ayuno, por lo tanto, debe ser sobre esta base; deberíamos usarlo como un instrumento bíblico por medio del cual nos convertamos en una materialización más completa de los propósitos del Señor en nuestra vida, en nuestra iglesia, en la comunidad y en la nación[23].

Hace poco, mientras ayunaba por la preocupación por la obra de Dios en la iglesia que pastoreo, empecé a orar por varias cuestiones cruciales. De pronto, me di cuenta de que, si bien yo pensaba que estaba orando en conformidad con la voluntad de Dios sobre estas cosas, era posible que mi entendimiento al respecto necesitara reajustarse. Entonces le pedí al Señor que me mostrara cómo orar de acuerdo con su voluntad sobre estas cuestiones y que me concediera contentarme con su providencia. Esto, creo yo, es lo que quiso decir Smith con que el ayuno es «un instrumento bíblico por medio del cual somos fundados para ser una materialización más completa de los propósitos del Señor». El ayuno siempre debe tener un propósito, pero tenemos que aprender a poner los propósitos de Dios por encima de los nuestros.

De manera que, en un sentido, todos los ayunos tienen que ver principalmente con Dios independientemente del propósito expresado para ayunar. En cada ocasión, buscar a Dios en el ayuno debería ser más importante para nosotros que lo que le pedimos por medio del ayuno. John Piper resume esto en el título de su libro sobre el ayuno, Hambre de Dios[24]. El ayuno es cuando tenemos hambre de Dios (hambre de tener un encuentro nuevo con Dios, de que Dios conteste una oración, de que Dios salve a alguien, de que Dios obre poderosamente en nuestra iglesia, de que Dios nos guíe o nos proteja), más que tener hambre de la comida que Dios hizo para que vivamos.

Una vez, Dios reprendió a los judíos no porque no ayunaran, sino porque ayunaban sin tener hambre de Dios. Envieron una delegación de Betel a Jerusalén para buscar la voluntad de Dios. El asunto era si continuaban o no con dos ayunos que los judíos habían llevado a cabo para conmemorar la destrucción del templo. Durante setenta años, habían cumplido estos ayunos en el quinto y en el séptimo mes, pero ahora se preguntaban si Dios quería que siguieran ayunando, ya que habían recuperado su tierra y estaban edificando un nuevo templo. La respuesta del Señor para ellos fue: «Durante estos setenta años de destierro, cuando ayunaban y se vestían de luto en el verano y a comienzos del otoño, ¿hacían los ayunos realmente para mí?» (Zacarías 7:5). Estos ayunos se habían convertido en rituales vacíos, en experiencias que no tenían a Dios en el centro. Los comentarios de Matthew Henry sobre este pasaje son instructivos para nuestro propio ayuno.

Que todos tomen nota de que mientras pensaban que, en gran parte, Dios se

había vuelto Deudor de ellos por estos ayunos, estaban muy equivocados porque no eran aceptables para él, a menos que los hubieran cumplido de mejor manera y para un propósito mejor. [...] No se les podía acusar de omisión o de incumplir un deber, [...] pero no lo habían manejado correctamente. [...] No tenían en cuenta a Dios en su ayuno. [...] Cuando era insuficiente, cada ayuno no era sino una broma. Ayunar, y no hacerlo para Dios, era burlarse de él y provocarlo, y eso no podía agradarle. [...] Si la seriedad de nuestro ayuno, aunque sea frecuente, largo y riguroso, no sirve para reanimar nuestros afectos devotos, para estimular la oración, para acrecentar la tristeza que proviene de Dios y para modificar el temperamento de nuestra mente y el rumbo de nuestra vida para mejor, no responde en absoluto a la intención, y Dios no lo aceptará como hecho para él[25].

Antes de ayunar, debemos tener un propósito, un objetivo bíblico y centrado en Dios. Pero ni en nuestros mejores ayunos merecemos lo que deseamos, ni podemos forzar la mano de Dios. De todas formas, hagamos un equilibrio entre esa verdad y la indiscutible promesa de Jesús en Mateo 6:17-18: «Pero tú, cuando ayunes, péinate y lávate la cara. Así, nadie se dará cuenta de que estás ayunando, excepto tu Padre, quien sabe lo que haces en privado; y tu Padre, quien todo lo ve, te recompensará». Dios sí bendecirá el ayuno bíblico que cumpla cualquiera de sus hijos. Ya sea que usted reciba las bendiciones específicas que busca, o no, una cosa es segura: Si usted supiera lo que Dios sabe, se daría a sí mismo una bendición idéntica a la que él le da. Ninguna de sus recompensas es inútil.

MÁS APLICACIÓN

¿Usted confesará y se arrepentirá de cualquier temor a ayunar? Hay algo en el hecho de decir: «Hoy no voy a comer» que les provoca ansiedad a muchos cristianos. Parece que la mayoría de los creyentes preferiría dar una ofrenda de dinero antes que dejar de comer por un día. ¿Usted tiene un caso leve de fobia al ayuno? Se ve absurdo cuando lo pone en perspectiva. Pensamos en perdonar una o dos comidas por buscar a Dios y llegar a ser más semejantes

a Cristo, y nos ponemos ansiosos. Sin embargo, a veces estamos dispuestos a saltarnos comidas para ir de compras, para trabajar, para recrearnos o por otra cosa en la que ocupemos el tiempo. Cuando pensamos que otra actividad es más importante en ese momento, nos privamos de la comida valerosamente y sin quejarnos. Tenemos que aprender que, a veces, no solo es más importante, sino también mucho más provechoso, abstenerse de la comida con el propósito de deleitarnos en Dios de una manera más abundante (vea Mateo 4:4). No le tenga miedo a la bendición de ayunar.

¿Ayunará según se lo indique el Espíritu Santo? ¿Está dispuesto a obedecer a Dios cuando él lo impulse a ayunar? Dado que Jesús suponía que sus seguidores ayunarían, yo creo que es muy probable que de tanto en tanto su Espíritu lo guíe a ayunar. ¿Tomará de antemano la decisión de obedecerlo?

Uno de los modos que usa el Espíritu Santo para impulsarnos a ayunar es a través de alguna necesidad en nuestra vida. Si usted necesita una oración más firme sobre algún tema, esa puede ser una invitación del Señor a ayunar. Si necesita la guía de Dios, quizás ese sea el estímulo para ayunar. Si necesita liberación o protección, tal vez sea un llamado al ayuno. ¿Lo hará? ¿O se perderá las oportunidades únicas de recibir la gracia que él le brinda por medio del ayuno?

No espere un día especial en el que todo sea perfecto para ayunar; es probable que ese día no llegue. Para muchos, un día de trabajo normal puede ser un día para ayunar, a menos que su trabajo requiera un esfuerzo físico excesivo. Para la mayoría, el mejor día puede ser el día del Señor. Normalmente, en cuanto a lo físico, es un día menos demandante que los días de semana, y hasta puede darle la oportunidad de descansar en la tarde. Además, puede permitirse un tiempo prolongado, del que no dispone los otros días, para buscar y disfrutar a Dios a través de las otras Disciplinas Espirituales.

Pero, cuidado: no espiritualice la omisión pecaminosa de la comida llamándola ayuno. Muchos pecan por comer demasiado. Ese es el pecado de la gula. Pero, como con la mayoría de los pecados, hay un pecado que contrasta en la dirección opuesta, lo cual significa que una persona también puede pecar comiendo demasiado poco intencionalmente. Generalmente, eso tiene su origen en la vanidad. Pero la voluntad de Dios para todos nosotros es que comamos casi todos los días de nuestra vida. Él nos creó como seres que sobreviven a través de la comida. Hizo que el mundo funcionara de tal manera que produjera alimento

para nosotros. De hecho, en 1 Timoteo 4:3 (NVI) la Biblia describe a los que niegan esto, los que «no permiten comer ciertos alimentos que Dios ha creado para que los creyentes, conocedores de la verdad, los coman con acción de gracias», como los que «se apartarán de la fe verdadera» (4:1). Los que comen demasiado y los que comen muy poco intencionalmente están buscando la satisfacción en algo que no es Dios.

Recuerde consultarle a su médico cuando sea necesario. Si planifica hacer un ayuno prolongado, si está embarazada, si está amamantando, si es diabético, si es propenso a tener migrañas o si posee alguna condición física que dependa de una dieta regular, hable con su doctor antes de empezar el ayuno. Si nunca antes ha ayunado, empiece con un ayuno de una, dos o, al máximo, tres comidas. Pero comience con algo. No busque tecnicismos para evitarlo; más bien, busque maneras para experimentar la gracia de Dios mediante el ayuno. Recuerde que Dios consideraba que el ayuno era algo tan bueno para su pueblo, que ordenó que todo israelita ayunara durante un día completo cada año, en el Día del Perdón.

Como todas las Disciplinas Espirituales, el ayuno despliega las velas del alma con la esperanza de sentir el viento misericordioso del Espíritu de Dios. Pero el ayuno también aporta una dimensión única a su vida espiritual y lo ayuda a desarrollar su semejanza a Cristo de maneras que no están disponibles por medio de ningún otro recurso. Si no fuera así, y si las bendiciones del ayuno pudieran experimentarse por otros medios, Jesús no habría enseñado ni habría dado el ejemplo del ayuno.

¿Planeará ahora hacer un ayuno de dedicación para expresar que está dispuesto a ayunar de ahora en adelante? Antes de pasar a lo siguiente, ¿por qué no programa un tiempo de ayuno, pronto, que exprese su hambre de Dios y su voluntad de disciplinarse para ayunar en el futuro? No hay necesidad de que se complique. Es una disciplina simple. Las palabras de John Piper merecen ser repetidas: «Esta es la esencia del ayuno cristiano: anhelamos, ansiamos y ayunamos para saber más y más de todo lo que es Dios para nosotros en Jesús. Pero solo porque él ya nos sujetó y nos atrae siempre hacia adelante y hacia arriba a “toda la plenitud de Dios”»[26].

CAPÍTULO 10

EL SILENCIO Y EL RETIRO... PARA LA PIEDAD

La palabra disciplina ha desaparecido de nuestra mente, de nuestra boca, de nuestros púlpitos y de nuestra cultura. Casi no sabemos qué significa la disciplina en la sociedad estadounidense actual. Sin embargo, no hay otra manera de alcanzar la piedad; la disciplina es el camino a la piedad.

JAY ADAMS

Mi cuento favorito es «Una apuesta» de Antón Chéjov, un escritor ruso de la segunda mitad del siglo XIX. El argumento involucra una apuesta entre dos hombres cultos acerca del confinamiento solitario. Un banquero rico de mediana edad creía que la pena de muerte era un castigo más humano que el confinamiento solitario porque «la ejecución mata de golpe, mientras que el confinamiento solitario lo hace lentamente». Uno de los invitados a su fiesta, un joven abogado de veinticinco años, discrepó diciendo: «Vivir de alguna manera es mejor que no vivir en absoluto».

Enojado, el banquero respondió impulsivamente apostando dos millones de rublos a que el hombre más joven no podría durar cinco años en confinamiento solitario. Convencido de su resistencia, el abogado declaró que se quedaría solo quince años, en lugar de solamente cinco.

Acordaron los preparativos, y el joven se mudó a un edificio aparte en los jardines de la gran finca del banquero. No se le permitía recibir visitas ni periódicos. Podía escribir cartas, pero no podía recibirlas. Los guardias lo vigilaban para asegurarse de que nunca violara el acuerdo, pero estaban posicionados de manera que él no pudiera verlos a ellos ni ver a ningún otro ser humano desde sus ventanas. Recibía su comida en silencio a través de una

pequeña apertura por la que él no podía ver a la persona que lo servía. Todo lo que quería (libros, ciertas comidas, instrumentos musicales) se le concedía por medio de un pedido especial por escrito.

El cuento se desarrolla con una descripción de las cosas que el abogado pidió a lo largo de los años y de los comentarios de los guardias quienes, de vez en cuando, lo miraban furtivamente a través de una ventana. Durante el primer año, podía escucharse el piano prácticamente a toda hora y el hombre pidió muchos libros, mayormente novelas y otras lecturas triviales. Al año siguiente cesó la música y solicitó obras de diversos autores clásicos. Al sexto año de su aislamiento, empezó a estudiar idiomas, y pronto logró dominar seis. A partir del décimo año de su encierro, el prisionero se sentaba inmóvil a la mesa y leía el Nuevo Testamento. Después de más de un año de saturarse de la Biblia, empezó a estudiar la historia de la religión y obras sobre teología. Durante los dos últimos años, su lectura se amplió para abarcar muchos otros temas, además de teología.

La segunda mitad del cuento se enfoca en la noche anterior a la fecha límite del encierro del abogado, cuando él ganaría la apuesta al mediodía. El banquero estaba al final de su carrera. Sus especulaciones arriesgadas y su impulsividad habían socavado gradualmente sus negocios. El que alguna vez había sido un millonario lleno de confianza en sí mismo, ahora era un banquero de segunda, y el pago de la apuesta lo destruiría. Enojado por su insensatez, y envidioso del que pronto sería un hombre rico que ahora solo tenía cuarenta años, el viejo banquero decidió asesinar a su adversario e incriminar al guardia por su muerte. Se metió a escondidas a la habitación del hombre, donde lo encontró dormido junto a la mesa, y vio una carta que el abogado había escrito para él. La levantó y leyó lo siguiente:

Mañana, a las doce horas del día, recupero la libertad. [...] Pero antes de abandonar esta habitación, [...] considero necesario decirle algunas palabras. Con la conciencia tranquila y ante Dios que me está viendo, declaro que yo desprecio [...] todo lo que en sus libros se denomina bienes del mundo.

Durante quince años estudié atentamente la vida terrenal. Es verdad, yo no veía la tierra ni la gente, pero en los libros [...] cantaba canciones, en los bosques cazaba ciervos y jabalíes. [...] En sus libros escalaba las cimas del Elbruz y del

Monte Blanco y desde allí veía salir el sol por la mañana mientras al anochecer lo veía derramar el oro purpurino sobre el cielo, el océano, las montañas; veía verdes bosques, prados, ríos, lagos, ciudades; oía el canto de las sirenas y el son de las flautas de los pastores; tocaba las alas de los bellos [ángeles] que descendían. [...]

Sus libros me dieron la sabiduría. Todo lo que a través de los siglos iba creando el infatigable pensamiento humano está comprimido cual una bola dentro de mi cráneo. Sé que soy más inteligente que todos vosotros.

Y yo desprecio sus libros, desprecio todos los bienes del mundo y la sabiduría. Todo es miserable, perecedero, fantasmal y engañoso como la fatal morgana. Qué importa que sean orgullosos, sabios y bellos, si la muerte los borrará de la faz de la tierra junto con las ratas, mientras que sus descendientes, la historia, la inmortalidad de sus genios se congelarán o se quemarán junto con el globo terráqueo.

Ustedes han enloquecido y marchan por un camino falso. Toman la mentira por la verdad, y la fealdad por la belleza. [...]

Para mostrarles de hecho mi desprecio hacia todo lo que representa la vida de ustedes, rechazo los dos millones, con los cuales había soñado en otro tiempo, como si fueran un paraíso, y a los que desprecio ahora. Para privarme del derecho de cobrarlos, saldré de aquí cinco horas antes del plazo establecido y de esta manera violaré el convenio.

El banquero leyó estas líneas, volvió a poner el papel sobre la mesa, besó al extraño hombre dormido y, con lágrimas en los ojos, salió silenciosamente de la casa. Chéjov escribe: «En ningún momento de su vida, ni aún después de las fuertes pérdidas, [...] había sentido tanto desprecio por sí mismo como ahora». Se mantuvo despierto el resto de la noche, llorando. A las siete de la mañana siguiente, los guardias entraron corriendo para informarle que habían visto al hombre arrastrarse por una ventana, ir hacia la puerta y luego desaparecer[1].

No propongo que nos aislemos de esta manera, y tampoco creo que la Biblia lo propone. Lo que quiero decir al exponer esta historia es lo siguiente: creo que Chéjov explora un lugar en el que todo cristiano, a veces, sueña vivir.

El silencio y el retiro tienen algo atractivo y transformador; hay momentos en la vida llena de presiones que llevamos en que años de escape a algún lugar oculto parecen deseosamente atractivos.

Cuando lo analizamos a la luz de las Escrituras, nos damos cuenta de que no sería correcto ni deseable aislarnos de los privilegios y las responsabilidades que Dios nos dio y que involucran a otras personas. La realidad bíblica nos llama a la familia, a la comunión, al evangelismo, al ministerio y a otros aspectos de la vida comunitaria en la iglesia local, en nombre de Cristo y de su reino. No obstante, a veces nuestra alma ansía separarse del ruido y de la muchedumbre para rodearse de silencio. Así como tenemos que fraternizar con otros para algunas de las Disciplinas de la vida cristiana[2], de la misma manera hay momentos en los que debemos apartarnos temporalmente a la Disciplina del silencio y el retiro. En este capítulo exploraremos qué son estas disciplinas complementarias, encontraremos las razones bíblicas para practicarlas y concluiremos con algunas sugerencias razonables para empezar con ellas.

EXPLICACIÓN DEL SILENCIO Y EL RETIRO

La Disciplina del silencio es la abstención voluntaria y temporal de hablar para poder buscar determinados objetivos espirituales. A veces se guarda silencio para leer la Biblia, meditar en las Escrituras, orar, escribir un diario, etcétera. Aunque no hablamos en voz alta, podemos tener un monólogo interno intencional y bíblico, u oración a Dios. Otras veces, puede elegir no decir ni una palabra, sino solo enfocar sus pensamientos en Dios y «[concentrar] su atención en las cosas de arriba» (Colosenses 3:2, NVI), dejando que su alma descance en el amor que él demostró por medio de Cristo.

El retiro es la Disciplina Espiritual de apartarse voluntaria y temporalmente al aislamiento con propósitos espirituales. El período de retiro puede durar tan solo unos minutos, o unos días. Así como el silencio, se puede buscar el retiro para involucrarse en otras Disciplinas Espirituales, o simplemente para estar a solas con Dios y reflexionar.

Tres pensamientos breves antes de seguir profundizando. En primer lugar, piense

en el silencio y el retiro como Disciplinas complementarias del fraternizar. Por fraternizar no me refiero a socializar; es decir, a hablar de las noticias, el clima, los deportes, el trabajo y la familia. En el lugar amplio que Dios le dio en la vida, la socialización es una gran bendición, y disfrutarla es parte de lo que significa ser humano. Sin embargo, fraternizar bíblicamente incluye hablar de Dios y de las cosas de Dios. Quizá hagamos mucho menos de eso de lo que pensamos, incluso en la iglesia. Sin embargo, el énfasis aquí es que fraternizar requiere interactuar con otras personas, mientras que el silencio y el retiro, no. Parece que cada cual se inclina un poco más en una dirección que en otra. Es decir, disfrutamos más de una conversación valiosa con otros cristianos que del retiro, o viceversa. Pero ambos tienen un lugar en la vida de un creyente que es consecuente con la Biblia. Sin el silencio y el retiro podemos estar activos pero ser superficiales. Si no fraternizamos, podemos ser profundos pero estancarnos. El ser como Cristo requiere ambos términos de la ecuación.

En segundo lugar, el silencio y el retiro suelen ir juntos. Aunque se diferencian (como vimos en las definiciones anteriores), en este capítulo pensaremos en ellos como una pareja.

En tercer lugar, reconocemos que la cultura nos programa para sentirnos cómodos con el ruido y la muchedumbre, no con el silencio y el retiro, y a sentirnos más como en casa en un centro comercial que en un parque. En su libro *Finding Focus in a Whirlwind World* (Encontrando el eje en un mundo vertiginoso), Jean Fleming observó: «Vivimos en un mundo ruidoso y atareado. El silencio y el retiro [...] van mejor con la era de encaje victoriano, los botines altos con broches y las lámparas a querósén, que con nuestra era de la televisión, los videojuegos y los corredores conectados a sus auriculares. Nos hemos convertido en personas que le tienen aversión al silencio y que se inquietan cuando están a solas»[3]. Esto se confirma con la incapacidad de muchos para estar solos en su casa o dentro del auto sin encender algún tipo de «ruido de fondo». A diferencia de las generaciones anteriores, hoy la tecnología nos permite gozar de los beneficios de las noticias, la música, los contenidos educativos y más, cada vez que lo deseemos y donde sea que estemos. Lo negativo es que el encanto y la accesibilidad de estas cosas significan la eliminación de casi todos los espacios silenciosos en nuestra vida. Más que cualquier otra generación de la historia, debemos disciplinarnos a nosotros mismos para disfrutar las bendiciones del silencio y del retiro. Por eso, tenga cuidado de no permitir que el mundo lo predisponga en contra del testimonio bíblico sobre la importancia de estas cuestiones.

RAZONES VALIOSAS PARA EL SILENCIO Y EL RETIRO

Hay muchas razones bíblicas para hacer que las Disciplinas del silencio y el retiro sean una prioridad.

Para seguir el ejemplo de Jesús

Las Escrituras enseñan que Jesús tenía períodos de silencio y retiro; algunos, durante pocos minutos u horas, y por lo menos uno durante varios días. Tome nota de estas cuatro referencias:

Mateo 4:1: «Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que allí lo tentara el diablo». El propósito primordial de este evento fue que Jesús recibiera y venciera las tentaciones del diablo. Sin embargo, notamos que el Espíritu Santo guió a Jesús para que experimentara este encuentro durante un prolongado período de ayuno y de retiro.

Mateo 14:23: «Después de despedir a la gente, subió a las colinas para orar a solas. Mientras estaba allí solo, cayó la noche». Despidió a las multitudes ansiosas y a sus discípulos para poder estar a solas con el Padre.

Marcos 1:35: «A la mañana siguiente, antes del amanecer, Jesús se levantó y fue a un lugar aislado para orar». Los versículos anteriores nos cuentan que, la noche previa, «el pueblo entero» se juntó en la puerta de la casa donde Jesús se estaba quedando. Allí, él sanó a muchas personas y expulsó demonios. Pero antes de que amaneciera nuevamente, se marchó para pasar un rato a solas en oración. Jesús sabía que si hubiera esperado a que saliera el sol, habría vuelto a estar rodeado de los ojos curiosos y las voces insistentes de todo el pueblo.

Lucas 4:42: «Muy temprano a la mañana siguiente, Jesús salió a un lugar

aislado. Las multitudes lo buscaron por todas partes y, cuando por fin lo encontraron, le suplicaron que no se fuera». Póngase por un momento en el lugar de Jesús. La gente clama a gritos que los ayude, y ellos tienen muchas necesidades reales, y usted cuenta con la capacidad de satisfacer todas esas necesidades. ¿Podría sentirse justificado alguna vez si se alejara para estar solo? Jesús lo hizo. Nos encanta sentirnos buscados. Disfrutamos la sensación de importancia, de poder, de ser indispensables que proviene de hacer algo que nadie más puede hacer. Pero Jesús no dejaba que esos deseos decidieran su proceder. A pesar del interminable clamor de las personas que avanzaban con necesidades que él tenía el poder de satisfacer (de hecho, en algunas ocasiones él «sanó a todos»: Mateo 12:15; Lucas 6:19), Jesús sabía la importancia de disciplinarse para tener un tiempo a solas con el Padre.

A estas alturas, el punto debería ser obvio: Para ser más como Jesús, debemos disciplinarnos a nosotros mismos para encontrar momentos de silencio y retiro. Entonces, a través de estas Disciplinas, podremos buscar muchas de las bendiciones que Jesús experimentó a través de ellas.

Para minimizar las distracciones al orar

Una de las razones más obvias para escapar de los sonidos y del entorno que distraen nuestra atención es para concentrarnos más en la oración. Además de los ejemplos de Jesús en la sección anterior, otros ejemplos bíblicos incluyen a Elías cuando fue a «Horeb, el monte de Dios» (1 Reyes 19:8, NVI), donde escuchó el «suave murmullo» de Dios (vea 19:11-13); a Habacuc en la torre vigía expectante de escuchar la respuesta de Dios (vea Habacuc 2:1); y posiblemente al apóstol Pablo cuando fue a Arabia después de su conversión, donde se supone que estuvo solo con Dios (vea Gálatas 1:17).

Desde luego, no es absolutamente necesario alejarse mucho de los ruidos y de la gente para poder orar; de otra manera, casi nunca podríamos orar en el transcurso de la vida cotidiana o en una reunión de oración. Pero hay momentos en los que ayuda eliminar las voces del mundo para elevar nuestra voz sin distracciones al Dios del cielo.

Según Jonathan Edwards, el deseo de estar a solas con Dios fue parte de lo que lo atrajo de Sarah Pierpont. En este primer registro sobre ella, escrito cuando su futura esposa todavía era una adolescente, él dijo: «Ella difícilmente se preocupa por algo excepto por meditar en él. [...] Le encanta estar sola, caminar por los campos y por los bosquecillos, y siempre parece tener a alguien invisible que va conversando con ella»[4]. Allí donde Sarah tenía «campos y bosquecillos», tal vez nosotros tengamos que caminar por el parque, dar una vuelta a la manzana o encontrar otro lugar para estar solos. Dondequiera que sea, es bueno tener un lugar al cual podamos retirarnos y hablar ininterrumpidamente con Dios, cuya presencia es invisible pero más real que cualquier otra.

Muchos necesitamos darnos cuenta de la adicción que tenemos al ruido. Una cosa es escuchar la televisión o cualquier otro artefacto mientras hacemos los quehaceres domésticos o rutinarios, pero es diferente no poder permanecer un rato en una habitación sin él. Es peor aún requerir que haya ruido de fondo durante la asimilación de la Palabra o la oración. A veces, la música ambiental puede tapar otros sonidos indeseados y aumentar la concentración. Pero me refiero a la dependencia de la música, a la incapacidad de funcionar en silencio y a solas. Como ya lo mencioné, la accesibilidad y portabilidad de la tecnología es una bendición ambivalente. Si bien deberíamos dar gracias por sus considerables beneficios, también debemos reconocer que sus tendencias son invasivas y pueden distraer. Cuanto más usemos las tecnologías de audio y de video, más tenemos que aprender las Disciplinas del silencio y el retiro.

Para expresar adoración a Dios

La adoración a Dios no siempre requiere palabras, sonidos o acciones. A veces consiste en una calma y un silencio concentrados en Dios. Los antecedentes bíblicos de eso incluyen textos como Habacuc 2:20: «El SEÑOR está en su santo templo. Que toda la tierra guarde silencio delante de él»; Sofonías 1:7: «Guarden silencio en presencia del SEÑOR Soberano»; y Zacarías 2:13: «Que toda la humanidad guarde silencio ante el SEÑOR». Nótese que no es un silencio cualquiera que es impuesto, sino un silencio «delante de él», «en presencia del SEÑOR Soberano» y «ante el SEÑOR». Ese no es solamente silencio; es un silencio en adoración. Hay momentos para hablarle a Dios, y hay momentos para

simplemente contemplarlo y adorarlo en silencio.

Los diarios del gran evangelista George Whitefield registran un episodio de adoración silenciosa que tuvo una vez en la soledad de su hogar. Escribió que en la experiencia del 9 de mayo de 1739: «A Dios le agració derramar en mi alma un gran espíritu de súplica, y el sentir de sus bondades distintivas gratuitas me llenó tanto de amor, humildad, y gozo y una santa confusión, que finalmente solo pude abrir mi corazón delante de él con un silencio terrible. Estaba tan lleno que no podía hablar bien. Ah, la felicidad de la comunión con Dios»[5].

La adoración a Dios en silencio puede darse porque su corazón, como el de Whitefield, está tan lleno que las palabras no pueden expresar su amor por él. En otros momentos es posible que sienta exactamente lo contrario, tan impasible que todas las palabras le parecen hipócritas. Sea cual sea el estado de sus emociones, siempre hay un lugar para la adoración silenciosa, un silencio centrado en Dios basado en lo que Dios ha revelado acerca de sí mismo en su Palabra.

Para expresar la fe en Dios

El simple acto de callar delante de Dios, como lo opuesto a presentarse ante él con una ansiedad locuaz, puede ser una demostración de fe en él. En el Salmo 62, David manifestó dos veces esta clase de fe. En los versículos 1-2 afirmó: «Espero en silencio delante de Dios, porque de él proviene mi victoria. Solo él es mi roca y mi salvación, mi fortaleza donde jamás seré sacudido». Luego, en los versículos 5-6, dijo nuevamente: «Que todo mi ser espere en silencio delante de Dios, porque en él está mi esperanza. Solo él es mi roca y mi salvación, mi fortaleza donde no seré sacudido». Las oraciones expresadas en palabras a veces pueden estar más llenas de temor y duda que de fe; el silencio ante el Señor a veces puede expresar más fe y sumisión a la providencia de Dios que las palabras.

Isaías 30:15 (DHH), el versículo favorito de muchos, asocia el silencio delante de Dios con la fe en él: «El Señor, el Dios Santo de Israel, dice: “Vuelvan, quédense tranquilos y estarán a salvo. En la tranquilidad y la confianza estará su fuerza”» (énfasis añadido). La confianza en el Señor Dios se expresa

frecuentemente a través de la oración. Pero a veces se demuestra mejor mediante la falta de palabras ante el Señor que, por su silenciosa ausencia de ansiedad, expresa confianza en su control soberano.

Descubrí una ilustración de esto en la vida cotidiana en el diario del precoz misionero estadounidense a los indios, David Brainerd. El miércoles 28 de abril de 1742, escribió:

Me retiré a mi lugar habitual de aislamiento, con una paz y una tranquilidad muy grandes, y pasé casi dos horas en mis deberes secretos. Me sentía muy parecido a lo que sentí ayer a la mañana, solo que un poco más débil y agobiado. Parecía depender y estar completamente aferrado a mi querido Señor; totalmente desenganchado de todas las demás dependencias. No sabía qué decirle a mi Dios, sino solo apoyarme en su pecho, por así decirlo, y dejar salir mis deseos por estar en perfecta conformidad a él en todas las cosas. Deseos sedientos y unas ansias insaciables por una santidad perfecta se adueñaron de mi alma: Dios era tan precioso para mi alma, que el mundo con todos sus placeres era infinitamente repugnante: dejé de valorar el favor de los hombres como si se tratara de piedritas. El Señor era todo para mí, y prevalecía sobre todo, lo cual me deleitó en gran manera. Creo que mi fe y dependencia en Dios rara vez habían llegado a tal nivel. Lo vi como una fuente de bondad, tal que me parecía imposible volver a desconfiar de él o volver a ponerme ansioso por cualquier cosa que pudiera sucederme[6].

Es posible que no tengamos la capacidad de expresarnos tan bien a través de un diario como lo hacía Brainerd, pero en los tiempos que intercalemos súplicas con silencio, podemos expresarle a Dios nuestra fe en maneras que él estime igualmente preciosas.

Para buscar la salvación del Señor

Los momentos de silencio y retiro para buscar la salvación del Señor pueden

referirse a la búsqueda de alguien que no es cristiano pero quiere ser salvo en Cristo del pecado y de la culpa, o de un creyente que busca que Dios lo salve de determinadas circunstancias. Las palabras de Jeremías en Lamentaciones 3:25-28 son apropiadas para ambos casos: «El SEÑOR es bueno con los que dependen de él, con aquellos que lo buscan. Por eso es bueno esperar en silencio la salvación que proviene del SEÑOR. Y es bueno que todos se sometan desde temprana edad al yugo de su disciplina: que se queden solos en silencio bajo las exigencias del SEÑOR» (énfasis añadido).

En un sermón sobre este texto, C. H. Spurgeon dijo:

Recomiendo el retiro a cualquiera de ustedes que esté buscando la salvación; primero, para que estudie bien su caso como a los ojos de Dios. Pocos hombres se conocen a sí mismos como realmente son. La mayoría de las personas se han visto en el espejo, pero hay otro espejo que refleja la verdad y en el que pocos hombres se miran. Estudiarse a uno mismo iluminado por la Palabra de Dios y revisar cuidadosamente su propia condición, analizando tanto los pecados interiores como los exteriores, y usando todas las evaluaciones que se nos dan en las Escrituras, sería un ejercicio muy sano, ¡pero qué pocos se preocupan de transitar esta experiencia![7]

Como después hizo Spurgeon en esta y en todas las ocasiones que estuvo en el púlpito, y como encontramos a lo largo de la narrativa del Nuevo Testamento, cada vez que se predique públicamente la Biblia, nosotros también deberíamos decirles a las personas que busquen sin demora la salvación en «Jesucristo, el que fue crucificado» (1 Corintios 2:2). Pero además de un llamado como este a todos los oyentes entre las multitudes, no deberíamos minimizar el valor de instarlos al aislamiento para ayudarlos a que eviten las distracciones cuando reflexionen en la condición de su propia alma. El retiro y el silencio pueden ayudarnos a comprender las realidades de nuestro pecado, la muerte, el juicio, etcétera; temas serios que frecuentemente silenciamos en nuestra conciencia por la pista de sonido de la vida diaria. Con base en la ubicuidad de las atracciones visuales y auditivas transmitidas por la tecnología, ¿cuán a menudo cree usted que una persona inconversa se sienta a solas, sin distraerse, y reflexiona sobre sí misma a la luz del evangelio? Segundo mis cálculos, son sumamente pocos los

casos entre un millón de personas. Nunca debemos dejar de hacer hincapié en acercarse a Cristo inmediatamente, pero también tenemos que estimular a las personas para que se «sienten a solas en silencio» y, como dijo Spurgeon, «estudiarse a uno mismo iluminado por la Palabra de Dios».

Para ser restaurado física y espiritualmente

Todos tenemos una necesidad regular de recuperar los recursos del ser interior y exterior. Esto fue cierto aun para los que vivían más cerca de Jesús. Después de pasar varios días con una gran exigencia física y espiritual, fíjese qué método de reabastecimiento les recetó Jesús a sus discípulos: «Vayamos solos a un lugar tranquilo para descansar un rato» (Marcos 6:31). ¿No le parece genial?

Así como los doce discípulos, todos necesitamos momentos para desatar el lazo de nuestros estreses rutinarios y disfrutar la restauración que el retiro puede darle a nuestro cuerpo y a nuestra alma.

Una noche, vi un informe periodístico sobre la vida del pianista Glenn Gould. Lo describía como un instrumentalista maravilloso cuando apareció en la escena musical durante la década de los años 1950, siendo un adolescente. Viajaba por todo el mundo y asombraba a sus oyentes con sus habilidades. Pero en 1964, dejó de tocar en público. A partir de ese momento, y a pesar de que era uno de los mejores pianistas del mundo, Gould tocó solamente en privado y para las grabaciones en un estudio. Hasta sus sesiones de grabación se llevaban a cabo en la más absoluta privacidad. Estaba convencido de que el aislamiento era la única manera de crear. Así mismo, todo el que tenga que «crear» música, lecciones, ensayos, informes, sermones, arte, presentaciones, etcétera, sabe que no se puede hacer bien en arrebatos de cinco minutos entre interrupciones digitales o personales. El monacal aislamiento musical de Gould no es una costumbre que la mayoría pueda o deba imitar. Pero, así como él descubrió que el aislamiento lo ayudaba a crear, descubra usted mismo cómo el silencio y el retiro ayudan a recrearlo a usted física y espiritualmente de maneras que son profundamente terapéuticas.

Para recuperar la perspectiva espiritual

Una de las mejores maneras de dar un paso atrás y lograr una perspectiva de los problemas más equilibrada y menos mundana es a través de las Disciplinas del silencio y el retiro.

Cuando el ángel Gabriel le dijo a Zacarías que él y su anciana esposa tendrían un bebé milagrosamente, Zacarías dudó. En respuesta, Gabriel le anunció: «Como no creíste lo que te dije, te quedarás mudo, sin poder hablar hasta que nazca el niño. Te aseguro que mis palabras se cumplirán a su debido tiempo» (Lucas 1:20). ¿Y qué sucedió con la perspectiva de Zacarías acerca de estas cosas durante su período de silencio forzado? Cuando el bebé nació, Lucas 1:63-64 dice que: «Zacarías pidió con señas que le dieran una tablilla para escribir y, para sorpresa de todos, escribió: "Su nombre es Juan". Al instante Zacarías pudo hablar de nuevo y comenzó a alabar a Dios». Tal vez sea un ejemplo negativo, pero nos enseña cómo el cerrar la boca a veces puede ayudarnos a abrir nuestra mente para ver las cosas a la manera de Dios.

Uno de los acontecimientos más famosos y que más le cambiaron la vida a Billy Graham sucedió en agosto de 1949, inmediatamente antes de la cruzada de Los Ángeles que lo empujó a un protagonismo nacional. Por un corto período anterior a Graham, el título no oficial del evangelista estadounidense más famoso lo tuvo un hombre llamado Chuck Templeton. Sin embargo, hacia 1949, Templeton se estaba desmoronando espiritualmente bajo la influencia de hombres que dudaban de la inspiración de las Escrituras, y esto finalmente lo llevó a rechazar completamente la fe. Él empezó a compartir con Graham los libros y las ideas que estaban moldeándolo. Tan solo unos días antes de que Graham se fuera manejando a California, Templeton le dijo que, por seguir creyendo en la Biblia, el joven evangelista estaba suicidándose intelectualmente.

Mientras hablaba en un congreso de jóvenes en las montañas San Bernardino, Graham supo que tenía que alcanzar la perspectiva de Dios sobre el tema, y lo logró a través del retiro. Así es como describió esa noche: «Regresé solo a la cabaña y leí mi Biblia durante un rato. Luego decidí dar una caminata por el bosque». Allí, recordó que frases como «la palabra del Señor vino» y «así dice el Señor» fueron usadas más de dos mil veces en las Escrituras. Meditó en la actitud de Cristo, quien cumplió la Ley y los Profetas, quien los citó

constantemente y nunca señaló que podrían estar equivocados. Mientras caminaba, dijo: «Señor, ¿qué debo hacer? ¿Cuál debe ser el rumbo de mi vida?». Vio que el intelecto por sí solo no podía resolver el tema de la inspiración y la autoridad de la Biblia. Más allá de eso, básicamente se había vuelto una cuestión de fe. Pensó en la fe que tenía en muchas cosas cotidianas que él no entendía completamente, como los aviones y los autos, y se preguntó por qué era que solamente con respecto a las cosas del Espíritu ese tipo de fe se consideraba equivocada.

«Así que volví y tomé mi Biblia —continuó—, y salí a la luz de la luna. Llegué a un tocón y puse la Biblia sobre él, y me arrodillé y dije: “Oh, Dios, yo no puedo demostrar ciertas cosas. No puedo responder algunas de las preguntas que Chuck plantea y que algunos otros plantean, pero acepto este Libro por fe como la Palabra de Dios”»[8]. Por medio de ese tiempo de retiro y la perspectiva espiritual que logró esa noche, Billy Graham se transformó después en el hombre que el mundo ha conocido desde entonces.

La experiencia de Graham demuestra lo que dijo el prolífico teólogo puritano John Owen sobre nuestros tiempos a solas: «Lo que somos en ellos, eso es lo que somos realmente, y nada más. Ellos son lo mejor o lo peor de nuestro tiempo, donde el principio que predomina en nosotros se mostrará y actuará por sí mismo»[9]. En otras palabras, lo que somos cuando estamos solos es lo que somos realmente. Si tenemos la costumbre de buscar a Dios y su perspectiva por medio de su Palabra cuando estamos a solas (y no solo en la iglesia o cuando estamos con otros cristianos), entonces sí podemos guardar la esperanza de que conocemos a Dios.

Para buscar la voluntad de Dios

Tal vez una de las razones más comunes para que los creyentes busquen a Dios en silencio y retiro sea para discernir su voluntad sobre algún tema. Jesús hizo esto en Lucas 6:12-13, cuando tuvo que decidir entre sus discípulos quiénes lo acompañarían: «Jesús subió a un monte a orar y oró a Dios toda la noche. Al amanecer, llamó a todos sus discípulos y escogió a doce para que fueran apóstoles».

La historia cristiana es rica en ejemplos memorables de hombres y mujeres que se aislaron de todos los demás para buscar la voluntad de Aquel que más les importaba. Una de las historias preferidas es la de Hudson Taylor, un joven y agotado misionero a China. En el año 1865, mientras estaba de vuelta en Inglaterra para descansar y continuar con algunos estudios médicos, tuvo que luchar con una decisión. Sentía que Dios podía estar llevándolo a comenzar una obra misionera audaz y sin precedentes: llevar el evangelio a los millones de personas que no habían sido alcanzadas en el vasto territorio interior de China. Durante décadas, casi todos los misioneros habían trabajado únicamente en las ciudades costeras, casi nunca yendo tierra adentro. Pero Taylor tenía miedo de dirigir un enorme proyecto como ese, sabiendo que la carga de reclutar a los misioneros, así como de buscar y mantener su respaldo económico, caería sobre sus hombros.

Para el tranquilo domingo de verano del 25 de junio, Hudson Taylor ya no podía seguir soportando la incertidumbre. Agotado y enfermo, se había ido a Brighton a descansar con amigos. Pero, en lugar de disfrutar de su compañía constante, él buscó además refugio en el silencio y el retiro, deambulando a lo largo de las playas que dejaba la marea al bajar. Aunque el lugar era tranquilo, él agonizaba. Había que tomar una decisión. Él debía conocer la voluntad de Dios. Mientras caminaba, se le cruzó este pensamiento:

Pues, si estamos obedeciendo al Señor, ¡la responsabilidad recae en él, no en nosotros! ¡Tú, Señor, tú tendrás toda la carga! Bajo tus órdenes, como siervo tuyo, sigo adelante, y dejo en ti los resultados.

Cuán sosegadamente me alejé de las playas. [...] El conflicto había terminado, todo era gozo y paz. Me sentía como si pudiera volar colina arriba hasta la casa del señor Pearse. ¡Y cómo dormí esa noche! Mi amada esposa creyó que Brighton me había sentado de maravilla, y así fue[10].

Y así, sobre la bisagra de buscar su voluntad a través del silencio y el retiro, Dios abrió la puerta para la Misión al Interior de China. Esa misma obra continúa con la bendición de Dios y se convirtió en la Overseas Missionary Fellowship (Fraternidad Misionera al Extranjero), uno de los grandes esfuerzos misioneros

en el mundo.

A menudo Dios nos aclara su voluntad en público, pero existen momentos en los que solamente la revela en privado. Para descubrirla, son necesarias las Disciplinas del silencio y el retiro.

Para aprender a dominar la lengua

Aprender a guardar silencio durante cortos períodos de tiempo puede ayudarnos a dominar mejor nuestra lengua todo el tiempo.

No hay duda de que aprender a dominar la lengua es fundamental para parecernos a Cristo. La Biblia dice que no vale nada la religión de una persona que no puede dominar su lengua (vea Santiago 1:26). Proverbios 17:27-28 relaciona los atributos de la persona que se asemeja a Cristo, como el conocimiento piadoso, el entendimiento, la sabiduría y el discernimiento con el poder para refrenar las palabras: «El verdadero sabio emplea pocas palabras; la persona con entendimiento es serena. Hasta los necios pasan por sabios si permanecen callados; parecen inteligentes cuando mantienen la boca cerrada».

Eclesiastés 3:7 se refiere al dominio de la lengua en un doble sentido, es decir, la capacidad de refrenarla tanto como de usarla, porque dice que hay «un tiempo para callar y un tiempo para hablar». La piedad, por lo tanto, implica aprender cuándo no debería hablar, así como cuándo debería hacerlo.

En el Nuevo Testamento, Santiago 1:19 también describe el poder sobre la lengua en términos de la capacidad de mantenerla controlada: «Mis amados hermanos, quiero que entiendan lo siguiente: todos ustedes deben ser rápidos para escuchar, lentos para hablar y lentos para enojarse». Esto aplica a nuestro «hablar» en Internet así como el que sale de nuestros labios.

¿De qué manera ayudan las Disciplinas del silencio y del retiro al dominio de la lengua característico de ser semejante a Cristo? Durante un ayuno prolongado, usted descubre que algunos de los alimentos que come con frecuencia no son realmente necesarios. Cuando ejercita el silencio y el retiro, se da cuenta de que no necesita decir algunas cosas que antes le parecían necesarias. En el silencio,

aprendemos a confiar más en el control de Dios sobre las cuestiones en las que normalmente nos sentíamos obligados a decir algo o a hablar demasiado. Descubrimos que él es capaz de manejar las situaciones donde antes pensábamos que nuestra participación era indispensable. En quienes practican el silencio y el retiro también se refinan las habilidades de observar y escuchar; cuando ellos hablan, sus palabras son mucho más frescas y profundas.

Una de las razones por las que las Disciplinas duales del silencio y el retiro pueden ser tan transformadoras es por cómo nos ayudan a conectarnos con otras Disciplinas Espirituales[11]. Por ejemplo, deberían ser el contexto normal en el que nos dedicamos a asimilar la Biblia y a orar. También son una pieza necesaria para adorar a solas. En el silencio y el retiro podemos aprovechar al máximo el tiempo para las Disciplinas de aprender y de llevar un diario. También es común practicar el ayuno durante los momentos de silencio y retiro. Pero, sobre todo, las Disciplinas del silencio y del retiro pueden ser muy transformadoras porque brindan el tiempo para pensar en la vida y para buscar a Dios. Lo cierto es que la mayoría de nosotros no lo hace lo suficiente. No muchas generaciones atrás, la mayoría de nuestros antepasados pasaban sus días trabajando en los campos o en el hogar, donde los únicos sonidos que los rodeaban eran los de la creación de Dios o de las voces humanas. Al no haber motores eléctricos ni medios de comunicación, había menos distracciones artificiales para la voz de la conciencia y la obra del Espíritu Santo en nuestra alma. No es para embellecer los supuestos «viejos tiempos» (una costumbre pecaminosa; vea Eclesiastés 7:10) o para insinuar que tratemos de volver a ellos. Simplemente estoy reafirmando lo que hemos dicho desde el comienzo de este capítulo: uno de los costos del avance tecnológico es que tenemos más tentaciones de evitar la tranquilidad. Aunque hemos ampliado nuestra asimilación de noticias e información de todo tipo, estas ventajas pueden ser a costa de nuestra profundidad espiritual si no practicamos el silencio y el retiro.

Recuerde que el gran propósito de practicar estas Disciplinas es la piedad, para que podamos ser como Jesús, para que podamos ser más santos. En el libro *The Still Hour* (La hora tranquila), Austin Phelps escribió: «Se ha dicho que ninguna obra importante de la literatura o de la ciencia fue escrita por alguien que no amara el retiro. Podemos establecer como un principio elemental de la religión que nadie que no se haya tomado el tiempo para estar a menudo largamente a solas con Dios ha logrado un crecimiento importante en la santidad»[12].

RECOMENDACIONES PARA EL SILENCIO Y EL RETIRO

Algunas personas disfrutan las Disciplinas del silencio y el retiro de la misma manera que disfrutan leer o ver una gran aventura. En vez de desarrollar estas prácticas por su cuenta, solo se involucran en ellas de una manera indirecta y las admiran desde lejos. Sueñan con estas Disciplinas, pero no las llevan a cabo. A continuación hay algunas ayudas prácticas para hacer que el silencio y el retiro no sean un simple anhelo, sino una realidad y un hábito.

«Retiros de un minuto»

Una emisora de radio cristiana de la zona donde vivo solía transmitir un anuncio de treinta segundos que hacía énfasis en los beneficios del silencio. Luego, dejaba diez segundos en silencio para dejar en claro la idea. Aunque suena muy simple, era notable el impacto de ese momento inesperado en silencio.

Es posible darse ocasionalmente esa misma clase de renovación breve a lo largo del día. Un momento en algún semáforo, en un ascensor o en una fila de autos puede convertirse en un «retiro de un minuto» cuando lo consagra como un tiempo de silencio y retiro. Puede usar el momento para orar en la comida para una pausa espiritual.

No puedo ofrecer recomendaciones para las circunstancias de cada uno, pero puedo animarlo a buscar maneras de convertir la rutina en lo sagrado, para «mejorar» (como solían decir los puritanos) un minuto perdido aquí o allá, incluso en el día más ocupado, haciendo que cambie de propósito y sea un retiro de un minuto.

Desde luego, la clave no solo es tomarse un respiro y relajarse por un instante, por más útil que esto sea. Lo que estoy proponiendo es buscar a Cristo de una forma más intencional durante ese momento y descansar por fe en él. Es practicar lo que cantamos en el himno: «Toma mis momentos y mis días; haz que fluyan en una alabanza sin fin»[13]. Aproveche esas oportunidades inesperadas que le da el Señor y concéntrese exclusivamente en él y en la vida

en el Espíritu. Aunque no tenga más que unos poco segundos, aunque no esté en un lugar absolutamente silencioso o completamente solitario, disfrute de la restauración que se encuentra en el conocimiento de Jesucristo.

La meta del silencio y el retiro diarios

Sin excepción, los hombres y las mujeres que conozco que han logrado el crecimiento más rápido, consecuente y evidente en su parecido a Cristo han sido los que cultivan un tiempo diario para estar a solas con Dios. Ese rato de silencio lo dedican a la asimilación de la Biblia y a la oración, y en esa soledad, disfrutan de la ocasión para adorar en privado.

Muchos se esfuerzan por desarrollar este hábito devocional diario porque llevan una vida muy ocupada y se enfrentan a un enemigo muy terco, que es consciente de los riesgos que esto implica. El misionero mártir Jim Elliot sabía de la lucha: «Creo que el diablo se tomó muy en serio el monopolio de estos tres elementos: el ruido, la prisa y las multitudes. [...] Satanás tiene muy en claro el poder del silencio»[14]. Nuestros días suelen estar más que llenos de suficiente ruido, mucha prisa e igual cantidad de personas ocupadas. A menos que planifiquemos tener a diario momentos de silencio solitario delante de Dios, estas otras cosas se abalanzarán para llenar nuestro tiempo como el agua al Titanic.

Estos momentos diarios son la savia de las Disciplinas del silencio y el retiro. Los que se entrena bien en el silencio y el retiro todos los días son más propensos a disciplinarse para disfrutarlas ocasionalmente, como en los «retiros de un minuto», en el día del Señor y en períodos prolongados. La persona que rara vez se ejercita, se agita tanto por subir rápido las escaleras como por una carrera de un kilómetro y medio. El que corre todos los días no tiene problema con ninguno de los dos. De la misma manera, la persona que tiene un tiempo de ejercicios espirituales diarios es quien más disfruta los «retiros de un minuto» y los períodos prolongados de silencio y retiro.

Escapar para estar solo y en silencio

«Escapar» en busca de un tiempo prolongado de silencio y retiro puede no ser nada más que requerir una sala vacía en su iglesia donde pueda pasar algunas horas, una tarde o un sábado. O puede involucrar pasar una noche o un fin de semana en un centro de retiros, en una posada o en una cabaña.

Es posible que a algunas de estas escapadas no quiera llevar más que su Biblia y un cuaderno. En otras, tal vez quiera devorar un libro que cree que lo ayudará a desarrollarse como discípulo de Jesús. Ese tipo de retiros también son un buen momento para planificar, ponerse metas y evaluar cosas.

Si nunca ha pasado una tarde entera, un medio día o un poco más en silencio y retiro, es posible que se pregunte qué haría con todo ese tiempo. Le aconsejo que prepare un programa, ya sea de antemano o que lo haga apenas llegue, porque se sorprenderá de lo rápido que pasa el tiempo si se mantiene ocupado, y de cómo se arrastra si usted no tiene un plan. No sienta que tiene que apegarse como un esclavo a su programa. Aunque no sea un evento en el que deba quedarse una noche, duerma si necesita hacerlo. Pero un plan puede ayudarlo a usar el tiempo para los propósitos previstos, en lugar de desperdiciarlo sin darse cuenta[15].

Aunque las escapadas de una noche a lugares alejados son maravillosas, no espere el momento en el que pueda ir como Elías al monte Horeb por cuarenta días antes de empezar a practicar el silencio y el retiro. Recuerde que, hablando en general, todas las Disciplinas Espirituales, incluidas estas dos, están diseñadas para practicarse cotidianamente en los lugares donde vivimos nuestra vida diaria.

Lugares especiales

Ubique lugares especiales que puedan ser utilizados para el silencio y el retiro. Búsquelos dentro de su casa, adonde pueda llegar caminando, a pocos minutos por auto y a una distancia razonable para retiros de una noche o más largos.

Si tiene niños en casa, puede ser difícil hallar un lugar apartado para encontrarse con Dios. Es posible que necesite la creatividad (¡o la desesperación!) de A. W. Tozer, quien durante un tiempo solamente pudo encontrar la privacidad

necesaria dentro de la sala de la caldera[16]. O puede replantear el uso de un clóset[17]. La piadosa Susanna Wesley, madre de John (el fundador del movimiento metodista) y de Charles (el prolífico compositor de himnos), crió una familia muy grande y, durante muchos años, le fue prácticamente imposible aislarla físicamente. Era casi tan conocida por ser la madre de dos hijos influyentes, como por su hábito, cuando necesitaba silencio y retiro, de ponerse el delantal sobre su cabeza y leer la Biblia y orar debajo de él. Obviamente, eso no bloqueaba mucho el ruido, pero era una señal para sus hijos de que, durante esos minutos, no debía ser molestada, y de que los mayores tenían que ocuparse de los más pequeños.

Quizá usted logre encontrar retiro suficiente al aire libre. Jonathan Edwards pudo aislarla en un campo abierto. Mientras viajaba por el río Connecticut, anotó: «En Saybrook desembarcamos para hospedarnos el día sábado y guardamos el Sabbat; allí tuve un tiempo agradable y renovador, caminando solo en los campos»[18]. Comúnmente, se retiraba a los bosques para estar en silencio y retiro con Dios: «Cabalgué hacia los bosques por mi salud. [...] Bajé de mi caballo en un lugar retirado, como acostumbro hacer, para caminar en busca de la contemplación divina y la oración»[19]. Es posible que usted no viva cerca de un campo o un bosque, pero tal vez haya un parque no demasiado lejos que podría brindarle un lugar para caminar, pensar y orar con pocas distracciones. Un farmacéutico de mi iglesia suele detenerse al atardecer durante algunos minutos en un parque que está a dos cuadras de su casa para estar en silencio y retiro antes de ir a encontrarse con su esposa y sus cuatro niños pequeños. Durante años, mi lugar favorito fue el arboreto Morton, cerca de donde vivía; ahora, es un camino tranquilo y arbolado por el que puedo pasear a solas.

Dawson Trotman tenía la rutina de caminar hasta una loma que había al final de su calle. «Allí pasaba horas preciosas solo, orando en voz alta, cantando alabanzas al Señor, citando los pasajes bíblicos de promesas y desafíos que colmaban su mente; a ratos, luchando con la oración insistente; otras veces, caminando en silencio de un lado de la ladera al otro»[20]. Uno de mis mejores amigos lleva pequeños papeles que contienen sus motivos de oración y camina por cuadras en su barrio mientras abre su corazón en silencio delante de Dios.

Como ya mencioné, el edificio donde se reúne su iglesia podría ser el lugar ideal para pasar algunas horas de aislamiento. La mayoría de las iglesias tienen mucho espacio desocupado durante la semana. Puede quedarle relativamente cerca (si no es así, probablemente haya otra iglesia dispuesta a recibirla), sería gratis y

seguro, podría estar disponible con poca anticipación y podría proporcionarle una gran cantidad de comodidades.

El predicador profético galés Howell Harris, un amigo de George Whitefield, tenía un lugar especial para el silencio y el retiro en el edificio de una iglesia. Escribiendo sobre el tiempo previo al ministerio evangelístico del galés, Arnold Dallimore dice:

El conocimiento que tenía Harris sobre las cosas divinas en aquellos días era limitado. Simplemente sabía que amaba al Señor y que quería amarlo aún más, y en esta búsqueda, trataba de encontrar lugares tranquilos donde pudiera aislarlo con él en oración. Uno de sus retiros favoritos era la iglesia de Llangasty, la aldea donde estaba la escuela en la que él enseñaba en aquel entonces, y en una oportunidad, poco después de su conversión, trepó a su torre para estar más a solas con el Señor. Allí, mientras permanecía intercediendo por algunas horas, experimentó una sensación apabullante de la presencia y el poder de Dios. Esa torre solitaria de la iglesia se convirtió para él en el lugar santísimo, y luego escribió: «De repente, sentí que mi corazón se derretía dentro de mí, como la cera frente al fuego, por amor a Dios mi Salvador; y también sentí, no solamente amor y paz, sino un anhelo por fundirme con Cristo. En lo más íntimo de mi alma, había un clamor que nunca antes había conocido: “¡Abba, Padre!”. [...] Yo sabía que era su hijo, y que él me amaba y me escuchaba. Mi alma, llena y saciada, gritó: “¡Es suficiente! ¡Estoy satisfecho! Dame fuerzas, y te seguiré a través del fuego y del agua”»[21].

Como el delantal de Susanna Wesley, puede que su lugar habitual no sea el ideal, y puede que usted tenga que cambiar de lugar de vez en cuando, pero haga todo lo posible por ubicar algún lugar único para buscar la piedad a través del silencio y el retiro.

Compense las responsabilidades cotidianas

Organice con su cónyuge, o con un amigo cuando sea necesario, un sistema de compensación de responsabilidades cotidianas para tener la libertad para extender los momentos de silencio y retiro.

Puede que su respuesta inicial frente a la recomendación de pasar momentos prolongados en estas Disciplinas haya sido: «¡Usted no conoce mi situación! Yo tengo una familia que alimentar e hijos que debo cuidar. Sencillamente, no puedo irme por mi cuenta durante horas». La mayoría de las personas, incluidas las que practican el silencio y el retiro, tienen obligaciones similares que no pueden descuidar. El método más práctico y barato para superar este problema es pedirle a su cónyuge o a un amigo que se ocupe de sus responsabilidades temporalmente para que usted tenga un poco de tiempo a solas. Despues, devuélvale el favor haciendo lo mismo por él o ella, o proveyéndole otro servicio. Las madres con hijos pequeños me dicen que esta es la mejor manera y la más factible que han encontrado para lograr un tiempo prolongado para estas Disciplinas. Entonces, por ejemplo, su cónyuge o una amiga pueden quedarse con los niños (en su casa, digamos, o en su iglesia) durante la mañana mientras usted se reúne a solas con Dios. Despues de eso, almuerzan juntos y se compensan durante la tarde. Usted quizá podría organizar un grupo de servicio como hacen algunos en una iglesia que conozco, en el que ofrecen cuidar a los niños por un par de horas una mañana a la semana para que las mamás puedan disfrutar de un poco de tiempo a solas con Dios en alguna otra parte del edificio.

Una advertencia: La realidad puede golpearlo especialmente duro al volver a casa. Una mamá con cinco niños me contó que amortigua el impacto preparando con anticipación una comida para microondas o en una olla a fuego lento. Si hay un desorden cuando vuelve a su casa, puede hacer ajustes sin tener que ponerse a cocinar inmediatamente. Así de duro como es a veces regresar, los rigores de la realidad solo demuestran cuánto necesitamos la renovación del silencio y el retiro.

MÁS APLICACIÓN

¿Buscará momentos diarios de silencio y retiro? Mientras se estaba edificando el templo de Salomón, «no hubo ruido de martillo, ni de hacha, ni de ninguna

otra herramienta de hierro en el lugar de la obra» (1 Reyes 6:7). De igual manera, nuestro «templo del Espíritu Santo» (1 Corintios 6:19) necesita ser edificado con intervalos de silencio y tiempo a solas. Programe un retiro como este para cada día. Cuanto más ocupado esté y más frenético sea su mundo, más necesita planificar espacios diarios de silencio y retiro.

A. W. Tozer se extendió más sobre este tema, diciendo:

Cada día, retírese del mundo a algún lugar privado, aunque no sea más que a su habitación (durante un tiempo, yo me retiraba a la sala de la caldera, a falta de un lugar mejor). Quédese en el lugar secreto hasta que los ruidos de su alrededor comiencen a desvanecerse en su corazón. [...] Entréguese a Dios y luego sea lo que usted es y quien usted es, sin importarle lo que piensen los demás. [...] Aprenda a orar en su interior a cada momento. [...] Capture sus pensamientos errantes. Contemple a Cristo con los ojos de su alma. [...] Todo lo anterior está supeditado a la buena relación con Dios a través de Cristo y a la meditación diaria en las Escrituras. Si nos faltan estas cosas, nada nos ayudará; si las cumplimos, la disciplina recomendada será exitosa en neutralizar los efectos nocivos de la exteriorización y nos permitirá conocer más a Dios y a nuestra propia alma[22].

Así como el sueño y el descanso diarios revitalizan el cuerpo, el silencio y el retiro diarios refrescan el alma. Estas Disciplinas tienen una manera de airear la mente y planchar las arrugas del alma. Organícese para llegar todos los días a la calma para encontrar a Dios en su Palabra y por medio de la oración.

¿Buscará momentos prolongados de silencio y retiro? Planifíquelos; inclúyalos en su calendario. La rutina y las responsabilidades de la vida diaria se multiplicarán hasta llenar todo su tiempo, y le impedirán pasar períodos extensos a solas con Dios, a menos que usted actúe firmemente.

Tal vez necesite un largo tiempo en silencio y retiro para resolver sus dudas o restablecer su anclaje espiritual. Eso es lo que hizo el difunto Francis Schaeffer durante un período crítico de su vida en 1951. Llegó a una crisis que tenía dos partes. Describió su lucha de la siguiente manera:

Primero, me parecía que entre muchos de los que sostenían la postura ortodoxa [es decir, la doctrina bíblicamente ortodoxa], uno veía poca realidad de las cosas que la Biblia decía muy claramente que debían ser el resultado del cristianismo. Segundo, gradualmente maduró en mí que mi propia realidad era menos de lo que había sido durante los primeros días después de que me convertí en cristiano. Me di cuenta de que, con sinceridad, debía retroceder y reconsiderar toda mi postura[23].

Esta crisis fue suficientemente importante como para justificar largos períodos de silencio y retiro. De este período de muchos días, dijo: «Caminaba en las montañas cuando estaba despejado y, cuando estaba lluvioso, caminaba de un lado a otro dentro del granero del viejo chalet donde vivíamos. Caminaba, oraba y analizaba detenidamente lo que enseñaban las Escrituras, a la vez que revisaba mis propias razones para ser cristiano»[24]. Gradualmente empezó a ver que su problema era que no entendía lo que dice la Biblia sobre el significado de la obra culminada de Cristo para nuestra vida presente. Poco a poco, el sol volvió a salir en su alma, y la canción regresó. Esos días de silencio y retiro fueron el gran punto de inflexión en la vida de Schaeffer y la base sobre la cual se construyó el resto de su ministerio único y hoy famoso, L'Abri, en Suiza.

Quizá usted necesita quedarse a solas con Dios y resolver ciertos temas y cuestiones. Quizá esté en una crisis de fe que necesita tiempo para la oración, la meditación en la Palabra, el pensamiento profundo y mucho examen de conciencia. Hay demasiado en juego para descuidar el tema o tratarlo superficialmente. Si su cuerpo tuviera una urgencia, usted se tomaría el tiempo necesario para ocuparse de ella. No haga nada menos por una urgencia del alma.

Pero no piense que los períodos largos de silencio y retiro únicamente son momentos para resolver las crisis y atender las urgencias del alma. La biografía del primer misionero proveniente de Estados Unidos, Adoniram Judson, cuenta esta historia:

Una vez, cuando estaba agotado por las traducciones y realmente necesitaba descansar, se fue por las colinas a la selva espesa, mucho más allá de todo

asentamiento humano. [...] A este lugar llevó su Biblia y se sentó a leer bajo los árboles de la selva agreste, y meditó, y oró y, por la noche, regresó a la «ermita» [una casa de bambú que había construido al borde de la selva][25].

Judson pasó cuarenta días increíbles como este en la peligrosa selva de Burma. Pero de este estilo de vida nos cuentan que «Solamente lo adoptó por un tiempo». ¿Por qué cambió su rutina por este largo período de silencio y retiro? Su biógrafo dice que fue «como un instrumento de perfeccionamiento moral por medio del cual toda su vida futura podría traducirse más en armonía con el ejemplo perfecto del Salvador a quien él adoraba»[26]. Judson se dedicó a este tiempo de retiro extendido con el propósito de descansar, por su futura utilidad y «para la piedad». ¿No debería usted procurar hacer lo mismo (aunque para usted algo más cercano a cuarenta horas podría ser más realista que cuarenta días)?

¿Empezará ahora? Pocas veces le resultará fácil pulir su agenda para lograr el tiempo para el silencio y el retiro. El mundo, la carne y el enemigo de su alma se ocuparán de eso. Pero si se disciplina a usted mismo para hacerlo, de lo único que se arrepentirá será de no haber comenzado antes.

No espere que cada ocasión tenga el mismo efecto en su vida que algunos de los citados aquí de la historia cristiana. Los resultados espectaculares o las emociones intensas pueden ocurrir rara vez. Sin embargo, como con todas las Disciplinas Espirituales, el silencio y el retiro son beneficiosos aunque muchas veces al concluirlos usted se sienta «normal». De todos modos, encontrarse a solas con Dios genera un deleite que, aunque no siempre sea extraordinario, casi siempre es renovador.

Estas palabras de Jonathan Edwards son un recordatorio final apropiado:

De vez en cuando, algunos resultan muy afectados cuando están acompañados; pero no tienen nada que se asemeje proporcionalmente en modo alguno a eso, en secreto, en la meditación a solas, en la oración en secreto y en la charla con Dios cuando están solos y separados de todo el mundo. [...] El verdadero cristiano indudablemente se deleita en la fraternidad religiosa y en la conversación cristiana, y encuentra mucho en ella que pueda conmover su corazón; pero también se deleita, a veces, al retirarse de toda la humanidad para conversar con

Dios en lugares solitarios. Esto también tiene sus ventajas particulares, pues arregla su corazón e involucra sus afectos. La verdadera religión predispone a las personas a estar mucho a solas en lugares solitarios, para la meditación santa y la oración. [...] Esta es la naturaleza de la gracia verdadera que, aunque ama a la sociedad cristiana en su lugar, sin embargo, de una manera peculiar, se deleita en el aislamiento y en la conversación secreta con Dios[27].

¿Ha usted experimentado alguna vez esta «gracia verdadera», la obra de Dios en su alma que hace que no solo se deleite en la comunión con el pueblo de Dios, sino que también lo comienza a «conversar con Dios en lugares solitarios»? Dios nos creó para que estemos en profunda comunión con él, pero en el jardín del Edén esa comunión fue rota por el pecado. Desde entonces, «todos nosotros nos hemos extraviado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros» (Isaías 53:6). «Todos hemos pecado; nadie puede alcanzar la meta gloriosa establecida por Dios» (Romanos 3:23), así que nos volvimos a nuestro propio camino y mostramos poco interés en conocer el camino a Dios y en acercarnos a él. Pero así como Dios vino a buscar a Adán en el jardín después de que había pecado, Dios también vino a buscarnos cuando envió a su Hijo, Jesús, «a buscar y a salvar a los que están perdidos» (Lucas 19:10). Para eliminar la barrera de nuestra rebeldía contra Dios y restaurar nuestra comunión con el Padre, Jesús se ofreció a sí mismo en la cruz como sustituto para Dios y recibió el castigo que nosotros merecemos por nuestros pecados. Como dijo el apóstol Pedro: «Cristo murió por los pecados una vez por todas, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios» (1 Pedro 3:18, NVI). Dios mostró que había aceptado la muerte de Jesús en beneficio de otros cuando lo resucitó. Y Dios muestra su buena voluntad para que Cristo nos lleve a él, invitándonos a acercarnos a él en el nombre de Jesús. Son eternamente bienvenidos los que se arrepientan de irse por su camino y confíen en que Jesús los hace aceptables para Dios. Los que llegan al Padre por medio de Jesús reciben el Espíritu Santo, quien les da vida para Dios y los hace clamar: «¡Abba! ¡Padre!» (Romanos 8:15). Y, así, los que conocen a Dios sienten por él un clamor de corazón encendido por el Espíritu, anhelando adorarlo con su pueblo, buscando hablar de las cosas de Dios en «fraternidad religiosa» con otros, y deleitándose en «la conversación secreta con Dios».

¿Se comprometerá con las Disciplinas del silencio y el retiro? Si usted ha experimentado la gracia salvadora de Dios, el silencio y el retiro serán, según

las palabras de Edwards, un «deleite», una fuente fiel de renovación, gozo y transformación. Si los tuviera, casi apostaría con usted dos millones de rublos a que es así.

CAPÍTULO 11

ESCRIBIR UN DIARIO... PARA LA PIEDAD

El beneficio actual de la disciplina espiritual es una vida plena, bendecida por Dios, fructífera y útil. Si usted se involucra en la gimnasia espiritual, las bendiciones de la piedad continuarán hasta la eternidad. Aunque muchas personas dedican mucho más tiempo a entrenar su cuerpo que su alma, el siervo excelente de Jesucristo se da cuenta de que la disciplina espiritual es una prioridad.

JOHN MACARTHUR JR.

Más que casi cualquier otra Disciplina, escribir un diario de vida tiene un atractivo fascinante prácticamente para todos los que escuchan del tema. Una de las razones es que el hecho de escribir un diario mezcla la Biblia y la vida diaria como la confluencia de dos grandes ríos en uno. Dado que la aventura de cada creyente por el río de la vida incluye curvas y peligros que él o ella nunca antes había explorado en el camino a la ciudad celestial, algo acerca de escribir en un diario sobre este viaje atrae al espíritu aventurero del crecimiento cristiano.

EXPLICACIÓN SOBRE ESCRIBIR UN DIARIO PERSONAL

Un diario es un sitio (tangible o digital) en el que una persona registra información importante para él o ella en lo personal, para preservarla o reflexionar en ella. Como cristiano, su diario es un lugar para documentar las obras y los caminos de Dios en su vida. Su diario también puede incluir un relato

de acontecimientos diarios, un registro de las relaciones personales, un cuaderno de sus perspectivas al leer las Escrituras y/o una lista de motivos de oración. Los pensamientos devocionales espontáneos o las extensas meditaciones teológicas pueden preservarse allí. El diario personal es uno de los mejores lugares para trazar su avance en las otras Disciplinas Espirituales y para rendirse cuentas a sí mismo sobre sus objetivos.

Entretejidos a lo largo de esta tela de entradas y eventos están los hilos coloridos de sus reflexiones y sentimientos al respecto. Su manera de responder a estas cuestiones y de interpretarlas a partir de su propia perspectiva espiritual también expresa el espíritu de escribir un diario.

¿Tiene un cristiano que escribir un diario personal para parecerse más a Jesucristo? No, en la Biblia no hay nada que obligue a los seguidores de Jesús a llevar un diario personal. De hecho, nunca he leído ni escuchado que alguien afirmara algo por el estilo. Muchas de las personas más parecidas a Cristo de la historia han escrito diarios, y muchos hombres y mujeres igualmente piadosos no lo han hecho.

¿Podemos decir, entonces, que escribir un diario personal tiene algún fundamento bíblico?

Por un lado, a diferencia de la oración, la práctica de escribir un diario sin duda no es un resultado directo del evangelio. La Biblia respalda el hecho de que todos los que llegan a conocer a Dios por medio del evangelio oran, pues el Espíritu hace que clamen: «¡Abba! ¡Padre!» (Romanos 8:15, NVI). La salvación por el evangelio de Cristo también hace que todas las personas convertidas tengan hambre de la Palabra de Dios. Pero no puede decirse que el evangelio siempre genere discípulos de Jesús que escriban diarios espirituales. Una afirmación tan absurda necesariamente implicaría que, a lo largo de la historia, ninguna persona que fuera analfabeta durante toda su vida podría haberse convertido alguna vez, porque no habría podido escribir un diario personal.

Por otra parte, algo muy similar a lo que históricamente se ha denominado escribir un diario se encuentra como ejemplo en la Biblia. El rey David desahogaba su alma a Dios en los rollos de los Salmos, escribiendo reiteradamente cosas como: «Inclínate, oh SEÑOR, y escucha mi oración; contéstame, porque necesito tu ayuda» (Salmo 86:1). Este tipo de clamor no es distinto a la sentida súplica que un cristiano de la actualidad pueda escribirle al

Señor en un diario personal. Cuando el profeta Jeremías le expresa a Dios en sus Lamentaciones lo mucho que lo afligía la caída de Jerusalén, estaba haciendo algo no muy diferente de lo que hace el cristiano contemporáneo cuando escribe sus sentimientos dirigidos a Dios en un archivo de un procesador de texto bajo el nombre de «Diario». Por supuesto que, a diferencia de las palabras de David y de Jeremías, ningún escrito de un cristiano actual tiene inspiración divina. Sin embargo, el ejemplo de estos hombres de escribir sus oraciones, meditaciones, preguntas y demás, proporciona una confirmación bíblica para animar a los cristianos de hoy a que tengan en cuenta la importancia de hacer lo mismo en un diario.

Desde que las personas han tenido la capacidad de escribir, han escrito sobre lo que es más importante para ellas. Por consiguiente, el pueblo de Dios ha registrado sus pensamientos sobre las cosas de Dios, y lo ha hecho en algo similar a lo que hoy conocemos como diario personal. Agustín, el teólogo del siglo IV, abrió su corazón en las páginas de sus famosas Confesiones. A Jonathan Edwards, esta costumbre le pareció tan útil para agudizar su pensamiento y profundizar su devoción, que mantuvo simultáneamente varias clases diferentes de diarios y cuadernos (como sus «Miscellanies» [Misceláneas] y «Notes on Scripture» [Notas sobre las Escrituras]). Ya sea en algo llamado diario, agenda, recopilación de frases, cuaderno de anotaciones u otra cosa, los cristianos han sido cronistas incontenibles de su vida espiritual.

Aclaremos que Jesús no vivió ni murió para que los pecadores nos convirtiéramos en escritores de diarios. Él vino para arreglar nuestra situación con Dios. Pero una vez que estemos bien con Dios por medio del arrepentimiento y la fe en quién es Jesús y en lo que él hizo, un diario puede ser, como han descubierto millones de los que fueron reconciliados con Dios a lo largo de la historia, una herramienta excelente para pensar en la vida y en la muerte de Jesús, y para ponerla en práctica. Específicamente, su diario es un lugar para reflexionar en la Palabra de Dios y en las riquezas de la gracia de Dios para nosotros por medio de Jesucristo, y en cómo progresamos disfrutando de esas riquezas.

Mientras lee este capítulo, tenga en cuenta las razones bíblicas e históricas para unirse a aquellos del pueblo de Dios que se han involucrado en la Disciplina de escribir un diario personal[1] «para la piedad». Recuerde, el objetivo de llegar a ser más como Jesús debería ser la razón principal para comenzar cualquier Disciplina Espiritual, incluida esta. Con esa idea fresca en su mente, considere

las palabras de Maurice Roberts del Reino Unido acerca de escribir un diario personal:

La lógica de esta costumbre es inevitable una vez que los hombres hayan sentido la necesidad de que su corazón y su vida lleguen a ser transformados de acuerdo con el modelo de Cristo. Nadie llevaría un registro de sus lágrimas, temores, pecados, experiencias, providencias y aspiraciones, a menos que esté convencido del valor de esa práctica para su propio progreso espiritual. Fue esta misma convicción la que lo convirtió en una costumbre común anteriormente. Aconsejamos que esta práctica sea revivida, y es necesario decir algo en su defensa[2].

EL VALOR DE ESCRIBIR UN DIARIO PERSONAL

Llevar un diario personal no solo propicia la madurez espiritual por medio de sus propias virtudes, sino que, además, es una ayuda valiosa para muchos otros aspectos de la vida espiritual.

Una ayuda para la autocomprepción y evaluación

En Romanos 12:3, cada cristiano es exhortado a que «no piense más alto de sí que lo que debe pensar, sino que piense con buen juicio» (LBLA). El hecho de que escriba un diario ciertamente no garantiza que esté protegido contra la arrogancia ni contra la autodegradación. Pero la simple disciplina de registrar los acontecimientos importantes de mi vida y anotar mis reacciones hacia ellos sí hace que me examine a mí mismo a la luz de las Escrituras, mucho más meticulosamente de lo que haría sin contar con esa pausa.

No es un tema menor ni una necesidad minúscula en nuestra vida. No ha existido un teólogo más centrado en Dios que Juan Calvino, pero aun él escribió en la

primera página de su monumental Institución de la religión cristiana: «Sin conocernos a nosotros mismos, no conocemos a Dios»[3]. A través del conocimiento de nosotros mismos y de nuestra condición, explicó, somos impulsados a buscar a Dios. El diario puede ser el medio por el que el Espíritu Santo nos muestre dónde estamos pecando o cuáles son nuestras debilidades, el vacío de un camino que elegimos, el entendimiento de nuestros motivos u otras cosas que pueden convertir la página del diario en un altar para buscar a Dios.

En una reunión de la «Eclectic Society» (Sociedad ecléctica) del año 1803, en la que los ministros evangélicos de Londres se reunían cada semana para aclarar sus pensamientos y profundizar su comunión hablando de asuntos teológicos, Josiah Pratt mencionó el valor que tiene un diario para la introspección:

La costumbre de llevar un diario personal promovería la vigilancia. Muchos viven la vida bajo cierto riesgo. Caen en determinados hábitos religiosos, y quizás no estén sometidos a tentaciones fuertes. Asisten con regularidad a la iglesia y a los sacramentos y al [culto familiar]. Leen la Biblia y oran todos los días a solas. Pero ahí se acaba. Saben poco del crecimiento o de la decadencia del ser interior. Por eso, son cristianos de logros muy pobres. Las obras del pecado pasan desapercibidas, contrario a lo que debería ser y, por lo tanto, no buscan la gracia contra ellas; las emociones geniales de la gracia tampoco son percibidas y, por lo tanto, no son fomentadas ni cultivadas. Ahora bien, un diario tendería a elevar el estándar de esas personas al despertar la vigilancia[4].

Una de las formas en las que se puede notar «el crecimiento o [...] la decadencia del ser interior» con un diario personal es mediante la observación de patrones previamente desapercibidos en su vida. Cuando repaso en mi diario las anotaciones que hice hace un mes, seis meses o un año, generalmente me veo a mí mismo y veo los acontecimientos más objetivamente. Puedo analizar mis pensamientos y mis acciones al margen de los sentimientos que tenía en ese momento. Desde esa perspectiva, es más fácil observar si he logrado algún progreso espiritual o si reincidí en algún área.

Sin embargo, escribir un diario no es un tiempo para mirarse el ombligo. Ni es una excusa para volverse un egocéntrico a costa de un mundo necesitado.

Escribiendo sobre los puritanos y cómo se relacionaban con la sociedad, Edmund S. Morgan cita una anotación del diario que escribió un joven piadoso durante una enfermedad de la que murió a fines del siglo XVII. En él, el joven evaluaba si había mostrado suficiente amor por los demás. Entonces dice Morgan:

El hecho de que muchos puritanos escribieran diarios de este tipo sirve para explicar su búsqueda de la virtud social: los diarios eran los libros contables en los que revisaban los activos y los pasivos de su alma en la fe. Cuando abrían estos libros, dejaban por escrito fallas morales con expresiones apropiadas de arrepentimiento, y analizaban qué saldo habían dejado contra las evidencias de la fe. Cotton Mather se propuso tener por lo menos una buena acción para asentar en su diario cada día de la semana[5].

Si se le usa apropiadamente, un diario realmente puede convertirse en un instrumento para impulsarnos a actuar a favor de los demás en lugar de encerrarnos más en nosotros mismos.

El diario puede ser un espejo en el que vemos con más claridad nuestras actitudes, pensamientos, palabras y actos. Dado que tendremos que rendir cuenta de cada uno de ellos en el juicio, es sabio evaluarlos por cualquier método.

Una ayuda para la meditación

Como mencioné en el capítulo tres, creo que la meditación en las Escrituras es la necesidad devocional más importante para la mayoría de los cristianos (compare Josué 1:8; Salmo 1:1-3; 2 Timoteo 2:7). Sin embargo, la meditación que vale la pena requiere una concentración no desarrollada a menudo en nuestra sociedad acelerada y distraída por los medios de comunicación. Quizá la contribución más valiosa que la Disciplina de escribir un diario aporta a la búsqueda de la piedad es cómo facilita la meditación en la Palabra, especialmente a la capacidad de intensificar la atención en el texto.

Leí un cuento sobre un hombre del noroeste de los Estados Unidos que estaba convencido de que en ninguna otra parte del mundo había una niebla más espesa que en su casa de la costa. Afirmó que una vez, mientras techaba su casa, estaba en una nube tan densa que, sin darse cuenta, siguió de largo pasándose el borde del techo, «poniendo las tejas en la niebla». Cuando no tengo un bolígrafo en la mano o mis dedos no están sobre el teclado, puedo distraerme tanto de la meditación que empiezo a hilvanar un pensamiento sin relación con el otro, y pongo mis tejas en la niebla de la fantasía en lugar de pensar en la luz de las Escrituras. La disciplina de anotar mis meditaciones en el diario me ayuda a concentrarme.

Estar sentado con un bolígrafo y un papel o con los dedos rozando el teclado también hace más intenso mi sentido de expectativa mientras pienso en Dios y en las palabras del pasaje que tengo frente a mí. En la escuela siempre escuchaba mejor cuando tomaba notas. Lo mismo me pasa cuando escucho un sermón: escucho con más atención cuando anoto los pensamientos más importantes del mensaje. El mismo principio se traslada al escribir en mi diario. Cuando registro en un diario mis meditaciones sobre un pasaje de la Biblia, me concentro mejor en el texto y la meditación me resulta más productiva.

Una ayuda para expresarle pensamientos y sentimientos al Señor

Por muy cercana que sea una amistad o cuánta intimidad haya en el matrimonio, no siempre podemos decírselo a otros lo que pensamos. Pero a veces, nuestros sentimientos son tan fuertes y nuestros pensamientos tan dominantes que tenemos que buscar alguna manera de expresarlos. Nuestro Padre siempre está disponible y dispuesto a escucharnos. «Ábrele tu corazón cuando estés ante él», dice el Salmo 62:8 (NVI). Un diario es un lugar donde podemos dar expresión a la fuente de nuestro corazón, donde, sin reserva, podemos desbordar nuestra pasión ante el Señor.

Ya que los pensamientos y las emociones humanas oscilan entre los extremos de la euforia y el abatimiento, podemos esperar encontrar ambos en las páginas de nuestro diario. Eso se cumple en todos los diarios famosos de la historia de la iglesia. Observe las profundidades en las que se encontraba David Brainerd en

esta anotación:

Día del Señor, 16 de diciembre de 1744. Estaba tan abrumado por el desaliento que no sabía cómo vivir. Ansiaba la muerte con todas mis fuerzas; mi alma estaba sumida en aguas profundas y la crecida estaba a punto de ahogarme. Sentía tal opresión que mi alma estaba horrorizada. No podía fijar mis pensamientos en oración ni un minuto sin agitarme y distraerme. Me sentía sumamente avergonzado por no vivir para Dios. No tenía una duda angustiante sobre mi propio estado, pero me hubiese aventurado alegremente (tanto como me fuera posible saber) a la eternidad. Mientras iba a predicarles a los indios, mi alma estaba atormentada. Estaba tan sobrecargado de desaliento que perdí las esperanzas de hacer bien alguno, y llegué a un punto muerto. No sabía qué decir ni qué rumbo tomar[6].

Contrariamente, poco tiempo después, el diario de Brainerd revela esta profunda expresión de alegría:

Día del Señor, 17 de febrero de 1745. Creo que pocas veces en mi vida se me ha permitido ofrecerles la gracia gratuita de Dios a los pecadores desahuciados con tanta libertad y sencillez. Después de eso, pude invitar seriamente a los hijos de Dios para que vinieran renovados y bebieran de esta fuente de agua de vida de donde han obtenido hasta ahora una satisfacción inefable. Fue un tiempo muy agradable para mí. Hubo mucho llanto en la reunión y no tuve duda de que no era otro sino el Espíritu de Dios el que estaba allí, convenciendo a los pobres pecadores de su necesidad de Cristo. En la noche me sentía sereno y cómodo, aunque muy cansado. Tenía una dulce sensación de la excelencia y la gloria de Dios; y mi alma se regocijaba en que él fuera «Dios sobre todo, bendito por siempre»; pero estaba demasiado lleno de gente y de charlas, y yo anhelaba estar más solo con Dios. Ah, que pudiera bendecir a Dios por siempre por la misericordia de este día, quien «me respondió en el gozo de mi corazón»[7].

Quizá usted lea las palabras de Brainerd sintiendo una distancia de su propia

experiencia como me pasa a mí. ¿Era un tipo raro? ¿Vivía en un plano espiritual superior inaccesible para los cristianos como yo? ¿Pueden las diferencias entre sus experiencias con Dios y las mías explicarse exclusivamente porque somos de épocas diferentes? Dado que no soy capaz de expresar por escrito el tipo de emociones hacia Dios que él expresaba, ¿soy yo el raro?

Creo que cada hijo de Dios ciertamente puede experimentar más de lo que Brainerd expresa aquí, y un diario puede ayudar con esa búsqueda. Maurice Roberts explica:

Un diario espiritual se inclinará a profundizar y santificar la vida emocional de un hijo de Dios. Para nosotros, es muy importante volvernos más sensibles a los grandes temas de nuestra fe. Nuestra época no es suficientemente profunda en cuanto a los sentimientos. Los hombres bíblicos se presentan llorando lágrimas copiosas así como suspirando y gimiendo y, de vez en cuando, regocijándose extasiados. La sola idea de Dios los embelesaba. Tenían pasión por Jesucristo: su persona, sus funciones, sus nombres, sus títulos, sus palabras y sus obras. Tenemos que avergonzarnos de ser tan fríos e incombustibles a pesar de todo lo que Dios ha hecho para y por nosotros en Cristo. [...] Escribir un diario puede servir para corregirnos también en este aspecto[8].

Somos propensos a tener sentimientos más profundos sobre las cosas que pensamos más en profundidad. Al desacelerarnos y motivarnos a pensar más profundamente en las cosas de Dios, el hecho de escribir un diario nos ayuda a tener sentimientos más profundos por esas cosas. Escribir un diario personal da la oportunidad de que los grises intangibles en las obras de la mente y las obras del corazón se definan claramente en blanco y negro. Entonces podemos expresarle mejor al Señor esos pensamientos y sentimientos.

Una ayuda para recordar las obras del Señor

Muchas personas piensan que Dios no los ha bendecido con muchas cosas hasta

que tienen que mudar todo a un nuevo domicilio. De la misma manera, tendemos a olvidar cuántas veces Dios ha respondido oraciones específicas, ha enviado la provisión oportuna y ha hecho cosas maravillosas en nuestra vida. Tener un lugar donde recolectar todos esos recuerdos evita que los olvidemos.

Un diario nos ayuda a ser como Asaf en el Salmo 77:11-12, quien dijo: «Me acordaré de las obras del SEÑOR; ciertamente me acordaré de tus maravillas antiguas. Meditaré en toda tu obra, y reflexionaré en tus hechos» (LBLA). Aun a los reyes de Israel el Señor les pedía que escribieran por sí mismos una copia de la ley de Moisés que los ayudara a recordar lo que Dios había dicho y hecho en la vida de los patriarcas (vea Deuteronomio 17:18)[9].

El testimonio de Luci Shaw, viuda del editor cristiano Harold Shaw, da un ejemplo de cómo un diario no solo es útil sino esencial para recordar las obras de la providencia de Dios en la vida de una persona.

Toda mi vida pensé que debía escribir un diario personal. Nunca lo hice, hasta hace unos años, cuando la noticia de que mi esposo, Harold, tenía cáncer nos arrojó de cabeza a la experiencia del aprendizaje intenso, enfrentando cosas que nunca antes habíamos encarado. Confrontados con decisiones angustiosas, clamábamos al Señor: «¿Dónde estás en medio de esto?». De pronto se me ocurrió que, a menos que llevara un registro de lo que estaba sucediendo, lo olvidaría. Los acontecimientos, los detalles y las personas de aquellos días penosos fácilmente podían hacerse borrosos. Así que empecé a anotarlo todo[10].

Francis Bacon lo dice sin rodeos: «Si un hombre escribe poco, necesita tener una memoria enorme»[11].

Uno de los mayores beneficios de llevar un registro de las obras del Señor es el estímulo que puede ser para la fe y la oración. C. H. Spurgeon, el valiente predicador bautista británico de la segunda mitad del siglo XIX dijo: «En algunas ocasiones, cuando me he convertido en una presa de pensamientos incrédulos, he dicho: “Bueno, ahora no me atrevo a dudar si existe un Dios, porque puedo mirar hacia atrás en mi diario y decir que tal día, en lo más profundo de mis dificultades, me arrodillé ante Dios y, cada vez, antes de que me

pusiera de pie, recibí la respuesta”»[12].

Stephen Charnock, autor del clásico The Existence and Attributes of God (La existencia y los atributos de Dios) dijo: «Qué valioso es recordar antiguos beneficios cuando venimos a suplicar por nuevos»[13]. Un diario es una de las mejores maneras de mantener vivo el recuerdo de los «antiguos beneficios» del Señor.

Una ayuda para generar y preservar una herencia espiritual

Escribir un diario es una manera eficaz de enseñar las cosas de Dios a nuestros hijos y nietos, y de transmitir nuestra fe hacia el futuro (compare Deuteronomio 6:4-7; 2 Timoteo 1:5).

Algo que escribimos hoy podría producir un impacto espiritual inimaginable en el futuro. Mi papá murió súbitamente el 20 de agosto de 1985. Era el director de una estación radial de un pueblo pequeño. Todas las mañanas conducía un programa simplón de música y noticias locales que duraba media hora. Sobre su escritorio encontré el material devocional que había usado para comenzar su último programa. Había leído la letra de un himno de William Cowper: «Dios se mueve de una manera misteriosa». Encontrar sus iniciales y la fecha «19/8/1985» junto a estas líneas de fe me dio más consuelo y fortaleza espiritual que cualquier otra cosa que me haya dicho alguna otra persona. Después de su muerte, su vieja guitarra se convirtió en uno de mis bienes máspreciados. Sus primeros tiempos como locutor de radio fueron durante la época en que la mayor parte de la programación se transmitía en vivo. Tenía un programa popular en el que tocaba la guitarra y cantaba. El primer día de Acción de Gracias sin mi papá, estaba mirando las cosas en el estuche de su guitarra. En él encontré más de doce cartas viejas selladas pocos días después de mi nacimiento. Todas eran de sus oyentes, que le habían escrito regocijándose con él de que mi madre y yo hubiéramos sobrevivido un parto difícil. Señalaban que era obvio que él estaba muy orgulloso de mí, y muchos mencionaban los comentarios que él había hecho al aire sobre su gratitud al Señor porque yo había llegado a salvo. Me senté en el suelo junto al estuche abierto con esos fragmentos de mi herencia y derramé lágrimas de agradecimiento al Señor por este remanente de la vida de mi papá.

Qué precioso hubiera sido si algo más de su andar con Dios hubiera quedado registrado para mí en algún medio escrito.

¿De cuántos de sus ocho bisabuelos conoce sus nombres de pila y sus apellidos? Les he hecho esta pregunta a varios cientos de personas y, según mi experiencia, solamente como uno de cada diez sabe los nombres de hasta tres de sus bisabuelos. Hace cien años (tan solo mil doscientos meses atrás), probablemente estaban tan vivos y activos como lo está usted en este preciso momento. Sin embargo, a pesar de una vida de trabajo y de adquirir cosas, ni siquiera sus descendientes directos (las personas más probables de tener interés en ellos) saben sus nombres, mucho menos cualquier otra cosa acerca de ellos. Bueno, dentro de cien años, ese será usted. ¿Qué huella de su vida permanecerá? Excepto por las fotos que tome y las cosas que escriba, no quedará nada más de sus décadas en la tierra que documentos legales y cosas por el estilo. Y a causa de los cambios tecnológicos, es dudoso que sus descendientes siquiera puedan acceder a sus fotografías. Así que, lo que usted escriba en lugares como un diario puede ser el legado más perdurable de su paso por el mundo.

Además, el impacto espiritual más significativo que usted puede tener en sus hijos y en las futuras generaciones podría darse a través de algo como un diario personal. Por ejemplo, ¿está registrada en alguna parte la historia de su conversión? ¿Y las respuestas impresionantes a la oración o los principales puntos de inflexión en su vida? Estas historias de la gracia de Dios en la vida de su familia deberían ser preservadas. Es posible que tenga hijos o nietos que ahora están lejos de Dios y a los que no les interesa su testimonio, quienes aún podrían volverse al Señor algún día a través de leer su diario. Puede que a Dios le agrade usar el testimonio de su salvación centrado en Cristo, o sus meditaciones en Jesús y en las Escrituras, para hacer volver a él a los nietos o bisnietos que quizás usted nunca pueda abrazar y que tal vez tengan padres que no les enseñen las cosas de Dios; todo por medio de su interés en leer algo de la historia familiar. Yo sé que eso pasa.

Nunca subestime el poder de una crónica escrita de fe que actúa como una cápsula espiritual del tiempo. El autor del Salmo 102:18 lo reconoció cuando habló de su experiencia con Dios: «Que esto quede registrado para las generaciones futuras, para que un pueblo aún no nacido alabe al SEÑOR».

Una ayuda para aclarar y expresar nuevas perspectivas

Un viejo dicho cuenta que las ideas se desenredan cuando pasan por los labios y a través de las puntas de los dedos. Mientras que la lectura forma un hombre completo y el diálogo un hombre listo, según Francis Bacon, la escritura forma a un hombre preciso. He descubierto que si anoto las meditaciones de mis tiempos a solas con el Señor, estos me acompañan mucho más tiempo. Si no escribo en mi diario, al final del día generalmente puedo recordar muy poco de mi tiempo devocional.

El gran campeón de la oración y la fe, George Müller, usaba su diario para expresar su visión acerca de la Biblia y sus reflexiones sobre Dios:

22 de julio de 1838. Esta tarde estaba caminando en nuestro jardincito meditando en Hebreos 13:8: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre». Mientras meditaba en su amor, su poder y su sabiduría inalterables y le daba vueltas a todo para que aplicara a mí a medida que empezaba a orar —y mientras aplicaba también su amor, su poder y su sabiduría inalterables a mis circunstancias actuales espirituales y temporales—, de repente me vino a la mente la necesidad actual de los orfanatos. Inmediatamente, fui inducido a decirme a mí mismo: «Jesús, en su amor y su poder, hasta ahora me ha provisto de lo que he necesitado para los huérfanos, y en el mismo amor y poder inalterables, él me proveerá de todo lo que necesite en el futuro». Un caudal de alegría vino a mi alma mientras me daba cuenta de la inalterabilidad de nuestro adorable Señor. Aproximadamente un minuto después, me entregaron una carta que tenía adjunto un cheque de veinte libras. En ella se leía: «Por favor aplique la suma del cheque incluido a los propósitos de su Scriptural Knowledge Society [Sociedad para el conocimiento de las Escrituras], o de su Orphan Establishment [Establecimiento para huérfanos] o a la obra y causa de nuestro Maestro, en cualquier forma que él mismo le muestre a usted por medio de su solicitud a él. No es una gran suma, pero es provisión suficiente para la exigencia de hoy; y es para las exigencias de hoy que el Señor normalmente provee. Mañana, así como trae sus demandas, hallará su provisión»[14].

Cuando, al escribirlas en mi diario, las reflexiones hechas en mi tiempo a solas con el Señor se fijan en mi mente con claridad, me he dado cuenta de que también puedo usarlas después en una conversación, en la consejería, para alentar a otros y para dar testimonio (vea 1 Pedro 3:15).

Una ayuda para supervisar objetivos y prioridades

Un diario es una buena manera de tener presentes las cosas que queremos hacer y remarcar. Algunos ponen en su diario una lista de objetivos y prioridades, y la revisan todos los días. Durante muchos años (hasta que empecé a usar recordatorios digitales), dibujaba un pequeño rectángulo al comienzo de la anotación de cada día. Con una línea horizontal y dos líneas verticales, dividía la caja en seis cuadrados diminutos. Cada cuadrado representaba el objetivo espiritual particular que yo quería lograr cada día, tal como animar por lo menos a una persona. Antes de hacer la anotación en el diario correspondiente a ese día, volvía a la del día anterior y coloreaba los cuadrados apropiados de los objetivos diarios que había logrado. Esto no es legalismo, pues no tenía una exigencia interna o externa de hacer esas cosas. Yo quería perfeccionar esos hábitos y atributos del carácter como parte de seguir avanzando hacia la meta de ser como Cristo (vea Filipenses 3:12-16), y utilizaba recordatorios en mi diario para que me ayudaran.

Las resoluciones que se propuso el joven Jonathan Edwards todavía son conocidas para muchos cristianos en la actualidad. Incluían la resolución que tenía en el alma sobre el uso del tiempo, la moderación al comer, el crecimiento en la gracia, la abnegación y otros asuntos tratados en setenta resoluciones[15]. Eran mucho más que las resoluciones tibias que planteamos en Año Nuevo. Llegaron a ser los objetivos espirituales y las prioridades para toda la vida de Jonathan Edwards. Lo que no es tan conocido es cómo evaluaba él su conducta diaria según estas resoluciones y cómo registraba los resultados en su diario. La Nochebuena de 1722, él escribió: «Pensamientos más elevados de lo normal sobre la excelencia de Cristo y su reino. Concluí observar, al final de cada mes, la cantidad de infracciones a las resoluciones, para ver si aumentan o disminuyen, a partir de hoy, y para calcular de esa cantidad semanal mi incremento mensual y, de todo, mi incremento anual, comenzando desde los

primeros días del año»[16]. Otro ejemplo de este uso de su diario se encuentra en la anotación del 5 de enero siguiente: «Un poco redimido con la lectura de las Escrituras, después de una larga y desagradable pesadez. Esta semana lamentablemente estuve bajo en el recuento semanal: ¿y por qué sucedió eso? Mucha apatía y pereza; y si esto continuara por mucho tiempo más, me da la sensación de que otros pecados comenzarían a revelarse»[17]. Años más tarde, Edwards llegó a creer que era demasiado autosuficiente en sus esfuerzos por cumplir sus resoluciones. Darse cuenta de eso no lo hizo cambiar de parecer en cuanto a cumplirlas, ni abandonó las Disciplinas relacionadas con ellas, especialmente las que incluían su escritura. Como escribió el laureado biógrafo de Jonathan Edwards, George Marsden: «El Edwards maduro rememoraba su rigor, creyendo que “confiaba demasiado en mis propias fuerzas, lo cual después terminó siendo un gran perjuicio para mí”. Sin embargo, nunca dejó de creer en el valor de las Disciplinas Espirituales estrictas, como revelaría su posterior Life of Brainerd [Vida de Brainerd]»[18]. El cambio que sí hizo Jonathan Edwards fue buscar y confiar más en el poder del Espíritu Santo en su práctica de las Disciplinas para producir una mayor conformidad a Cristo.

George Whitefield, el evangelista cruzador de océanos del Primer Gran Despertar en los Estados Unidos, es muy recordado por su predica inimitable y apasionada. Como sucedió con su contemporáneo, Jonathan Edwards, el Diario de George Whitefield revela que su espiritualidad era por lo menos tan profunda como amplia era su influencia. El libro empieza con una lista de criterios que usaba cada noche como base para hacer su introspección.

¿He...

sido ferviente en la oración?

usado las horas establecidas de oración?

usado la oración expeditiva cada hora?

considerado después o antes de cada conversación o acción deliberada cómo podría ser propensa para la gloria de Dios?

dado las gracias inmediatamente después de cada placer?
planificado las obligaciones para el día?
sido sencillo y prudente en todo?
hecho las tareas con entusiasmo, y he sido activo en hacer todo el bien posible?
sido manso, alegre, amable en todo lo que dije o hice?
sido orgulloso, superficial, impuro o envidioso con otros?
sido prudente con la comida y la bebida? ¿Agradecido? ¿Moderado en mi dormir?
dedicado tiempo a dar gracias de acuerdo con las normas de (William) Law?
sido diligente en los estudios?
pensado o hablado mal de alguien?
confesado todos los pecados?[19]

En el Diario de Whitefield, cada anotación diaria está hecha en dos partes, una página por parte. En la primera página enumeraba las actividades específicas de su día; luego, evaluaba cada una basado en sus quince preguntas. En la segunda página, según cuenta su biógrafo, Arnold Dallimore: «Toma nota de cualquier actividad inusual durante el día, pero, sobre todo, le da expresión a su ser interior. Los anhelos de su alma, la búsqueda de sus motivos, la severa reprobación por las mínimas equivocaciones y estallidos de alabanza a Dios, todos están registrados sin inhibiciones»[20].

¿Cómo pudieron hombres como Edwards y Whitefield llegar a ser tan extraordinariamente conformes a la imagen de Cristo? Una parte de su secreto fue el uso que hicieron de la Disciplina Espiritual de llevar un diario personal para mantenerse responsables ante sí mismos de sus objetivos y prioridades espirituales. Antes de explicar todos los motivos por los que no podemos ser tan piadosos como fueron ellos, tratemos primero de hacer lo que hicieron.

Una ayuda para mantener las otras Disciplinas Espirituales

Mi diario es el lugar donde anoto mi progreso en todas las Disciplinas Espirituales. Por ejemplo, yo también utilicé algunos de los cuadraditos mencionados antes para ser responsable con las Disciplinas como la memorización bíblica. Me resulta muy fácil ser perezoso y eludir aprender de memoria la Palabra de Dios, que la Biblia dice que es muy útil para la santidad (vea el Salmo 119:11). Cada vez que vuelvo a la costumbre de no memorizar las Escrituras, el impulso me mantiene así. Pero cuando tengo un ayuda-memoria todos los días tal como mi diario personal, donde encuentro el recordatorio para disciplinarme a mí mismo «para la piedad», puedo revertir con más facilidad el impulso negativo.

La carne, nuestra inclinación natural hacia el pecado, no contribuye a nuestro crecimiento espiritual. A menos que «por el Espíritu» trabajemos para hacer «morir las obras de la carne» (Romanos 8:13, RVR60), nuestro progreso en la piedad será muy lento. Si no encontramos maneras prácticas de luchar contra nuestra tendencia congénita a la pereza espiritual y no oramos pidiendo el poder del Espíritu Santo para esas maneras prácticas, no nos desarrollaremos en la fe (vea Judas 20); por el contrario, iremos a la deriva hacia la entropía espiritual.

Este hecho fue confirmado por Maurice Roberts en un artículo: «Where Have the Saints Gone?» (¿Adónde se han ido los santos?).

No habrá un progreso marcado en nuestro crecimiento cristiano si no trabajamos para superar nuestra aversión natural por los ejercicios espirituales secretos. Nuestros precursores escribían diarios sinceros donde registraban las batallas del alma. Thomas Shepherd, padre peregrino y fundador de Harvard, escribió en sus papeles privados: «A veces es cierto de mí que preferiría morir antes que orar». Así también es cierto de todos nosotros. Esta sinceridad no es común. Los hombres como ellos llegaron alto mientras trabajaban con sudor y lágrimas para cultivar el alma. Nosotros también debemos «[ejercitarnos] en la piedad» (1 Timoteo 4:7, NVI)[21].

El misionero Jim Elliot usó su ahora célebre diario para impulsar la práctica de las Disciplinas en su vida cuando bajaba la marea de su fervor por ellas. El 20 de noviembre de 1955, menos de dos meses antes de ser asesinado por los indios auca en Ecuador, escribió:

También leí partes de Behind the Ranges [Al otro lado de las cordilleras], y estoy resuelto a hacer algo al respecto en mi vida privada devocional y de oración. Por estudiar español, he dejado de leer la Biblia en inglés y he quebrantado mi modelo de lectura devocional. Nunca lo recuperé. La traducción y la preparación de mis lecciones bíblicas diarias no son suficientes para fortalecer mi alma. La oración como hombre soltero era difícil, recuerdo, porque mi mente siempre volvía a Betty. Ahora me cuesta demasiado salir de la cama en la mañana. Anteriormente me había planteado resoluciones sobre este tema, pero no las había seguido. Mañana, como debe ser, estaré vestido a las 6 de la mañana y estudiaré las Epístolas antes de desayunar. Con la ayuda de Dios[22].

Al parecer, el deseo de reavivar su vida devocional ya había surgido en los pensamientos y en las emociones de Elliot muchas otras veces. Sin embargo, trasladar ese deseo al papel parecía canalizarlo como el agua dentro de una turbina; de manera que lo que alguna vez fue un deseo flexible, con la ayuda de Dios, comenzaba a producir poder.

Registrar las alegrías y la libertad que siento por medio de las Disciplinas Espirituales es otra de las maneras que el diario me ayuda a mantenerme metido en ellas. Cuando repaso lo escrito y veo, de mi propio puño y letra, el deleite indescriptible de compartir el evangelio con personas ancianas en los bosques de Kenia, quienes nunca habían oído hablar de Jesús, o de predicar y ver a adolescentes brasileros arrepentirse de su participación en el espiritismo, tomo la resolución de mantener la Disciplina de la evangelización por medio de viajes misioneros al exterior, cuente lo que cuente. Repasar la sensación de victoria que anoté durante un día de ayuno me produce un hambre de vivir otro día semejante de festín espiritual.

La vida cristiana es, por definición, algo vivo. Si consideramos a la Disciplina de

asimilar la Biblia como su alimento y a la oración como su respiración, muchos cristianos han hecho de escribir un diario personal su corazón. Para ellos, esto bombea la sangre que mantiene la vida de cada Disciplina que tenga que ver con ella.

MANERAS DE ESCRIBIR UN DIARIO

¿Cómo se hace? «El estilo que usted use para escribir un diario es el correcto. [...] ¡No hay reglas para llevar un diario!»[23]. En otras palabras, el método que a usted le parezca más práctico en su búsqueda de la piedad es la manera en la que usted debería llevar su diario personal. Eso va para el contenido, el formato, la longitud y la frecuencia. Así, mientras que un cristiano generalmente escribe en la computadora dos o tres veces por semana, anotando solamente meditaciones cortas acerca de las Escrituras; y otro discípulo de Jesús acostumbra a escribir oraciones largas casi todos los días y lo hace con una pluma fuente en un gran libro encuadrado con tapas de cuero, ambas son válidas en tanto que ayuden a la persona a acercarse a Dios y a conformarse bíblicamente a ser como Cristo.

Hoy estaba en una librería cristiana de mi ciudad y noté por lo menos una docena de cuadernos para usarse como diarios. Había cuadernos forrados en tela y cuadernos de tapa blanda. Algunos publicaban pensamientos devocionales o citas motivadoras en cada página. Otros simplemente proveían páginas en blanco con encabezados como «Pedidos de oración» y «Perspicacias sobre la Biblia» en la parte superior. Muchas librerías convencionales venden bellos cuadernos con páginas en blanco de bordes dorados, así como de estilo no tradicional o más atrevidos, todos los cuales funcionan bien como diarios.

A muchos cristianos les parece que lo más práctico es usar un cuaderno corriente o papel común de impresora. Mientras que algunos prefieren un cuaderno de espiral, a mí me resultan más prácticas las hojas sueltas. Además de ser más baratas, usar hojas lisas no lo obliga a limitar sus anotaciones al espacio diseñado de un diario encuadrado profesionalmente. Por otro lado, a algunos les parece que escribir en un cuaderno vistoso le confiere a su diario un atractivo especial que los estimula a ser más fieles a la Disciplina. (En algunas personas,

esta motivación produce un efecto indeseado cuando empiezan a sentir que sus anotaciones son demasiado mundanas para un receptor tan fino. Empiezan a escribir con menos frecuencia, y pronto dejan de hacerlo del todo).

Otro motivo por el que prefiero el formato de hojas sueltas es por la conveniencia. Aunque es útil llevar un cuaderno empastado o de espiral a todas partes, es más útil aún llevar solo algunas hojas de papel. Las hojas de mi diario son de aproximadamente 21 x 14 cm[24] y caben fácilmente dentro de mi Biblia, mi portafolio, un libro o prácticamente cualquier cosa que lleve conmigo. El que sean tan accesibles es conveniente para que, en el momento que se me ocurra, pueda anotar inmediatamente cualquier idea espontánea, pensamiento importante, conversación, cita, etcétera. Esto lleva a otra ventaja que tienen sobre el cuaderno empastado o de espiral: es más fácil volver atrás e insertar páginas nuevas, fotocopias, impresos y demás. Asimismo, el formato de hojas sueltas me permite la flexibilidad de escribir mis anotaciones a máquina e imprimir copias en papel si lo deseo. Pero habiendo dicho esto, vuelvo a esta máxima: «El estilo que usted use para escribir su diario es el correcto». Use el método que funcione mejor para usted.

El método que usted use para volcar las palabras al papel también afectará el formato que usted elija. A mí me gusta escribir las anotaciones de mi diario en un procesador de texto. Eso es porque puedo escribir a máquina más rápido que a mano, y también es más fácil leerlo cuando está impreso. Sin embargo, a menudo, el tiempo que me dedico a escribir en mi diario se da cuando no puedo o prefiero no usar un dispositivo digital y, por eso, disfruto de escribir a mano con una buena pluma fuente y un tintero[25]. A algunos les interesa mucho escribir únicamente a mano porque es más espontáneo y expresivo. Aunque soy muy fanático de la pluma fuente, y uso una todos los días, me parece que la velocidad y otras ventajas que tiene el método digital generalmente hacen que la balanza se incline a escribir en el diario con ese método más que con otro.

El desarrollo cada vez mayor de la tecnología ciertamente verá un correspondiente incremento en el uso de sus capacidades para escribir un diario. Ya la Internet y las tecnologías personales proporcionan innumerables recursos para llevar un diario. Si descubre que alguno de ellos puede ayudarlo a crecer en la gracia y en la piedad, úselo. Si no le resultan atractivos, no sienta ninguna presión por adaptarse. Independientemente del ritmo o de la cantidad de avances tecnológicos relacionados con esta Disciplina, siempre habrá un lugar para escribir un diario con las herramientas más simples: un bolígrafo y un papel.

Como anotación inicial para cada día, trate de apuntar el versículo o la idea que más lo haya impresionado de su lectura bíblica. Medite en eso durante algunos minutos y luego tome nota de sus pensamientos e ideas. Después de eso, considere añadir los acontecimientos recientes de su vida y sus sentimientos y reacciones ante ellos, unas oraciones breves, las alegrías, los logros, los fracasos, las citas, etcétera.

No piense que la «escritura oficial de un diario» (¡no existe tal cosa!) significa que usted tiene que escribir una cierta cantidad de renglones por día, o determinados días de la semana. Siempre que caigo en lapsos innecesariamente largos entre las anotaciones, me disciplino a mí mismo para escribir por lo menos una frase por día. Inevitablemente, esa frase se convierte voluntariamente en un párrafo o en una página porque mi mayor problema es simplemente empezar. Una vez que lo hago, me alegro de estar ahí y, en general, no tengo ninguna dificultad para escribir algunas líneas más, si no muchas más.

No se preocupe por «ponerse al día». Los mayores acontecimientos de la vida (el tipo de experiencias que siempre queremos escribir en un diario) a menudo requieren de una cantidad exagerada de tiempo para registrarlos en un diario. Los sucesos duran tanto o constan de tantos detalles, que tratar de pormenorizarlos en el diario puede parecerle pesado. La Disciplina de escribir un diario personal no es una carga de Dios para documentar toda su vida; más bien, su intención es bendecirlo y ser un medio para la alegría y la piedad.

MÁS APLICACIÓN

Como con todas las Disciplinas, escribir un diario puede ser fructífero a cualquier nivel en que usted se involucre. Escribir un diario es provechoso, independientemente de lo bien que usted crea que escribe, compone o redacta. Ya sea que escriba todos los días o no, que escriba mucho o poco, que su alma se eleve como la del salmista o vaya pesadamente de un pensamiento a otro, escribir un diario puede ayudarlo a crecer en la gracia.

Como con todas las Disciplinas, escribir un diario requiere ser perseverante en las épocas de sequía. La novedad de escribir un diario se desvanece pronto.

Habrá días en los que usted tendrá la versión espiritual del «bloqueo del escritor». En otras ocasiones, no tendrá percepciones de las Escrituras ni de su experiencia con Dios que le parezcan dignas de mención. Aunque está bien escribir poco o nada un día o durante un período más largo, recuerde que, a la larga, tendrá que superar esta barrera para disfrutar de los beneficios a largo plazo de escribir un diario personal. En otras palabras, no abandone del todo la Disciplina solo porque el entusiasmo del primer día disminuye con el tiempo. Eso va a pasar. Cuente con eso. Pero también planifique para la perseverancia[26].

Como con todas las Disciplinas, tiene que empezar a escribir su diario antes de poder experimentar su valor. El irlandés Thomas Houston fue pastor de una iglesia presbiteriana en Knockbracken, County Down (cerca de la actual Belfast), durante cincuenta y cuatro años en el siglo XIX. Al comienzo de su ministerio en ese lugar, empezó a escribir un diario al cual llamó «El diario de los tratos y las providencias de Dios con un pecador muy indigno». En la anotación que hizo el 8 de abril de 1828, dio a conocer la lucha interna que finalmente dio como resultado el nacimiento de su Disciplina Espiritual de llevar un diario:

Durante un período considerable, había resuelto llevar un registro de los tratos y las providencias de mi Padre celestial hacia mí, pero por falta de lo que yo consideraba una oportunidad digna y por lo que era, me temía, una causa mayor, la pereza espiritual, lo he descuidado hasta ahora. Cuando comencé a pensar en este tema, surgieron en mí varias objeciones contra la escritura del diario en sí. Daría lugar a la soberbia espiritual; haría que las personas se midieran a sí mismas por sí mismas; y como no es fácil decidir entre las mociones del espíritu y los resultados naturales de la conciencia no renovada o los artificios del Impostor, existe el peligro de formarse juicios erróneos. Estas y otras razones me impidieron, por un tiempo, decidirme en la cuestión. Últimamente, superé completamente estas objeciones, y ahora soy de la opinión de que un registro como ese puede ser muy útil para un individuo al proveerle con materia para la oración y la introspección, y para ser un monumento a la fidelidad de Dios[27].

Quizá usted pueda identificarse con la lucha de Houston. Así como hay millones

de personas que quieren empezar a caminar, a correr, a andar en bicicleta o a hacer alguna otra forma de ejercicio, pero nunca lo hacen, también hay muchos que han deseado empezar el ejercicio espiritual de escribir un diario, pero nunca lo han hecho. Le parece interesante y usted está convencido de su valor, pero las palabras nunca llegan al papel o a la pantalla de la computadora. Nunca parece ser el momento, la «oportunidad digna», como la llamó Houston. Pero en lo más profundo de nuestro corazón, sabemos que la «causa mayor» probablemente sea la misma «pereza espiritual» que se aferraba soñolienta a la voluntad de este pastor irlandés. Considere escribir un diario no solo como una manera de levantar un «monumento a la fidelidad de Dios» en su vida, sino, lo que es más importante, «para la piedad».

CAPÍTULO 12

APRENDER... PARA LA PIEDAD

Debemos enfrentar el hecho de que muchas personas hoy en día llevan vidas notoriamente imprudentes. Esta actitud se ha introducido en la iglesia. Tenemos libertad, tenemos dinero, vivimos en relativo lujo. Como resultado, la disciplina prácticamente ha desaparecido. ¿Cómo sonaría un solo de violín si las cuerdas del instrumento estuvieran sueltas, colgando, sin estar estiradas, sin estar «disciplinadas»?

A. W. TOZER

Hace años, fui pastor de una iglesia cerca de la ciudad capital de un condado con dos universidades pequeñas. Una de ellas era la principal institución educativa de la denominación evangélica más grande del estado. Famosa por formar alumnos fervientes para el reino de Cristo, entre las docenas de escuelas de su denominación esta universidad frecuentemente lideraba en el número de exalumnos en el campo misionero. Sin embargo, una de las quejas más frecuentes que oía de parte de los alumnos en el departamento de Religión estaba relacionada con la aparente falta de celo espiritual entre algunos de los profesores. Para muchos alumnos, estos hombres combinaban recrudas mentes teológicas con corazones diminutos y sin pasión. Todos hemos oído a maestros y predicadores que serían capaces de fundar un Club Mensa teológico, pero cuya falta de entusiasmo hace que su cristianismo parezca tan seco y duro como un hueso. Pero eso no se parece al Señor Jesús, o incluso al apóstol Pablo, ¿no le parece?

Durante este período, un hombre que era diácono en su iglesia me dijo una vez: «Nunca me gustó ir a la escuela, y no quiero aprender nada cuando vengo a la iglesia». De algún modo, esa actitud tampoco se parece a la de Jesús, ¿verdad?

¿Por qué parece que pensamos que debemos elegir entre las dos? ¿Por qué tantos

cristianos viven como si se les hubiera dicho: «Elige hoy mismo a quién servirás: al conocimiento académico o a la entrega»? Sostengo que cuanto más nos parezcamos a Cristo, más buscaremos ambos, una mente y un corazón llenos, y más irradiaremos luz y calor espiritual.

Si nos fuerzan a que uno de ellos predominara por sobre el otro, debemos escoger al corazón ardiente. Si las personas tienen la verdad en su cabeza pero no en su corazón (es decir, conocen la verdad pero no la creen ni experimentan su poder), entonces no están justificados con Dios. Como los fariseos, fuera de la fe, la conciencia de la verdad solo hará que nuestra culpa aumente ante Dios en el Día del Juicio. Pero si hemos comprendido y respondido apropiadamente al evangelio desde el corazón, al final seremos salvos aunque el resto de nuestro entendimiento doctrinal sea poco profundo o confuso. No solo elegiría la segunda opción para mí mismo, sino también la preferiría para las personas a quienes pastoreo. Es mucho más difícil sacar a un barco del puerto que corregir a uno que está en el mar y se ha desviado de su curso.

Sin embargo, seamos ambos, un barco fuera de puerto y en curso. Los cristianos deben darse cuenta que, así como el fuego no puede arder sin combustible, los corazones ardientes tampoco pueden ser encendidos por mentes ignorantes. No debemos conformarnos con ser como esos que la Biblia acusa de tener «celo de Dios, pero no conforme a un pleno conocimiento» (Romanos 10:2, LBLA).

¿Significa esto que debemos ser brillantes para ser cristianos? De ningún modo. Sí significa que, para ser como Jesús, debemos ser aprendices, incluso como él lo fue a apenas doce años de edad, «sentado entre los maestros religiosos, escuchándolos y haciéndoles preguntas. Todos los que lo oían quedaban asombrados de su entendimiento y de sus respuestas» (Lucas 2:46-47).

¿Significa esto que debemos lucir varios diplomas en nuestros muros para ser cristianos de primera clase? En absoluto. Pero sí significa que debemos disciplinarnos para aprender intencionalmente como lo hizo Jesús. Él aprendió tan bien las Escrituras por sí mismo, lejos del entrenamiento oficial de los rabinos, que logró que sus adversarios se maravillaran: «¿Cómo es que sabe tanto sin haber estudiado?» (Juan 7:15).

Una evaluación de la palabra discípulo en el Nuevo Testamento revela que no solo significa ser «un seguidor» de Cristo, sino también «un aprendiz». ¿Es usted un discípulo de Jesús? Para seguir a Cristo y parecerse más a él, debemos tomar parte en la Disciplina Espiritual de aprender.

EL APRENDIZAJE CARACTERIZA A LA PERSONA SABIA

Según un libro de la Biblia escrito específicamente para darnos sabiduría práctica, una de las características de una persona sabia es un deseo de aprender. Leemos en Proverbios 9:9: «Instruye a los sabios, y se volverán aún más sabios. Enseña a los justos, y aprenderán aún más». Los sabios y los justos nunca pueden adquirir suficiente sabiduría o conocimiento. Las personas imposibles de enseñar o los que son orgullosos acerca de su aprendizaje solamente exponen lo superficiales que realmente son. Los verdaderamente sabios son humildes porque saben que aún tienen mucho por aprender. Según este versículo, los sabios y los justos aún pueden aprender. Pueden aprender de cualquier persona, sin importar la edad o experiencia. Dele a alguno de ellos instrucción y se volverá «aún más» sabio y aprenderá «aún más». Los bíblicamente sabios siempre están buscando aprender.

En Proverbios 10:14 leemos: «Las personas sabias atesoran el conocimiento». A las personas sabias les encanta aprender porque se dan cuenta que el conocimiento es como un tesoro valioso.

Conocí a un hombre que atesoraba conocimiento a pesar de que vivía en un lugar donde este era tan escaso como los diamantes. Durante el viaje misionero a Kenia que mencioné en el capítulo 2, mi intérprete era un maestro de escuela de unos treinta años llamado Bernard. Vivía en la parte de atrás de un negocio que era una de cuatro edificaciones en la comunidad Kilema. Todos los días, él caminaba varios kilómetros fuera de la ciudad hasta la escuela primaria de ladrillos de barro donde enseñaba. Cada noche, regresaba a su «cubículo», una habitación de 2.5 metros de largo, ancho y altura donde vivía junto con su esposa y su pequeño hijo. Una cama angosta se ubicaba contra la pared del fondo con una sábana colgada del techo para separar la «habitación» del resto del cubículo. Únicamente una mesa pequeña con una sola silla ocupaba la mitad de adelante. Lo que más me interesaba estaba en las paredes de cemento. Pegadas en cada pared, había varias páginas de revistas viejas o fotos de calendarios antiguos. Eran lo único que Bernard tenía para leer. A pesar de que había sido cristiano por muchos años, era demasiado pobre para comprarse una Biblia. Los únicos libros que llegaban a sus manos eran algunos libros de texto usados que guardaba en la

escuela. Por eso, mientras iba y venía con su hijo en brazos, intentando hacerlo dormir, leía las palabras de las revistas por enésima vez. Mientras comía a la mesa o se acostaba en su cama, miraba las fotografías de personas y lugares lejanos, y pensaba en ellas.

Mientras yo estaba en ese cubículo de concreto, mirando un par de docenas de fotos descoloridas y páginas amarillentas, me di cuenta que delante de mí tenía a un hombre sabio. Bernard comprendía que el conocimiento realmente es como un tesoro poco común. A pesar de ser más escaso que el oro, él lo había atesorado tanto como pudo. Esa es la actitud que tendrán todos los sabios, porque «las personas sabias atesoran el conocimiento». (Por cierto, algunas personas de nuestra iglesia le enviaron a Bernard cajas con libros y suscripciones a dos revistas).

Observe Proverbios 18:15 (LBLA): «El corazón del prudente adquiere conocimiento, y el oído del sabio busca el conocimiento». Un sabio no solo «adquiere» conocimiento, sino que lo «busca». Los sabios desean aprender y se disciplinarán para buscar oportunidades para el aprendizaje.

Un versículo más de Proverbios merece nuestra atención. En 23:12 se nos ordena: «Entrégate a la instrucción; presta suma atención a las palabras de conocimiento». Sin importar cuánta instrucción haya recibido anteriormente o cuán extensa sea su sabiduría —especialmente acerca de Dios, Cristo, la Biblia y la vida cristiana—, y más allá de qué tan inteligente o lento cree ser, usted aún necesita aplicar su corazón y sus oídos a aprender, ya que no lo ha aprendido todo.

El aprendizaje es una Disciplina de toda la vida, una Disciplina Espiritual que caracteriza al sabio. Samuel Hopkins, uno de los primeros biógrafos de Jonathan Edwards, dijo que cuando conoció a Edwards, estaba impresionado por el hecho de que un hombre que ya tenía veinte años en el ministerio aún tenía «una sed de conocimiento poco común, en cuya búsqueda no ahorraba en costos ni contratiempos. Leía todos los libros, especialmente los libros de divinidad que podía conseguir, de los cuales podía esperar obtener algo de ayuda en su búsqueda del conocimiento»[1]. Edwards tenía una mente innegablemente superior, pero nunca dejó de aplicarla a aprender. Eso, junto con un celo devocional igual de fuerte, lo hicieron sabio y grande en el reino de Dios.

Un anhelo perdurable por el aprendizaje caracteriza a quienes son realmente

sabios.

CUMPLIENDO EL MAYOR MANDAMIENTO

Parte del mayor mandamiento de Dios, dijo Jesús, es «Ama al SEÑOR tu Dios [...] con toda tu mente» (Marcos 12:30). Lo que Dios quiere de usted es su amor. Una de las maneras en que quiere que usted demuestre su amor y obediencia a él es por medio del aprendizaje piadoso. Dios es glorificado cuando utilizamos la mente que él creó para aprender de él, de su Palabra, de sus caminos y de su mundo.

Lamentablemente, muchos cristianos no asocian el aprendizaje con el amor a Dios. De hecho, vivimos en una época muy antiintelectual. Puede que eso le suene extraño a la luz de la infinita mina de información accesible a través de la Internet; la amplia disponibilidad y crecimiento de la educación en línea; los deslumbrantes avances tecnológicos casi a diario; y el hecho de que se otorgan más grados académicos avanzados en la actualidad que nunca antes. Quizá es precisamente debido a estas cosas que las personas —incluso los cristianos— son más reacias a las cosas intelectuales. Los niños que son inteligentes pueden ser poco populares simplemente porque sean listos. Se les rechaza por «nerdo», y la atención social recae en los de «bajo rendimiento». Nuestra cultura glorifica lo físico mucho más que lo mental. Nadie vende pósters de los mejores ingenieros de software o de arquitectos, mucho menos de los teólogos destacados. En cambio, vendemos pósters de atletas, algunos de los cuales pueden hacer de todo con una pelota, excepto autografiarla o leer su etiqueta. Se define a ciertos candidatos políticos como demasiado intelectuales para ser elegibles, como si no quisiéramos gente pensante a cargo del gobierno. En la iglesia, todo debe ser «relevante», y nos inclinamos a ignorar la doctrina y la teología por ser muy irrelevantes.

Existe un intelectualismo que está mal, pero también está mal ser antiintelectual. Debemos amar a Dios tanto con nuestra mente como con nuestro corazón y alma y fuerzas. ¿Cómo cabe todo junto? Como dijo el pensador cristiano contemporáneo R. C. Sproul: «Dios nos creó con una armonía de corazón y mente, de pensamiento y acción. [...] Cuanto más lo conozcamos, más podremos

amarlo. Cuanto más lo amemos, más buscaremos conocerlo. Para tener el lugar central en nuestros corazones, primero debe ser el primero en nuestras mentes. El pensamiento religioso es el prerequisito para el afecto religioso y la acción obediente»[2].

A menos que amemos a Dios con una mente en crecimiento, seremos las versiones cristianas de los samaritanos a quienes Jesús les dijo: «Ustedes adoran lo que no conocen» (Juan 4:22, NVI).

EL APRENDIZAJE: ESENCIAL PARA EL AUMENTO DE LA PIEDAD

La vida cristiana comienza con el aprendizaje: aprendiendo el evangelio. Nadie está justificado con un Dios del cual no sabe nada. Nadie está justificado con Dios a menos que aprenda acerca de él y de su mensaje al mundo, un mensaje de buenas noticias llamadas el evangelio. Para conocer a Dios, las personas deben aprender que existe un Dios (vea Hebreos 11:6), que han violado su ley y que necesitan ser reconciliados con él. Deben aprender que Jesús, el Hijo de Dios, vino a llevar a cabo esa reconciliación, y que lo hizo por medio de su vida sin pecado y su muerte en la cruz como sustituto por los pecadores. Deben aprender acerca de la resurrección corporal de Jesús y de la necesidad que tienen ellos de arrepentirse de sus pecados y creer en Jesús y en lo que él ha hecho. Porque si las personas no aprenden estas cosas, «¿cómo pueden creer en él si nunca han oído de él?» (Romanos 10:14).

Nadie cree en Jesús a menos que haya escuchado su historia y tenga al menos una mínima comprensión de la misma. Nadie ama a Jesús a menos que sepa acerca de Jesús. Y así como no podemos creer y amar a alguien de quien no hemos aprendido nada, tampoco podemos crecer en nuestra fe y amor por él a menos que aprendamos más de él. No aumentaremos mucho en la piedad si no sabemos mucho de lo que significa ser piadoso. No seremos más como Cristo si no conocemos más acerca de Cristo.

Martyn Lloyd-Jones, el predicador londinense del siglo XX, nos recordó: «No olvidemos nunca que el mensaje de la Biblia está dirigido primeramente a la

mente, al entendimiento»[3]. La verdad de Dios debe ser comprendida antes de ser aplicada. La Palabra de Dios debe ir primero a la cabeza si va a cambiar el corazón y la vida. Es por eso que el apóstol Pablo dijo: «No se amolden al mundo actual, sino sean transformados mediante la renovación de su mente» (Romanos 12:2, NVI, énfasis añadido). La transformación del corazón y la vida a semejanza de Cristo, el crecimiento en la piedad, involucra una renovación mental que no puede ocurrir sin el aprendizaje.

Imagine que alguien le diera un libro acerca de la oración y le dijera: «¡Esto cambiará tu vida!», pero, al mirarlo, usted se da cuenta de que el libro está escrito en un idioma que no puede leer. Podría tener en sus manos el mejor libro sobre la oración jamás escrito, pero si no pudiera comprender sus contenidos, no le haría ningún bien. Sin el conocimiento del idioma, usted no podría aprender de ese libro acerca de la oración y el crecimiento a ser como Cristo. No obstante, no hay mucha diferencia entre no crecer en la piedad porque usted no puede leer un libro acerca de la oración, y no crecer porque usted elige no leerlo. Sin un compromiso disciplinado a aprender, la falta de crecimiento es la misma en ambos casos.

Nadie crecerá ni disfrutará las bendiciones de ninguna enseñanza de las Escrituras si no la ha aprendido. Jonathan Edwards dijo claramente: «Es imposible que alguien pueda ver la verdad o la excelencia de cualquier doctrina del evangelio, si ese alguien no sabe cuál es esa doctrina. Un hombre no puede ver la maravillosa excelencia y amor de Cristo de hacer tal o cual cosa por los pecadores, a menos que se informe primero»[4].

Las personas pueden asistir a la iglesia fielmente, servir al Señor en y a través de la iglesia con entusiasmo, ofrendar generosamente a la obra del reino de Cristo y desear vivir de manera cristiana en cada aspecto de sus vidas y, sin embargo, año tras año, demuestran poco crecimiento evidente en su piedad. ¿Cómo es posible esto para aquellos que aman a Jesucristo y en quienes mora el Espíritu Santo de Dios? En muchos casos, es porque dedican muy poca energía mental a la clase de aprendizaje más importante: a aprender acerca de Dios y de las cosas de Dios. Nadie puede ser más como Cristo sin aprender al respecto: qué es parecerse a Cristo, cómo deberían cultivar ese parecido, por qué es necesario, adónde lleva, y más. Nadie experimenta la dulzura de ser más y más como Cristo a menos que primero se le presenten esas cosas. Edwards es conciso y claro: «No se puede tener una muestra de la dulzura y excelencia divina de tales o cuales cosas contenidas en la divinidad, a menos que primero se tenga una noción de que

tales cosas existen»[5].

Si usted sabe poco acerca de la piedad, crecerá muy poco en la piedad. Conocerla requiere la Disciplina del aprendizaje.

EL APRENDIZAJE ES MAYORMENTE POR MEDIO DE LA DISCIPLINA, NO POR ACCIDENTE

Así como las bolas de pelusa bajo la cama aumentan cuanto más tiempo den vueltas allí, así también cada mente adquiere al menos un poco de conocimiento cuanto más tiempo dé vueltas por la tierra. Pero no debemos asumir que hemos aprendido verdadera sabiduría tan solo porque nos hemos hecho mayores. La observación que encontramos en Job 32:9 es: «Los de muchos años quizá no sean sabios» (LBLA). ¿Nunca ha oído acerca de un «viejo tonto»? La edad y la experiencia por sí mismas no aumentan la madurez espiritual. El ser más como Jesús no sucede accidental o automáticamente al pasar los años. La piedad, como dice 1 Timoteo 4:7, requiere la disciplina intencionada.

Quienes no están intentando aprender, solamente adquirirán conocimiento espiritual y bíblico por accidente o conveniencia. De vez en cuando oirán un hecho o principio bíblico de boca de otra persona y sacarán partido de eso. A veces demostrarán una breve ráfaga de interés en un tema. Pero este no es el camino a la piedad. La Disciplina del aprendizaje transforma a los aprendices accidentales en aprendices intencionados.

Por supuesto, es mucho más fácil ser un aprendiz accidental o por conveniencia, que alguien que aprende intencionalmente. Eso es innato. Y la televisión alimenta esa tendencia en megadosis. Ver televisión o videos es mucho más fácil que escoger un buen libro, leer palabras, crear sus propias imágenes mentales y relacionarlas con su vida. La televisión decide por usted lo que será presentado, le dice las palabras, le muestra sus propias imágenes y le dice qué impacto quiere tener en su vida, si hay alguno. Comparado con eso, los libros parecen ser demasiado exigentes para la mente contemporánea. Por desgracia, convertirse en alguien que aprende con intención requiere disciplina.

Sin la disciplina de alguien que aprende deliberadamente, no solo no aprenderemos las cosas que fomentan la piedad, sino que lo que aprenderemos por accidente tendrá poco o ningún beneficio real. Por ejemplo, sin disciplina, nadie aprenderá los libros de la Biblia. Seguramente la mayoría de los que han estado en la iglesia por algún tiempo puedan nombrar unos cuantos, pero esos solamente al azar. Por eso, la mayoría de los feligreses ni siquiera puede enumerar los nombres de los libros que Dios inspiró; y mucho menos decir algo acerca de sus contenidos. Por otro lado, ellos —y sus hijos— podrían nombrar tantas marcas de cerveza, vino y whisky como libros de la Biblia. ¿Es porque intentaron aprenderlas? Probablemente no. Muchos cristianos, sin haber tomado al menos un trago de alguno de estos productos, no solo podrían nombrar muchos de ellos, sino que también podrían recordar dónde son fabricados u otros detalles acerca de ellos. ¿Cómo? Simplemente por accidente, porque la publicidad hace que sea conveniente aprenderlos. Si usted tiene dudas al respecto, intente hacerlo en su grupo pequeño en la iglesia. Inténtelo con sus hijos pequeños, quienes presuntamente jamás han bebido. ¿Cómo le iría a usted? El aprendizaje que es mayormente por accidente no lleva a la piedad. Debemos volvernos aprendices disciplinados e intencionados si pretendemos ser como Jesús.

Hablando de niños, en *What Every Christian Should Know: Combating the Erosion of Christian Knowledge in our Generation* (Lo que todo cristiano debería saber: Combatiendo la erosión del conocimiento cristiano en nuestra generación), Jo Lewis y Gordon Palmer demuestran que el motivo por el que los jóvenes no buscan aprender con intención es porque sus padres no lo hacen.

Los jóvenes no son lectores. Esto no sorprende, ya que sus padres raramente aprecian la lectura. En una universidad cristiana, una quinta parte de los alumnos dijo que sus padres jamás les habían leído. La falta de lectura es en parte el resultado de la fuerte orientación vocacional de los estadounidenses: los padres no leen porque no les parece práctico. Están más interesados en: «¿Puede mi hijo usar computadoras y conseguir un trabajo?». Encaja con la obsesión estadounidense del resultado final. Estos padres no han aprendido jamás por el solo hecho de aprender, por lo que sus hijos tampoco lo hacen. De este modo, el valor de la educación ha disminuido y se ha relativizado por el mercado. Por lo tanto, se deduce que los jóvenes que leen muy poco de cualquier cosa no leen sus Biblias. Un investigador descubrió que «en las más animadas iglesias

evangélicas, las personas creen firmemente que deberían leer sus Biblias a diario, pero solo alrededor de un quince por ciento lo hace». También hay que señalar que los adultos están afectados por muchas de las mismas presiones que los jóvenes. Si ven televisión, escuchan radios pop y van a ver películas populares, se empaparán de estos valores que están dirigidos a los adolescentes. El resultado es que muchos jóvenes adultos de sus veinte o treinta años están, así como sus equivalentes más jóvenes, embotados hasta cierto punto en su capacidad de leer y comprender la Biblia[6].

La Biblia dice: «Amados hermanos, no sean infantiles en su comprensión de estas cosas. Sean inocentes como bebés en cuanto a la maldad pero maduros en la comprensión de asuntos como estos» (1 Corintios 14:20). Para que esto suceda, quienes aprenden por accidente y conveniencia deben convertirse en aprendices disciplinados e intencionales.

APRENDER DE DIVERSAS MANERAS

Debido a que algunas personas tienen dificultades legítimas para leer, aquí le ofrezco una lista de otros métodos de aprendizaje, métodos que quienes sí prosperan con su lectura también disfrutarán. Primero, recomiendo escuchar libros grabados. Es muy fácil escuchar mientras uno se prepara para el día, yendo al trabajo, conduciendo por la ciudad, viajando largas distancias, haciendo ejercicios o realizando las tareas de la casa. Lo mismo es cierto para las grabaciones de audio y video en Internet así como para los programas que enseñan la Biblia en las radios cristianas. Solo asegúrese de que usted está oyendo a un ministerio acreditado, no solo a alguien que habla con un estilo que le agrada a usted. No se olvide de usar guías de estudio. Estas están disponibles en sus librerías cristianas, y pueden dirigirlo en una investigación de cualquier libro de la Biblia, a muchos temas doctrinales y prácticos, o ayudarlo a profundizar sobre algún libro de un autor cristiano.

Una de mis formas favoritas de aprender es planificar un diálogo significativo con cristianos espiritualmente maduros a los que pueda hacerles preguntas

preparadas. Dos veces en estas últimas semanas tuve el privilegio de compartir un viaje de todo un día en auto con algunos hombres piadosos y con experiencia, a quienes admiro. En previsión de cada viaje, preparé una lista de preguntas para discutir. En ambos viajes aprendí algunas lecciones valiosas y sentí confianza de estar «aprovechando al máximo cada momento oportuno» (Efesios 5:16, NVI). Siempre llevo conmigo varias listas de preguntas a las que les hago adiciones a menudo. Esto incluye listas de preguntas para usar al conocer gente nueva, así como cuando hablo con miembros de la iglesia, niños, jóvenes, ancianos, estudiantes y otros. Estas preguntas me han ayudado mucho en conversaciones anticipadas tanto como casuales, y han disminuido la cantidad de veces en que luego siento como si hubiera desperdiciado una oportunidad[7].

Si bien este es un libro acerca de Disciplinas Espirituales personales, no puedo dejar de mencionar las muchas oportunidades para aprender que probablemente estén disponibles para usted mediante Disciplinas Espirituales interpersonales en su iglesia local, especialmente a través de clases y grupos pequeños. Si este capítulo lo incentiva a buscar disciplinarse aún más en el aprendizaje intencionado, asegúrese de hablar con su pastor acerca del papel que su iglesia pueda jugar en ayudarlo a aprender «para la piedad».

Habiendo dicho todo esto, volveré una vez más a enfatizar el aprendizaje por medio de la lectura. He descubierto que siempre es cierto que los cristianos que crecen son los cristianos que leen. Para algunos es un hábito difícil de desarrollar. A otros les encanta leer, pero, debido a las exigencias de su trabajo o porque tienen niños pequeños continuamente en movimiento, parecen no poder encontrar el tiempo para hacerlo. Pero permítame animarlo a encontrar el tiempo para leer, aunque solo sea una página por día[8]. Jean Fleming, autora de *Finding Focus in a Whirlwind World* (Encontrando el eje en un mundo vertiginoso), y madre de tres hijos adultos y abuela de varios nietos, me dijo que ha notado que las mujeres que no apartan al menos un espacio pequeño en su vida para las disciplinas devocionales —incluyendo la lectura— cuando tienen hijos pequeños, rara vez desarrollan el hábito una vez que tienen más tiempo[9]. Puedo recordar a cuatro mujeres que he pastoreado que tenían por lo menos cuatro hijos pequeños cada una, y que eran lectoras. Una de ellas estaba resuelta a leer al menos una página por día y, a pesar de que le tomó muchas semanas, terminó un libro importante acerca de la vida a semejanza de Cristo que fue de mucho provecho para su búsqueda de la piedad. Otra mujer leyó una biografía cristiana de novecientas páginas en dos tomos en cuestión de meses. La tercera leía a un ritmo constante de varios libros valiosos cada año, e incluso escribió un

manual para nuestros voluntarios de la escuela bíblica de vacaciones sobre cómo compartir el evangelio con los niños en una manera centrada en Dios. Cuando usted considera que cada mujer había tomado el compromiso de educar a sus hijos en casa, con el tiempo que eso consume, se dará cuenta que, con la disciplina necesaria, casi todos podemos progresar espiritualmente mediante la lectura.

Sin embargo, con el creciente atractivo siempre presente del entretenimiento y los videos, cada vez menos personas leen libros, independientemente del formato. Tengo una teoría de por qué esto es así para la mayoría. Para ellos, la lectura siempre evoca recuerdos de cuando eran obligados a leer libros de texto mal escritos sobre temas que no les interesaban. En otras palabras, para ellos, la definición de lectura incluye obligarse a uno mismo a estudiar atentamente material aburrido o difícil que no le atrae en absoluto. Cuando eso es lo que significa la «lectura», no es de extrañar que muchos no tengan interés en ella. ¿Le gustaría leer su libro de ciencias de séptimo grado otra vez? Para muchos, esa es la imagen que siempre les viene a la mente cuando las personas hablan de leer, y creen que algunas personas disfrutan esa clase de actividad y que otros —ellos mismos— no. Claramente, esto significa que nunca han disfrutado el placer de un libro apasionante. Nunca han leído un libro que 1) esté bien escrito y 2) trate de un tema que les fascine. El punto de partida con estas personas es ayudarlas a encontrar ese libro apasionante acerca de un tema que les encante discutir, incluyendo deportes, pasatiempos y otros intereses especiales. A medida que descubran el placer de leer, ayúdelos cuanto antes a descubrir libros bien escritos que se relacionen con la Palabra de Dios y la vida cristiana. Otro método eficaz es adaptar algo que he visto en una iglesia que ha interesado a cientos a leer libros cristianos. Se reúnen en grupos pequeños y leen libros enteros en voz alta, juntos, deteniéndose después de cada párrafo para discutirlo. Usted tiene mucho que perder si no lee, y mucho que ganar mediante la lectura disciplinada.

Disciplíñese a usted mismo a aprender mediante la lectura, y escoja bien sus libros. Usted podrá leer una cantidad relativamente baja de libros en su vida, así que lea los mejores libros. Imagine que usted pudiera leer diez libros por año a partir de ahora hasta el día de su muerte. Si viviera hasta los ochenta años, ¿cuántos libros leería? Incluso si lee algunos más o algunos menos que eso, aún no son una gran cantidad, especialmente cuando considera los cientos de libros que se publican cada día. En otras palabras, en los Estados Unidos muchas veces se publican cada día más libros que los que usted probablemente pudiera leer antes de morir. Por lo tanto, no desperdicie su tiempo en libros que lamentará

haber leído cuando mire hacia atrás desde la perspectiva de la eternidad. Creo en la lectura recreativa. No siempre tenemos que leer material didáctico o teológico. Algunos libros sirven para relajarnos o refrescarnos. Pero incluso estos deberían ser edificantes y ayudarlo de alguna manera a amar a Dios con su mente.

MÁS APLICACIÓN

¿Se disciplinará usted para volverse una persona que aprende intencionalmente? Leí un breve relato acerca del famoso matemático griego Euclides, autor de un formidable texto de trece volúmenes para el estudio de la geometría. «Pero Tolomeo I, rey de Egipto, deseaba aprender el tema sin tener que leer tantos libros. Como rey, estaba acostumbrado a que sus sirvientes le hicieran las cosas más fáciles, por lo que preguntó si había un atajo para dominar la geometría. La respuesta de Euclides al trono fue lacónica: “No hay un camino dorado hacia el aprendizaje”»[10].

Lo mismo puede decirse de la piedad. Requiere disciplina; la disciplina de un aprendiz intencionado. ¿Está usted dispuesto a orar pidiendo gracia y a hacer el esfuerzo necesario para romper los hábitos de quien aprende accidentalmente y por conveniencia?

¿Dónde comenzará? ¿Cómo comenzará a «[aplicar su] corazón a la enseñanza» (Proverbios 23:12, RVR60) y a atesorar conocimiento? ¿Qué hábito dejará, y qué hábito tomará? ¿Hay espacio en su vida para un método de aprendizaje que hasta hoy ha pasado por alto? ¿Qué hay en cuanto a su lectura? ¿Existe algo que deba dejar de leer porque no edifica su vida o porque no merece un lugar en la lista de lectura de su vida? ¿Debe hacer el compromiso de «una página por día» para así no perder la Disciplina del aprendizaje?

¿Cuándo comenzará? ¿Cuándo comienza su plan? Apliquemos aquí el principio de Proverbios 13:4: «Los perezosos ambicionan mucho y obtienen poco, pero los que trabajan con esmero prosperarán». Esto dice que todas las personas desean algo, pero solo las almas diligentes serán satisfechas porque se disciplinan a hacer algo, mientras que los perezosos no hacen nada. Hay un

sentido en el que todo el mundo «desea» aprender algo, y cada cristiano desea ser más como Jesús. Pero solamente quienes diligentemente se disciplinen a aprender podrán satisfacer esos deseos.

Sobre todo, recuerde que el aprendizaje tiene un objetivo. El objetivo es parecernos más a Cristo. Jesús dijo en Mateo 11:28-29: «Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso. Carguen con mi yugo y aprendan de mí» (NVI, énfasis añadido). Existe un conocimiento falso o superficial que «envanece» (1 Corintios 8:1, NVI), pero el aprendizaje piadoso conduce a la vida piadosa. John Milton, el inglés que escribió el famoso poema «El paraíso perdido», escribió: «El objetivo del aprendizaje es conocer a Dios, y de ese conocimiento, amarlo e imitarlo»[11]. Que Dios nos dé un deseo inextinguible por el conocimiento que nos conduzca a amarlo más y nos haga ser más como Jesucristo.

CAPÍTULO 13

LA PERSEVERANCIA EN LAS DISCIPLINAS... PARA LA PIEDAD

Debemos disciplinar nuestras vidas, pero debemos hacerlo todo el año, no meramente en períodos indicados. Debo disciplinarme en todo tiempo.

MARTYN LLOYD-JONES

Como siempre, la semana laboral comienza temprano los días lunes. Apenas unos pocos minutos quedan libres en la rutina de asearnos, vestirnos, desayunar, preparar a los niños y salir de casa. De ahí en adelante, usted pasa gran parte del día apresurándose de un lado a otro. Lleva a los niños a la escuela, hace tareas y mandados y trabaja en la casa hasta el minuto que tiene que salir a recoger a los niños. O quizás se enfrente al tránsito de camino a su trabajo donde llega justo a tiempo y se esfuerza hasta bien avanzado el día, cuando se funde cansinamente en el tránsito una vez más.

Ya en casa, muchas veces después de una o dos paradas precipitadas pero necesarias en el camino, lo más común es improvisar una cena en el horno de microondas mientras se cambia de ropa para sus responsabilidades vespertinas. Una o dos veces por semana, es una actividad de la escuela con sus niños. Otra noche quizás encuentre a toda la familia en un evento de media semana de la iglesia. Alguna otra noche alguno tendrá una responsabilidad con algún comité. Agregue la ocasional noche de trabajo hasta tarde, en la oficina o en casa, o viaje de trabajo o arreglos en el hogar. No se olvide de las noches dando una mano con tareas de la escuela, ayudando en la comunidad, tomando clases, haciendo compras o socializando.

Para complicar aún más las cosas, puede que existan otras presiones como ser padre o madre solteros, conflictos familiares, enfermedades, estrés laboral, un

segundo empleo, tensión económica, etcétera.

¿Le suena conocido? ¿Es su vida un testimonio de las encuestas que nos dicen que, a pesar de nuestros avances tecnológicos y los dispositivos para ahorrar esfuerzo, nuestro tiempo libre ha disminuido dramáticamente en esta última generación?

Luego usted lee este libro, que lo anima a practicar todas estas Disciplinas Espirituales. Y lo hace sentir como un malabarista agotado y tambaleante sobre la cuerda floja, intentando mantener en el aire media docena de copas de cristal que son reliquias de familia mientras que alguien más quiere lanzarle otra media docena.

Para empezar, debería ser de alivio darse cuenta que la mayoría de las Disciplinas que propone este libro pueden practicarse en el mismo episodio devocional. Por ejemplo, mientras usted está a solas con Dios (en silencio y retiro), puede disfrutar una o más formas de asimilar la Biblia, así como la oración y adoración. En esta misma ocasión, usted podría escribir en su diario y leer un libro cristiano. Todo esto puede darse durante un tiempo de ayuno y representar una buena mayordomía del tiempo. Las únicas categorías de Disciplinas Espirituales personales expuestas en este libro que no estarían siendo practicadas en este singular momento serían la evangelización y el servicio.

He llegado a la conclusión de que, con raras excepciones, la persona piadosa es una persona ocupada. La persona piadosa está dedicada a Dios y a las personas, y eso conduce a una vida plena. Si bien nunca tuvo un ritmo frenético, Jesús fue un hombre ocupado. Lea el Evangelio de Marcos y observe qué tan a menudo se usa la palabra inmediatamente para describir la transición de un evento de la vida de Jesús al siguiente. Leemos que a veces pastoreaba todo el día, incluso después del anochecer, y luego se levantaba antes del amanecer para orar y viajar al siguiente lugar de ministerio. Los Evangelios nos cuentan de las noches en las que no dormía en absoluto. Nos cuentan que se cansó de tal forma que pudo dormir profundamente en la popa de un barco que era castigado por la tormenta. Multitudes se agolpaban a su alrededor casi a diario. Todos querían un poco de tiempo con Jesús y pedían su atención. Ninguno de nosotros conoce la clase de estrés laboral que él padeció constantemente. Si la vida de Jesús, así como la de Pablo, fueran medidas con la «vida equilibrada» que muchos cristianos visualizan hoy en día, el Salvador y el apóstol serían considerados unos adictos al trabajo que pecaminosamente descuidaron sus cuerpos. Las Escrituras

confirman lo que percibe la observación: la pereza jamás conduce a la piedad.

Todo esto es para decir que Dios forma personas que se parecen a Jesús a partir de personas ocupadas, y lo hace mediante las Disciplinas Espirituales bíblicas. Estas Disciplinas no están destinadas únicamente para cristianos que tienen disponible mucho tiempo libre (¿Dónde están esos?). Más bien, ellas son las herramientas que Dios provee por medio de las que los creyentes ocupados pueden ser más como Cristo. Dios ofrece su gracia que cambia la vida a las madres que manejan de un lado a otro sirviendo de chofer y haciendo mandados; a los padres que trabajan duro en sus muchos compromisos; a los estudiantes cargados de tareas y actividades extracurriculares; a los solteros de agendas atiborraditas; a los padres solteros sobrecargados de responsabilidades —en resumen, a todos los creyentes— mediante las Disciplinas Espirituales.

Pero ¿cómo podemos mantener el ritmo? Por un lado, el conflicto de prioridades a menudo se aclara a medida que practicamos las Disciplinas Espirituales. A medida que uno crece, tiende a acumular responsabilidades como lapas. El crecimiento de los hijos requiere un aumento en la atención a sus vidas en la iglesia, la escuela, los deportes, las clases y el transporte. El progreso laboral trae consigo más compromisos así como oportunidades. La acumulación de bienes y propiedades a lo largo de los años hace que también aumente el tiempo necesario para su mantenimiento. En consecuencia, su vida exigirá periódicamente que evalúe sus prioridades. Quizá mediante la Disciplina de leer la Biblia, o la oración, o la adoración, o el silencio, o el retiro, o el escribir un diario, el Espíritu Santo pueda identificar cuáles actividades son «lapas» para que las pueda cortar. En lugar de agregar peso adicional, las Disciplinas Espirituales son, en realidad, una de las maneras en que Dios aligera su carga y le da un viaje más fluido.

Incluso con una constante evaluación de prioridades, la persona piadosa seguirá siendo una persona ocupada. Y la persona ocupada también es una de las más tentadas a rendirse en la práctica de las Disciplinas que conducen a la piedad. Sin practicar las Disciplinas Espirituales, no seremos piadosos; pero tampoco seremos piadosos sin la perseverancia para practicar las Disciplinas. Hasta la «tortuga» de una perseverancia laboriosa y lenta progresará mejor que la «liebre» de una práctica a veces espectacular pero generalmente inconsistente.

¿Cómo podemos perseverar de manera más fiel en las Disciplinas de la piedad? Cuando hayan menguado las emociones que generalmente acompañan el

comienzo de las Disciplinas Espirituales, ¿cómo podemos mantenernos fieles? Hay tres asuntos, a los que me he referido brevemente, que son indispensables para ayudarlo a perseverar en la práctica de las Disciplinas Espirituales: el papel del Espíritu Santo, el papel de la fraternidad con los hermanos y el papel de la lucha en la vida cristiana.

EL PAPEL DEL ESPÍRITU SANTO

Debemos recordarnos constantemente que, a pesar de la más ferviente diligencia en nuestra responsabilidad para disciplinarnos «para la piedad», no podemos hacernos a nosotros mismos más parecidos a Jesús. El Espíritu Santo lo hace, obrando mediante las Disciplinas para acercarnos a Jesús y hacernos más como él. Cualquier énfasis en las Disciplinas Espirituales corre el riesgo de omitir esta importante verdad. Como advierte D. A. Carson: «Lo que se supone universalmente con la expresión “disciplina espiritual” es que tal disciplina tiene la intención de aumentar nuestra espiritualidad. Sin embargo, desde una perspectiva cristiana, simplemente no es posible aumentar la espiritualidad de una persona sin poseer al Espíritu Santo y someterse a su instrucción y su poder transformador»[1].

En *The Discipline of Grace* (La Disciplina de la Gracia), Jerry Bridges coincide:

No obstante, una importante tentación en el enfoque de la autodisciplina a la piedad es confiar en un regimiento de disciplinas espirituales en lugar de en el Espíritu Santo. Creo en las disciplinas espirituales. Procuro practicarlas, [...] pero esas disciplinas no son la fuente de nuestra fuerza espiritual. El Señor Jesucristo es esa fuente, y el ministerio del Espíritu Santo es aplicar su fortaleza en nuestras vidas[2].

Donde sea que el Espíritu Santo habite, su santa presencia crea un hambre de santidad. Su tarea principal es magnificar a Cristo (vea Juan 16:14-15), y es él

quien le da al creyente el deseo de ser como Cristo. No contamos con esa pasión en nuestra condición natural. Pero en el cristiano, el Espíritu de Dios comienza a llevar a cabo la voluntad de Dios de hacer a los hijos de Dios como el Hijo de Dios (vea Romanos 8:29). Aquel que comenzó la buena obra en la vida del creyente «la continuará hasta que quede completamente terminada el día que Cristo Jesús vuelva» (Filipenses 1:6).

Por lo cual, el papel del Espíritu Santo es producir en nuestro interior el deseo y el poder para las Disciplinas que conducen a la piedad. Es evidente en 2 Timoteo 1:7 que él desarrolla esto en cada creyente: «Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor y timidez sino de poder, amor y autodisciplina». Por lo tanto, ya sea que su temperamento o personalidad natural se inclinen hacia hábitos ordenados y disciplinados, o no, la presencia sobrenatural del Espíritu Santo lo equipa con suficiente «espíritu de [...] autodisciplina» sobrenatural para que usted obedezca el mandamiento de disciplinarse «para la piedad».

Es por eso que en los días en que usted se siente tentado a renunciar al cristianismo del todo, o a perder la esperanza en el pueblo de Dios, o a abandonar las Disciplinas Espirituales por ser una pérdida de tiempo, simplemente no puede permitirse hacerlo. En última instancia, ese no es el simple resultado de su determinación o coraje espiritual; es la obra del Espíritu Santo ayudándolo a perseverar. En esas ocasiones, cuando la pereza se apodere de usted y no sienta entusiasmo por ninguna Disciplina Espiritual, o cuando deje de practicar consistentemente una Disciplina que alguna vez fue habitual, es el Espíritu Santo el que lo inspira a retomarla a pesar de sus sentimientos. Si fuera dejado a sus propios esfuerzos, usted hubiera abandonado estos medios de la gracia sustentadora de Dios mucho antes, pero el Espíritu Santo lo preserva a usted en fidelidad, dándole la gracia para perseverar en ellos.

El dominio propio, según Gálatas 5:22-23 (NVI), es un producto directo, o «fruto», del control del Espíritu sobre la vida de un creyente. Y cuando un cristiano expresa este dominio propio producido por el Espíritu practicando las Disciplinas Espirituales, el resultado es un progreso en la piedad.

Para ilustrar el papel del Espíritu Santo en ayudar a los hijos de Dios a perseverar en las Disciplinas de la piedad, un escritor contemporáneo cuenta su lucha y su éxito con la Disciplina de la oración.

Hace poco leí una vez más acerca de una mujer que decidió un día simplemente tomar un compromiso de orar, y eso picoteó mi conciencia. Pero me conocía a mí mismo lo suficiente como para saber que necesitaría algo más que determinación. Comencé a orar acerca de la oración. Le expresé a Dios mis anhelos frustrados, mi hastiado sentido de precaución acerca de intentarlo nuevamente, y mi sentimiento de fracaso respecto a mi esfuerzo para ser más disciplinado y regular. Descubrí algo sorprendente que surgía de esa simple oración: me sentí atraído a la presencia de Aquel que tenía mucho más poder que yo para mantenerme cerca. Descubrí que mi enfoque cambiaba sutilmente de mis esfuerzos hacia los de Dios, del rigor a la gracia, de la rigurosidad a la relación. Pronto comprendí que esto sucedía de manera regular. Oraba mucho más. Me preocupaba mucho menos por la mecánica y los métodos, y a la vez estaba más motivado. Y Dios cuida tanto de nosotros, me di cuenta de nuevo, que él mismo nos ayuda a orar. Cuando «no sabemos qué pedir [...] el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos que no pueden expresarse con palabras» (Romanos 8:26, NVI)[3].

La Biblia no explica la mecánica del misterio del ministerio del Espíritu a nosotros. Es incomprendible cómo la oración (o la práctica de cualquier otra Disciplina Espiritual) es, por un lado, motivada y producida por él y es, por otro, nuestra responsabilidad. Pero estas dos cosas son claras: 1) el Espíritu Santo siempre será fiel para ayudar a cada elegido de Dios a perseverar hasta el final en esas cosas que nos harán ser como Cristo, y 2) no debemos endurecer nuestro corazón sino, en cambio, responder a su inspiración si queremos ser piadosos.

EL PAPEL DE LA FRATERNIDAD

Nadie debería leer estas Disciplinas e imaginar que practicándolas aislado de otros cristianos se puede ser tan parecido a Cristo —o incluso más— que los cristianos que son miembros activos de un cuerpo de Cristo local. Pensar en las Disciplinas Espirituales como parte de la vida cristiana sin relación con la fraternidad con los creyentes no es un pensamiento bíblico.

Cualquiera que mida su progreso en ser como Cristo solamente en términos del crecimiento de su comunión con Dios está haciendo una medición incompleta. La madurez espiritual también incluye el crecimiento en la fraternidad con los hijos de Dios. El apóstol Juan yuxtapone ambas en 1 Juan 1:3: «Les anunciamos lo que nosotros mismos hemos visto y oído, para que ustedes tengan comunión con nosotros; y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo». La comunión del Nuevo Testamento es tanto con el Dios trino como con su pueblo. Así como la madurez humana de Jesús incluía un crecimiento en el favor de Dios y de toda la gente (vea Lucas 2:52), también lo incluirá la madurez espiritual de quienes procuran ser como Jesús.

Un motivo obvio de por qué no podemos tomar las Disciplinas Espirituales y convertirnos en reclusos espirituales es que muchas Disciplinas bíblicas —la adoración pública, la oración unida, la participación en la Cena del Señor, servir a otros discípulos y más— no pueden practicarse sin otros cristianos. Además, uno de los propósitos de Dios en la fraternidad es complementar las Disciplinas Espirituales personales y estimular nuestro crecimiento en la piedad por medio de ellas. Por ejemplo, así como estudiar la Palabra individualmente es una Disciplina que Dios da para crecer en la gracia, estudiar la Palabra junto con otros creyentes también lo hace. Las Disciplinas Espirituales definitivamente tienen algunas aplicaciones que no son públicas, pero no fueron creadas para practicarse lejos de la fraternidad[4] en la comunidad del Nuevo Pacto.

Un motivo para que nuestra susceptibilidad desconecte mentalmente nuestra práctica de las Disciplinas de la vida en la iglesia local es el error cristiano común de no poder distinguir entre socializar y fraternizar. Si bien socializar es tanto una parte de como el contexto de la comunión, es posible socializar sin estar en comunión. Socializar incluye compartir la vida humana y terrenal de maneras que son comunes a creyentes y no creyentes. La comunión cristiana —la koinonía del Nuevo Testamento[5]— incluye hablar acerca de Dios, las cosas de Dios y la vida desde una perspectiva exclusivamente cristiana. No me malinterprete: socializar es un regalo de Dios, un recurso valioso de la iglesia y una necesidad para una vida espiritual saludable. Pero he observado que fraternizamos de verdad mucho menos de lo que creemos, incluso en la iglesia. Muy a menudo, socializar se vuelve un sustituto de fraternizar. Cuando esto sucede, nuestra práctica de las Disciplinas Espirituales sufre y nuestro crecimiento en la gracia se truncá.

Se parece un poco a esto: dos o más cristianos pueden estar sentados por horas,

hablando solamente acerca de las noticias, el clima, los deportes, el trabajo y la familia (es decir, socializando) mientras que descuidan por completo cualquier charla acerca de temas expresamente espirituales. No digo que cada conversación entre cristianos debe estar repleta de referencias a versículos bíblicos, respuestas a oraciones recientes u observaciones acerca del tiempo devocional del día. Pero he observado que muchos cristianos, que de otra forma están comprometidos, son tan independientes en su práctica de las Disciplinas Espirituales, que casi nunca hablan acerca de tales cosas con otros creyentes. Sin interacción personal acerca de los intereses y los problemas mutuos y las mutuas aspiraciones de discipulado, nuestras vidas espirituales se empobrecen. Luego, al final de la conversación, habiendo simplemente socializado, decimos que hemos tenido buena fraternidad. Solamente quienes están habitados por el Espíritu de Dios pueden acceder al suntuoso banquete de koinonía, pero, a menudo, nos conformamos con la comida rápida que representa esa clase de socialización que hasta el mundo puede experimentar.

Así como deberíamos practicar la Disciplina de imitar a Cristo y hablar de él con los no creyentes, también debemos practicar una Disciplina parecida con los creyentes. A diferencia de la Disciplina de la evangelización, donde compartir la vida de Cristo es unidireccional, fraternizar supone una comunicación bidireccional de la vida espiritual. J. I. Packer define la comunión como «una búsqueda para compartir lo que Dios ha dado a conocer de sí mismo a los demás, como una manera de hallar fortaleza, ánimo e instrucción para el alma propia»[6]. Podemos disfrutar estos frutos de la fraternidad en cualquier contexto donde se reúnan los cristianos: adorando, sirviendo, comiendo, recreándose, comprando, viajando, orando y más. Al vivir como Cristo estando juntos, nos alentamos unos a otros en la vida cristiana. Al hablar como Cristo acerca de temas espirituales, también nos estimulamos unos a otros hacia la piedad.

Esta edificación mutua se describe en Efesios 4:16, que dice que «el cuerpo [encaja] perfectamente. Y cada parte, al cumplir con su función específica, ayuda a que las demás se desarrollen, y entonces todo el cuerpo crece y está sano y lleno de amor». A medida que crecemos en la gracia, podemos contribuir apropiadamente a que «cada parte [cumpla] su función específica». A medida que el cuerpo de creyentes llegue a ser «lleno de amor», cada cristiano individual crece también en la piedad. Dicho directamente, a medida que cada creyente se disciplina «para la piedad», su crecimiento espiritual individual ayuda a edificar el cuerpo local de creyentes, pero solo en la medida que ese creyente esté en

comunión con ellos. A medida que ese cuerpo de cristianos sea edificado colectivamente, la mayor fuerza de esa fraternidad también contribuirá al crecimiento espiritual del individuo y lo animará en su búsqueda de la piedad mediante las Disciplinas Espirituales. Practicar las Disciplinas Espirituales personales de manera bíblica fortalecerá la comunión de los creyentes. La fraternidad bíblica fortalecerá la práctica de las Disciplinas Espirituales personales.

Pero sin una verdadera fraternidad, incluso aquel cristiano que practica arduamente las Disciplinas Espirituales personales no se desarrollará de una manera bíblica proporcionada. El autor de Hebreos 3:13 advirtió: «Adviértanse unos a otros todos los días mientras dure ese “hoy”, para que ninguno sea engañado por el pecado y se endurezca contra Dios». Se precisa la fraternidad para «[advertirse] unos a otros». Cuando nos apartamos de la protección espiritual que Dios nos proporciona dentro de la fraternidad, somos engañados más fácilmente por el pecado. Algunas de las personas más engañadas por el pecado practican rigurosamente muchas de las Disciplinas personales. He conocido personas que estudiaban la Biblia y oraban tanto a solas que creían que no necesitaban de las personas «menos espirituales» de la iglesia. Sin la influencia niveladora de creyentes con diferentes dones, ideas y experiencias, estos aislacionistas afirmaron confiadamente opiniones retorcidas de las Escrituras, entregaron «palabras de Dios» a todo el mundo y hasta intentaron justificar pecados graves debido a su supuesta espiritualidad. Obviamente, estos son casos extremos, pero ilustran cómo incluso quienes se ejercitan más rigurosamente en las Disciplinas Espirituales personales necesitan la gracia que Dios dispuso que recibieran solamente por medio de la vida en la iglesia local.

El puritano Thomas Watson aconsejó: «Asóciense con personas santificadas. Ellos pueden ser, mediante su consejo, su oración y su ejemplo santo, un medio de hacerles santos a ustedes»[7].

EL PAPEL DE LA LUCHA

Si bien «confiar» y «descansar» son valores fundamentales de la vida cristiana, también lo son «disciplinarse» y «luchar». Muchas fuerzas combaten el progreso

espiritual de quienes estamos de este lado del cielo. Ahora bien, el camino de Cristo no siempre es una lucha interna ni cada momento una batalla, pero tampoco es un largo camino sin oposición continua. Por lo tanto, no se deje engañar pensando que si usted bebe de la gracia que Dios ofrece mediante las Disciplinas Espirituales, la vida cristiana será fácil.

Por extraño que pueda sonar, quiero alertarlo acerca de la realidad de la lucha en la vida cristiana para animarlo, especialmente cuando sea difícil para usted practicar las Disciplinas Espirituales. Mientras escribía el párrafo anterior, recibí un llamado de una joven que ha sido cristiana alrededor de tres años. Me expresaba su frustración respecto a un reciente fracaso espiritual, y se preguntaba si otras personas de la iglesia que parecían espiritualmente maduras luchaban alguna de las batallas que la habían herido. Un fresco y oportuno recordatorio de que todos los cristianos luchamos la mayoría de las batallas que ella enfrenta le dio consuelo y esperanza. Que este capítulo haga lo mismo por usted.

Por lo tanto, evite a quienes enseñan que si usted sigue ciertos pasos o tiene una experiencia en particular, será liberado de toda la lucha contra los pecados que entorpecen su santidad. Tales promesas son el equivalente espiritual de una zanahoria colgando de una vara, siempre dándonos falsas esperanzas pero jamás satisfacción.

En cambio, podemos ver en el versículo que da tema a este libro que la práctica de las Disciplinas Espirituales y el progreso en la piedad estarán acompañados por la lucha. Refiriéndose a la piedad mencionada en 1 Timoteo 4:7-8, el apóstol Pablo escribió en el versículo 10: «Es por eso que trabajamos con esmero y seguimos luchando». Las expresiones trabajar con esmero y seguir luchando nos indican que llegar a parecernos a Cristo incluye algo más que «soltar la mano para que Dios actúe» como algunos afirman. La palabra griega aquí traducida como trabajar con esmero significa «trabajar hasta estar agotado». La palabra agonizar surge del término que aquí se lee como seguir luchando. ¿Parece esto una teología de obras en lugar de la gracia? ¿Estoy diciendo que, a pesar de que comenzamos la vida cristiana por el Espíritu, debemos convertirnos en santos por medio de las obras de la carne (vea Gálatas 3:3)? ¡Tonterías! Este es el mismo equilibrio que encontramos a lo largo de las enseñanzas del Nuevo Testamento acerca del crecimiento espiritual. El avance en la vida cristiana no viene solamente por la obra del Espíritu Santo ni solamente por nuestras obras, sino por nuestra respuesta a la gracia que el Espíritu Santo inicia y sostiene.

Como fue mencionado en el capítulo 1, nuestra experiencia en el desarrollo de asemejarnos a Cristo sucederá como con Pablo, quien dijo: «Es por eso que trabajo y lucho con tanto empeño, apoyado en el gran poder de Cristo que actúa dentro de mí» (Colosenses 1:29). Fue Pablo quien trabajó con esmero, pero su lucha iba de acuerdo con el poder del Espíritu Santo que obraba (literalmente, «agonizaba») en su interior. La primera parte de este capítulo mostró el papel del Espíritu Santo manteniéndonos fieles en las Disciplinas y formando en nosotros el carácter de Cristo por medio de ellas. Pero debemos mantener esta verdad en tensión con la realidad de la lucha que cada persona perdonada, pero todavía teñida de pecado, experimentará en el proceso de llegar a ser como Jesucristo.

Esto es una enseñanza incisiva del Nuevo Testamento. Nos advierte acerca del mundo, la carne y el diablo, y la manera en que constantemente están en guerra contra nosotros. La Biblia dice que debido a esta triada de oposición, experimentaremos una lucha para derrotar al pecado mientras vivamos en este cuerpo.

Mientras habitemos en él, el mundo pondrá su presión interminable sobre nosotros. Jesús nos recordó que el mundo lo odiaba a él, y que nos odiará a nosotros si nos disciplinamos a seguirlo a él (vea Juan 15:18-19). Juan nos exhortó aún más: «No amen a este mundo» (1 Juan 2:15). Luego procedió a advertirnos acerca del deseo de la carne, el deseo de los ojos y el orgullo de la vida como parte de este mundo. No hay experiencia que pueda proveernos un escape duradero de todas estas tentaciones mundanas excepto la experiencia de dejar este mundo.

Uno de los pasajes más conocidos del Nuevo Testamento acerca de la realidad de la lucha espiritual se relaciona con nuestra batalla contra la carne, esa tendencia permanente que sentimos hacia el pecado. La cruda realidad de Gálatas 5:17 (RVR60) es que «el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis». A veces, obedecer a Dios no representa ningún problema. Hay momentos en que el mayor gozo es entrar a la Palabra de Dios. De vez en cuando uno tiene experiencias de oración que desearía que jamás terminaran. Aun así, muchas veces es una batalla involucrarse en cualquier Disciplina Espiritual. El Espíritu lo motivará a usted a parecerse más a Cristo y a practicar las Disciplinas, y su carne se alzará desafiante. Esto es porque «éstos se oponen entre sí». Sin embargo, aunque disciplinarse a usted mismo sea a menudo difícil e incluya lucha, la autodisciplina no es autocastigo. Es, en cambio, un intento de hacer lo

que, motivado por el Espíritu, usted realmente quiere hacer. La lucha se da cuando «el deseo de la carne es contra el Espíritu [...] para que no [haga] lo que [quisiera]». En lugar de pensar en entrar en esta batalla como una forma de autocastigo, es más acorde a las Escrituras percibir la práctica de las Disciplinas Espirituales como una manera de «[sembrar] para el Espíritu» como nos anima Gálatas 6:8 (LBLA). Pero la verdad bíblica que la carne lanza su deseo contra el Espíritu afirma la realidad que, mientras estemos en este cuerpo, ninguna experiencia espiritual nos liberará permanentemente de la tensión de la carne contra el Espíritu.

Además del mundo y de la carne, usted tiene también un enemigo personal comprometido a que usted fracase en las Disciplinas: el diablo. El apóstol Pedro nos recordó: «¡Estén alerta! Cuídense de su gran enemigo, el diablo, porque anda al acecho como un león rugiente, buscando a quién devorar» (1 Pedro 5:8). Si podemos tener una experiencia con la que podemos evitar permanentemente toda guerra espiritual, ¿por qué no nos habla Pedro al respecto en lugar de exhortarnos a estar alertas? ¿Por qué nos ordena Pablo en Efesios 6 que nos pongamos la armadura de Dios? Es porque estamos en una batalla, un conflicto, una lucha. No hay vacaciones de la lucha.

Entonces, ¿dónde está la victoria? La victoria sobre el mundo, la carne y el diablo fue ganada decisiva y eternamente por Jesucristo en su muerte y resurrección. Esa victoria es mediada a nosotros por el Espíritu Santo. Por su parte, él nos preserva en la gracia de Dios. Pero como se mencionó anteriormente, parte de esta preservación incluye concedernos la gracia de ser fieles. Por nuestra parte, tomamos la lucha de nuestra cruz y seguimos a Cristo, procurando llegar a parecernos a Cristo por medio de las Disciplinas Espirituales. La victoria que experimentamos realmente en la vida diaria sobre las fuerzas que se oponen a nuestro progreso en las Disciplinas llega a través de la práctica de las Disciplinas. En otras palabras, a través de la perseverancia en las Disciplinas Espirituales, experimentaremos de forma más consistente la victoria sobre los enemigos de la práctica de las Disciplinas. Si nos rendimos ante estos enemigos de nuestra alma y abandonamos las Disciplinas, la victoria nunca llegará. Pero si utilizamos estas armas espirituales, Dios nos dará la gracia y la fortaleza para conquistar aún más. Un día, toda lucha acabará, todas las promesas serán cumplidas y las Disciplinas Espirituales ya no serán necesarias, porque por fin «seremos como él, porque lo veremos tal como él es» (1 Juan 3:2). Por lo tanto, enfrentemos esta lucha con una determinación encendida por el Espíritu, porque será para nosotros como lo fue para los puritanos cuyo lema

era «Vincit qui patitur: el que sufre, conquista»[8].

«Por lo tanto, necesitamos recordar —aconseja J. I. Packer—, que cualquier idea de superar todo conflicto externo o interno en nuestra búsqueda de santidad en este mundo es un sueño escapista que solo puede tener efectos decepcionantes y desmoralizadores sobre nosotros, ya que la realidad diaria lo desmiente. En cambio, de lo que debemos darnos cuenta es que cualquier santidad real en nosotros estará permanentemente bajo fuego hostil, así como lo estuvo la de nuestro Señor»[9].

El Espíritu Santo, la verdadera fraternidad y el reconocimiento de la lucha constante en la vida cristiana lo ayudarán a perseverar en la práctica de las Disciplinas Espirituales. Sin esa perseverancia, las Disciplinas estarán incompletas y serán ineficaces. Observe en 2 Pedro 1:6 cómo se conecta la perseverancia a la disciplina, o el dominio propio, con la piedad: «al dominio propio, perseverancia, y a la perseverancia, piedad» (LBLA). Sin perseverancia entre ambas, la relación entre la piedad y la práctica autocontrolada de las Disciplinas Espirituales es como una conexión deficiente entre una batería cargada y una bombilla. La luz parpadea irregularmente y sin máximo beneficio. Pero con una conexión perseverante entre ambas, la luz brilla intensamente. Del mismo modo, la luz de la vida de Cristo brillará más sostenidamente a través de usted cuanto más perseverare en la práctica de las Disciplinas Espirituales.

MÁS APLICACIÓN

¿Quiere usted ser piadoso? Entonces practique las Disciplinas Espirituales a la luz de la eternidad. Leí acerca de un hombre que solía orar: «¡Oh, Dios! ¡Pon el sello de la eternidad al cristalino de mis ojos!. Imagine qué diferente emplearíamos nuestro tiempo y tomariámos nuestras decisiones en la vida si viéramos todo desde la perspectiva de la eternidad. Mucho de lo que parece crucial de repente se volvería insignificante. Y muchas cosas relegadas a la columna de «Cuando tenga más tiempo» en su lista de prioridades cobrarían una nueva importancia dramática. La práctica de las Disciplinas Espirituales, vista a través de los ojos sellados con la eternidad, se vuelve una prioridad invaluable, debido a su íntima conexión con la piedad.

Practicar las Disciplinas Espirituales con la eternidad en mente ha sido siempre el plan de Dios. Las palabras de 1 Timoteo 4:7 sobre las que está basado este libro, «disciplínate a ti mismo para la piedad», van seguidas por estas otras palabras en el versículo 8: «Porque el ejercicio físico aprovecha poco, pero la piedad es provechosa para todo, pues tiene promesa para la vida presente y también para la futura» (LBLA). Ver las Disciplinas Espirituales solamente desde la perspectiva pragmática y temporal es una muestra de poca visión. Necesitamos tener ideas más amplias acerca de las Disciplinas que solamente preguntarnos qué pueden hacer por nosotros hoy o incluso en esta vida. Por supuesto que la piedad cultivada mediante las Disciplinas «tiene promesa» que definitivamente vale la pena procurar en «la vida presente». Pero el valor de la piedad, y la práctica de las Disciplinas Espirituales que la acompañan, se perciben mejor a la resplandeciente luz de la eternidad.

Ya sea que lo note o no, todo lo que usted hace es para la eternidad. Nada tiene un impacto solamente en esta vida. Las Escrituras hacen esto evidente enseñándonos que finalmente tendremos que rendir cuentas ante Dios de cómo vivimos nuestra vida (vea Romanos 14:12) y que recibiremos una recompensa o sufriremos una gran pérdida según cada una de nuestras obras en esta vida (vea 1 Corintios 3:10-15). Debido a que, en las palabras del puritano Thomas Brooks, el peso de toda la eternidad cuelga del hilo delgado del tiempo, usemos nuestro tiempo de maneras que sean provechosas no solo para esta vida, sino que también nos preparen para la eternidad. Nada brinda una mejor preparación para vivir en esta tierra y en la nueva que vendrá como la práctica fiel de las Disciplinas Espirituales.

¿Quiere usted ser piadoso? No existe otro camino más que el que es a través de las Disciplinas Espirituales. Las Escrituras muestran claramente el camino hacia la piedad. ¿Quiere usted ser piadoso? Entonces, dijo el Señor en 1 Timoteo 4:7, «disciplínate a ti mismo para la piedad» (LBLA). Ese es el camino, y no hay otro.

No existen atajos hacia la piedad. Pero la carne se queja y quiere una manera más fácil que mediante las Disciplinas Espirituales. Protesta: «¿Por qué no puede ser la vida cristiana más improvisada y espontánea? Todo este hablar de disciplinarme a mí mismo suena legalista y regimentado y más difícil que lo que pensé que sería parecerse a Cristo. ¡Solo quiero ser espontáneo!».

John Guest responde bien a esta tentación:

«Disciplina» se ha convertido en una palabrota en nuestra cultura. [...] Sé que estoy hablando herejía en muchos círculos, pero la espontaneidad está muy sobrevalorada. La persona «espontánea» que hace caso omiso de la necesidad de disciplina es como el granjero que salió a recoger huevos. Mientras caminaba a través de la granja hacia el gallinero, observó que la bomba goteaba. Así que se detuvo a arreglarla. Necesitaba una arandela nueva, así que se dirigió al granero a buscar una. Pero en el camino, vio que el pajar necesitaba ser ordenado, así que fue a buscar la horqueta. Junto a la horqueta estaba la escoba con el mango roto. Pensó: «Debo recordar comprar un palo de escoba la próxima vez que vaya al pueblo». [...]

A estas alturas, está claro que el granjero no logrará recoger los huevos, y probablemente no logre hacer nada de lo que se proponga. Él es total y gloriosamente espontáneo, pero difícilmente es libre. En todo caso, es un prisionero de su desenfrenada espontaneidad.

El hecho del asunto es que la disciplina es el único camino a la libertad; es el contexto necesario para la espontaneidad[10].

¿Le recuerda la jornada de este granjero su vida espiritual: espontánea pero esporádica? ¿Salta usted de una cosa a la otra con aparentemente poco efecto o crecimiento en la gracia? Ciertamente queremos espontaneidad, pero la espontaneidad sin disciplina es superficial. Tengo varios amigos que pueden improvisar hermosas melodías en un piano o una guitarra. Pero el motivo por el que pueden tocar tan «espontáneamente» es porque dedicaron muchos años de su vida a las disciplinas de tocar escalas musicales y otros ejercicios fundamentales. Jesús podía ser así de «espontáneo» espiritualmente porque había sido el hombre más disciplinado espiritualmente que jamás existiera. No haga nada y vivirá espontáneamente. Pero si desea una espontaneidad eficaz en la vida cristiana, debe cultivarla con una fe espiritualmente disciplinada.

Para muchos creyentes —quizá la mayoría— la falta de práctica de las Disciplinas Espirituales no es tanto por el deseo de espontaneidad, sino por la lucha de encontrar el tiempo. Pero si desea ser piadoso, usted debe enfrentar la realidad de que siempre estará ocupado. Hacer lo que Dios más quiere, es decir,

amarlo con todo su corazón, alma, mente y fuerza, y amar a su prójimo como a usted mismo (vea Marcos 12:29-31) no puede hacerse en su tiempo libre. Amar a Dios y a otros con palabras y con hechos dará como resultado una vida ocupada. Esto no significa que Dios quiere que vivamos vidas frenéticas, sino que confirma que las personas piadosas jamás son personas perezosas.

Así que, si usted se dice a usted mismo que practicará las Disciplinas Espirituales cuando tenga más tiempo, nunca lo hará. En una tarjeta dirigida a mi esposa y a mí, Jean Fleming escribió: «Me encuentro a mí misma pensando: "Cuando la vida se calme un poco, voy a ...". Pero a estas alturas ya debería haber aprendido que la vida jamás se calma por mucho tiempo. Lo que sea que quiera lograr, debo hacerlo en esta vida tranquila». Esa es una muy buena percepción de lo que es la vida real. Debido a que la vida jamás se tranquiliza, y ya que siempre sentiremos como que tenemos más cosas para hacer que el tiempo para hacerlas, si pretendemos progresar alguna vez en la piedad por medio de las Disciplinas Espirituales, debemos hacerlo cuando la vida esté como está hoy.

Durante mi adolescencia, cualquiera que tuviera interés en el baloncesto quería ser como Pete Maravich. «Pete pistola», como se le conocía, anotó la mayor cantidad de puntos en la historia del baloncesto universitario, y fue el jugador más electrizante de su época. Antes de su llegada, pasar la pelota entre las piernas o por detrás de la espalda eran consideradas jugadas de puro teatro. Maravich las hizo comunes. Después de su carrera profesional, fue instalado en el Salón de la Fama del Baloncesto Naismith Memorial, donde se le llamó: «quizá el talento ofensivo más creativo de la historia»[11]. Se convirtió al cristianismo después de los treinta años, y murió repentinamente en enero de 1988 de un ataque al corazón con solo cuarenta años de edad.

Un año antes de morir, Maravich dijo en una entrevista:

La clave de mi habilidad era la repetición. Practicaba una y otra y otra vez. Me comprometí totalmente con el deporte. Probé hacer todo de todas las formas posibles para perfeccionar mis destrezas. Era como una obsesión. Valió la pena para mí como jugador. No estoy seguro si así fue en la vida. Si en ese entonces le hubiera dado la misma dedicación a mi fe, que es lo que hago ahora, habría sido, a la larga, una mejor persona[12].

Por disciplinarse a sí mismo a practicar tiros, pases y jugadas, Pete Maravich se convirtió en uno de los mejores jugadores de baloncesto de la historia. Aun con todo el dinero y la fama que le brindó el deporte, finalmente lamentó haber utilizado esa disciplina tan productiva en algo que no fuera su fe en Cristo. ¿Está usted dispuesto a disciplinarse de la manera que Maravich deseó haberlo hecho? ¿Está usted dispuesto a «disciplinarse para la piedad» tanto como él estaba dispuesto a disciplinarse para el baloncesto? ¿Significa tanto la piedad para usted como el baloncesto lo hizo alguna vez para Pete Maravich?

La disciplina le ganó a Maravich un lugar en el Salón de la Fama, pero ninguna cantidad de disciplina le ganará a nadie un lugar en el cielo. Solamente Jesús vivió una vida merecedora de eso. Debido a que él estuvo dispuesto a recibir en la cruz lo que nuestras vidas merecían —el juicio de Dios por el pecado—, podemos recibir el cielo que su vida merecía. Todo el gozo, todo el perdón, toda la libertad, toda la luz, todo el amor, todo Dios en el cielo se promete a quienes abandonan la esperanza de que disciplinarse les dará la entrada al cielo y, en cambio, se aferran a Cristo por fe.

Una de las maneras más seguras de que alguien en efecto se aferra a Cristo es su deseo cada vez más profundo de conocerlo mejor y de parecerse tanto a él como sea posible. Esto es la piedad, y los discípulos genuinos de Jesús la persiguen apasionadamente. Así como el único camino a Dios es a través de Cristo, también el único camino a la piedad es mediante la práctica de las Disciplinas Espirituales centrada en Cristo. ¿Se disciplinará a sí mismo «para la piedad»? ¿Cuándo y dónde comenzará?

NOTAS

Capítulo 1: Las Disciplinas Espirituales... para la piedad

[1] Utilizo mayúsculas para «Disciplinas Espirituales» en estas páginas para llamar la atención al término como tema del libro y para ayudar al lector a pensar en estas prácticas bíblicas como un grupo.

[2] Mi estudio de las Disciplinas Espirituales interpersonales llamado Spiritual Disciplines Within the Church: Participating Fully in the Body of Christ [Disciplinas Espirituales al interior de la iglesia: participación plena en el cuerpo de Cristo], (Chicago: Moody, 1996).

[3] D. A. Carson, «What Is the Gospel? Revisited» [¿Qué es el Evangelio? Revisado], en For the Fame of God's Name: Essays in Honor of John Piper [Para la gloria del nombre de Dios: Ensayos en honor a John Piper], (Wheaton, IL: Crossway, 2010), 164-165.

[4] Énfasis añadido.

[5] Tom Landry, como se le cita en Leadership Journal [Revista de liderazgo], Vol. 7, no. 3.

[6] El famoso poeta inglés Samuel Taylor Coleridge (1772–1834) es más conocido por sus poemas «La balada del viejo marinero» y «Kubla Khan».

[7] William Barclay, The Gospel of Matthew (Philadelphia, PA: Westminster, 1958), vol. 1, 284. Disponible en español como Comentario al Nuevo Testamento.

[8] «The 10,000 Hour Rule» [La regla de las diez mil horas] es un capítulo en el éxito de ventas de Malcolm Gladwell Outliers: The Story of Success, (Nueva York: Little, Brown, 2008, 35–67), el cual popularizó la investigación del Dr. K. Anders Ericsson, profesor de psicología de la Universidad Estatal de Florida. El

libro de Malcolm Gladwell está disponible en español como Fueras de serie (Outliers).

[9] Elisabeth Elliot, como se le cita en Christianity Today, 4 de noviembre de 1988, 33. Énfasis añadido.

Capítulo 2: La asimilación de la Biblia (Parte 1)... para la piedad

[1] Si bien la radio de onda corta es común en el resto del mundo, la mayoría de los estadounidenses no tienen una, y rara vez consideran este medio. Pero muchos de los mejores maestros de la Biblia en Internet o en las estaciones de radio tradicionales de los Estados Unidos pueden ser escuchados prácticamente en cualquier parte del mundo (incluyendo los Estados Unidos) a través de las poderosas, si bien de menor calidad, estaciones de onda corta.

[2] Jeremiah Burroughs, *Gospel Worship [Adoración evangélica]*, (1648; reimpresión, Ligonier, PA: Soli Deo Gloria Publications, 1990), 200.

[3] George Gallup, *100 Questions and Answers: Religion in America [100 Preguntas y respuestas: La religión en Estados Unidos de América]*, (Princeton Religious Research Center, 1989), citado en USA Today, 1 de febrero de 1990.

[4] Bookstore Journal [Diario de librería], como se le cita en *Discipleship Journal [Diario de discipulado]*, número 52, 10.

[5] John Blanchard, *How to Enjoy Your Bible [Cómo disfrutar de su Biblia]*, (Colchester, England: Evangelical Press, 1984), 104.

[6] Una investigación en Internet sobre «cuánto tiempo vemos TV», observando especialmente encuestas de uso del tiempo provistas por el United States Bureau of Labor Statistics [Oficina de Estadísticas Laborales de los Estados Unidos], revelará una variedad de esfuerzos de investigación que confirman esta afirmación.

[7] Robert L. Sumner, *The Wonder of the Word of God [La maravilla de la Palabra de Dios]*, (Murfreesboro, TN: Biblical Evangelism Press, 1963), 12.

[8] Jerry Bridges, *The Practice of Godliness [La práctica de la piedad]*, (Colorado Springs, CO: NavPress, 1983), 51.

[9] R. C. Sproul, *Knowing Scripture* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1977), 17. Publicado en español como *Cómo estudiar e interpretar la Biblia*.

[10] Si usted no está seguro de lo que son las referencias cruzadas o cómo utilizarlas, pregúntele a su pastor o a otro cristiano maduro.

[11] Geoffrey Thomas, Reading the Bible [Cómo leer la Biblia], (Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1980), 22.

Capítulo 3: La asimilación de la Biblia (Parte 2)... para la piedad

[1] Jerry Bridges, The Discipline of Grace: God's Role and Our Role in the Pursuit of Holiness (Colorado Springs, CO: NavPress, 1994), 175. Publicado en español como La disciplina de la gracia: El rol de Dios y el nuestro en la búsqueda de la santidad.

[2] Thomas Watson, «How We May Read the Scriptures with Most Spiritual Profit» [Cómo podemos leer las Escrituras con el mayor provecho espiritual], en Puritan Sermons [Sermones puritanos], (1674; reimpresión, Wheaton, IL: Richard Owen Roberts, 1981), vol. 2, 62.

[3] Thomas Brooks, como se le cita en The Banner of Truth [El estandarte de la verdad], febrero 1989, 26.

[4] Roger Steer, ed., Spiritual Secrets of George Müller [Los secretos espirituales de George Müller], (Wheaton, IL: Harold Shaw Publishers; y Robesonia, PA: OMF Books, 1985), 62-63.

[5] Elisabeth D. Dodds, Marriage to a Difficult Man: The «Uncommon Union» of Jonathan and Sarah Edwards [Matrimonio con un hombre difícil: La «unión poco común» de Jonathan y Sarah Edwards], (Philadelphia, PA: Westminster, 1971), 67-68.

[6] La Biblia se refiere a tres objetos generales de meditación. El que se menciona mucho más seguido que los otros es la meditación sobre el contenido mismo de las Escrituras. Un segundo objeto de meditación son las obras de Dios, que incluyen ampliamente su creación y su providencia. Si bien no necesitamos tener una Biblia en nuestras manos para contemplar la gloria de Dios durante un atardecer, o su creatividad en una flor, nuestra meditación sobre la creación siempre debería estar informada por las Escrituras. La providencia de Dios puede percibirse hasta cierto grado en circunstancias, pero nuestro entendimiento limitado de sus caminos debe ser guiado por su Palabra. Tercero, la Biblia habla de la meditación sobre los atributos de Dios. Y si bien podemos intentar interpretarlos de algún modo a través de las obras de Dios, estos son revelados infaliblemente solo en las Escrituras. Mi objetivo es mostrarle que la Biblia no

limita el alcance de la meditación a la Biblia misma. Sin embargo, toda meditación debería enfocarse en lo que se revela en las Escrituras o debería estar informada por las Escrituras. El siguiente cuadro muestra todos los versículos bíblicos que se refieren explícitamente a los objetos de meditación:

La Palabra de Dios:	Josué 1:8, «en él» Salmo 1:2, «en la ley del Señor» Salm
Las obras de Dios:	Salmo 77:11, en «tus obras maravillosas» Salmo 77:12, «
Los atributos de Dios:	Salmo 63:6, «en ti» Salmo 145:5, «en la gloria y majesta

[7] Algunas secciones de las Escrituras, por ejemplo gran parte del libro de Proverbios, donde un versículo individual es a menudo un concepto contenido en sí mismo y no parte de un párrafo, hacen que este abordaje sea más difícil. Cuando esté en estas secciones, usted debe depender de uno de los otros métodos mencionados para seleccionar un texto para su meditación.

[8] Donald S. Whitney, Simplify Your Spiritual Life: Spiritual Disciplines for the Overwhelmed [Simplifique su vida espiritual: Las Disciplinas Espirituales para las personas agobiadas], (Colorado Springs, CO: NavPress, 2003), 163-164.

[9] Esto no implica que esta sea una lista completa de los métodos de meditación de las Escrituras.

[10] Para más acerca de orar mientras lee un pasaje de las Escrituras, vea «Praying Scripture» en Whitney, Simplify Your Spiritual Life: Spiritual Disciplines for the Overwhelmed [Simplifique su vida espiritual: Las Disciplinas Espirituales para las personas agobiadas], 80-81.

[11] Dr. Andrew Davis, An Approach to Extended Memorization of Scripture [Una estrategia para la memorización extendida de las Escrituras], (Durham, NC: First Baptist Church, n.d.), 2.

[12] Jonathan Edwards, «Personal Narrative» [Narrativa personal], en Letters and Personal Writing [Cartas y escritos personales], vol. 16 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. George S. Claghorn (New Haven, CT: Yale University Press, 1998), 794. Disponible en Edwards.yale.edu.

[13] Existen muchos buenos recursos disponibles para los mapas mentales, pero el más clásico probablemente es The Mind Map Book: How to Use Radiant Thinking to Maximize Your Brain's Untapped Potential [El libro del mapa mental: Cómo usar el pensamiento radiante para optimizar el potencial no aprovechado de su cerebro] de Tony Buzan y Barry Buzan (Nueva York: Plume, 1996).

[14] Maurice Roberts, «O the Depth!» [¡O, la profundidad!] The Banner of Truth [El estandarte de la verdad], julio de 1990, 2.

[15] Edwards, «Personal Narrative», 798.

[16] Charles Spurgeon, «Memoir of Thomas Watson» [Memoria de Thomas Watson] en Thomas Watson, *A Body of Divinity* [Un cuerpo de teología], (Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1692, reimpresión, 1993), vii.

[17] Watson, 65.

[18] William Bridge, *The Works of the Reverend William Bridge* [Las obras del reverendo William Bridge], (reimpresión, 1845; reimpresión, Beaver Falls, PA: Soli Deo Gloria, 1989), vol. 3, 126.

[19] Bridge, 152.

[20] Bridge, 135.

[21] Richard Baxter, *The Practical Works of Richard Baxter: Select Treatises* [Las obras prácticas de Richard Baxter: Tratados selectos], (Grand Rapids, MI: Baker, 1981), 90.

[22] Nota de los traductores: La versión New American Standard Bible (NASB) en inglés dice: «Prove yourselves doers of the word». Ninguna versión de la Biblia en español capta esa idea de la misma manera.

[23] J. I. Packer, prefacio de *Knowing Scripture* [El conocimiento de las Escrituras] de R. C. Sproul, (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1979), 9-10.

Capítulo 4: La oración... para la piedad

[1] Recomiendo encarecidamente en este punto —especialmente a las madres de niños pequeños— las dos páginas de «Do What You Can» [Haga lo que pueda] en Simplify Your Spiritual Life: Spiritual Disciplines for the Overwhelmed [Simplifique su vida espiritual: Las Disciplinas Espirituales para las personas agobiadas], de Donald S. Whitney (Colorado Springs, CO: NavPress, 2003), 157-158.

[2] John Blanchard, comp., Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians [Oro recogido: Un arcón de citas para los cristianos], (Welwyn, Hertfordshire, Inglaterra: Evangelical Press, 1984), 227.

[3] John Piper, Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist (Portland, OR: Multnomah, 1986), 147. Disponible en español como Sed de Dios: Meditaciones de un hedonista cristiano.

[4] Andrew Murray (1828–1917) fue un cristiano devoto, autor de alrededor de 240 publicaciones mayormente relacionadas con la vida devocional y santa. Muchas reflejaban la perspectiva de lo que llegó a conocerse como la teología de Keswick, con la cual tengo algunos desacuerdos. Pero hay mucho provecho en With Christ in the School of Prayer, que se cita aquí y es una de las obras más conocidas de Murray. Está disponible en español como Escuela de la oración.

[5] Andrew Murray, como se le cita en Christianity Today, 5 de febrero de 1990, 38.

[6] Cuando hablo de responder a lo que Dios ha dicho, no me refiero a un sentido místico en que Dios nos hable o a palabras que imaginamos que Dios nos dice, sino más bien a la Biblia.

[7] Esta es otra manera de presentar «Método de meditación #9: Ore mientras lee el texto» que introduce en el capítulo anterior. Habiendo participado de este método bíblico simple de oración casi a diario durante treinta años, puedo dar testimonio de que nada enciende mi frío corazón de manera más rápida y consistente a la oración que esta combinación del fuego de la Palabra de Dios

(vea Jeremías 23:29) y la oración.

[8] Richard Baxter, The Practical Works of Richard Baxter: Select Treatises [Las obras prácticas de Richard Baxter: Tratados selectos], (Grand Rapids, MI: Baker, 1981), 103.

[9] John Owen, citado en The Banner of Truth [El estandarte de la verdad], agosto a septiembre de 1986, 58.

[10] Matthew Henry, Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible (Old Tappan, NJ: Revell, n.d.), vol. 3, 255. Publicado en español como Comentario bíblico Matthew Henry: Obra completa sin abreviar.

[11] Thomas Manton, The Complete Works of Thomas Manton [Obras completas de Thomas Manton], (reimpresión, Worthington, PA: Maranatha Publications, n.d.), 272-273.

[12] W. Farmer, «Memoir of the Author» [Memoria del autor] en The Whole Works of the Rev. W. Bates [Las obras completas del reverendo W. Bates], ed. W. Farmer (reimpresión, Harrisburg, PA: Sprinkle, 1990), vol. 1, viii.

[13] William Bates, The Whole Works of the Rev. W. Bates [Las obras completas del reverendo W. Bates], ed. W. Farmer (reimpresión, Harrisburg, PA: Sprinkle, 1990), vol. 3, 130.

[14] William Bridge, The Works of the Reverend William Bridge [Las obras del reverendo William Bridge], (reimpresión, 1845; reimpresión, Beaver Falls, PA: Soli Deo Gloria, 1989), vol. 3, 132, 154.

[15] Peter Toon, From Mind to Heart: Christian Meditation Today [De la mente al corazón: Meditación cristiana para hoy], (Grand Rapids, MI: Baker, 1987), 93.

[16] Roger Steer, ed., Spiritual Secrets of George Müller [Los secretos espirituales de George Müller], (Wheaton, IL: Harold Shaw Publishers; y Robesonia, PA: OMF Books, 1985), 60-62, énfasis añadido.

[17] Andrew Murray, With Christ in the School of Prayer (Old Tappan, NJ: Spire Books, 1975), 33. Disponible en español como Escuela de la oración.

[18] C. H. Spurgeon, «Thought-Reading Extraordinary» [La extraordinaria

lectura de los pensamientos], Metropolitan Tabernacle Pulpit [Púlpito del tabernáculo metropolitano], (Londres: Passmore and Alabaster, 1885; reimpresión, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1973), vol. 30, 539-540.

[19] Piper, 150-151, utilizado con permiso.

[20] Roger Steer, George Müller: Delighted in God! [George Müller: ¡Deleite en Dios!], (Wheaton, IL: Harold Shaw Publishers, 1975), 310.

[21] C. H. Spurgeon, «Prayer—The Forerunner of Mercy» [La oración: la precursora de la misericordia], en New Park Street Pulpit [Púlpito de la nueva calle Park], (Londres: Passmore and Alabaster, 1858; reimpresión, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1981), vol. 3, 251.

[22] J. C. Ryle, A Call to Prayer [Un llamado a la oración], (Grand Rapids, MI: Baker, 1979), 35.

Capítulo 5: La adoración... para la piedad

[1] En este capítulo, me referiré solamente a la adoración pública y privada, con énfasis en la última. Para una breve discusión bíblica, histórica y práctica del tema de la adoración familiar, vea *Family Worship: In the Bible, In History, and In Your Home* [Adoración en familia: En la Biblia, en la historia y en su hogar], de Donald S. Whitney, (Shepherdsville, KY: The Center for Biblical Spirituality, 2005).

[2] Según Efesios 5:19 y Colosenses 3:16 deberíamos cantar «salmos e himnos y canciones espirituales».

[3] No permita que se le escape el significado de esto. Una manera de evaluar si su adoración está de acuerdo a la verdad de las Escrituras es evaluar cada parte de su adoración y preguntarse: «¿Dónde en la Biblia nos dice Dios que hagamos esto en adoración?».

[4] John Piper, *Desiring God: Meditations of a Christian Hedonist* (Portland, OR: Multnomah, 1986), 70. Publicado en español como *Sed de Dios: Meditaciones de un hedonista cristiano*.

[5] Piper, 72-73, utilizado con permiso.

[6] David Clarkson, *The Works of David Clarkson* [Obras de David Clarkson], (Londres: James Nichol, 1864; reimpresión, Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1988), vol. 3, 193-194.

[7] John Blanchard, comp., *Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians* [Oro recogido: Un arcón de citas para los cristianos], (Welwyn, Hertfordshire, Inglaterra: Evangelical Press, 1984), 342.

[8] Geoffrey Thomas, «*Worship in Spirit*» [Adoración en espíritu], *The Banner of Truth* [El estandarte de la verdad], agosto a septiembre de 1987, 8.

[9] John Blanchard, comp., 344.

[10] Clarkson, 209.

Capítulo 6: La evangelización... para la piedad

[1] J. I. Packer, Evangelism and the Sovereignty of God (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1979), 37-57. Disponible en español como El evangelismo y la soberanía de Dios.

[2] George Barna, citado en Discipleship Journal [Diario de discipulado], número 49, 40.

[3] C. H. Spurgeon, «Tearful Sowing and Joyful Reaping» [Siembra entre lágrimas y cosecha con alegría], en Metropolitan Tabernacle Pulpit [Púlpito del tabernáculo metropolitano], (Londres: Passmore and Alabaster, 1869; reimpresión, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1970), vol. 15, 237.

[4] Joseph Clark, citado en Ernest C. Reisinger, Today's Evangelism: Its Message and Methods [La evangelización en la actualidad: su mensaje y sus métodos], (Phillipsburg, NJ: Craig Press, 1982), 142-143.

Capítulo 7: El servicio... para la piedad

[1] Christopher Corbett, Orphans Preferred [Se prefieren huérfanos], (Nueva York, NY: Broadway Books, 2004), 84.

[2] Dietrich Bonhoeffer, The Cost of Discipleship, trad. R. H. Fuller (1937; Nueva York: Macmillan, 1963), 99. Disponible en español como El costo del discipulado.

[3] E. M. Bounds, The Essentials of Prayer [Lo esencial en la oración], (Grand Rapids, MI: Baker, 1979), 19.

[4] C. H. Spurgeon, «Serving the Lord with Gladness» [Sirviendo al Señor con alegría] en Metropolitan Tabernacle Pulpit [Púlpito del tabernáculo metropolitano], (Londres: Passmore and Alabaster, 1868; reimpresión, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1989), vol. 13, 495-496.

[5] John Blanchard, comp., More Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians [Más oro recogido: Un arcón de citas para los cristianos], (Welwyn, Hertfordshire, England: Evangelical Press, 1986), 291.

[6] Jerry White, Choosing Plan A in a Plan B World: Living Out the Lordship of Christ [Eligiendo el Plan A en un mundo de Plan B: Poner en práctica el señorío de Cristo], (Colorado Springs, CO: NavPress, 1986), 97.

[7] A. W. Tozer, Signposts: A Collection of Sayings from A. W. Tozer [Señales en el camino: Una colección de dichos de A. W. Tozer], comp. Harry Verploegh (Wheaton, IL: Victor, 1988), 183.

[8] Tozer, 183.

Capítulo 8: La mayordomía... para la piedad

[1] Jonathan Edwards, «The Preciousness of Time and the Importance of Redeeming It» [El valor precioso del tiempo y la importancia de redimirlo] en Sermons and Discourses, 1743-1758 [Sermones y discursos, 1743-1758], vol. 25 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. Wilson H. Kimnach (New Haven, CT: Yale University Press, 2006), 243-260. Disponible en Edwards.yale.edu.

[2] Herbert Lockyer, Last Words of Saints and Sinners [Las últimas palabras de santos y pecadores], (Grand Rapids, MI: Kregel, 1969), 133.

[3] Lockyer, 132.

[4] Jonathan Edwards, «Resolutions» [Resoluciones] en Letters and Personal Writings [Cartas y escritos personales], vol. 16 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. George S. Claghorn (New Haven, CT: Yale University Press, 2006), 755. Disponible en Edwards.yale.edu.

[5] Richard Baxter, The Practical Works of Richard Baxter in Four Volumes: A Christian Directory [Las obras prácticas de Richard Baxter en cuatro volúmenes: Un directorio cristiano], (1673; reimpresión, Ligonier, PA: Soli Deo Gloria Publications, 1990), vol. 1, 237.

[6] Wayne Watts, The Gift of Giving [El don de ofrendar], (Colorado Springs, CO: NavPress, 1982), 35-36.

[7] Por lo general me he abstenido de incluir información estadística reciente para apoyar declaraciones generales. Lo que se publica como información «reciente» en poco tiempo pierde su frescura. En la mayoría de los casos, una rápida búsqueda en Internet puede brindar la última información del asunto en cuestión.

[8] Robert Rodenmeyer, citado en John Blanchard, comp., Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians [Oro recogido: Un arcón de citas para los cristianos], (Welwyn, Hertfordshire, Inglaterra: Evangelical Press, 1984), 113.

[9] Roger Steer, ed., The George Müller Treasury [El tesoro de George Müller], (Westchester, IL: Crossway, 1987), 183.

[10] Roger Steer, ed., Spiritual Secrets of George Müller [Los secretos espirituales de George Müller], (Wheaton, IL: Harold Shaw Publishers; y Robesonia, PA: OMF Books, 1985), 103.

[11] 23 de junio de 1989.

Capítulo 9: El ayuno... para la piedad

[1] Por ejemplo, 1 Corintios 7:5 habla de una pareja casada que decide de mutuo acuerdo abstenerse del sexo «para entregarse más de lleno a la oración».

[2] D. Martyn Lloyd-Jones, Studies in the Sermon on the Mount [Estudios del Sermón del monte], (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1960), vol. 1, 38.

[3] Aquellos cuya salud física exige comidas balanceadas en todo momento pueden sostener un ayuno parcial con una comida balanceada, pero en una cantidad menor a la usual. Otros quizá puedan comer una comida simple, como pan o arroz, para así obtener lo que necesitan sin tanto placer al comer. En todos estos casos, el objetivo es obtener la ingesta nutricional mínima necesaria para prevenir problemas físicos y, al mismo tiempo, en lo posible, experimentar al menos un poco de hambre o deseo de algo más. Como veremos más adelante, la persona que está ayunando quiere sentir hambre o el deseo de más, ya que esto sirve el propósito espiritual del ayuno.

[4] Debido a que el gran dador de la ley (Moisés) y el gran profeta (Elías) experimentaron ayunos sobrenaturales, es razonable suponer que el ayuno de Jesús en Mateo 4/Lucas 4 también fue un ayuno sobrenatural. Pero el texto no lo dice claramente.

[5] R. D. Chatham, Fasting: A Biblical-Historical Study [El ayuno: un estudio bíblico-histórico], (South Plainfield, NJ: Bridge, 1987), 96-97, 161-181.

[6] John Piper, A Hunger for God: Desiring God Through Fasting and Prayer (Wheaton, IL: Crossway, 1997; 2013), 17. Disponible en español como Hambre de Dios: Cómo desear a Dios por medio de la oración y el ayuno.

[7] Andy Anderson, Fasting Changed My Life [El ayuno cambió mi vida], (Nashville, TN: Broadman, 1977), 47-48.

[8] O, para quienes no pueden participar en un ayuno normal, a continuación se explicará por qué es importante que puedan sentir cierto grado de deseo por más comida, o por comida más sabrosa, de una manera que no amenace su salud.

[9] Piper, 48.

[10] Juan Calvino, Institutes of the Christian Religion, ed. John T. McNeil, trad. e indexado por Ford Lewis Battles (Philadelphia, PA: Westminster, 1960), vol. 2, 1242. Disponible en español: Institución de la religión cristiana.

[11] Piper, 25.

[12] Arthur Wallis, God's Chosen Fast (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1968), 42. Disponible en español como El ayuno escogido por Dios.

[13] Wallis, 43.

[14] Jonathan Edwards, The Life and Diary of David Brainerd [La vida y el diario de David Brainerd], vol. 7 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. Norman Pettit (1749; reimpresión, New Haven, CT: Yale University Press, 1985), 162. Disponible en Edwards.yale.edu.

[15] Edwards, 162.

[16] Edwards, 169.

[17] Edwards, 169-170.

[18] Thomas Boston, The Complete Works of the Late Rev. Thomas Boston, Ettrick [Obras completas del fallecido reverendo Thomas Boston, Ettrick], ed. Samuel M'Millan (Londres: William Tegg and Company, 1853; reimpresión, Wheaton, IL: Richard Owen Roberts, 1980), vol. 11, 347.

[19] Calvino, 1243-1244.

[20] David R. Smith, Fasting: A Neglected Discipline [El ayuno: Una disciplina desatendida], (Fort Washington, PA: Christian Literature Crusade, 1954; American ed., 1969), 46-47.

[21] Piper, 51-52.

[22] Piper, 14.

[23] Smith, 44.

[24] John Piper, A Hunger for God: Desiring God Through Fasting and Prayer.

[25] Matthew Henry, A Commentary on the Whole Bible (Nueva York: Funk and Wagnalls, n.d.), vol. 4, 1478. Disponible en español como Comentario Bíblico Matthew Henry: Obra completa sin abreviar.

[26] Piper, 48.

Capítulo 10: El silencio y el retiro... para la piedad

[1] Antón Chéjov, «Una apuesta», Biblioteca Digital Ciudad Seva, página accedida el 30 de noviembre del 2015,
http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/rus/chejov/una_apuesta.htm.

[2] Como se mencionó en un contexto similar en el capítulo 1, para más acerca de las Disciplinas Espirituales interpersonales vea Spiritual Disciplines Within the Church: Participating Fully in the Body of Christ [Las Disciplinas Espirituales al interior de la iglesia: participación plena en el cuerpo de Cristo] de Donald S. Whitney (Chicago: Moody, 1996).

[3] Jean Fleming, Finding Focus in a Whirlwind World [Encontrando el eje en un mundo vertiginoso], (Dallas: Roper Press, 1991), 73.

[4] Jonathan Edwards, «On Sarah Pierpont» [Acerca de Sarah Pierpont] en Letters and Personal Writings [Cartas y escritos personales], vol. 16 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. George S. Claghorn (New Haven, CT: Yale University Press, 1998), 789-790. Disponible en Edwards.yale.edu.

[5] George Whitefield, Journals [Diarios], (Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1738-1741; reimpresión, 1985), 263-264.

[6] Jonathan Edwards, The Life and Diary of David Brainerd [La vida y el diario de David Brainerd], vol. 7 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. Norman Pettit (1749; reimpresión, New Haven, CT: Yale University Press, 1985), 165, énfasis añadido. Disponible en Edwards.yale.edu.

[7] C. H. Spurgeon, «Solitude, Silence, Submission» [Soledad, silencio, sumisión] en Metropolitan Tabernacle Pulpit Púlpito del tabernáculo metropolitano, (Londres: Passmore and Alabaster, 1896; reimpresión, Pasadena, TX: Pilgrim Publications, 1976), vol. 42, 266.

[8] John Pollock, Billy Graham: The Authorised Biography [Billy Graham: Biografía autorizada], (Londres: Hodder and Stoughton, 1966), 80-81.

[9] John Owen, The Works of John Owen [Las obras de John Owen], (Londres: Johnstone and Hunter, 1850–1853; reimpresión, Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1965), vol. 5, 455.

[10] Dr. y Sra. Howard Taylor, Hudson Taylor and the China Inland Mission: The Growth of a Work of God [Hudson Taylor y la misión a la China continental: El desarrollo de una obra de Dios], (Singapur: China Inland Mission, 1918; edición especial de aniversario. Singapur: Overseas Missionary Fellowship, 1988), 31-32.

[11] Un amigo y colega, Rob Plummer, desafía la idea que el silencio y el retiro son Disciplinas Espirituales bíblicas en sí mismas, pero que en cambio son presentadas en las Escrituras como el contexto en el que los creyentes practican las Disciplinas Espirituales. Debido a que esto es básicamente una distinción semántica y no afecta la práctica real del silencio y el retiro como yo las presento, no tengo ningún reparo con este enfoque. Vea «Are the Spiritual Disciplines of Silence and Solitude Really Biblical? » [¿Son verdaderamente bíblicas las Disciplinas Espirituales de silencio y retiro?], de Robert L. Plummer, Southern Baptist Journal of Theology [El diario de teología de los bautistas de sur], 10/4 (invierno del 2006): 4-12.

[12] Austin Phelps, The Still Hour: or, Communion with God [La hora tranquila: o, Comunión con Dios], (1859; reimpresión, Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1974), 64.

[13] Del himno «Take My Life and Let It Be» [Que mi vida entera esté], énfasis añadido.

[14] John Blanchard, comp., More Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians [Más oro recogido: Un arcón de citas para los cristianos], (Welwyn, Hertfordshire, England: Evangelical Press, 1986), 295.

[15] En www.biblicalspirituality.org, busque «Suggested Schedule for Four Consecutive Hours of Silence & Solitude» [Horario sugerido para cuatro horas consecutivas de silencio y retiro]. Sin un horario general para guiar el tiempo, existe una tendencia a que muchos se pierdan en una improductiva falta de rumbo.

[16] A. W. Tozer, The Best of A. W. Tozer: 52 Favorite Chapters [Lo mejor de A. W. Tozer: 52 capítulos favoritos], comp. Warren Wiersbe (Grand Rapids, MI:

Baker, 1978), 151.

[17] Vea el capítulo «Have a Real Prayer Closet» [Tenga un verdadero clóset de oración] en mi libro Simplify Your Spiritual Life: Spiritual Disciplines for the Overwhelmed [Simplifique su vida espiritual: Las Disciplinas Espirituales para las personas agobiadas], (Colorado Springs, CO: NavPress, 2003), 87-88.

[18] Jonathan Edwards, «Personal Narrative» [Narrativa personal], en Letters and Personal Writings [Cartas y escritos personales], vol. 16 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. George S. Claghorn (New Haven, CT: Yale University Press, 1998), 798. Disponible en Edwards.yale.edu.

[19] Edwards, «Personal Narrative», 801.

[20] Betty Lee Skinner, Daws: The Story of Dawson Trotman, Founder of the Navigators [Daws: La historia de Dawson Trotman, fundador de Los Navegantes], (Grand Rapids, MI: Zondervan, 1974), 257.

[21] Arnold Dallimore, George Whitefield: The Life and Times of the Great Evangelist of the Eighteenth-Century Revival [George Whitefield: Vida y época del gran evangelista del avivamiento religioso del siglo XVIII], vol. 1 (Westchester, IL: Cornerstone, 1979), 239.

[22] Tozer, 151-152.

[23] Francis A. Schaeffer, True Spirituality [Espiritalidad auténtica], (Wheaton, IL: Tyndale, 1971), ix.

[24] Schaeffer, ix.

[25] Francis Wayland, A Memoir of the Life and Labors of the Rev. Adoniram Judson, D.D. [Una memoria de la vida y la obra del reverendo Adoniram Judson, D.D.], (Londres: James Nisbet and Company, 1853), vol. 1, 435.

[26] Wayland, 437.

[27] Jonathan Edwards, Religious Affections, vol. 2 de The Works of Jonathan Edwards, ed. John E. Smith (1754; New Haven, CT: Yale University Press, 1959), 374, 376. Disponible en Edwards.yale.edu. Disponible en español como

Los afectos religiosos.

Capítulo 11: Escribir un diario... para la piedad

[1] Históricamente, parece haber una diferencia, si bien menor, entre dos tipos de diario personal (en inglés diary y journal). Uno de los diarios más famosos en la historia cristiana es el de David Brainerd, del cual ya hemos incluido extractos en este libro e incluiremos otros más adelante en este capítulo. Además de este diario (en el primer sentido), Brainerd mantenía otro. La única diferencia parece ser que el primero estaba reservado para el uso de Brainerd en su devocional personal, en tanto que el otro tenía el fin de ser publicado como un detallado informe misionero de Brainerd a la sociedad misionera en Escocia que le brindaba apoyo financiero. Por ese motivo, Brainerd excluía del segundo diario algunas entradas que eran de carácter estrictamente personal o que serían irrelevantes para los intereses de la sociedad misionera. Pese a la existencia de dos definiciones, en realidad ha existido amplia superposición entre estos dos significados y muy pocas diferencias importantes.

[2] Maurice Roberts, «Are We Becoming Reformed Men?» [¿Estamos convirtiéndonos en hombres reformados?], The Banner of Truth [El estandarte de la verdad], número 330, marzo de 1991, 5.

[3] Juan Calvino, Institución de la religión cristiana, ed. Alejandro Pimentel, trad. Juan Carlos Martín (Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 2012), 4.

[4] Josiah H. Pratt, ed., The Thought of the Evangelical Leaders [El pensamiento de los líderes evangélicos], (James Nisbet, 1856; reimpresión, Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1978), 305.

[5] Edmund S. Morgan, The Puritan Family [La familia puritana], (Nueva York: Harper & Row, 1966), 5.

[6] Jonathan Edwards, The Life and Diary of David Brainerd [La vida y el diario de David Brainerd], vol. 7 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. Norman Pettit (1749; reimpresión, New Haven, CT: Yale University Press, 1985), 278. Disponible en Edwards.yale.edu.

[7] Edwards, 287-288.

[8] Roberts, 6.

[9] Parecido a la responsabilidad de transcripción de los reyes, copiar a su diario capítulos o libros enteros de la Biblia, palabra por palabra, puede ser una práctica fructífera y otro método de saborear lentamente el texto de las Escrituras.

[10] LaVonne Neff, et al., ed., Practical Christianity [Cristianismo práctico], (Wheaton, IL: Tyndale, 1987), 310.

[11] Ralph L. Woods, ed., A Treasury of the Familiar [El tesoro de lo familiar], (Chicago, IL: Peoples Book Club, 1945), 14.

[12] C. H. Spurgeon, Autobiography, Volume 1: The Early Years, 1834–1859 [Autobiografía, primer volumen: Los primeros años, 1834–1859], nueva edición en 2 volúmenes, recopilado por Susannah Spurgeon y Joseph Harrald (Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1962), 122.

[13] Stephen Charnock, The Existence and Attributes of God [La existencia y los atributos de Dios], (Robert Carter and Brothers, 1853; reimpresión, Grand Rapids, MI: Baker, 1979), vol. 1, 277.

[14] Roger Steer, ed., The George Müller Treasury [El tesoro de George Müller], (Westchester, IL: Crossway, 1987), 55-56.

[15] Jonathan Edwards, «Resolutions» [Resoluciones] en Letters and Personal Writings [Cartas y escritos personales], vol. 16 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. George S. Claghorn (New Haven, CT: Yale University Press, 1998), 753-759. Disponible en Edwards.yale.edu.

[16] Edwards, «Resolutions», 760.

[17] Edwards, «Resolutions», 760.

[18] George M. Marsden, Jonathan Edwards: A Life [Jonathan Edwards: Su vida], (New Haven y Londres: Yale University Press, 2003), 53.

[19] Arnold Dallimore, George Whitefield: The Life and Times of the Great Evangelist of the Eighteenth-Century Revival [George Whitefield: Vida y época del gran evangelista del avivamiento religioso del siglo XVIII], vol. 1

(Westchester, IL: Cornerstone, 1979), 80.

[20] Dallimore, 80-81.

[21] Maurice Roberts, «Where Have the Saints Gone?» [¿Adónde se han ido los santos?], The Banner of Truth [El estandarte de la verdad], octubre de 1988, 4.

[22] Elisabeth Elliot, ed., The Journals of Jim Elliot [Los diarios de Jim Elliot], (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell, 1978), 474.

[23] Ronald Klug, How to Keep a Spiritual Journal [Cómo llevar un diario espiritual], (Nashville, TN: Thomas Nelson, 1982), 58.

[24] Una hoja de papel estándar, cortada por la mitad. De esa manera no necesito comprar papel especial para mi diario.

[25] Vea el capítulo «Journal with a Fountain Pen» [Escriba un diario con una pluma fuente] en mi libro Simplify Your Spiritual Life: Spiritual Disciplines for the Overwhelmed [Simplifique su vida espiritual: Las Disciplinas Espirituales para las personas agobiadas], (Colorado Springs, CO: NavPress, 2003), 104-105.

[26] Para una lista completa de ideas para los temas de un diario, vea los capítulos «Use Journal Prompts, Part 1» [Use ayudas-memoria para su diario, Parte 1] y «Use Journal Prompts, Part 2» [Use ayudas-memoria para su diario, Parte 2] en Simplify Your Spiritual Life [Simplifique su vida espiritual], 100-103.

[27] Edward Donnelly, ed., «The Diary of Thomas Houston of Knockbracken» [El diario de Thomas Houston de Knockbracken], The Banner of Truth [El estandarte de la verdad], agosto a septiembre de 1989, 11-12.

Capítulo 12: Aprender... para la piedad

[1] Samuel Hopkins, «The Life and Character of the Late Reverend Mr. Jonathan Edwards» [La vida y el carácter del fallecido reverendo Sr. Jonathan Edwards] en Jonathan Edwards: A Profile [Jonathan Edwards: Un perfil], ed. David Levin (Nueva York: Hill and Wang, 1969), 40.

[2] R. C. Sproul, «Burning Hearts Are Not Nourished by Empty Heads» [Los corazones ardientes no son alimentados por cabezas vacías], Christianity Today, 3 de septiembre de 1982, 100.

[3] John Blanchard, comp., Gathered Gold: A Treasury of Quotations for Christians [Oro recogido: Un arcón de citas para cristianos], (Welwyn, Hertfordshire, Inglaterra: Evangelical Press, 1984), 203.

[4] Jonathan Edwards, «The Importance and Advantage of a Thorough Knowledge of Divine Truth» [La importancia y la ventaja de un conocimiento meticuloso de la verdad divina] en Sermons and Discourses, 1739–1742 [Sermones y discursos, 1739–1742], vol. 22 de The Works of Jonathan Edwards [Las obras de Jonathan Edwards], ed. Harry S. Stout (New Haven, CT.: Yale University Press, 2003), 789. Disponible en Edwards.yale.edu.

[5] Edwards, «The Importance and Advantage of a Thorough Knowledge of Divine Truth» [La importancia y la ventaja de un conocimiento meticuloso de la verdad divina], 789.

[6] Jo H. Lewis y Gordon A. Palmer, What Every Christian Should Know [Lo que todo cristiano debería saber], (Wheaton, IL: Victor, 1990), 80, 82.

[7] Para más información sobre esto, vea «Collect Great Questions» [Recopile preguntas muy buenas] en mi libro Simplify Your Spiritual Life: Spiritual Disciplines for the Overwhelmed [Simplifique su vida espiritual: Las Disciplinas Espirituales para las personas agobiadas], (Colorado Springs, CO: NavPress, 2003), 113-114.

[8] Desarrollo esta idea un poco más en «Read One Page Per Day» [Lea una página por día] en Simplify Your Spiritual Life [Simplifique su vida espiritual],

111-112.

[9] El testimonio de Jean de su propia batalla por una vida devocional teniendo tres niños en la edad de usar pañales se encuentra en «Do What You Can» [Haga lo que pueda] en Simplify Your Spiritual Life [Simplifique su vida espiritual], 157-158.

[10] Paul Thigpen, «No Royal Road to Wisdom» [No hay un camino dorado a la sabiduría], Discipleship Journal, número 29 (1984), 7.

[11] Citado en Discipleship Journal, número 23 (1984), 16.

Capítulo 13: La perseverancia en las Disciplinas... para la piedad

[1] D. A. Carson, «Spiritual Disciplines» [Disciplinas Espirituales], *Themelios* 26, no. 3 (noviembre del 2011): 5.

http://thegospelcoalition.org/themelios/article/spiritual_disciplines (accedida el 27 de septiembre del 2013).

[2] Jerry Bridges, *The Discipline of Grace: God's Role and Our Role in the Pursuit of Holiness*, (Colorado Springs, CO: NavPress, 2006), 135. Publicado en español como *La disciplina de la gracia: El rol de Dios y el nuestro en la búsqueda de la santidad*.

[3] Timothy K. Jones, «What Can I Say?» [¿Qué puedo decir?], *Christianity Today*, 5 de noviembre de 1990, 28.

[4] En los párrafos que siguen, a pesar de que estoy describiendo principalmente la fraternidad conversacional, el uso de los términos fraternidad y comunión en toda esta sección se refiere generalmente a la participación activa en todos los aspectos de la vida en la iglesia local, en particular en la adoración de la congregación donde la predicación bíblica, la oración, la alabanza y las ordenanzas son centrales. También me refiero a los aspectos de la vida saludable de la iglesia fuera del evento de adoración, como el servicio, la evangelización, la enseñanza y otros. Todos ellos complementan nuestra práctica de las Disciplinas Espirituales personales y ocupan un lugar propio y único en la búsqueda de la piedad. Una presentación más detallada del papel que juegan las Disciplinas Espirituales de la congregación puede hallarse en mi libro *Spiritual Disciplines Within the Church: Participating Fully in the Body of Christ* [Disciplinas Espirituales al interior de la iglesia: participación plena en el cuerpo de Cristo]. (Chicago: Moody, 1996).

[5] El Nuevo Testamento fue escrito en un principio en griego, y koinonía es la palabra griega que a menudo se traduce como «comunión» o «fraternidad».

[6] J. I. Packer, *God's Words: Studies of Key Bible Themes* [Las Palabras de Dios: Estudios de temas clave de la Biblia], (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1981), 195.

[7] Thomas Watson, *A Body of Divinity* [Un cuerpo de teología], (1692; reimpresión, Edimburgo, Escocia: The Banner of Truth Trust, 1970), 249.

[8] John Geree, *The Character of an Old English Puritane or Nonconformist* [El carácter de un antiguo puritano inglés o no conformista], (1646), citado en J. I. Packer, *A Quest for Godliness: The Puritan Vision of the Christian Life* [En busca de la santidad: La visión puritana de la vida cristiana], (Wheaton, IL: Crossway, 1990), 23.

[9] J. I. Packer, *Keep in Step with the Spirit* [Manténgase en sintonía con el Espíritu Santo], (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell, 1984), 111.

[10] John Guest, «*Wrong-Headed Spontaneity*» [Es spontaneidad mal dirigida], *Christianity Today*, 23 de abril de 1990, 33.

[11] <http://www.hoophall.com/hall-of-famers/tag/peter-p-pete-maravich> (accedida el 4 de octubre del 2013).

[12] Citado por Larry King en «*A Brilliant Baseball Mind That Deserves Recognition; Big Bucks by the Book*» [Una mente brillante del béisbol que merece reconocimiento; un dineral según el reglamento], *USA Today*, 18 de enero de 1988, 2D.

ACERCA DEL AUTOR

Don Whitney ha sido profesor de espiritualidad bíblica y decano asociado en The Southern Baptist Theological Seminary en Louisville, Kentucky, desde 2005. Antes ocupó un cargo similar (el primero de ese tipo en los seis seminarios de Southern Baptist) en el Midwestern Baptist Theological Seminary en Kansas City, Missouri, durante diez años. Es el fundador y presidente de The Center for Biblical Spirituality (Centro para la espiritualidad bíblica). Don es un orador frecuente en iglesias, retiros y conferencias en los Estados Unidos y en el extranjero.

Don se crió en Osceola, Arkansas, donde aceptó a Jesucristo como Señor y Salvador. Era muy activo en los deportes durante sus años de escuela secundaria y universidad, y trabajó en la estación de radio que administraba su padre.

Tras graduarse de la Arkansas State University, Don pensaba terminar la escuela de leyes y seguir una carrera de comentarista deportivo. Estando en la Escuela de Leyes de la University of Arkansas, sintió el llamado de Dios a predicar el evangelio de Jesucristo. Fue entonces que se inscribió en el Southwestern Baptist Theological Seminary en Fort Worth, Texas, del cual se graduó con una maestría en Divinidad en 1979. En 1987, Don completó su doctorado en Ministerio en la Trinity Evangelical Divinity School en Deerfield, Illinois. Obtuvo un título en Teología de la University of the Free State en Sudáfrica en 2013.

Antes de su ministerio como profesor de seminario, Don fue pastor de la Iglesia Bautista Glenfield en Glen Ellyn, Illinois (un suburbio de Chicago) por casi quince años. En total, ha servido a iglesias locales en el ministerio pastoral por veinticuatro años.

Es autor de *Spiritual Disciplines for the Christian Life*, publicado en español como *Disciplinas Espirituales para la vida cristiana*. Ha escrito también *How Can I Be Sure I'm a Christian?* (¿Cómo puedo estar seguro de que soy cristiano?), *Spiritual Disciplines Within the Church* (*Disciplinas Espirituales al interior de la iglesia*), *Ten Questions to Diagnose Your Spiritual Health* (*Diez preguntas para diagnosticar su salud espiritual*), *Simplify Your Spiritual Life* (*Simplifique su vida espiritual*), y *Family Worship* (*Adoración en familia*). Su

pasatiempo es restaurar y usar antiguas plumas fuente.

Don vive con su esposa, Caffy, en su hogar cerca de Louisville. Ella enseña regularmente una clase para esposas de alumnos del seminario; trabaja desde su hogar como artista, muralista e ilustradora; y disfruta la jardinería y la apicultura. Los Whitney son padres de Laurelen Christiana.

La página web de Don es www.BiblicalSpirituality.org. Usted puede encontrarlo en Twitter como @DonWhitney y en Facebook.

ÍNDICE DE REFERENCIAS BÍBLICAS

Génesis 1:1 | 46

Génesis 12:1-7 | 79

Génesis 24:63 | 97

Génesis 39:5-6 | 186

Éxodo 19:5 | 185

Éxodo 23:15 | 188

Levítico 16:29-31 | 213

Deuteronomio 6:4-7 | 284

Deuteronomio 9:9 | 213, 217

Deuteronomio 13:4 | 157

Deuteronomio 17:18 | 283

Josué 1:8 | 52, 54, 58, 77, 279, 337

Josué 24:15 | 170

Jueces 20 | 221

Jueces 20:26 | 217, 222, 223

Jueces 20:28 | 222

1 Samuel 2:30 | 45

1 Samuel 7:6 | 217, 227

1 Samuel 12:24 | 158

1 Samuel 20:34 | 224

1 Samuel 31:13 | 217, 223

2 Samuel 1:11-12 | 224

2 Samuel 1:12 | 217

2 Samuel 3:35 | 217

2 Samuel 12:16-23 | 217

1 Reyes 6:7 | 266

1 Reyes 10:27 | 181

1 Reyes 18:28 | 221

1 Reyes 19:8 | 213, 217, 248

1 Reyes 19:11-13 | 248

1 Reyes 21:27-29 | 229

2 Crónicas 20:3 | 213

2 Crónicas 20:3-4 | 225

Esdras 7:10 | 34

Esdras 8:21-23 | 225

Esdras 8:23 | 220

Esdras 10:6 | 212

Nehemías 1:3-4 | 230

Nehemías 1:4 | 221

Nehemías 2:2 | 159

Nehemías 9:1 | 213, 217

Ester 4:16 | 212, 213, 217, 225

Job 32:9 | 307

Job 41:11 | 185

Salmo 1 | 55, 58

Salmo 1:1-3 | 55, 77, 279

Salmo 1:2 | 337

Salmo 1:3 | 59

Salmo 5:1 | 95

Salmo 19 | 95

Salmo 19:7 | 96

Salmo 19:7-11 | 96

Salmo 19:14 | 95, 96, 97

Salmo 23 | 66

Salmo 23:1 | 66, 67

Salmo 24:1 | 185

Salmo 31:15 | 178

Salmo 35:13 | 229

Salmo 37:4 | 119

Salmo 39:3 | 54

Salmo 62:1-2 | 250

Salmo 62:5-6 | 250

Salmo 62:8 | 280

Salmo 63:6 | 337

Salmo 65:2 | 104

Salmo 77:11-12 | 282

Salmo 77:12 | 337

Salmo 84:10 | 159

Salmo 86:1 | 275

Salmo 95:6 | 113, 128

Salmo 96:1 | 69

Salmo 100:2 | 156, 158

Salmo 102:18 | 286

Salmo 109 | 226

Salmo 109:24 | 226

Salmo 119 | 57

Salmo 119:11 | 43, 48

Salmo 119:15 | 81, 337

Salmo 119:18 | 67, 74

Salmo 119:23 | 337

Salmo 119:24 | 45

Salmo 119:27 | 337

Salmo 119:48 | 337

Salmo 119:50 | 68

Salmo 119:78 | 337

Salmo 119:97 | 46, 76, 337

Salmo 119:98 | 57

Salmo 119:98-99 | 57

Salmo 119:99 | 57, 337

Salmo 119:148 | 337

Salmo 143:5 | 337

Salmo 145:5 | 337

Proverbios | 337n7

Proverbios 5:11-13 | 183

Proverbios 9:9 | 301

Proverbios 10:14 | 301

Proverbios 13:4 | 313

Proverbios 13:20 | 103

Proverbios 17:27-28 | 258

Proverbios 18:15 | 302

Proverbios 22:17-19 | 44

Proverbios 23:12 | 313

Proverbios 24:33-34 | 181

Proverbios 26:13-14 | 181

Proverbios 27:1 | 178

Proverbios 27:17 | 11, 103

Eclesiastés 3:1 | 206

Eclesiastés 3:7 | 258

Eclesiastés 7:10 | 259

Isaías 6:6-8 | 160

Isaías 6:8 | 169

Isaías 30:15 | 251

Isaías 53:6 | 66, 270

Isaías 58 | 231

Isaías 58:3-4 | 231-232

Isaías 58:6-7 | 232

Isaías 59:2 | 109

Jeremías 23:29 | 54, 339

Jeremías 36:6 | 217

Lamentaciones 3:25-28 | 252

Daniel 1:12 | 212

Daniel 6:18-24 | 217

Daniel 9:3 | 221, 231

Daniel 10:3-13 | 217

Joel 2:12 | 221, 227

Joel 2:15-16 | 213

Jonás 3:5-8 | 213, 227

Habacuc 2:1 | 248

Habacuc 2:20 | 249

Sofonías 1:7 | 249

Hageo 2:8 | 186-187

Zacarías 2:13 | 249

Zacarías 7:5 | 237

Zacarías 8:19 | 214

Mateo 3:4 | 212

Mateo 4 | 343

Mateo 4:1 | 6, 247

Mateo 4:1-11 | 44, 233

Mateo 4:2 | 212, 217, 233

Mateo 4:4 | 30, 238

Mateo 4:10 | 112, 124

Mateo 5:16 | 138

Mateo 6:1 | 216

Mateo 6:2-3 | 214

Mateo 6:5 | 89

Mateo 6:5-7 | 214

Mateo 6:6 | 89

Mateo 6:7 | 89, 103

Mateo 6:9 | 89

Mateo 6:9-13 | 64

Mateo 6:16 | 216

Mateo 6:16-17 | 214

Mateo 6:16-18 | 213, 215

Mateo 6:17-18 | 216, 238

Mateo 6:18 | 216

Mateo 7:7-8 | 104, 108

Mateo 9:14 | 217

Mateo 9:14-15 | 215

Mateo 9:15 | 214

Mateo 11:28-29 | 314

Mateo 11:29 | 15

Mateo 12:15 | 248

Mateo 12:36 | 180

Mateo 14:3 | 6

Mateo 14:23 | 247

Mateo 15:8-9 | 113

Mateo 19:4 | 30

Mateo 25:14-30 | 180

Mateo 28:19-20 | 131, 139

Marcos 1:35 | 6, 247

Marcos 5 | 73

Marcos 2:25 | 30

Marcos 6:31 | 253

Marcos 10:21-22 | 134

Marcos 12:28-31 | 163

Marcos 12:29-31 | 331

Marcos 12:30 | 120, 303

Marcos 12:41-44 | 189

Marcos 16:15 | 131

Lucas 1:20 | 254

Lucas 1:63-64 | 254

Lucas 2 | 234

Lucas 2:37 | 217, 234

Lucas 2:46-47 | 301

Lucas 2:52 | 322

Lucas 4 | 6, 343

Lucas 4:2 | 212

Lucas 4:16 | 6, 123

Lucas 4:42 | 6, 247

Lucas 5:16 | 92, 193

Lucas 6:12-13 | 256

Lucas 6:19 | 248

Lucas 6:38 | 202

Lucas 8:19-56 | 64

Lucas 9:23 | 15

Lucas 11 | 61

Lucas 11:1 | 94, 102

Lucas 11:5-13 | 61

Lucas 11:9 | 89

Lucas 11:9-10 | 61

Lucas 11:28 | 26

Lucas 13:18-21 | 64-65

Lucas 15 | 73

Lucas 16:10-13 | 192

Lucas 16:11 | 192

Lucas 16:22-25 | 183

Lucas 18:1 | 89, 108

Lucas 18:12 | 214, 229

Lucas 19:1-10 | 14

Lucas 19:10 | 270

Lucas 22:27 | 171

Lucas 23:43 | 79

Lucas 24:27 | 67

Lucas 24:46-47 | 131

Juan 1:1 | 115

Juan 1:14 | 115

Juan 1:18 | 115

Juan 3:3-8 | 2

Juan 3:16 | 46, 67, 80

Juan 4 | 60

Juan 4:22 | 304

Juan 4:23-24 | 117

Juan 4:34 | 168

Juan 5:22-29 | 183

Juan 6:51 | 234

Juan 7:15 | 301

Juan 7:38 | 121

Juan 9 | 132

Juan 9:4 | 179

Juan 9:25 | 139

Juan 10:11 | 66

Juan 11:25 | 62

Juan 11:35 | 67

Juan 13:12-16 | 161

Juan 13:17 | 77

Juan 14:6 | 118

Juan 14:17 | 117

Juan 14:26 | 67

Juan 15:5 | 93

Juan 15:18-19 | 327

Juan 16:13 | 94

Juan 16:14-15 | 319

Juan 17:4 | 174

Juan 17:17 | 12

Juan 20:21 | 131

Juan 20:28 | 113

Hechos 1:8 | 72, 73, 131, 135

Hechos 2:14-40 | 45

Hechos 2:43-45 | 197

Hechos 4:32-35 | 197

Hechos 9:5 | 35

Hechos 9:9 | 212, 215, 217

Hechos 11:27-30 | 198

Hechos 13:2 | 213, 215, 217

Hechos 13:3 | 221

Hechos 14:10 | 35

Hechos 14:23 | 215, 217, 222

Hechos 17:11 | 35

Hechos 17:12 | 35

Hechos 19:23–20:1 | 174

Hechos 20:28 | 121

Hechos 20:35 | 204

Hechos 27:33-34 | 217

Romanos 1:1 | 167

Romanos 1:16 | 136, 146

Romanos 1:20 | 115

Romanos 3:23 | 270

Romanos 8:13 | 290

Romanos 8:15 | 91, 271, 274

Romanos 8:26 | 321

Romanos 8:28 | 12, 71, 74

Romanos 8:29 | 2, 53, 319

Romanos 8:29-30 | 137

Romanos 8:30 | 53

Romanos 10:2 | 300

Romanos 10:9 | 80

Romanos 10:14 | 305

Romanos 10:17 | 26, 136, 137

Romanos 11:33 | 109

Romanos 12:2 | 58, 305

Romanos 12:3 | 277

Romanos 12:4-8 | 164

Romanos 14:12 | 179, 330

1 Corintios 1:21 | 145

1 Corintios 1:26 | 42

1 Corintios 2:2 | 253

1 Corintios 3:10-15 | 30

1 Corintios 3:13-15 | 180

1 Corintios 6:19 | 266

1 Corintios 6:19-20 | 184

1 Corintios 7:5 | 342

1 Corintios 8:1 | 314

1 Corintios 9:23 | 151

1 Corintios 9:27 | 79

1 Corintios 10:26 | 185

1 Corintios 12:3 | 117

1 Corintios 12:4 | 164

1 Corintios 12:4-7 | 18

1 Corintios 12:5-11 | 164

1 Corintios 12:11 | 164

1 Corintios 12:12 | 121

1 Corintios 12:27-31 | 164

1 Corintios 13 | 150

1 Corintios 14 | 164

1 Corintios 14:20 | 164

1 Corintios 15:58 | 309

1 Corintios 16:1-2 | 199

1 Corintios 16:2 | 194, 200

2 Corintios 2:14-16 | 137

2 Corintios 2:14-17 | 137

2 Corintios 2:17 | 137

2 Corintios 3:18 | 14

2 Corintios 5:15 | 163

2 Corintios 6:2 | 176

2 Corintios 8 | 194

2 Corintios 8:1-5 | 190

2 Corintios 8:7 | 194

2 Corintios 8:8 | 194

2 Corintios 9:6-8 | 202

2 Corintios 9:7 | 194, 195

2 Corintios 12:1-6 | 35

Gálatas 1:17 | 248

Gálatas 3:3 | 326

Gálatas 4:6 | 91

Gálatas 5:13 | 163

Gálatas 5:17 | 327

Gálatas 5:22-23 | 6, 15, 320

Gálatas 6:8 | 328

Efesios 1:6 | 109

Efesios 1:13-14 | 3

Efesios 2:1-10 | 219

Efesios 2:8-9 | 136

Efesios 2:19 | 121

Efesios 2:21 | 121

Efesios 4:7-13 | 164

Efesios 4:11-12 | 131

Efesios 4:12 | 167

Efesios 4:16 | 324

Efesios 4:29 | 46

Efesios 5:15-16 | 174

Efesios 5:16 | 310

Efesios 5:19 | 340

Efesios 5:26 | 56

Efesios 6 | 328

Efesios 6:4 | 140

Efesios 6:17 | 44, 48

Filipenses 1:6 | 319

Filipenses 2:3 | 162

Filipenses 2:13 | 13

Filipenses 3:12-16 | 288

Filipenses 3:13 | 37

Filipenses 3:13-14 | 179

Filipenses 3:19 | 234

Filipenses 4:8 | 51, 60, 69, 70

Filipenses 4:13 | 83

Filipenses 4:18 | 187

Colosenses 1:29 | 13, 167, 326

Colosenses 2:20-23 | 11

Colosenses 2:21 | 79

Colosenses 3:2 | 44, 175, 245

Colosenses 3:16 | 340

Colosenses 4:2 | 89

Colosenses 4:5 | 141

Colosenses 4:5-6 | 141

1 Tesalonicenses 1:9 | 171

1 Tesalonicenses 2:13 | 29

1 Tesalonicenses 5:2-3 | 65

1 Tesalonicenses 5:17 | 89

1 Tesalonicenses 5:23 | 12

1 Timoteo 4:1 | 239

1 Timoteo 4:3 | 239

1 Timoteo 4:7 | 4, 11, 13, 30, 291, 307, 330, 331

1 Timoteo 4:7-8 | 326, 330

1 Timoteo 4:8 | 11, 330

1 Timoteo 4:10 | 326, 330

1 Timoteo 4:13 | 27

1 Timoteo 5:8 | 184

2 Timoteo 1:5 | 284

2 Timoteo 1:7 | 15, 319

2 Timoteo 2:7 | 279

2 Timoteo 3:16 | 30, 80, 115

2 Timoteo 3:16-17 | 8

2 Timoteo 4:13 | 35

Tito 3:5-7 | 219

Hebreos 1:1-2 | 115

Hebreos 2:11 | 12

Hebreos 3:13 | 324

Hebreos 4:7 | 205

Hebreos 4:16 | 91

Hebreos 5:12 | 180

Hebreos 6:10 | vii, 169

Hebreos 9:12 | 224

Hebreos 9:14 | 156

Hebreos 10:10 | 224

Hebreos 10:25 | 121, 122

Hebreos 11:6 | 305

Hebreos 12:14 | 3, 4

Hebreos 12:28 | 113, 128

Hebreos 12:29 | 72

Hebreos 13:8 | 286

Santiago 1:6 | 65

Santiago 1:19 | 258

Santiago 1:22 | 65, 85

Santiago 1:22-25 | 77

Santiago 1:25 | 59

Santiago 1:26 | 258

Santiago 4:14 | 177

1 Pedro 1:15-16 | 15

1 Pedro 2:9 | 132

1 Pedro 3:15 | 140, 287

1 Pedro 3:18 | 224, 270

1 Pedro 4:10 | 164

1 Pedro 4:10-11 | 143

1 Pedro 4:11 | 164

1 Pedro 5:8 | 328

2 Pedro 1:6 | 21, 329

2 Pedro 1:19 | 88

2 Pedro 1:20-21 | 115

2 Pedro 3:16 | 35, 38, 76

1 Juan 1:3 | 322

1 Juan 1:5 | 72

1 Juan 1:9 | 224

1 Juan 2:15 | 327

1 Juan 2:17 | 177

1 Juan 3:2 | 2, 53, 329

Judas 20 | 291

Apocalipsis 1 | 89

Apocalipsis 1:3 | 30

Apocalipsis 4:8 | 4, 113, 115, 128

Apocalipsis 4:11 | 113, 114

Apocalipsis 5:12 | 114

Apocalipsis 5:13 | 114

ÍNDICE DE TEMAS

Abraham, 183

abstinencia, 210–211. Vea también ayuno

del habla, 245

del sexo, 342n1

Acab, 229

acción de gracias, 100, 116

actitudes, 1–2, 6

actividades, las Disciplinas Espirituales son, 6

Adams, Jay, 241

Adams, John, 213

Adán, 270

adoración, 5, 7, 111–128, 156

auténticidad de la, 169

ayuno y la, 234–238

basada en las Escrituras, 117–121

colectiva, 121–122, 126

como deber, 112–113

como disciplina, 124–126

como medio para la piedad, 125
compromiso diario a la, 124
congregacional, 349n4
continua, 119–121
cultivarla, 124–126
dar como expresión de la, 187–189
de corazón, 120–121
del alma, 127–128
de las maneras aprobadas, 118
en espíritu y verdad, 117–121
en familia, 115, 340n1
enfocada en Dios, 112, 113–117, 124
en vano, 112–113, 128
evaluarla, 340n3
exclusiva, 116
expectativa de Dios en cuanto a la, 113, 121–124
lectura de la Biblia y la, 115
lugar de la, 27
meditación y la, 115
oración y la, 116
predicación y la, 116

privada, 115, 121–124, 126, 259, 261, 340n1
pública, 115, 121–124, 340n1
responderle a Dios con la, 113–117, 124
servicio y la, 169
significado de la palabra, 114
silencio y el retiro para la, 249–250, 261
sinceridad en la, 118
sin cesar, 113–114, 128
vacía, 128
Ágabo, 198
agotamiento, 167, 168
agradecimiento, 195–196
agua, 212
Agustín, 11, 275
ajetreo, 315–318, 332–333
alabanza, 116, 349n4
alegría, 156, 158–160, 195–196
alma, examinar el estado del, 252–253
amigos, 11
amor
a Dios, 120, 234–238, 250, 332

de Dios, 193–195

motivo de ofrendar, 193–194

motivo de servicio, 156, 163

Ana, 234

antiintelectualismo, 304

aplicación de la Palabra de Dios, 76–83, 85–86

a circunstancias actuales, 79–80

a temas y preguntas actuales, 74–75

buscarla, 78–79

como resultado de las Disciplinas Espirituales, 65

comprensión del texto, 79–80

errónea, 79

hacer preguntas orientadas a la aplicación, 81–82

meditación para discernir la aplicación, 80–81

responder específicamente, 82–83

valor de la, 77–78

aprender a orar, 105, 107–108

al leer acerca de orar, 104–104

al meditar en las Escrituras, 95–102

al orar, 94–95

al orar con otros, 102–103

aprendizaje, 299–314
aplicación del, 82–83
aprender a orar, 95–105, 106, 107–108
características de una persona sabia, 301–303
como Disciplina Espiritual, 7
compromiso al, 313
de Jesús, 15
de los demás, 102–103
disciplina para el, 307–309, 313
esencial para la piedad, 305–307
intencional, 300–301, 307–308, 313
listas de preguntas para el, 310
maneras de, 309–313
para mostrarle amor y obediencia a Dios, 303–304
pasión y el, 299–300
aroma, 137–138
arrepentimiento, 109, 117, 219, 276
ayuno y, 226, 234
tiempo para el, 205
Artajerjes, 159
Asaf, 282–283

autocontrol, 175, 329. Vea también dominio propio
autodisciplina, 12, 15–16, 209, 319, 327
autosuficiencia, 93, 263
ayuno, 7, 209–240
absoluto, 212
como privilegio, 234
conducta durante el, 215–216
congregacional, 5, 213
conocimiento de otros, 5, 216
de algo que no es comida, 210–211
duración del, 217–218
en el cristianismo, 209–210
en grupo, 220
expectativa de Dios acerca del, 214–217, 238–239
experiencias de ayunar, 222–223
explicación del, 210–214
límites médicos del, 210, 212, 239–240
motivación por el, 235–236
nacional, 213
normal, 211–212
occasional, 214

para adorar a Dios, 234–238

para buscar la guía de Dios, 221–223

para buscar liberación, 225–227

para buscar protección, 225–227

para consagrarse a Dios, 233–234

para expresar amor por Dios, 234–238

para expresar arrepentimiento, 227–228, 234–235

para expresar dolor, 223–225

para expresar preocupación por la obra de Dios, 230–231

para fortalecer la oración, 219–221

para humillarse, 228–230, 234–235

para la fuerza espiritual, 233

para ministrar a las necesidades de los demás, 231–233

para regresar a Dios, 227–228

para superar la tentación, 233–234

parcial, 212, 342n1, 343n8

practicarlo a solas, 5

privado, 213

propósitos del, 2, 210, 217–238

regular, 213–214

ritual, 237

sobrenatural, 212–213, 343n4

temor del, 209, 238

voluntario, 210

Bacon, Francis, 283, 286

Barna Research Group, 30

Bates, William, 98

bautismo, 116

Baxter, Richard, 85, 97, 184

bendición, 53–54, 59–60, 77–78

adoración privada y la, 124

como respuesta al ayuno, 235

como resultado de ofrendar, 202–204

es gracia, 235

Bernabé, 212–222

Biblia. Vea Escrituras, las

Biblia, asimilación de la, 23–39

aumentar en la, 37–39

calidad de la, 37

escuchar la Palabra de Dios, 5, 26–29, 37–38

estudiar la Palabra de Dios, 34–37

- lectura de la Palabra de Dios, 26, 29–34
- meditación es el enlace con la oración, 95–102
- métodos, 41
- propósito de la, 26
- recordar lo leído, 41–42
- silencio y retiro para la, 261–266
- subdisciplinas de la, 25
- tener la Biblia al alcance, 23–24
- bien, Dios hace que todas las cosas cooperen para el, 11–12
- Blanchard, John, 31
- Bonhoeffer, Dietrich, 155
- Boston, Thomas, 228
- Brainerd, David, 104, 222–223, 251–252, 280–282, 346n1
- Bridges, Jerry, 34, 50, 319
- Bridge, William, 83–84, 98
- Brooks, Thomas, 330–331
- Bunyan, John, 11, 147
- Burroughs, Jeremiah, 29
- búsqueda de Dios, 28
- Calvino, Juan, 11, 219–220, 229, 277

cambio, 11–12

cantar, 69, 116, 340n2

carácter, cualidades del, 6, 35

caridad. Vea ofrendar

carne, 143, 162, 203, 290–291, 327. Vea también pecado

Carnegie, Andrew, 207

Carson, D. A., 8–10, 319

Cena del Señor, 5, 116, 235, 322

Charnock, Stephen, 283–284

circunstancias, 336n6(2)

como catalizadores para el cambio, 11–12

cómo las Escrituras se relacionan con las, 60–61, 79–80

Clarkson, David, 122–123, 127–128

coincidencia, 106

Coleridge, Samuel Taylor, 18, 335n6

comer, 239. Vea también ayuno

comprensión, 305. Vea también entendimiento

de las Escrituras, 37–39, 79–80

compromiso con Dios, 233–234

comunicación, 92, 94, 196. Vea también oración

comunión con Dios, 14, 250, 270

concordancias, 36

confesión, 100, 224

confiar en Dios, 3, 44, 251

con la generosidad, 203–204

para proveer las necesidades, 189–190

confinamiento solitario, 241

conocimiento, 301–303. Vea también aprendizaje de Dios, 8, 25, 42, 304, 334

de la piedad, 305–307

del evangelio, 147–148, 305–307

de nosotros mismos, 277

consagrarse a Dios, 233–234

consejería, oportunidades de, 45

control

de Dios, 258

sobre el habla, 257–259

conversación con Dios. Vea oración

conversión, 26, 134–135, 139, 147

de Pablo, 248

historias de, 285

costumbres, 23

Cowper, William, 284

creación, 254

crecimiento espiritual, 11, 41, 126

meditación y el, 84

promover el, 4, 5

cristianos y el cristianismo

como ejemplos, 145–146

comportamiento, 23–24

experiencial, 4

individual, 221–222

lectura de la Biblia, 30–34

meditación, 60–75

vivir como cristiano, 148–149, 209–210

Croce, Jim, 204

Cromwell, Oliver, 97

culpa, 160–161, 252

Dallimore, Arnold, 264–265, 290

Daniel, 212, 221, 231

dar testimonio, 45, 130. Vea también evangelizar

David, 54, 102, 250

las escrituras de, 275
su ayuno, 223–224, 226, 229
Davis, Andrew, 69
Day, Albert Edward, 87
deber, 17, 194
la adoración es un, 112–113, 118–119
ofrendar es un, 189, 195–196
dependencia de Dios, 116, 251
desánimo, 50
desarrollo, secuencia de, 19–21
descanso, 206
despilfarro, 184
devoción, 116, 234, 303
hábitos de la, 4
personal, 5
Diablo, el, 203, 327–328
Día del Perdón, 231–240
diario, 273–274, 346n1. Vea también escribir un diario
dinero, 173, 184–204. Vea también ofrendar
a quién le pertenece el, 185–187, 200
dar como adoración, 187–189

dar con confianza en la provisión, 189–190
dar de manera sacrificial, 190–192
generosidad con el, 190–192
para proveer para las necesidades, 184
usarlo cómo Dios quiere, 187, 199–200
uso disciplinado del, 184

Dios. Vea también Espíritu Santo; Jesucristo
buenas cosas que él ha hecho por usted, 157–158
confiar en, 44
medios que usa para revelarse, 114–115
naturaleza y carácter de, 93, 116, 118
oraciones a. Vea oración
promesas de. Vea promesas de Dios
valía de, 114–115, 119–119
disciplina, 115–117, 319. Vea también Disciplinas Espirituales
como medio para la piedad, 10
en los pensamientos, 57, 174–175
falta de, 17–19
libertad a través de la, 17–21
motivo para la, 31
propósito de la, 4, 184

sin guía, 1–2, 21

Disciplinas Espirituales, 4–9, 21

adoración. Vea adoración

aprender. Vea aprender/aprendizaje

asimilación de la Biblia. Vea Biblia, asimilación de la

avances en las, 275–276

ayuda en el desarrollo de las, 126

ayuno. Vea ayuno

bíblicas, 6–7

centradas en Cristo, 66–67

como catalizadores del crecimiento espiritual, 11

como mandamientos de Dios, 15–17

como medios de la piedad, 7–15, 329–334

congregacionales, 349n2

contexto para las, 344n11

descuido de las, 17–19

deseo de las, 12–13

dificultad de las, 16

diligencia en las, 182

elección en cuanto a las, 12

escribir un diario. Vea escribir un diario

Espíritu Santo y las, 318–321, 326

evangelismo. Vea evangelismo

fraternidad y, 321–325

fruto de las, 41

individualmente incompletas, 42–43

interdependientes, 42–43

interpersonales, 5–6, 310–311, 321–325

lucha y, 325–329

mal uso de las, 8–9

mayordomía. Vea mayordomía

meditación. Vea meditación

oración. Vea oración

perseverancia en las, 315–334

personales, 5

poder para las, 13–15, 319

práctica correcta de las, 126, 262

propósito de las, 6, 10–15, 259, 275

retiro. Vea silencio y retiro

servicio. Vea servicio

silencio. Vea silencio y retiro

son actividades, 6

teología subyacente, 8–10
tiempo para las, 332–333
discipulado, 15, 155, 301
disfrutar de Dios, 21
distracciones, 57, 71–72, 83–84, 109
artificiales/tecnológicas, 258–259
minimizar las, 248–249
Dodds, Elisabeth, 58
dominación de una disciplina, 19
dominio propio, 20–21, 320, 329
don(es), 164–166
de crecimiento en la piedad, 12
de fe, 26
del evangelismo, 131–132
desarrollo de, 18–19
Disciplinas Espirituales, 12–13
en el momento de conversión, 164
identificar el propio, 164–166
ministerio, 11
para hablar, 143–144
para servir, 143–144, 164–169

rendir cuentas por el uso de, 180–181

tipos de, 164

uso en el servicio, 164–166

dones espirituales. Vea dones

duda, 147, 250–251, 254–256

duelo, 223–225

Eclectic Society (Sociedad Ecléctica), 277

Edman, V. Raymond, 1

Edwards, Jonathan, 11, 122

conversión de, 26

diario de, 275

meditación y, 57–58, 63, 69, 76

resoluciones por, 288–289

sobre el conocimiento del evangelio, 306

sobre el silencio y el retiro, 248, 263, 269, 271

sobre el uso del tiempo, 174, 205–207

sobre la vida cristiana, 183

su conocimiento, 303

Edwards, Sarah Pierpont, 11, 57–58, 206, 248

egocentrismo, 20

egoísmo, 156, 203

ejercicio, las Disciplinas Espirituales como, 13

Elías, 213, 220–221, 229, 248, 262, 343n4

Elliot, Elisabeth, 11, 20

Elliot, Jim, 11, 261, 291–292

Emaús, 66–67

emociones, 119–120, 250, 280–282

encontrarnos con Dios, 14, 32

enemigos, 11, 143, 203, 328

enseñanza, 34, 155, 284–286, 349n4

entendimiento, 30, 57, 76

teológico, 23

envidia, 162

error doctrinal, 23

esclavitud, 19

escribir, 275

copiar las Escrituras, 48, 283, 346n9

durante el estudio bíblico, 36, 63

escribir un diario, 5, 273–297

base bíblica para, 274

como ayuda de meditación, 279–280

como registro de herencia espiritual, 284–286

como una Disciplina Espiritual, 7

contenidos, 273–274, 295

explicación de, 273–276

fe y, 283

herramientas para, 292–295

historia de la vida en, 284–286

las demás Disciplinas Espirituales y el, 274

maneras de, 283

para aclarar nuevas perspectivas, 286–287

para autocomprendión y evaluación, 277–279, 287–290

para expresarle a Dios nuestros pensamientos y sentimientos, 280–282

para mantener las otras Disciplinas Espirituales, 290–292

para recordar las obras de Dios, 282–284

para supervisar objetivos y prioridades, 287–290

provecho de, 295–296

valor de, 277–292

Escrituras, las, 87–88. Vea también Biblia, asimilación de la

absorber, 55–56, 81

aplicación de. Vea aplicación de la Palabra de Dios

asimilación de, 7. Vea también Biblia, asimilación de la

claridad de, 38–39, 76

como arma, 43–4, 46

como palabras de Dios, 339n4

comprensión de, 79–80

conexiones temáticas en, 66, 77

contenido de, 24–25

copiar, 48, 283, 346n9

deleite en, 55–56

desearla, 3

escuchar. Vea escuchar la Palabra de Dios

estudio de, 5

experimentar, 39

familiaridad con, 24–25

«hacer», 59–60, 65, 77–78, 85

impacto de, 77

inspiración y autoridad de, 254–256

lectura. Vea lectura de la Palabra de Dios

meditar sobre. Vea meditación

memorización. Vea memorización de las Escrituras

principios de, 63–64

profundidad de, 77

revelación de Dios en, 114–116
vivir según, 29–30
escuchar, 29, 258
escuchar la Palabra de Dios, 5, 26–29
escuchar la predicación, 26, 27, 38
prepararse para, 28–29
Esdras, 35, 212, 220, 225
espada del Espíritu, 43–44, 46
Espíritu Santo, el. Vea también Dios; Jesucristo
adoración y, 117–121
convicción del pecado por, 227–228
efectos de la presencia de, 3–4, 156
enseña a orar, 94–95
Escrituras memorizadas y, 43–44, 45–46
espada de, 43–44, 46
fruto de, 6
iluminación de las Escrituras por, 67–68, 78–79
mora en nosotros, 4, 117, 270–271
poder de, 14, 288–289, 291–292
su papel en mantener las Disciplinas Espirituales, 318–321, 326
espiritualidad, 15, 318–319

espontaneidad, 331–332

Ester, 212, 213–214, 226

estrés, 173, 253

estudio de la Palabra de Dios, 34–37

escribir durante el, 36

libros y dirección sobre el, 36

eternidad, preparación para la, 175–177, 329–330

Euclides, 313

evaluación, 262, 277, 340n3

evangelio, 66. Vea también Escrituras, las

aprenderlo, 305–307

comunicarlo, 130–132, 134

conocimiento del, 147–149

Disciplinas Espirituales y el, 7–10

pasión por el, 151

poder del, 135–136

responder al, 205, 300

vivirlo, 143–146

evangelismo, 7, 129–151, 156, 323–324, 349n4. Vea también dar testimonio activo, 139

a través de vivir el evangelio, 143–144, 149

como Disciplina Espiritual, 141–142
como responsabilidad, 138–146
contexto para el, 130
crear oportunidades para el, 138–146
definición, 130
éxtasis del, 129
hablar, 143–145
importancia del, 133–134, 150–151
integridad del, 148–151
intencional, 141–143, 145–146
las expectativas de Dios acerca del, 130–132, 145–146
la vida como una herramienta de, 139–146, 147
métodos de, 130, 132, 143
palabras para el, 145–147
planear para el, 149–151
poder para el, 131, 134–138, 147
preparación para el, 141–142
recibir poder para el, 132–138
renuencia, 129
reuniones en casa, 143–144
temor del, 133–134, 146

tiempo para el, 139–141
éxito, 52–55, 77–78
en el evangelismo, 134–135
en negocios/finanzas, 207
experiencia de Dios, 5, 7, 14, 17, 92–93, 99–102
expresión artística, 69, 105–106

Fariseos, 12, 132, 214, 215, 229, 300
favor de Dios, 218–219
fe, 135, 219, 255, 275–276, 300, 334
crisis de, 267–268
del escuchar el evangelio, 136
dones de, 26
en escribir un diario, 283
en la adoración, 128
fortalecimiento de la, 44–45, 108–109
inicial, 26
registro escrito de, 285
silencio y retiro para expresarla, 249–250
fidelidad, 192
filisteos, 223

Fleming, Jean, 246, 311, 332

Ford, Henry, 207

fraternidad, 5, 245–246

con Dios, 169–170, 270–271, 322

conversacional, 349n4

papel en el mantenimiento de las Disciplinas Espirituales, 321–325

fruto del Espíritu, 6

fuentes de información, 342n7

fuerza de voluntad, 218

Gabriel, 254

generosidad, 190–192

gloria de Dios, 207–230

glotonería, 175, 239

Gould, Glenn, 253

gozo, 6, 158–159, 182–183

grabaciones, 27, 38, 122, 309–310

gracia, 21, 128, 235, 269–270

crecimiento en la, 5

Disciplinas Espirituales y la, 12–15, 317–318

encontrarla a través de la disciplina, 31

medios de, 230

oportunidades para recibirla, 12, 90–91, 235, 239–240

perdón y la, 182

salvación y la, 179–180. Vea también salvación

Graham, Billy, 255–256

gran comisión, la, 46, 131, 139–140

gratitud, 108, 112, 157–158

grupos de estudio bíblico, 37–38

guerra espiritual, 91

Guest, John, 331–332

guiá de Dios, 221–223

guías de estudio, 310

Guibeá, batallas en, 222

guitarra, tocar la, 1–2, 19, 21, 284, 332

Habacuc, 248

habilidad personal, 41–42, 165

hábitos, 5, 7, 47, 260, 313

hablar con Dios. Vea oración

habla y hablar, 143–145, 245, 249–250

control del, 258–259

Hall, Joseph, 70–72

Halverson, Richard, 41

hambre, 3, 217–219, 236–237, 342n3(2). Vea también ayuno

Harris, Howell, 264–265

Havner, Vance, 23

Hendricks, Howard, 72–73

Henry, Matthew, 97, 123, 237

hijos, 263, 308–309

hipocresía, 118, 120, 162, 216

Hobbes, Thomas, 182

holgazanes, 181

honrar a Dios, 119

Hopkins, Samuel, 303

horario, 165–166, 315–316, 345n15. Vea también tiempo

hospitalidad, 144–145, 165–166

Houston, Thomas, 296–297

Hughes, R. Kent, 153

humildad, 147

ayuno es expresión de, 228–23, 234–235

de los sabios, 301

es motivo de servicio, 161–163

Huntingdon, Lady, 11

iglesia, 121–124

asistir a la, 26

edificios, 262, 264

involucrarse en una, 5–6

servicio y la, 165–166

tiempo de «reunión de familia», 28–29

ilustraciones, 64–65

imágenes, 64–65, 69

imaginación, 51

incredulidad, 134–135, 137, 141, 254

independencia, 231–232

indispensabilidad, 247–248

infierno, 184

información, sobrecarga de, 57

integridad, 192–193

interacción con los demás, 11, 245–246

intercesión, 100

Internet, 27, 32, 38, 181, 258, 294–295. Vea también tecnología

intimidad con Dios, 92–93, 124

introspección, 231–232, 277–279, 287–290, 297

Isaac, 97–98

Isaías, 160–161, 169–170

Jeremías, 252, 275

Jerjes, 226

Jesucristo. Vea también Dios; Espíritu Santo

adoración por medio de, 112–113

como culminación de las Escrituras, 66–67

como ejemplo de disciplina, 15–16, 21, 206–207

como persona, 89

como siervo, 171–172

conformidad a, 10, 42–43, 53. Vea también semejanza a Cristo; piedad

cuerpo de. Vea iglesia

encontrarlo en las Escrituras, 32

en silencio y retiro, 247–248, 256

humanidad de, 67

humildad de, 161

nuestra necesidad de, 21

oraciones de, 91–92, 102–103

perfección de, 3

presencia de, 80
propósito de, 275–276
rectitud de, 3, 109, 128
regreso de, 2
revelación de Dios en, 115
salvación por medio de. Vea salvación
seguirlo, 15
sobre el trabajo como comida, 168
sumisión a, 117
sus ayunos, 209, 233–234, 240
su uso de ilustraciones, 64–65
su uso de tiempo, 174, 316–317
victoria de, 328–329

Joel, 221

Jonás, 213, 227–228

Jonatán, 223–24

Josafat, 213, 225

José, 186

Josué, 52, 170

Juan, 89, 177, 322

Juan el Bautista, 212, 215

judíos, 213–214

Judson, Adoniram, 268–269

Juliana de Norwich, 9–10

justificación, 66

de Jesucristo, 3, 109, 128

personal, 3, 171–172

práctica de la, 215–217

Karl G. Jansky Very Large Array (VLA), 87–88

Kehl, D. G., 110

Keswick, teología de, 339n4

koinonía, 322–323

labor, 160–161

L’Abri, 268

Landry, Tom, 14–15

Lázaro, 183–184

lectura, 307–309

acerca de la oración, 103–104, 107–108

aprender a través de la, 308–313

recreativa, 313

lectura de la Palabra de Dios, 26–27, 29–34
adoración y la, 115–116
en Braille, 33–34
en voz alta, 28, 30–31
éxito en la, 31–32
frecuencia de, 29
meditación y la, 33, 59–61, 75–76. Vea también meditación; métodos de meditación
memorización y. Vea memorización de las Escrituras
plan para, 32–33
recordar lo que ha leído, 1–42
registrar sus avances en, 33
tiempo para, 31–32
Lee, R. G., 64
LeTourneau, R. G., 201
Lewis, C. S., 136
Lewis, Jo, 308–309
ley, 66
liberación, 225–227
libertad, 19–21, 163, 331–332
Lincoln, Abraham, 213

llanto, 225

Lloyd-Jones, D. Martyn, 11, 173, 211, 235, 305, 314

lucha, 325–329

Lutero, Martín, 11, 90

MacArthur, Jr., John, 273

Macedonia, 190–191, 194

Madison, James, 213

madres, 338n1

madurez espiritual, 8, 11, 307, 322

maldad, 174–175

Manton, Thomas, 97–98

mapeo mental, 74–75

Maravich, Pete, 333–334

Mardoqueo, 226

Marsden, George, 288

Mateo, 215

Mather, Cotton, 278

mayordomía, 7, 173–207. Vea también administración
de las pertenencias de Dios, 186–187
del dinero, 182–204

del tiempo, 174–184

meditación, 50–76, 336n6

actividad mental durante la, 50–51

adoración y la, 115–116

analogía de la bolsita de té, 52

aprender a orar y la, 95–102

beneficios de la, 2, 50–60

cómo hacerlo de forma cristiana, 60–76

compromiso a la, 83–84

enfocada en la verdad, 119–120

enfocar los pensamientos durante la, 62, 71–72

en la Palabra de Dios, 336n6

en las características de Dios, 336n6

en las obras de Dios, 336n6

en qué enfocarla, 51, 336n6

escribir un diario y la, 259

Espíritu Santo en la, 67–68

frutos de la, 52–58

guía para la, 71–72

lectura de la Palabra de Dios y la, 33, 59–61, 74–75

memoria y la, 59

memorización de las Escrituras y la, 45–47, 49–50, 81
oración y la, 95–102
para discernir la aplicación de la Palabra de Dios, 80–81
para la asimilación de las Escrituras, 55–56
promesa de éxito y la, 52–55
propósito de la, 78, 80–81
tiempo para la, 54–55, 75–76, 83–84
transición a la oración, 100–101
memoria, 41–43, 54–55, 59, 75, 177
memorizar las Escrituras, 20, 41–43, 43–50
beneficios de, 43–46
consejería y el, 45
dar testimonio y el, 45
dibujar recordatorios visuales, 48
escribir los versículos, 48
habilidad para hacerlo, 47
medio para la guía de Dios, 45–46
meditación y el, 46, 49–50, 68–69, 80–81
métodos para, 47–50
motivación para, 47
objetivo de, 50

palabra por palabra, 48–49
para fortalecer la fe, 44–45
planes para, 47–48, 83
poder espiritual que deriva de, 43–44
rendir cuentas por, 49
repaso, 49–50
métodos de meditación
buscar aplicaciones para el texto, 65
buscar un denominador común entre textos distintos, 73
crear una expresión artística del texto, 69
descubrir un mínimo de perspectivas acerca del texto, 73
escoger un texto de las Escrituras, 60–61
formular principios del texto, 63–64
hacer énfasis en diferentes palabras, 62–63
hacer las preguntas de Filipenses acerca del texto, 69–70
hacer las preguntas de Joseph Hall acerca del texto, 70–72
ilustraciones e imágenes, 64–65
mapeo mental, 74–75
memorizar el texto, 68–69
orar mientras lee, 67–68
preguntar cómo señala el texto a Jesús, 66–67

preguntar cómo señala el texto al evangelio, 65

preguntar qué dice el texto acerca de un problema o interrogante actual, 73–74

preguntar qué interrogante responde el texto, 67

preguntar qué problema resuelve el texto, 67

reescribir usando sus propias palabras, 63

seleccionar, 61–62

Milton, John, 314

ministerio, 11

del evangelismo, 131–132

de oración, 165

de servicio, 155

importancia de la predicación, 27

público, 127

video, 122

misericordia, 21, 91, 165

Misión al Interior de China, 257

Moisés, 52, 156, 212–213, 343n4

monólogo interno, 245

Moody, D. L., 31

Moon, Lottie, 11

Morgan, Edmund S., 278

Morgan, J. P., 207

motivos correctos, actuar con los, 6–7

muerte, 154–155, 178

dolor, 223–225

preparación para la, 80, 183, 204–205

valoración del tiempo en el momento de la, 182–183

Müller, George, 11, 99–102, 104, 122

diario de, 286–287

sobre la meditación, 56

sobre la ofrenda regular, 201, 202

sobre la oración, 108

Murray, Andrew, 94, 104–105, 339n4

música, 249

necesidades, 196–198

comunicarlas, 198–199

de los demás, 231–233

necios, 181

Nehemías, 159, 221, 230–231

Newton, John, 157

no creyentes, 140–145

Nuevo Testamento, 13

obediencia, 53–54, 59–60, 79, 169, 303

ayuno y la, 238–239

como motivo de servicio, 157

compromiso a la, 227

con el dinero, 185

de Jesucristo, 3

responsabilidad y la, 257

objetivos, supervisarlos, 287–290

obligación, 159, 195

obra misionera, 23, 99, 129, 256–257

apoyar, 146, 187

obras

buenas, 169, 278

de Dios, 231, 158, 282–284

salvación y las, 37, 160–161, 179–180, 326

observación, 258

ociosidad, 156

ofrendar, 116, 207. Vea también dinero

actitud hacia el, 195–196

alegremente, 195
amor como motivo de, 193–194
como acto de adoración, 187–189
de forma legalista, 193–195
enemigos del, 203
en respuesta a necesidades, 196–198
expectativas de Dios acerca del, 214–216
generosamente, 190–192
muestra de fe en la provisión de Dios, 189–190
muestra de la confianza espiritual, 192–193
planear para, 199–202
porcentaje, 200–202
por obligación, 196, 202
recibir de vuelta, 202–204
resultados de, 202–204
riesgos, 189–190
sacrificialmente, 190–192
sistemáticamente, 199–202
voluntariamente, 196
ofrendas, 189, 198
oración, 7, 87–110, 320–321, 349n4

adoración y la, 116
al leer un texto de las Escrituras, 339n7
aprender, 93–104, 104–105
ayuno y la, 219–221
como trabajo pesado, 2
como prioridad, 89–91
como privilegio, 91
como una conversación con Dios, 91–92
como una relación con Dios, 91
deseo y poder para la, 92–93
Dios la oye, 88, 109
eficaz, 94, 98–99
ejemplos de, 102–103
enfocar la mente, 248–249
escribir un diario y la, 283–284
expresada en palabras, 250–251
las expectativas de Dios, 88–93, 214
leer acerca de la, 103–104, 107–108
meditación y la, 95–102
ministerio, 165
motivos de, 105, 108

para otra persona, 142
perseverancia en la, 108–110
planes para la, 106–107
propósitos de la, 109
repetición sin sentido, 103
requisito de la, 88–89
respuestas de Dios, 92, 99, 104–106, 282–283
significativa, 93
silencio y retiro para la, 245, 261
sin cesar, 89–90
sobre las Escrituras, 96
ordenanzas, 349n4
orfanatorio, 99
orgullo, 156
Overseas Missionary Fellowship, 257
Owen, John, 107, 256

Pablo, 12–13, 79, 248
en Berea, 35
sobre el intelecto individual, 42
sobre el tiempo, 174

sobre el uso de ilustraciones, 65

sobre la labor del servicio, 167–168

su ayuno, 212, 222

su estudio de las Escrituras, 27

paciencia, 108

Packer, J. I., 85–86, 165, 323–324, 329

Palabra de Dios. Vea Escrituras, las

palabras, 147

Palmer, Gordon, 308–309

parafrasear, 63

parentesco, 191–192, 338n1

pasatiempos, 7

paz, 3

pecado, 157–158

admitirlo, 224

afinidad por el, 156, 290–291, 327

ayuno y el, 228, 231–232

dolor por el, 223–225

efectos en la oración, 105

engañosos por el, 324–325

evangelismo y el, 148–149

nacional, 226

pago por el, 224

salvación del, 252

Pedro, 38–39, 76

pena de muerte, 241

pensar ordenadamente, 57

Pentecostés, 45, 197

perdón, 149

como motivo de servicio, 160–161

por gracia, 182

por tiempo mal usado, 179

pereza, 36, 156, 297, 313, 317, 320, 332

perseverancia, 19–21, 218, 296, 315–334

en la adoración, 120–121

en la memorización de las Escrituras, 50

en la oración, 105, 108

en las Disciplinas Espirituales, 315–334

persistencia, 108–110

personas como catalizadores de cambio, 11

perspectivas nuevas, 72–73, 254–256

el mapeo mental y las, 75

escribir un diario y las, 286–287

pertenencias, 185–187

Phelps, Austin, 259

piedad, 4, 10, 173. Vea también semejanza a Cristo
a través del Espíritu Santo, 318–321

búsqueda de la, 151, 170, 330, 349n4

conocimiento de la, 305–307

crecimiento en la, 5, 125–126, 291, 305–306, 320

desarrollo, secuencia de la, 20–21

Disciplinas Espirituales, necesarias para la, 7–8, 11

efectos sobre el cuerpo de creyentes, 323–324

en el habla, 257–259

libertad en la, 19–20

obstáculos a la, 175

oposición a la, 325–329

poder de la, 137–138

propósito de la, 4

tiempo para desarrollarla, 177–178

Piper, John, 215, 219, 220, 231, 234, 236, 240

planear, 178, 262

Plummer, Rob, 344n11

poder, 12–13, 292, 319
de la piedad, 137–138
del Espíritu Santo, 14–15, 289, 291
del evangelio, 136–137
de memorización de las Escrituras, 43–44
para el servicio, 169–170
para evangelizar, 132–138, 147
para la oración, 92
Pony Express, 153–154
Potifar, 185
práctica, 1–2, 10, 94
Pratt, Josiah, 277–278
predestinación, 2
predicación, 27, 155, 349n4
adoración y la, 116
escucharla, 5, 26–29, 37–38
preguntas y preguntar, 67, 69–70, 73–74, 81–82
prioridad(es), 318, 330
oración como una, 89, 90, 92
servicio como una, 154
supervisión, 287–290

privacidad, 245. Vea también silencio y retiro

problemas, 67, 73–74

productividad, 18–19, 56

profundidad espiritual, 259

promesas de Dios, 59–60, 77, 80

en la meditación, 55

éxito, 52–53

honrarlas, 45

respuestas a la oración, 104–107

propósito de la piedad, 4, 26, 109, 184

Disciplinas Espirituales y el, 6–7, 8–15, 259, 276

prosperidad, 52–54, 56, 77–78

protección, 225–227

providencia, 251, 336n6

publicidad, 308

puritanos, 29, 96, 102, 329

radio, 27, 38, 260, 335n1(2)

receptor de señales de radio, 87

recompensa, 330–331

calculación de, 179–180, 183

de ayunar, 216, 238
de ofrendar, 203
recreación, 206, 312
recursos, administración de, 186
referencias cruzadas, 36
regla de las diez mil horas, 19–20
relaciones, 206, 231–232, 244–245
con Dios, 89–90
remordimiento, 183
rendición de cuentas, 49, 279, 330–331
a uno mismo, 289–290
por el uso de dones o talentos, 180
por el uso del tiempo, 179–181, 205–207
renovación, 260–261
reputación, 11, 162
resentimiento al dar, 195
responder a Dios, 82–83, 85, 113–117, 124
responsabilidad(es), 317
de aprovechar el tiempo, 180
evangelismo como una, 129, 131–132
evitar la, 181

obediencia y la, 257

silencio y retiro y nuestras, 265–266

sobrecarga de, 315

restauración, 253–254

resumir un texto, 36

retiro, el. Vea silencio y retiro

retiros, 260–261, 262

reunión para la adoración, 120–124

reverencia, 28

riquezas espirituales 192

rito, 118–119, 237

Roberts, Bolivar, 154

Roberts, Maurice, 75, 276, 282, 291

ruido, 248–249, 261

rutinas, 126, 260

Ryle, J. C., 109–110

sabiduría, 57, 58, 103

aprendizaje y la, 301–303

edad y la, 307

humana, 105

mundana, 42, 243

sacerdocio de los creyentes, 132

sacrificio, 191–192

Salomón, 181

salvación, 93, 158, 270

buscarla a través del silencio y el retiro, 252–253

calificaciones para la, 3, 300

efectos de la, 274

merecerla, 159, 334

obras y la, 37, 160–161, 179–180

por gracia, 184, 204–205

preparación para la, 176, 182–183

tiempo y la, 176, 182, 183

Samuel, 157–158

sanación, 248

Santiago, 65

santidad, la, 15, 115. Vea también semejanza a Cristo; piedad
búsqueda de, 3–4

crecimiento en, 12

santificación, 37, 126

Saúl, 223, 224

Saulo de Tarso, 221

Schaeffer, Francis, 267–268

semejanza a Cristo, 2–3, 317. Vea también piedad
búsqueda de la, 53, 319

como meta, 10, 59, 314

crecimiento en la, 128, 185

humildad y la, 163

oración y la, 88

servicio/servir, 6, 153–172, 349n4

adoración y el, 169

alegría como motivo de, 158–160

amor como motivo de, 156, 163

como carga, 158, 159

como obligación, 159

como prioridad, 154

como privilegio, 159

costo del, 154, 167

culpa como motivo de, 160–161

disciplinado, 165, 166

disponibilidad para el, 170–171

dones de, 143, 164–169

energía para el, 167–168
entusiasmo en el, 154–155
esfuerzo en el, 154, 166–169
expectativa en el, 156–163
gratificación del, 168–169
gratitud como motivo de, 157–158
humildad como motivo de, 161–163
modos de, 156–157
motivos de, 157–163
muerte y el, 154–155
obediencia como motivo del, 157
perdón como motivo de, 160–161
poder para, 169–170
valor del, 168–169
sexo, abstener del, 342n1
Shaw, Harold, 283
Shaw, Luci, 283
Shepherd, Thomas, 291
siervos, 167, 171–172
Silas, 35
silencio y retiro, 5, 241–271

a diario, 261, 266

al aire libre, 263

alejarse para, 262

buscar tiempos para, 248

como contexto de las Disciplinas Espirituales, 344n11

como Disciplina Espiritual, 7

compensarse las responsabilidades para hacerlo posible, 265–266

deseo por el, 244

estar a solas con Dios, 247–248

explicación del, 245–246

importancia del, 246

lugares para el, 262–263

otras Disciplinas Espirituales y el, 258–259, 266–267

para aprender control de la lengua, 257–259

para buscar la voluntad de Dios, 256–257

para buscar salvación, 252–253

para expresar la adoración, 249–250

para expresar la fe, 250–252

para la restauración, 253–254

para minimizar distracciones, 248–249

para recuperar la perspectiva espiritual, 254–256

para seguir el ejemplo de Jesús, 247–248

planear tiempos de, 262, 266–267

razones para el, 246–259

«retiros de un minuto», 260–261

sugerencias para el, 260–266

tiempos prologados de, 262, 267–269

valor terapéutico del, 253–254

sinceridad, 118

Small, Jimmy, 171

Smith, David, 230, 235–236

socializar, 245–246, 322–323

soledad, 254

soñar despierto, 61–62

Sproul, R. C., 36, 304

Spurgeon, Charles H., 11

sobre escribir un diario, 283

sobre evangelismo, 149–150

sobre oración, 109

sobre retiro, 252

sobre servicio, 160–161

sobre T. Watson, 78–79

Sumner, Robert L., 33–34

superficialidad, 75

súplica, 100

Taylor, Hudson, 256–257

tecnología, 246, 249, 259

aprendizaje y la, 304

escribir un diario y la, 294–295

personal, 253

telescopios, 87

temor, 133–134, 147, 209, 238

Templeton, Chuck, 255

tentación, 233, 234, 247, 327

testimonio, 285

Thomas, Geoffrey, 38–39, 124

tiempo, 174–184, 315, 332

aprovecharla sabiamente, 174–184

asignado por Dios, 179

a solas con Dios, 259. Vea también silencio y retiro

brevedad del, 177

despreciarla, 181–182

duración del, 177–178

incertidumbre de lo que nos queda, 178

ladrones del, 174

le pertenece a Dios, 184

para el evangelismo, 139–140

para la lectura bíblica, 31–32

pasaje del, 177–178

perderlo, 179, 181–182

preparación para la eternidad, 175–177, 204

recuperación del, 179

rendiremos cuentas por nuestro uso del, 179–180, 205

valorada en el momento de muerte, 182–183

valor en la eternidad, 183–184

tiempo libre, 316

Tolomeo I, 313

Toon, Peter, 98–99

Tozer, A. W., 126, 169–170, 263, 266, 299

trabajo, 12, 36, 174, 290–291

arduo, 167, 326

como comida, 168

en el servicio, 160–161, 166–167

esfuerzo en el, 167–168, 290–291
monótono, 161
pesado, 1, 2, 21
transformación, 8, 56, 171, 305
Trotman, Dawson, 11, 47, 49, 263–264

«Una apuesta» (Chéjov), 241–244

vanidad, 239
verdad, 117–121, 184, 300
Voltaire, 182
voluntad de Dios, 206, 256–257

Wallis, Arthur, 220, 221
Watson, Thomas, 55, 78, 79, 325
Watts, Wayne, 187–188
Wesley, Charles, 263
Wesley, John, 214, 263
Wesley, Susanna, 263–265
White, Jerry, 166
Whitefield, George, 11, 250, 264, 289–290

Zacarías, 254

Zaqueo, 14